

EL BEISBOL EN EL ALMA DE CUBA

— — — — —
**FÉLIX JULIO
ALFONSO LÓPEZ**

Autor: Félix Julio Alfonso López
ISBN: 978-958-5439-49-8
Rector: Willian Malkún Castillejo
Vicerrector Académico: Edna Gómez Bustamante
Vicerrector de Investigación: Harold Gómez Estrada
Vicerrector Administrativo: José Ángel Villanueva Llerena
Secretaria General: Katia del Carmen Joly Villareal

796.357 / A388

Alfonso López, Félix Julio

El béisbol en el alma de Cuba / Félix Alfonso Julio López – Cartagena: Editorial Universitaria, c2022.

285 páginas. : il. ; -- x -- centímetros

Incluye índice

ISBN: 978-958-5439-49-8

1. Béisbol – Historia – Cuba 2. Ensayos cubanos 3. Cuba – Historia – Siglo XIX

CEP: Universidad de Cartagena. Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación.

Biblioteca José Fernández de Madrid.

Edición: Karín Morejón Nellar

Corrección: A. Li Cabrera

Diseño: Ranfis Suárez Ramos y Carlos David Fuentes

Realización: Sara María Ortiz Cabrales y Dania Iskra Carballosa Fuentes

En cubierta: *Home* (2017), pieza de Reynerio Tamayo,
acrílico sobre madera, 50 x 50 cm, colección privada.

© Editorial Universitaria, Cartagena, 2022

© Casa Editora Abril, La Habana, 2022

© Félix Julio Alfonso López, 2022

ISBN: 978-958-5439-49-8 (Colombia)

ISBN: 978-959-311-343-4 (Cuba)

Primera edición: Cartagena, 2022

Editorial Universitaria, Centro calle de la Universidad, Cra. 6, N° 36 – 100, Claustro de San Agustín, primer piso, Cartagena de Indias, 2022.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia / Se imprimieron 200 ejemplares.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A la memoria de Ismael Sené Alegret (1937-2020)
y Darilys Reyes Sánchez (1986-2019)*



El juego de *Base Ball* tiene también la misma significación de todas las fiestas populares: la de aproximar en cariñosa e íntima comunión de pareceres o afinidades electivas, las clases más humildes con las más favorecidas o encumbradas, resultando de esta fraternidad de los entusiastas por cada club, algo así como un pintoresco ensayo de democracia en sus formas más amables y sencillas, que no es zafia ni desconsiderada, porque encaja sin forcejeos en la especial índole bullanguera, apasionada y muy dada a lances imprevistos, del juego pelotero.

BENJAMÍN DE CÉSPEDES

El *base ball* (...) es una verdadera institución nacional, puesto que constituye, no ya una de nuestras aficiones, sino una de nuestras costumbres, acaso la más arraigada en todas las clases de la sociedad cubana. En mayor o menor escala, en Cuba se conocen y practican todos los *sports*, pero ninguno ha adquirido ni adquirirá de fijo el auge que en un lapso de tiempo relativamente corto ha alcanzado el *base ball*. Y la razón es obvia: el *base ball* es el único deporte verdaderamente democrático y popular que existe.

RAFAEL CONTE

El beisbol en Cuba es una emoción silvestre...

ELADIO SECADES



Agradecimientos

El autor agradece profundamente a todas las personas e instituciones que hicieron posible este libro.

A Mabel Suárez y su equipo de la prestigiosa Casa Editora Abril, por acoger el proyecto inicial y favorecer su publicación.

A Leonardo Padura, por sus nobles y generosas palabras para el prólogo.

A la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí y, de manera especial, a su director Omar Valiño, pues me abrió las puertas en tiempos difíciles, así como a Lourdes Morales y Amado del Pino Estenez, que buscaron y encontraron todo lo que les pedí.

A Norland Rosendo y Bárbara Avendaño, periodistas del diario *Juventud Rebelde* y la revista *Bohemia*, respectivamente, por la cortesía de permitirme acceder a los archivos deportivos de ambas publicaciones.

A Julio Larramendi, quien tuvo la gentileza de fotografiar imágenes preciosas en los vetustos periódicos y revistas del siglo XIX.

A Luis Díaz, que me ofreció con esplendidez su colección de memorabilia sobre beisbol cubano.

A Reynerio Tamayo, Julio Neira y Ángel Orestes Fernández, *Ández*, por permitir que algunas de sus obras de arte engalanen no pocas de las presentes páginas.

A Norberto Codina, cómplice entusiasta en la brega por declarar al beisbol Patrimonio Cultural de la Nación Cubana.



Exordio

En 1947, cuando la selección Colombia ganó la IX Serie Mundial Amateur de beisbol, no había llegado a nuestro terruño el fútbol profesional. En aquellos tiempos, en el país y en Venezuela, quizás influidos por la cercanía con Centroamérica y el Gran Caribe (Cuba, Puerto Rico, México, Panamá, Nicaragua, República Dominicana) y por el *boom* del beisbol norteamericano, la pasión por la pelota caliente dominaba el gusto del público.

En la costa caribe colombiana, las noticias del beisbol internacional entraban por la radio, junto a gran parte de la cultura que ebullicia en países cercanos. Los jonrones memorables de Orestes Miñoso (el primer negro cubano que participó en un Juego de Estrellas), les llegaban a nuestros abuelos por las mismas ondas que escucharon las primeras historias de amor como *El derecho de nacer*, del cubano Félix B. Caignet, o las rancheras de los mexicanos Pedro Infante y José Alfredo Jiménez. Así, el beisbol (y el boxeo), el melodrama y las sonoridades llegaron al Caribe colombiano —especialmente desde las mecas culturales y deportivas de la época: Cuba, México y Estados Unidos— por las emisoras internacionales que se sintonizaban en onda corta y se replicaban en las nacientes regionales: las barranquilleras

La Voz Barranquilla, Emisora Atlántico y Emisoras Unidas; y la cartagenera Emisoras Fuentes.

Esa conexión con Cuba, México y Estados Unidos explica la propagación y la aceptación en el Caribe colombiano de deportes emblemáticos y de muchas manifestaciones culturales de esos países. Y también que, en aquella época, las jóvenes y los jóvenes quisiesen emular a Dolores del Río, a Daniel Santos o a Hank Aaron.

El segundo logro orbital del beisbol aficionado colombiano ocurrió en 1965. De nuevo, como en 1947, los departamentos que mayor aportaron en esta victoria beisbolera fueron los del Caribe colombiano, especialmente de Bolívar (la potencia beisbolera de siempre). Y como dato curioso, Cuba no participó en ninguno de los torneos en los que Colombia fue campeón; sin embargo, aparece en el nombre de nuestras gestas, pues los técnicos que dirigieron las selecciones nacionales eran cubanos: Pelayo Chacón, en 1947, y Tony Pacheco, en 1965. En síntesis, no se puede hablar de la trascendencia del beisbol colombiano, ni de sus logros más emblemáticos, sin el aporte de Cuba y sus peloteros.

Este breviarío revela la trascendencia que el beisbol cubano ha tenido para el de América Latina y Colombia. Eso, los nombres, los rastros, los hitos de una estela vencedora en el beisbol mundial, es lo que encontramos en esta obra *El beisbol en el alma de Cuba*, del historiador cubano Félix Julio Alfonso López.

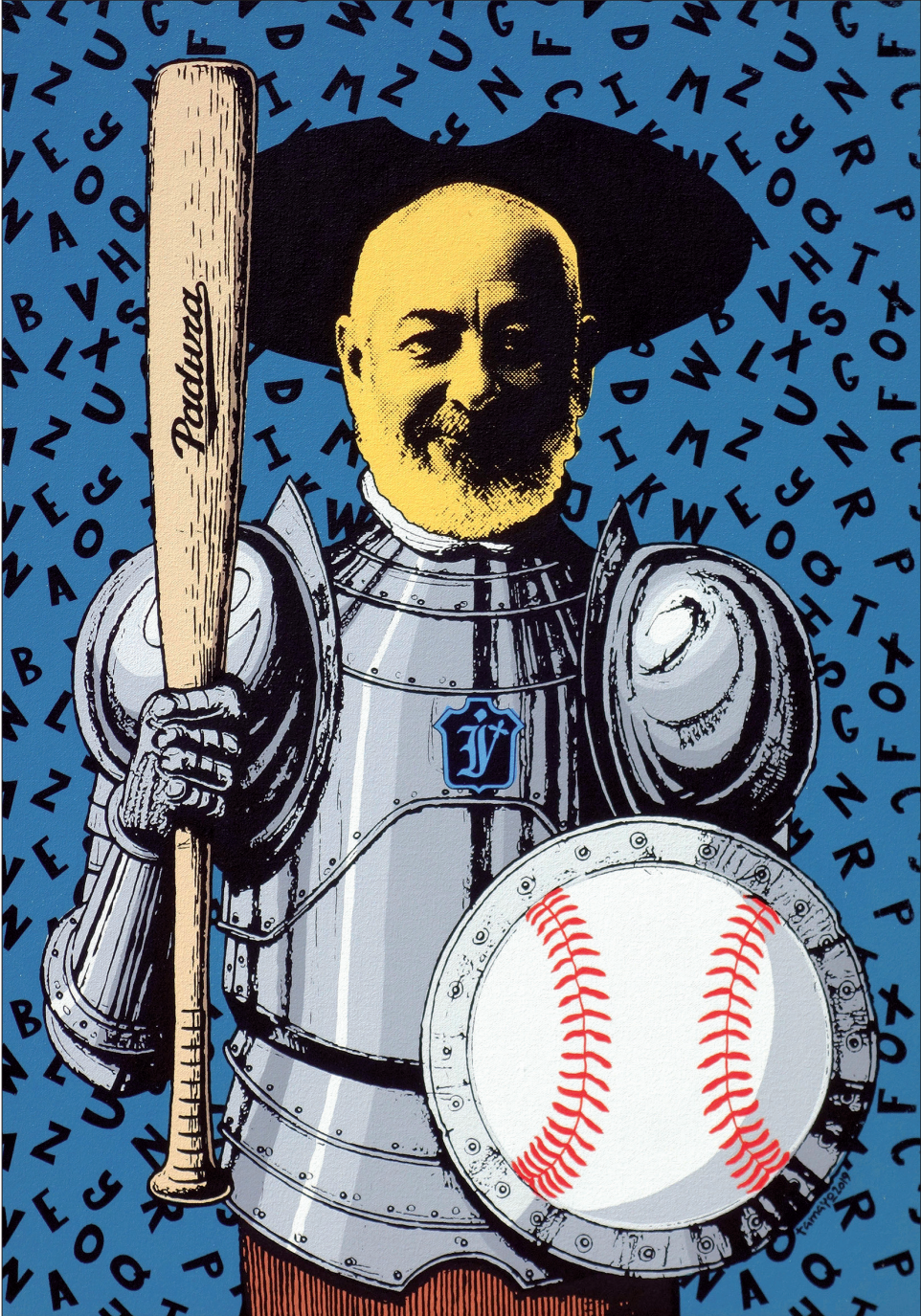
Se trata de un libro que —como su título dice— se aproxima desde las honduras humanas, desde la emoción existencial, a un deporte que no se puede entender sin Cuba, y sin el que Cuba tampoco se podría entender. Es decir, el beisbol ha sido una de las actividades —junto a la música, la danza y la literatura— que sostiene la identidad cubana.

Cuando conocimos a Félix Julio Alfonso López, lo primero que experimentamos fue su sentido de cubanía. En un breve lapso nos habló algo de beisbol, de música, de costumbres. Se le notaba ansioso por hablar ante el público de la Universidad de Cartagena sobre su amplio estudio del beisbol latinoamericano. Y no es para menos. Es su pasión, como la de un cantante que ha preparado su garganta para deleitar al público. Y él, como los cantantes, deja su alma en el escenario. El suyo, en el que muestra sus dotes de investigador acucioso y escritor magnífico, es este libro: páginas que revelan lo hondo del beisbol en la vida cubana. En un pueblo festivo que, entre bailes,

danzas, literatura y jonrones, nos ha marcado el camino por donde ha deambulado gran parte del alma latinoamericana.

Para la comunidad académica de la Universidad de Cartagena es motivo de orgullo y satisfacción presentar a los investigadores sociales y fanáticos del juego de pelota esta maravillosa obra. Esperamos sea del interés de todos y nos llegue al alma, como en la mayor de las Antillas: la isla de Martí.

WILLIAN MALKÚN CASTILLEJO
Rector
Universidad de Cartagena



Prólogo

HABLAR DE PELOTA

Reynerio Tamayo:
Leonardo Padura
(2019). De la serie
Habaneros Ilustres.
Técnica mixta sobre
lienzo, 70 x 50cm.
Foto cortesía del
artista.



En un sitio privilegiado de mi estudio de trabajo tengo una colección de pelotas de beisbol firmadas por algunas de las grandes figuras de ese deporte. Tres de ellas tienen un valor sentimental, histórico, cultural, muy importante para mí.

La primera que obtuve está firmada por Orlando «el Duque» Hernández, *El Duque de Cuba*, uno de los más carismáticos, exitosos y dedicado de los miles de jugadores de ese deporte que he visto desempeñarse a lo largo de mi vida y que vistió, por años, la camiseta azul de esos Industriales con los que me identifiqué allá por 1963. Otra lleva la firma de una de las grandes leyendas del beisbol universal: el inalcanzable Nolan Ryan, el hombre de hierro, el invencible. La tercera de esas joyas tiene la rúbrica de Orestes «Minnie» Miñoso, el *Cometa Cubano*, uno de los mitos del beisbol de todos los tiempos, a quien tuve la suerte de conocer poco antes de su muerte, en la ciudad de Chicago, donde militó con gloria en el equipo de los White Sox, la misma calidad

que con tanta fortuna y protagonismo le permitió llevar a dos campeonatos de Cuba a los Tigres de Marianao, en la década de 1950, cuando Miñoso, al batear, ponía a la bola «a bailar el cha-cha-chá».

Estas pelotas y su presencia en el sitio donde escribo cada día de mi vida, encierran un significado profundo: encarnan el símbolo de una pertenencia, la síntesis de un modo de ser, entender y vivir la vida, y son una de mis más rotundas estrategias para sentir que pertenezco a algo que hemos llamado la «cubanía».

Fue sin duda por esa convicción que la noche para mí tan memorable del 23 de octubre de 2015, cuando entré en el Teatro Campoamor de la ciudad asturiana de Oviedo para recibir el diploma que me acreditaba como Premio Princesa de Asturias de las Letras, lo hice ataviado con una guayabera cubana hecha en Cuba por un sastre cubano. Y además cargué conmigo, y exhibí, una pelota (precisamente la que me firmó y regaló Miñoso) como la mejor forma de demostrar quién soy, de dónde vengo, a qué esencia espiritual pertenezco: al alma de Cuba.

No por casualidad Félix Julio Alfonso López ha titulado, este, su nuevo acercamiento a la historia, la evolución y los personajes de este juego en nuestro país como *El beisbol en el alma de Cuba*. Porque en ninguna otra parte puede estar, debe estar, se merece estar este deporte que no sea ahí, en el centro de la existencia, en el alma de esa identidad aglutinante y aglutinadora que llamamos Cuba. Porque ha estado por siglo y medio y a pesar de los pesares todavía está en las representaciones, memorias, sueños, ansias y desvelos de tantos seres originarios de este pedazo de tierra que, a través de él, gracias a él, también sentimos muchas de las pulsaciones de esa «cubanía».

El historiador Félix Julio Alfonso es hoy por hoy —y desde hace unos años— el más empecinado estudioso de los orígenes del beisbol en Cuba y de sus imbricaciones con las más amplias y diversas manifestaciones de la cultura, que van desde las relaciones con la creación artística hasta las más subjetivas conexiones con nuestros modos de ser. Sin dejar de lado el peso histórico, esa dinámica (y gloriosa) interconexión con la Historia que desde la segunda mitad del siglo XIX ha tenido esta práctica y que es mucho más que física. Pero como la mina de la presencia de la pelota en Cuba es un filón inagotable, el estudioso vuelve una y otra vez y nos entrega siempre nuevas revelaciones sobre la trascendencia de un proceso que tantas dimensiones culturales, sociales, económicas, espirituales tiene para los cubanos.

Todo un importante sector del libro se mueve en una etapa de la historia del beisbol en Cuba que Félix Julio ha estudiado con especial esmero —y sobre la cual nos ha legado algunas importantes precisiones y hasta descubrimientos—: ese último tercio del siglo XIX en el que el juego de las bolas y los *strikes* llega a la Isla y, en un veloz proceso de penetración y asimilación, se convierte en unos de los pasatiempos más practicados en el país, en especial en su parte occidental.

Así, el ensayista recorre en varios de los textos recogidos en el volumen los importantes (y a veces poco valorados y hasta olvidados) vínculos de la pelota y sus practicantes con procesos también centrales de la construcción identitaria como las ideas y luchas emancipadoras, en lo político; la incorporación del negro a su práctica, tan esencial en lo deportivo como en la catalización de la integración étnica y cultural cubana; las cercanías entre beisbol y actividades artísticas como la literatura, la música y el teatro, o de proyección social, como el periodismo y la propaganda, por citar algunas de las conexiones analizadas.

La fuente más importante de información que le permite al investigador regalarnos estos análisis históricos sin duda está en las decenas de publicaciones total o parcialmente dedicadas a la pelota que se imprimieron en Cuba en aquellas décadas finales del XIX, en las cuales, además, entregaron sus firmas notables figuras de la literatura insular. La proliferación de revistas y periódicos constituye una fuente invaluable de fijación de una memoria documental desde un presente histórico que, dolorosamente, contrasta con la pobreza de similares recopilaciones, incluso en soportes digitales, que estamos sufriendo en este veleidoso siglo XXI, quizás el de la agonía de un deporte que tanto ha dado a la identidad de los cubanos.

El evocar a figuras trascendentes de la pelota nacional, hoy en lamentable olvido, es otro de los méritos de estos textos. Figuras emblemáticas como el pionero Carlos Maciá, *el mambí*, el Caballero Oms y hasta el más reciente Armando Capiró, entre otros, son convocadas para recordarnos momentos trascendentes de la historia del deporte nacional.

Debemos agradecerle, una vez más al historiador Félix Julio Alfonso López su labor de rescate de la larga memoria de una disciplina deportiva que, entre nosotros y por todo lo anteriormente dicho, es mucho más que un deporte, un juego, aunque en el terreno se resuelva como tal. Alrededor del beisbol, con él y gracias a él se han condensado demasiadas esencias reveladoras de una pertenencia y una identidad como para que sea considerado un simple «pasatiempo».

Obras como esta demuestran qué fue el beisbol en Cuba y nos advierten lo que está siendo hoy. Nos revelan una peligrosa decadencia que, quizás, sea fruto de una evolución natural pero, tal vez, sea el resultado de una falta de conciencia o simplemente, una miopía histórica que bien puede conducir a una pérdida espiritual irreparable. Porque sin la misma pasión por este juego es posible que los cubanos sigan siendo cubanos, pero lo serán de un modo diferente, porque les faltará una de las representaciones simbólicas, uno de los avales históricos a través de los cuales mejor reflejamos nuestro ser nacional en los tiempos más arduos de la conformación de eso que llamamos la cubanía. Ser cubanos. Y ya, solo quería hablar un poco de pelota.

LEONARDO PADURA

Mantilla, diciembre de 2020






Introducción

EL BEISBOL EN EL ALMA DE CUBA

Ángel Orestes
Fernández, *Ández*.
Nacionalidad
(2015). Acrílico
sobre lienzo, 80 x
60 cm. Foto cortesía
del artista.



Es un hecho irrefutable que el beisbol o juego de pelota es una de las manifestaciones más trascendentes y perdurables de la cultura cubana desde hace más de un siglo y medio.

Parte inseparable de esa comunidad imaginada de afectos, pasiones y amores compartidos por millones de cubanos y su práctica, profesional o amateur, atraviesa todos los sectores sociales y comprende toda la geografía insular y más allá.

Por razones históricas que se expondrán en el libro, fue un suceso que acompañó el proceso de surgimiento y consolidación de la nación cubana, fraguada al calor de las guerras de independencia del último tercio del siglo XIX.

Este hecho hizo del juego de pelota un componente singular del discurso patriótico y nacionalista, y lo convirtió en uno de los ejes fundamentales de la batalla cultural contra el despotismo colonial. Estuvo hasta acompañado en este territorio espiritual y simbólico

por la literatura y el danzón. No es casual entonces que, ya en la República, tanto el beisbol como el danzón hayan asumido la condición de baile y deporte nacional, respectivamente.

Si en el siglo XIX el juego de pelota se cubrió con el sagrado manto del independentismo y la cubanía, su mayor expansión y democratización en el XX, y de manera particular después de la Revolución de 1959, lo convirtieron en un hecho cultural total y le otorgó un lugar definitivo en el arsenal de símbolos de la nación.

Siglo XIX

Un día del año 1864, los hermanos Nemesio y Ernesto Guilló entraron por el puerto de La Habana, procedentes de Mobila, Alabama, un par de curiosos objetos desconocidos: un bate y una pelota de beisbol. Los dos mozaletes habaneros no sabían que este hecho aparentemente fortuito daría lugar, en el curso de unas pocas décadas, a un nuevo y poderoso imaginario de resistencia cultural de los cubanos.

El juego de pelota llegó en las vísperas del inicio de la primera guerra independentista contra España. Es un hecho de profundo simbolismo que, en 1868, se fundara el primer club de beisbol: el Habana BBC. Mientras en la mitad oriental de Cuba se libraban combates épicos por la libertad y la emancipación de los esclavos, en el oeste una joven generación de peloteros preparaba, en el ámbito espiritual, una conmoción cultural sin precedentes.

Tras el fin de la Guerra Grande, el beisbol generó sus propias estructuras, organizadas en torno a una Liga y un Campeonato oficial. Rápidamente conquistó todo el espacio físico, desde Pinar del Río hasta Baracoa, pero con su epicentro en las ciudades de La Habana, Matanzas, Cárdenas y Santa Clara.

Centenares de equipos de todas las edades y orígenes sociales fueron creados. Clubes con nombres aborígenes —como Cuba, Habana, Anacaona, Siboney, Ceiba, Tímina, Casiguaguas y Hatuey— dieron fe de una filiación telúrica con el pasado prehispánico. Otros honraron a poetas proscritos, como Milanés y Heredia. Y los hubo con calificativos abiertamente antiespañoles, como Yara y Jimaguayú.

Se jugaba pelota no solo por el deporte en sí mismo, sino porque era una vigorosa diversión que permitía a los cubanos expresar, de manera simbólica, sus sentimientos de modernidad y deseos de cambio social. También, su oposición a bárbaras tradiciones españolas como las corridas de toros.

Apenas un año después de abolida la esclavitud surgieron los primeros equipos con peloteros negros, y para inicios de la década de 1890 ya el juego de pelota estaba convirtiéndose con rapidez en parte de la cultura popular. Giros lingüísticos y fraseologismos en inglés, procedentes del léxico pelotero, impregnaron con nuevos significados el hablar cotidiano. Las mujeres, en ocupaciones como madrinas, damas de honor y amigas galantes, fueron imprescindibles en los torneos beisboleros del siglo XIX. Pidieron, incluso, que se les permitiera participar también protagonizarlos.

El primer texto literario dedicado al béisbol fue una pieza de teatro bufo con marcado acento de crítica social: *Habana y Almendares o los efectos del béisbol*, escrita en 1887 por los periodistas Ignacio Sarachaga y José M. Quintana. Junto a ellos, el filósofo Enrique José Varona y el médico epidemiólogo Carlos Juan Finlay devinieron también fervientes defensores del moderno pasatiempo. Fueron asiduos a los terrenos de juego y, además, escribieron al respecto notables intelectuales: Julián del Casal, Bonifacio Byrne, Enrique Hernández Miyares, Benjamín de Céspedes, Aniceto Valdivia (Conde Kostia), José de Armas y Cárdenas (Justo de Lara), Emilio Bobadilla (Fray Candil), Raimundo Cabrera y Nicolás Heredia.

El campeón de bateo de la temporada de 1886 con el Club Almendares, Wenceslao Gálvez y Delmonte, publicó tres años más tarde la primera historia del béisbol cubano, al tiempo que importantes revistas ilustradas como *El Fígaro* y *La Habana Elegante* unieron el juego con el ademán modernista, el costumbrismo y la crónica social. Un enjambre de periódicos y gacetillas dedicadas a la pelota cubrió toda la Isla, y noveles artistas gráficos como Ricardo de la Torriente y Armando Menocal ilustraron portadas con retratos de gallardos peloteros. Las orquestas danzoneras de Miguel Failde, Raimundo Valenzuela y Antonio Torroella acompañaron, con sus voluptuosos compases, las excursiones, veladas y fiestas que tenían lugar después de los torneos.

La brillante cohorte beisbolera de la década de 1880 no fue ajena a los afanes patrióticos que, dentro y fuera del país, preparaban la nueva insurgencia. Los *tacos* de la Acera del Louvre como Carlos Maciá y Alfredo Arango, que habían sido deslumbrados por Antonio Maceo en el Hotel Inglaterra, se fueron a la manigua en el año 1895 y terminaron la guerra con timbres de gloria. Desde otras provincias los hermanos matanceros Amieva, el médico Martín Marrero y la familia cienfueguera Alomá Ciarlos, todos destacados beisbolistas, también se incorporaron a la Guerra Necesaria. Apóstoles y

mártires del beisbol fueron Emilio Sabourín, patriarca del Club Habana, laborante incansable, víctima del destierro y el presidio en África; Ricardo Cabaleiro, importante bateador, héroe de la Invasión a Occidente, caído en combate con los grados de capitán y José Manuel Pastoriza, el mejor lanzador de su generación, muerto en Guanabacoa donde distribuía el periódico *Patria*.

Simultáneamente, en las emigraciones de Cayo Hueso y Tampa, en Venezuela y México, los clubes patrióticos celebraron innumerables partidos para recaudar fondos destinados a la insurrección en Cuba. Desde su exilio en Nueva York, un eventual comentarista y asistente a desafíos de pelota fue José Martí, cuyas críticas al profesionalismo del beisbol estadounidense no fueron impedimento para que acudiera, en compañía de su María Mantilla a presenciar juegos en Long Island. Del mismo modo, en una de sus visitas a Cayo Hueso, fue testigo del jonrón enorme que bateó el adolescente, Agustín «Tinti» Molina, a quien luego felicitó.

Al finalizar el XIX, Cuba logró poner fin, después de inmensos sacrificios, a cuatrocientos años de dominación colonial hispana. Pero como hizo notar un avezado testigo de aquellos días, el poeta gallego Manuel Curros Enríquez, cuando se refiere al espacio de las lealtades culturales: «La pérdida de la soberanía española en Cuba no data de 1898. Es muy anterior (...) He aquí por qué la popularidad del beisbol me advirtió que, sino de un modo formal, virtualmente, al desembarcar en Cuba me hallaba en tierra extranjera».

Siglo XX. La República

Quizá la rápida expansión del beisbol en los albores de la República, en el contexto de la primera y segunda intervención norteamericana, se deba a que se convirtió en un símbolo de franca oposición a la dominación e injerencia extranjera sobre el país. A inicios del siglo XX se experimentó un nuevo auge de popularidad del deporte en el tejido social donde se reconoce la naciente República, marcada por la impronta neocolonial de Estados Unidos.

La pelota fue una manera de desquitarse de ese agravio, como escribió el intelectual José Sixto de Sola en su artículo de 1914, «El deporte como factor patriótico y sociológico», y pocas cosas lo evidenciaron mejor que los momentos en que algunos equipos pertenecientes a las Grandes Ligas nos visitaron como parte de su pretemporada. Estos conjuntos traían a varios de los que eran considerados los mejores peloteros del mundo, entre ellos Ty Cobb y *Babe* Ruth, mientras la afición cubana veía cómo sus jugadores —por lo

general negros y mulatos humildes como José de la Caridad Méndez y Cristóbal Torriente— eran capaces de enfrentarlos con hidalguía y derrotarlos en más de una ocasión.

A ellos se sumarían otras luminarias que desde la pelota jugaron roles protagónicos en la conformación del nuevo imaginario como nación. Bastaría citar, en una larga galería, a Alejandro Oms, Bartolo Portuondo, Adolfo Luque, Miguel Ángel González, Conrado Marrero, Orestes Miñoso y sobre todo la figura de Martín Dihigo, *El Inmortal*. Nadie como él encarnó, por sus valores atléticos y ciudadanos, lo que representó el deporte nacional para que la historia de Cuba y su cultura puedan escribirse a partir de procesos marginales como el beisbol, desde esos costados donde también se evidencian sus iluminaciones y límites, sus angustias y tensiones como nación.

Junto a los peloteros, los árbitros Raúl «Chino» Atán y Amado Maestri fueron personas de gran prestigio y autoridad moral, dentro y fuera de los terrenos; periodistas como Víctor Muñoz, autor de la primera novela cubana sobre beisbol y Eladio Secades, guionista de la inicial película sobre este deporte juego en la Isla, le confirieron a la crónica deportiva una dimensión literaria continuadora de sus pariguales del XIX. Y entre los muchos terrenos continuadores del emblemático Palmar de Junco, bastaría con citar al Gran Estadio del Cerro, inaugurado en 1946, y que desde entonces ha sido el templo de la pelota cubana y escenario de acontecimientos históricos.

Un profundo conocedor, el escritor norteamericano Peter C. Bjarkman, afirmó en una de sus obras que los cubanos son los apóstoles del beisbol. Esto se debe a que fueron peloteros y emigrados revolucionarios de la Mayor de las Antillas los que llevaron esta práctica a varios países del Caribe y Sudamérica (México, República Dominicana, Puerto Rico, Venezuela), donde su disciplina se ha desarrollado tanto que hoy es considerado como deporte nacional de la mayoría de estas. El punto culminante de la anterior afirmación fue la creación de la Serie del Caribe en 1949, cuyo origen ocurrió durante varias reuniones celebradas un año antes en nuestro país, que dominó ampliamente estos eventos en su primera etapa (1949-1960). Sin embargo, a principios de la década de los 60, a causa de la política hostil de Estados Unidos hacia la Revolución, la ausencia de Cuba liquidó dicha serie por varios años.

Porque nuestros peloteros, sus jugadas y su historia, forman parte de lo universal cubano que reivindica nuestra identidad, como conciencia orgánica desde la razón cultural e integradora de su historia, campeonatos, protagonistas, récords, curiosidades y sus estudiosos. A ellos se sumarían nuestro arte

y literatura, con nombres representativos de esa etapa como Regino Eladio Boti, Miguel Matamoros, Enrique Jorrín, Níco Saquito, la Orquesta Aragón, Benny Moré, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Raúl Roa y José Lezama Lima, entre muchos otros, que imbricaron el beisbol y la cultura de la Isla, pues desde sus orígenes se ha expresado como rasgo del «ser cubano», o atributo de la condición nacional que es para muchos la pasión beisbolera. Algo que fue expresado con certeza por el decano de nuestro periodismo deportivo, el ya fallecido Elio Menéndez: «La pelota en Cuba es una síntesis de talento natural y ganas de brindar un espectáculo. No puede decirse que es solo un deporte, es la prolongación cultural de un país, es lo que no perdonaría la gente que no tuviéramos».

Siglos xx-xxi. La Revolución

Como con cada ámbito del país, la Revolución transformó el beisbol. Justo esa pelota, esa pequeña esfera, cambió para siempre. Acaso no el juego, aunque también ganó en acentos, pero sí en su repercusión. En la medida en que Cuba se afirmó a sí misma, también lo hizo este deporte. Los líderes del triunfo, desde el mismo 1959, afincaron, *spike* en tierra, su fe en él con la presencia en los estadios y, desde entonces, quedó en la memoria popular aquel mandato de Camilo: contra Fidel ni en la pelota.

La práctica del deporte, indudablemente nacional y presente en todos los segmentos del país, desde el batey hasta el Gran Stadium del Cerro y desde entonces Latinoamericano, ganó en horizontalidad al crearse las series nacionales. Surgieron además nuevas rivalidades y sentidos de pertenencia, y una generación de peloteros desconocidos (Pedro Chávez, Urbano González, Modesto Verdura, Manuel Alarcón, Miguel Cuevas, Erwin Walters, Fidel Linares) conquistaron los antiguos afectos del beisbol profesional.

Provincias y municipios cargaron más visibilidad simbólica al poseer equipos que los representaron de manera directa. Estos se convirtieron desde entonces en el principal emblema de cada territorio, una pequeña manera de defender lo grande. En dos etapas fueron realizados nuevos y espaciosos estadios, durante los años 60 en las capitales de las antiguas provincias y luego en las cabeceras de aquellas surgidas de la división político-administrativa de 1976.

Y más grande fueron desde entonces las letras de Cuba en el pecho de nuestros peloteros sobre sus trajes rojos o azules. Las numerosas victorias eslabonadas a lo largo de 60 años traspasaron lo deportivo para convertirse en convicción política, fe en la tierra propia y jolgorio popular. Encarnaron en un imaginario imborrable. Recuérdese si no los triunfos, por poner unos pocos ejemplos, en los campeonatos mundiales de Santo Domingo 1969, Cartagena 1970, Japón 1980 y de Italia 1988, en las Olimpiadas de Barcelona 1992 y de Atlanta 1996, sobre los Orioles de Baltimore 1999 y, con el subcampeonato, en el Primer Clásico Mundial 2006, el mayor triunfo del beisbol cubano de toda su historia.

Aunque desde antes de 1959 los peloteros tuvieron un origen popular, ello se reafirmó con la puesta en práctica de las políticas sociales de la Revolución, de tal manera que el beisbol constituyera una vía de crecimiento y expresión de los sectores más humildes de nuestro pueblo. Y muchos de sus más destacados practicantes han representado a dichos sectores hasta en la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Con el recordado Bobby Salamanca, repasamos los nombres y los sobrenombres de algunos de estos excelsos jugadores: Braudilio Vinent, *El Meteoro de La Maya*; Antonio Muñoz, *El Gigante del Escambray*; Pedro José Rodríguez, *El Señor Jonrón*; Wilfredo Sánchez, *El Gamo de Jovellanos*; Víctor Mesa, *La explosión naranja*; Rogelio García, *El Ciclón de Ovas*; Luis Giraldo Casanova, *El Señor Pelotero*; Omar *El Niño Linares*; Orestes Kindelán, *El tambor mayor* y Antonio Pacheco, *El capitán de capitanes*.

Junto con esta pléyade de ilustres peloteros, una cohorte más pequeña, pero de indudables méritos deportivos, realizó su carrera fuera de las fronteras de la Isla (principalmente en los Estados Unidos, pero también en otros países vecinos como México y Venezuela) por razones tan diversas como la vida misma. Es imposible escribir esta parte de la historia sin mencionar los nombres de Orestes «Minnie» Miñoso, Atanasio «Tany» Pérez (miembro del Salón de la Fama de Cooperstown), Zoilo «Zorro» Versalles, Antonio «Tony» Oliva, Luis Tiant Jr., Miguel «Mike» Cuéllar, Pedro Ramos, Leonardo Cárdenas, Camilo Pascual, Dagoberto «Bert» Campaneris, José Cardenal, Antonio «El Haitiano» González y otros que aún siguen activos en escenarios foráneos, con actuaciones tan extraordinarias como las de José Dariel «Pito» Abreu y Yulieski Gurriel en la Gran Carpa o José Miguel Fernández en la KBO.

Ahora mismo, en cualquier ciudad o campo de Cuba, aprovechando la confluencia de cuatro esquinas o un simple descampado, hay miles de niños jugando a que son las grandes estrellas de cada momento. Quizás son menos que en otros tiempos, pues hoy juegan más al fútbol o se distraen con otros entretenimientos, incluso no físicos. Son parte, estos últimos, de los riesgos de un cambio civilizatorio y cultural que afina nuestra propuesta de defender al beisbol como PATRIMONIO CULTURAL DE LA NACIÓN. Aunque siempre algunos llegarán a ser lo que dicen, desde la grada o los duros asientos: Germán, Pedro Luis, Cepeda, Despaigne... Ojalá no se pierda nunca, porque sería perder una parte irreductible de nuestras esencias.

Un juego de pelota es una metáfora que todos inventamos de espaldas al tiempo. Posicional, ajedrecístico, teatral, polifónico, de diferentes transcursores temporales, en ese juego y su tiempo también va Cuba. Al contrario de la amarga derrota, la victoria cuece dentro mieles que duran días, años, la vida entera. La Revolución ha generalizado, si cabe, aún más el entramado del beisbol como fuente de cultura. En el lenguaje, la música, el comportamiento, las artes, la representación de nosotros mismos. Van Van y Buena Fe forman parte de la banda sonora del beisbol cubano. En las letras lo han reverenciado los poemas de Roberto Fernández Retamar y Carlos Esquivel, las obras de teatro de Amado del Pino y Ulises Rodríguez Febles y la narrativa de Arturo Arango y Leonardo Padura. Asimismo, en las artes plásticas se destaca la labor de Reynerio Tamayo y su extensa galería de retratos de grandes peloteros. Con menos presencia que la deseada, el cine también nos ha dejado sus testimonios en la película de Rolando Díaz *En tres y dos* (1985), el documental de Ian Padrón *Fuera de Liga* (2003) y el dibujo animado de Mario Rivas *El deporte nacional* (1981).

En pocos sitios el cubano es tan cubano como en un estadio. Allí están todos sus gestos posibles, allí se conservan, incluso, muchas palabras que pueden perderse y que los académicos nunca llegan a registrar. Allí están los gestos y las palabras que vendrán; el cubano que dirá y se moverá en los años por venir. La hierba de un estadio es también una isla, un país delimitado por rayas de cal que todos miramos desde el espejo de las gradas. No somos ricos. Tampoco ellos, nuestros jugadores. O lo somos de otra manera, difícil de explicar en este tiempo, en este planeta. En esas cuatro letras: CUBA, metáfora tremenda en el beisbol de esta Isla infinita. Victoria —incluso sobre el tiempo—, y también de la pelota, mediante la locura, el virtuosismo y la belleza.

Aquí están las decenas de miles de jugadores, los millones de seguidores de las novenas criollas, que desataron siglo y medio de fervor beisbolero, donde se enlazan nombres que fueron sinónimo de espectáculo para la afición, y ese mismo pueblo entusiasta que lo identifica como una alegoría nacional. Esos peloteros, sus jugadas, los episodios que protagonizaron, su historia, forman parte de la cultura cubana, parte imprescindible de nuestra forma de ser, y de lo universal criollo de nuestra identidad.

El deporte, como expresión de la cultura de una sociedad, deja un legado a manera de construcción simbólica y material, que está determinado por su contexto. La pelota tampoco es una entidad absoluta. Los procesos de socialización que condicionan a los atletas, al espectáculo y al público, son los que caracterizan una época y tejen un entramado que define lo normal y lo razonable.

La declaratoria de la Dimensión Cultural del Beisbol, sus prácticas y saberes asociados, como Patrimonio Cultural de la Nación, reconoce a todos aquellos que dentro y fuera del terreno, desde las glorias establecidas hasta los anónimos, incluyendo a todos los protagonistas y testigos ya desaparecidos y al más silencioso de los espectadores, se han mantenido incondicionales tanto en el diamante, como en las gradas, o en torno a la radio o al televisor. Y con ellos, se enaltece al PELOTERO, aquel hombre sobrepasado por el mito, al que admiramos varias generaciones de cubanos desde diferentes puntos del mundo y de la Isla.

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ

NORBERTO CODINA BOERAS

OMAR VALIÑO CEDRÉ

2020



ENSAYOS



E. FIELDING.
Diestra cogida de una

Veinticinco tesis sobre el beisbol cubano del siglo XIX

Para Martín Socarrás

Ilustración, del
fielding, publicada
en el semanario *El
Sport*, La Habana,
No. 38, 1 de julio de
1886.



- 1 •** La llegada a Cuba de los primeros implementos para jugar beisbol, un bate y una pelota, se produjo en 1864 y fueron traídos por los hermanos habaneros Nemesio y Ernesto Guilló, a su regreso del Spring Hill College de Mobila, Alabama, Estados Unidos.
- 2 •** El juego más antiguo registrado en la prensa cubana se produjo el 1 de septiembre de 1867, entre un grupo de jóvenes habaneros del comercio y otro formado por estadounidenses residentes en Matanzas. Se celebró en el estadio Palmar de Junco y quedó tablas.
- 3 •** El primer equipo de beisbol formado en el país fue el Club Habana, fundado en 1868.
- 4 •** El partido documentado en la prensa con mayor información (incluía un resumen del encuentro y un primitivo *box score*) tuvo lugar en el Palmar de Junco

el 27 de diciembre de 1874 entre el equipo Habana y otro llamado Matanzas, con victoria para el primero de 51 corridas a 9. Un dato de interés estadístico revela que la batería del Club Habana conectó cuatro jonrones, tres a cargo del receptor Esteban Bellán y uno a la cuenta del *pitcher* Ricardo Mora. Son estos los primeros cuadrangulares conocidos en la historia de nuestra pelota.

5 • El primer juego oficial se celebró el 29 de diciembre de 1878, al inicio del primer campeonato de la Liga General de Beisbol de la Isla de Cuba, entre el Habana y Almendares en los terrenos de Tulipán, y finalizó con victoria habanista de 21 a 20.

6 • Los primeros campeonatos fueron estrictamente amateurs. Esta característica de los inicios de la pelota organizada está del todo demostrada en la prensa y los reglamentos de la época.

7 • Los torneos invernales evolucionaron y transitaron por tres etapas: amateurismo, semiprofesionalismo y profesionalismo. La primera se extendió desde 1878 hasta 1887, seguida de una etapa de semiprofesionalismo, de 1887 a 1891 en la que los clubes incluyeron, paulatinamente, jugadores asalariados. Entre 1891 y 1892 se impone de una vez el profesionalismo con la aparición del equipo de una empresa tabacalera: Águila de Oro.

8 • Los clubes originarios fueron en su mayoría secciones dentro de sociedades de instrucción y recreo, legalizadas como tales ante el Gobierno Superior Civil. Poseían finanzas propias, glorietas y terrenos para jugar pelota.

9 • El club lo integraban socios con diversas denominaciones (fundadores, honorarios, facultativos, etc.): ellos pagaban sus cuotas jerárquicamente y, también, los peloteros. Las esposas, hijas y novias de estos y de los directivos fungían como madrinan de los equipos.

10 • Los dos clubes más poderosos, Habana y Almendares, atenuaron sus problemas financieros convirtiéndose en sociedades anónimas. Estos no tuvieron un propietario único, sino que vendieron acciones entre sus asociados y alquilaron sus terrenos para fiestas y diversiones.

11 • Los clubes tenían un conjunto principal para la Liga de Primer Premio, pero también reunían jugadores para los torneos de segundo, tercer y cuarto premios, pues se jugaba todo el año. Hubo infinidad de otras competiciones, como las categorías infantiles, de modestas membresías y discretos resultados deportivos.

12 • En principio los clubes optaron por un premio simbólico y luego, con la práctica semiprofesional y profesional, por uno en metálico. Al inicio la disputa era por una bandera, un gallardete, ramos de flores, medallas o un bate. Luego fue sustituido por un premio en dinero, a partir de una determinada cantidad de capital depositada por cada asociación antes de empezar La Liga.

13 • Integraban los clubes diez jugadores, los llamados *tens* o decenas (de donde proviene la voz *picked ten* o selección de diez jugadores, cubanizada en *pitén*), hasta el surgimiento del profesionalismo. A los nueve regulares se añadía el *right short*, un jugador que ocupaba el centro del *infield*. Los *tens* perduraron durante trece temporadas, desde 1878 hasta 1891.

14 • Estaban prohibidas las sustituciones o los llamados emergentes, excepto en caso de lesión o por decisión de fuerza mayor, de manera que era usual que un jugador estuviese en varias posiciones durante el desafío. El primer jugador de las diez posiciones (y único) a lo largo de toda su carrera fue el matancero José Castañer. Las sustituciones se permitieron a partir de 1891.

15 • El juego se practicaba, en sus inicios, a mano limpia, sin el uso de guantes y careta por el receptor, por lo menos hasta la etapa del semiprofesionalismo. Ello explica la gran cantidad de errores y de lesiones entre los jugadores al campo. El bate tampoco era enteramente redondo, tuvo una parte plana hasta 1893.

16 • No se permitió la presencia de jugadores negros en los equipos amateurs, aunque sí los hubo de profesionales desde 1887, un año después del fin de la esclavitud.

17 • El beisbol se extendió por toda la Isla, desde Pinar del Río hasta Baracoa, en la década de 1880, pero los campeonatos organizados implicaban principalmente las ciudades de La Habana, Matanzas y Cárdenas.

18 • No hay datos evidentes de prohibiciones por parte del colonialismo español del juego de pelota, por lo menos hasta 1895, con el inicio de la Guerra de Independencia.

19 • Por lo general había un solo árbitro, que era escogido entre los socios más conocedores del juego o incluso entre los propios jugadores. Solo a partir de 1888 comenzó a pagárseles. El desafío se regía por las Guías Spalding estadounidenses, traducida y adaptada a las realidades del beisbol amateur cubano.

20 • Predominaba la ofensiva sobre el pitcheo. El *pitcher* estaba obligado a lanzar a pedido del bateador entre un trío de lanzamientos: *high ball*, *low ball* y *fair ball*. Del mismo modo el *pitcher* podía realizar varios movimientos y lanzar la pelota libremente, con la única prohibición de no salir del box.

21 • Se batearon muchísimos más triples que jonrones. Varias veces hubo campeones jonroneros con uno solo. El primero dentro de un campeonato organizado fue el estadounidense James McCullar (jugador profesional, separado del certamen pues era ilegal) y el primer cubano que lo hizo de manera oficial fue Oliverio Agramonte.

22 • Los desafíos eran entretenidos por orquestas danzoneras como la de Raimundo Valenzuela, que solía dividirse entre competencias, la de Miguel Faílde y la de Alfredo Torroella, *Papaíto*. Las agrupaciones también acompañaban a los equipos en sus viajes en tren a otras ciudades.

23 • Era frecuente organizar desafíos a favor de obras de beneficencia, recaudar fondos para el Partido Liberal (Autonomista), hacer homenajes a personalidades públicas o socorrer a peloteros necesitados.

24 • Durante todo el siglo XIX estaba prohibido por los reglamentos que participaran extranjeros en los campeonatos cubanos, y en caso de hacerlo debían tener como mínimo dos años de residencia en la Isla; por lo tanto, fue en su totalidad un beisbol nacional (aunque fueron incluidos algunos españoles).

25 • Un número considerable de peloteros del XIX fueron de ideas radicales, conspiraron por la independencia y lucharon contra el colonialismo.

Entre ellos cabe mencionar a Emilio Sabourín, Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ricardo Martínez, Ramón Hernández, Ramiro Mazorra, Víctor Planas, Francisco Alday, Pedro y Leopoldo Matos, Gustavo Aróstegui, Ignacio y Ubaldo Alomá Ciarlos, Manuel y José Dolores Amieva, Eduardo Machado, Ricardo Cabaleiro, José Manuel Pastoriza y Agustín «Tinti» Molina. La mayoría de ellos fueron inmortalizados en una placa de mármol que todavía existe, inaugurada en el año 1948, a petición del Dr. Benigno Souza, médico personal del generalísimo Máximo Gómez.¹

¹ La tarja histórica ha sido restaurada por la Oficina del Historiador de La Habana. Una moderna, que contiene nuevos nombres de peloteros mambises, fue develada en el Estadio Latinoamericano el 28 de diciembre de 2020. (Véase el Epílogo de este libro).

EL SCORE

SEMANARIO DE LITERATURA Y SPORT

Pongamos más allá, en lo alto y bien visible, la idea superior que comunica todo su valor á estos ejercicios: la necesidad de una reforma, para un pueblo que ha perdido buena parte de su juventud, de sustituirla con otra igualmente robusta, sana y emprendedora.

NUESTRO PROGRESO SERÁ CIERTO, INDISCUTIBLE, EL DÍA QUE ENTRE NOSOTROS EL SPORTSMAN HAYA DESTROXADO AL BAILADOR.—E. J. YARONA

DIRECTOR: A. P. UTRERA	D RECCION Y ADMINISTRACION: HABANA 125	ADMINISTRADOR: A. RIQUELME
---------------------------	---	-------------------------------

NUESTROS PERIODISTAS



JUAN GUALBERTO GOMEZ

Raza y beisbol en La Habana del siglo XIX

Para María del Carmen Barcia y Pedro de la Hoz

Yo no sé lo que pensarán el ilustre filósofo Francisco Giralt, el Sr. Lagardere y el abolicionista Sr. Labra, del *baseball* de la raza de color, pero yo sí sé lo que pienso, aunque algunos me nieguen la facultad de pensar. Promulgada la abolición, somos ya iguales ante la ley, aquí donde no todos los blancos somos iguales.

WENCESLAO GÁLVEZ Y DELMONTE

El ilustre periodista y patriota Juan Gualberto Gómez, en la portada del semanario *El Score*, La Habana, No. 12, 8 de marzo de 1891.



En diciembre de 1880, el diario habanero *La Discusión* daba cuenta de un encuentro entre dos clubes de pelota, a celebrarse el 6 de enero del año siguiente en los terrenos del Almendares BBC, y expresaba su visible agrado de que dicho desafío tuviera lugar el mismo día que los negros celebraban con sus cantos y bailes el Día de Reyes: «Esta noticia nos colma de satisfacción, porque así tendremos una diversión agradable y sin el acompañamiento de *tango* a que parece estar obligado ese día cuanto existe en la *culta* capital. Además como allí no entrarán los *diablitos*, nos economizaremos algunos *reales*».²

² *La Discusión*, La Habana, Año II, No. 298, 29 de diciembre de 1880, p. 3. Sobre la festividad citada, sigue siendo clásico el estudio de Fernando Ortiz: *La antigua fiesta afrocubana del Día de Reyes*. La Habana, 1960.

Nos encontramos así con una intención de reemplazar, al menos en una parte de la ciudad, la tradicional festividad afrocubana, con la nueva diversión de origen estadounidense y que los criollos blancos promovían como nuevo símbolo de estatus social e identidad nacional. Hacía apenas dos años que se había organizado el primer campeonato oficial del beisbol cubano (29 de diciembre de 1878), y menos de uno de la promulgación de la llamada Ley del Patronato (13 de febrero de 1880), que preveía un cambio importante en la sociedad de castas cubana, al anunciar una extinción gradual de la esclavitud en la Isla.

Lo anterior no pudo impedir que, de manera progresiva, los negros y mulatos se fueran acercando a las prácticas del novedoso pasatiempo. Poco tiempo después, ese propio diario se quejaba del conocimiento callejero del beisbol por «los negritos, mulaticos y blanquitos mataperros, celebrando desafíos de *base ball* en la calle Perseverancia, entre Neptuno y Virtudes».³

La visión elitista y excluyente del juego de pelota hacía responsables de las discordias, frecuentes en muchos desafíos, no solo a los blancos humildes, sino a negros y mulatos menesterosos, como es explícito en una gacetilla publicada en *La Habana Elegante*, donde se pide que: «cuando el mulato Mario, el limpiabotas, recorra el diamante pisoteando banderas y agitando en el aire otra, ejecutando contorsiones ñáñigas y haciendo brujerías, haya directores enérgicos que, auxiliados de la policía, declaren *out* al cizañero».⁴

El tópico racista del negro ñáñigo como sinónimo de delincuente y malvado, fue utilizado más de una vez por los «aristócratas» almendaristas, quienes temían verse asaltados en los partidos «por una turba de secuaces negros, ñáñigos los que más», y ya que los juegos «eran públicos», convocaban al Gobierno a poner coto a esta situación.⁵ Tales pronunciamientos eran claros en el mensaje que transmitían: los negros y mulatos debían quedar excluidos de una diversión pensada para el disfrute de las élites y clases medias urbanas, predominantemente blancas. A lo más que podían aspirar los interesados en dicho juego era al papel de «ayudantes» de los jugadores blancos durante sus prácticas privadas.

Sin embargo, para el verano de 1887, a menos de un año de la Real Orden que suprimió el Patronato y puso fin de manera efectiva a la esclavitud

³ Gacetilla de *La Discusión* reproducida en *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 36, 4 de junio de 1882, p. 2.

⁴ *La Habana Elegante*, La Habana, Año IV, No. 9, 28 de febrero de 1886, p. 5.

⁵ *La Habana Elegante*, La Habana, Año IV, No. 31, 1 de agosto de 1886, p. 9.

en Cuba (7 de octubre de 1886), la sociedad habanera había cambiado su percepción sobre el significado de la presencia de negros y mestizos en los escenarios del juego de pelota, al punto que dos equipos integrados por jugadores de piel oscura midieron sus fuerzas por primera vez con los nombres de Fraternidad y Comercio Habanero. En el primero de los casos, el nombre de Fraternidad remitía en el imaginario de los negros y mulatos al periódico de igual nombre fundado por Juan Gualberto Gómez al finalizar la Guerra de los Diez Años, en abril de 1879, entre cuyos objetivos estaba el progreso cultural, educativo y cívico de la llamada «raza de color», así como el logro de la unidad entre sus diferentes grupos y actores sociales.⁶ Con un inequívoco matiz prejuicioso, al gacetillero de la revista de *sports* y literatura *El Figaro* le llamó la atención que ambos conjuntos de personas de color, al igual que sus homólogos blancos, se presentaran «perfectamente uniformados».⁷ La misma visión paternalista reflejó *El Sport* al dar cuenta de su sorpresa: «pues no esperábamos tan buen resultado, contando con el natural temor de los combatientes que por primera vez usaban uniforme y se presentaban ante un público de más de 1500 personas».⁸ La cifra tan elevada de individuos, que acudió a presenciar el primero de estos juegos, no solamente nos habla de la «novedad» de este suceso deportivo y el interés que despertó, sino de los beneficios financieros que obtuvieron sus favorecedores, pues dichos clubes estaban patrocinados por empresarios blancos y se competía por un premio en metálico.

En el comentario de este desafío publicado por *El Sport*, se destaca la presencia de un jugador negro con varios defectos físicos, quien se desempeñaba en una de las posiciones más agotadoras y difíciles del juego de pelota: la receptoría. Lo anterior le otorgaba cierto aire circense al duelo deportivo, aunque se le reconoce destreza y experiencia como a sus pares blancos:

Creemos que llegarán a efectuar juegos bastante aceptables. Ambos clubs cuentan con buenos jugadores y hacemos especial mención del catcher Cárdenas,

⁶ Véase Pedro Deschamps Chapeaux: «El centenario de *La Fraternidad* (el periódico de Juan Gualberto Gómez)», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, Año 70, Vol. XXXI, septiembre-diciembre, 1979, pp. 43-68.

⁷ *El Figaro*, La Habana, Año III, No. 23, 23 de junio de 1887, p. 6.

⁸ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año II, No. 39, 30 de junio de 1887, p. 2.

del Fraternidad que, a pesar de ser cojo y manco (!) juega admirablemente tanto al *baserunning* como al *bat*, distinguiéndose por su astucia y habilidad. E. Valle y P. Cervantes, CF y SS del *Comercio* son muy buenos jugadores. Los demás son aceptables y esperamos apreciarlos mejor en otros juegos.⁹

En un gesto inusual, al finalizar el primer juego, al catcher «cojo y manco» del Club Fraternidad le fue entregado por un niño una corona de flores naturales, obsequio de las directivas de los equipos Fe y Almendares.¹⁰ La gratificación resultaba mucho más inusitada en el caso del segundo de estos conjuntos, el Almendares BBC, representante de las élites criollas y cuyo presidente a mediados de la década de 1880 era el joven hacendado Juan Pedro Baró, proveniente de una acaudalada familia de la burguesía esclavista. La revista *La Habana Elegante* se limitó a dar cuenta de este suceso, sin dudas extraordinario, con una frase lacónica: «No hay duda que progresamos».¹¹

Los dos siguientes encuentros no tuvieron igual asistencia de público; al segundo «poca concurrencia asistió al *match*, por temor quizás a la lluvia»,¹² y al tercer partido se dice que «regular concurrencia asistió el pasado domingo a presenciar el *match* entre estos dos clubs de *colored players*».¹³ Aun así, la crónica publicada en *El Sport* abunda en detalles de las acciones deportivas y ofrece una valoración positiva del último juego: «Si bien creíamos fuese aceptable el desafío, este superó nuestros deseos, pues ambos clubs jugaron muy bien al campo. Al *bat* se hizo poco por la efectividad de ambos pitchers, que lograron dominar a los *batsmen*».¹⁴ Hay incluso una mención destacada para el jugador J. Corzo del equipo Fraternidad, el cual se distinguió «en un magnífico *foul fly* en el *left field*».¹⁵ Como dato de interés, los árbitros en los tres juegos fueron

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *El Habanista*, La Habana, Año I, No. 10, 6 de julio de 1887, p. 5.

¹¹ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 28, 10 de julio de 1887, p. 7.

¹² *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año II, No. 40, 7 de julio de 1887, p. 2.

¹³ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año II, No. 41, 14 de julio de 1887, p. 2.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

blancos: Ramón García en los dos primeros y el pionero del beisbol cubano Nemesio Guilló en el último.

Sin embargo, a pesar de tan notables desempeños deportivos, *La Habana Elegante* pronto dejó claro que los peloteros negros no eran *amateurs*, pues habían contendido por un premio de 500 pesos, ganado por el Comercio Habanero: «club que en su uniforme tiene los mismos colores que el club Habana». ¹⁶ El comentario no era casual, pues los almendaristas acusaban a su rival de ser el equipo del populacho y la vulgaridad. En este sentido un periodista partidario de los azules recordaba que en su club «las personas decentes están en mayoría y que la minoría cultísima que hay en el Habana, no puede contener a las masas de blancos semiafricanos y negros ñáñigos que tienen simpatía por el club que asienta sus reales en el Vedado». ¹⁷

La visión discriminatoria venía acompañada por una clara conciencia clasista: «Tanto en el Almendares como en el Habana existen partidarios decentes y cultos; tanto en el Habana como en el Almendares hay burgueses afiliados y hasta gente bárbara o salvaje», pero la diferencia consistía en que «mientras en el Almendares están en minoría los blancos sin educación y gentes de color descamisados, el grueso de los simpatizantes del Habana lo constituyen las clases populares y brutales que acrecientan sus pasiones y encarnizan sus odios contra los que enarbolan la bandera azul...». ¹⁸

Dicha publicación aprovecha además para proyectar su menosprecio por esos juegos de negros añadiendo: «creo inútil decir que a estos desafíos concurrieron muy pocas señoritas... blancas, que en cuanto a las de color (...) no podía exigirse más». ¹⁹ Un año después, la misma publicidad da cuenta de un juego entre dos clubes de negros «donde parecía un hecho la igualdad de razas», pero renuncia a ofrecer detalles del mismo para no disgustar a las lectoras blancas de la revista. ²⁰ En ocasiones las alusiones racistas eran presentadas con frases de burla, como cuando un gacetillero dice que un equipo estadounidense «dejó en blanco» a otro (frase del argot

¹⁶ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 29, 17 de julio de 1887, p. 8.

¹⁷ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 23, 5 de junio de 1887, pp. 7-8.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 29, 17 de julio de 1887, p. 8.

²⁰ *La Habana Elegante*, La Habana, Año VI, No. 22, 27 de mayo de 1888, p. 7.

beisbolero que significa que no anotó carreras) y añade con sorna: «¡y aquí no hay quien deje en blanco al Fraternidad!». ²¹ Otra gacetilla racista rezaba: «Se está organizando un nuevo club titulado “Africana”, cuya divisa, según nos dice, será negra. Para gusto se han hecho colores». ²²

A pesar de todos los prejuicios y comentarios racistas aparecidos en la prensa de las élites, es muy significativo que en la primera historia del beisbol cubano, publicada por Wenceslao Gálvez y Delmonte, irrumpa un breve capítulo dedicado a lo que denomina «*Base Ball* de ébano». ²³ En su texto, Gálvez reproduce análogos estereotipos discriminatorios, pero no puede desconocer la existencia de los equipos negros de pelota. En su opinión, a todas luces maliciosa, no eran los blancos los culpables de la exclusión de aquellos del campeonato oficial de beisbol, sino los propios negros pues «ellos no admitían blancos en sus decenas, distinción a la que no han correspondido más de un club de blancos en cuyas filas militaron personas de color aunque estén muy bien arregladitos sus papeles». ²⁴ Sin embargo, como hemos visto, sí hubo presencia de blancos en los desafíos jugados por negros, pues los árbitros en los juegos entre Comercio y Fraternidad en julio de 1887 fueron blancos. ²⁵

El racismo «científico» de estos intelectuales blancos, que tanto defendían las prácticas beisboleras con carácter excluyente, es innegable en el siguiente comentario de Wenceslao Gálvez:

los jóvenes que huelen a opopónax a todas horas del día y cuidan sus vestidos para que no ofrezcan la arruga más insignificante, censuran esta evolución de la raza de color que trueca el *mecongo* y la *escoba amarga* por el *bat*. No digo yo que vea con gusto correr a los morenos en persecución de la *esferilla*, como le dicen a la pelota algunos periódicos del interior, ni aconsejo que nuestra sociedad culta asista a sus juegos, porque no son ellos *sportsmens*, como no lo son tampoco muchos blancos que apenas saben leer de corrido; pero bueno es que

²¹ *La Habana Elegante*, La Habana, Año VI, No. 32, 5 de agosto de 1888, p. 7.

²² *El Pitcher*, La Habana, Año I, No. 17, 25 de septiembre de 1887, p. 6.

²³ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*. Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago Spencer, La Habana, 1889, pp. 45-46 [capítulo X].

²⁴ *Ibidem*, p. 45.

²⁵ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año II, No. 40, 14 de julio de 1887, p. 3.

se ocupen del *baseball* [entre ellos solos] si no han de celebrar sus triunfos en el *skeiting*, ni en el cuarto del *fambá*.²⁶

Tres nuevos equipos formados por negros acudieron a disputar un premio de 500 pesos en 1888: Niágara, del Cerro; Fraternidad, de Guanabacoa, y Yara, de La Habana. Este último se consideraba el más fuerte y mejor organizado de dichos clubes, y los comentarios en *El Fígaro* sobre la calidad de sus partidos no tienen el fuerte acento racista de otras veces: «los clubs de personas de color Yara y Niágara celebraron el domingo en Carlos III, un espléndido juego, cuyo resultado fue de tres carreras hechas por el primero, contra ninguna del segundo».²⁷ También en 1888 se organizó otro club nombrado Cuba BBC, cuyo domicilio estaba en la calle de la Merced No. 59 y contaba entre sus socios fundadores a Mateo Caraballo, Herculano Sánchez, Andrés Núñez, Esteban Cuesta, Narciso Duquesne y Tiburcio Alay.²⁸ Para finales de la década de 1880, una docena de clubes ocuparon un espacio dentro del animado escenario deportivo habanero: Alejandría, Cuba, Caridad, Comercio Habanero, Detroit, Fraternidad, Lealtad, Niágara, Yara, Unión y Universo. Todos ellos formaban parte del Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color.²⁹

Resulta significativo que estos desafíos entre peloteros negros tuvieran como escenario los terrenos del Club Almendares en Carlos III, y no los del Club Habana en El Vedado. Una explicación plausible no puede olvidar que realizaban sus partidos siempre que no hubiera programado un juego de peloteros blancos, y que a pesar del racismo predominante, los accionistas del terreno imponían sus intereses económicos por encima de cualquier otro explícito afán discriminatorio. En apoyo de esta tesis podríamos citar las irónicas palabras de Wenceslao Gálvez cuando dice que el empresario que

²⁶ Wenceslao Gálvez y Delmonte: op. cit., p. 46.

²⁷ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 24, 30 de junio de 1888, p. 7.

²⁸ «Expediente del Cuba BBC de personas de color», Archivo Nacional de Cuba, Expediente 13468, Legajo 428. Véase sobre la organización de estos clubes el artículo de Adrián Burgos. Jr.: «Entering Cuba's Other Playing Field: Cuban Baseball and the Choice Between Race and Nation, 1887-1912», *Journal of Sport and Social Issues* 2005, 29, 9 [sic]. Disponible en: <http://jss.sagepub.com/cgi/content/abstract/29/1/9>

²⁹ Véase Oilda Hevia Lanier: *El directorio central de las sociedades negras de Cuba 1886-1894*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

promovía estos *matches*: «hacía un bonito comercio con la fraternidad de los jugadores de color».³⁰

En este ambiente beisbolero saturado de exclusivismo y frases discriminatorias, fue muy notable que algunos peloteros mestizos llegaran a jugar en equipos de blancos. El más famoso de todos fue Alfredo Arcaño, quien debutó en el Club Fe en 1886, y dos temporadas más tarde integró las filas del poderoso Habana, donde llegó a convertirse en uno de los bateadores de mayor autoridad y prestigio del siglo XIX. Como ejemplo de su creciente reputación, la revista *El Score* le dedicó su portada del 10 de agosto de 1890, donde se le llama «un nuevo Sansón al bate y un chico muy Carlos Maciá fue miembro de la primera expedición».³¹ Esta misma publicación también ilustró su portada con la imagen de otro jugador mulato, en este caso Pedro P. Parra, catcher del Club Alerta³² y del mismo modo apareció reflejado el destacado periodista Juan Gualberto Gómez, en marzo de 1891, conspirador por la independencia y activista por los derechos de los negros y, además, lideraba el Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color.³³ No es casual el hecho de que Juan Gualberto fuera nombrado en 1888, estando todavía fuera de la Isla, Presidente de Honor del Club Yara, y que luego forjara una estrecha amistad con el gran pelotero del Habana y convencido separatista Emilio Sabourín.

El gran antagonista de Juan Gualberto en el orden de las ideas políticas, el mulato Rodolfo Fernández Trava y Blanco de Lagardere también estuvo ligado a equipos de pelota y fue Presidente de Honor del Niágara BBC. Ambos líderes negros, y otros como Francisco Giralt, estaban persuadidos de la utilidad del beisbol para lograr sus objetivos modernizadores y civilizatorios entre los sectores negros y mestizos. Un ejemplo en este sentido es la gacetilla que apuntaba: «Se ha constituido en esta capital un club de *base ball* con el nombre de Universo. El nuevo club ha de propender sobre todo a la propagación y sostenimiento de la instrucción que sostiene la raza de color».³⁴

³⁰ Wenceslao Gálvez y Delmonte, op. cit., p. 45.

³¹ *El Score. Semanario de literatura y sports*, La Habana, Año III, No. 31, 10 de agosto de 1890.

³² *El Score. Semanario de literatura y sports*, La Habana, Año II, No. 36, 6 de octubre de 1889.

³³ *El Score. Semanario de literatura y sports*, La Habana, Año IV, No. 12, 8 de marzo de 1891.

³⁴ *El Criollo*, La Habana, Año II, No. 50, 5 de mayo de 1888, p. 3.

Un caso singular en la difusión de las prácticas beisboleras de los negros lo fue la revista femenina *Minerva* (1888-1889),³⁵ que representaba a un sector ilustrado de mujeres negras y mestizas. En sus páginas dio espacio al béisbol negro y estimaba que el juego contribuiría al progreso social de la población no blanca. Las gacetillas deportivas fueron firmadas casi siempre por el seudónimo *E. T. Elvina* (Etelvina Zayas) y en ellas ofreció publicidad a los desafíos que celebraban los equipos Universo y Cuba, e instaba a las directivas de honor de los mismos, conformadas por mujeres negras, a que asistieran a los partidos, pues: «Como el *base ball* tiene gran importancia entre nosotros, esperamos que el terreno estará rebotado, sin faltar vosotras para discernir el premio al club victorioso».³⁶ Del mismo modo se divulgaban las visitas de estos clubes a otras provincias, como la que llevó el 25 de diciembre de 1888 a Matanzas: «el aguerrido Universo a celebrar un *match* con el no menos fuerte Simpson».³⁷

Al igual que sus homólogos blancos, estos equipos también realizaron juegos de beneficencia, como el que se propusieron celebrar el Universo y el Cuba en mayo de 1889 «a beneficio de las escuelas que sostienen, a costa de grandes afanes y sacrificios, las sociedades Bella Unión Habanera y Divina Caridad».³⁸ Este *match* benéfico fue saludado por *Minerva* con la publicación de un número extraordinario, el cual se pondría a la venta «y parte del producto que se obtenga, será dedicado también a las escuelas mencionadas». Como novedad de la revista, en una inteligente estrategia publicitaria para dar a conocer a los peloteros no blancos, se anuncia que «aparecerán en él los retratos de los jugadores de las dos decenas, además del indispensable score para la anotación del juego».³⁹

Las mujeres que escribían las reseñas deportivas, se preocupaban también por denunciar los disturbios en las glorietas y censuraban con acritud a quienes se comportaban traspasando «los límites que el respeto a sí mismo

³⁵ Para una caracterización de esta publicación puede verse María del Carmen Barcia Zequeira: «Mujeres en torno a *Minerva*», revista *La Rábida*, Huelva, No. 17, 1998, pp. 113-121. Texto reproducido en *Mujeres al margen de la historia*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, pp. 113-129.

³⁶ *Minerva*. Revista quincenal dedicada a la mujer de color, La Habana, Año II, No. 8, 7 de febrero de 1889, p. 8.

³⁷ *Minerva...*, La Habana, Año I, No. 5, 15 de diciembre de 1888, p. 8.

³⁸ *Minerva...*, La Habana, Año II, No. 14, 30 de abril de 1889, p. 7.

³⁹ *Minerva...*, La Habana, Año II, No. 15, 15 de mayo de 1889, p. 7.

y el respeto a los demás impone, y mucho más cuando el público de gradas, que es el que las más de las veces carga la fama, dio una lección de circunspección y buenas maneras a aquellos asistentes a la glorieta». Esta nota se refiere a un partido entre los clubes Universo y Cuba, en el cual hubo discrepancias pues el Cuba «olvidó poner en la glorieta la comisión de recibo y orden», el *cácther* de dicho equipo, Arambarri, no tuvo una actitud caballerosa en el terreno y además el árbitro actuante, Sr. Alberto Azoy, era parcial al equipo Universo «y estaba colocado sobre un potro al tener que dar sus decisiones, que ya favorables, ya adversas a cualquiera de los clubs que jugaban, tenían que causar disgusto a unos y a otros, según del lado que tuviera que inclinarse la balanza».⁴⁰

Dada la connotación femenina de la revista, muchas noticias se referían a mujeres que formaban parte de las directivas de honor de los clubs y eran asiduas concurrentes a los partidos. Aunque el tono de las descripciones era muy parecido al que realizaban las publicaciones de la burguesía blanca, imitando sus giros lingüísticos en francés y frívolas descripciones de la manera de vestir, tal y como se observa en el siguiente pasaje:

La presidenta del club Universo, Gavinita Fernández, nos recibió con esa amabilidad de toda una señorita que conoce lo que es *chic*; vestía con precioso traje color *fruille norte* con adornos *velours soie noir* y *dentelle noir*; una capota, también de *dentelles*, hacía de ella el colmo de la elegancia (...) Catana Medina, nuestra predilecta amiga (...) vestía *voile de religieuse creme*, adornos *dentelle blanc*, capota pajilla *gris acier* con adornos de flores y cintas de igual color (...) la señora presidenta del club Cuba, la señora Elisa Valenzuela de Caraballo, siempre hermosa y elegante, un traje de *satín broche rose* le daba un aspecto tan agradable que era comparable con una rosa primaveral (...) La señorita Caridad Garrido, Cuca, vestía *satín bleu* con *dentelle blanc* (...) Carmen Valdés era también una de las flores que componían aquel ramillete. Vestía *voile de religieuse creme* de mucho capricho, sombrero pajilla sujeto por un precioso pasador que le atravesaba el peinado. Carmen estaba encantadora; la acompañaba la señora de Edreira, Angelita, nuestra consecuente amiga.⁴¹

⁴⁰ *Minerva*..., La Habana, Año I, No. 4, 30 de noviembre de 1888, p. 8.

⁴¹ *Minerva*..., La Habana, Año II, No. 16, 30 de mayo de 1889, p. 2.

Pese a la cita anterior, que podría ofrecer la imagen de mujeres negras que reproducían los mismos estereotipos del imaginario social de los blancos, lo cierto es que *Minerva* denunció los males heredados de la servidumbre y la segregación imperante en la sociedad habanera. Promovió la superación de las lacras de la esclavitud mediante labores educativas y culturales, y algunas de las féminas mencionadas entre las asistentes al juego de pelota, como Catalina Medina, *Catana*, era una mujer ilustrada, aficionada al teatro, y su padre Antonio Medina, había sido un periodista y maestro muy respetado entre las capas negras de la sociedad habanera.⁴²

⁴² Véase María del Carmen Barcia: «Mujeres en torno a Minerva», revista *La Rábida*, Huelva, No. 17, 1998, pp. 113-121. (Reproducido en *Mujeres al margen de la historia*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, pp. 113-129).

EL TEATRO MODERNO

GALERIA LIRICO-DRAMATICA

HABANA Y ALMENDARES

6

LOS EFECTOS DEL BASE BÂLL

APROPOSITO COMICO-LIRICO

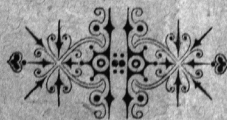
En un acto y cinco cuadros, en prosa, letra de los señores

D. IGNACIO SARACHAGA

Y

D. JOSE M. DE QUINTANA,

Música del maestro **D. Rafael Palau**



A. MIRANDA

IMPRESA LA MODERNA

COMPOSTELA NUM. 69

1892

El beisbol en la escena habanera del siglo XIX

Para Omar Valiño

En este período encontramos la obra del más brillante autor bufo, Ignacio Sarachaga. Su obra es una parodia crítica que abarca desde la ópera al deporte, pasando por el *two step* y la falsa moral (...) El otro gran autor dramático fue el autonomista Raimundo Cabrera. Con un verdadero sentido del panfleto, de la actuación política y de la gracia nativa.

RINE LEAL

Cubierta de 1892 de la impresión de la pieza teatral, sobre beisbol, de Ignacio Sarachaga y José M. de Quintana. En La Habana había sido estrenada en junio de 1887.

El beisbol se convierte definitivamente en parte del discurso literario cubano con la publicación en 1889 del primer texto acerca de su breve historia, escrita por un joven pelotero muy cercano a las élites políticas autonomistas, Wenceslao Gálvez y Delmonte.⁴³ Contemporáneo de este suceso editorial, fue la aparición de varias obras de teatro que tomaron al deporte como asunto dramático. Sus autores: Antonio Prieto, Ignacio Sarachaga, José María de Quintana y Raimundo Cabrera,

⁴³ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*. Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago Spencer, La Habana, 1889.

utilizaron el novedoso juego como pretexto para enfocar diversas problemáticas políticas y sociales como el despotismo colonial, la censura de prensa, el ideal ilustrado de civilización y el evolucionismo político, tópicos alrededor de los cuales la ideología del liberalismo reformista deseaba encontrar espacios de discusión y consenso.

En el presente ensayo nos detendremos en el análisis de dos piezas del teatro bufo representadas en La Habana en la década de 1880, donde tales cuestiones adquieren una inquietante actualidad y conforman estrategias discursivas de reto al poder colonial, aunque sin sobrepasar explícitamente una postura subordinada al ideario autonomista.⁴⁴ El hecho de que pudieran burlar la censura imperante, aun manteniendo frases de evidente inconformidad con el régimen colonial, evidencia la relativa flexibilidad de las autoridades y los espacios ganados por la oposición moderada para expresar sus ideas, uno de cuyos escenarios de privilegio lo fue el bufo criollo, con toda su carga de insinuaciones y frases de doble sentido en función de la sátira social.⁴⁵

En opinión del crítico Rine Leal, uno de los objetivos centrales del bufo era: «La crítica moral al aunar la parodia, el choteo y el desenfado. El bufo, que responde en principio a una ideología populista, de clase desposeída, de marginados de la historia, tomará como constante esta reducción del tono serio y familiar para alcanzar por medio del choteo y la chacota el terreno de lo ridículo».⁴⁶

En abril de 1882, el periódico deportivo habanero *Base Ball* anunciaba el próximo estreno «de la piecicita bufa en un acto titulada *El Proceso del Base Ball* de A. Prieto», pero no hemos visto ningún ejemplar de esta obra, quizás el más antiguo texto literario dedicado en Cuba al beisbol.⁴⁷ Un lustro más

⁴⁴ «Se auspició el reformismo, la conciliación de clases, la armonía económica y la visión edénica de la Cuba colonial, exenta del pecado original de la dominación política. Los líderes del autonomismo se hicieron personajes teatrales, las alegorías y cuadros finales se realizaron con una óptica paradisiaca (...) y las contradicciones económico-políticas se borraron ante la rumba final o el baile de ocasión», Rine Leal: *Breve historia del teatro cubano*. Editorial Félix Varela, La Habana, 2006, p. 56.

⁴⁵ Sobre la censura colonial puede verse el excelente estudio de Alain Basail Rodríguez: *El lápiz rojo. Prensa, censura e identidad colonial cubana (1878-1895)*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2004.

⁴⁶ Rine Leal: *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia. (Historia del teatro cubano de 1868 a 1902)*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1982, p. 274.

⁴⁷ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 29, 16 de abril de 1882, p. 3.

tarde, fue publicada la pieza teatral de Ignacio Sarachaga y José María de Quintana *Habana y Almendares, o los efectos del beisbol*,⁴⁸ autorizada su representación por el censor Pedro Miralles el 6 de junio de 1887 en el Teatro Moderno de La Habana, propiedad de don Manuel Durán.

Uno de sus autores, Sarachaga, considerado el dramaturgo más importante de su época, era uno de los redactores de *La Habana Elegante*, donde escribía una sección de beisbol en clave humorística y junto a Carlos Ayala dirigió *El sportman habanero*. A juicio de su cuñado, Wenceslao Gálvez: «Ignacio es más *almendarista*, si cabe, que *habanista* Miranda. Desde que llegó de París no ha perdido en La Habana ni un solo juego».⁴⁹ Quintana, en opinión de Rine Leal, «es un dramaturgo que poco aporta al género (...) No pasó de ser un autor de segunda, a pesar de su sentido musical y su deseo de criticar la sociedad, y sus mejores momentos los logró en colaboración con Sarachaga, que fue el gran dramaturgo de estos años».⁵⁰

La pieza, descrita como «una zarzuelita bufa con destino a la compañía de Salas», se estrenó finalmente en junio de 1887 en el teatro Tacón. Las localidades se vendieron en las redacciones de los periódicos *El Habanista*, *El Almendarista* y *El Pelotero*, y los redactores de *El Fígaro* daban por hecho que «todos los aficionados al juego norteamericano irán a aplaudir la producción de nuestros amigos». En la reseña de la función inaugural, se dijo que «agradó mucho al auditorio (...) el gracioso disparate cómico titulado *Habana y Almendares o los efectos del Base Ball*».⁵¹

Indudablemente debió tener éxito, pues una nueva puesta tuvo lugar en el Tacón a inicios de 1889 en «presencia de una escogida concurrencia. Los palcos estaban ocupados por distinguidas familias y las lunetas por los jóvenes de nuestra buena sociedad». Primero se presentaba del propio Sarachaga *Un baile por fuera* y en el segundo acto *Habana y Almendares*. En opinión del gacetillero que reseñaba la obra, Wenceslao Gálvez: «Si los autores se propusieron hacer reír, han logrado su objeto». Incluso, su propia figura fue mencionada en la representación de la obrita, dando lugar a la protesta de Gálvez, quien pide a los actores «que se dejen de choteíto». En resumen,

⁴⁸ Ignacio Sarachaga y José M. de Quintana: *Habana y Almendares, o los efectos del béisbol*. Imprenta La Moderna, La Habana, 1892.

⁴⁹ Wenceslao Gálvez y Delmonte: op. cit., p. 35.

⁵⁰ Rine Leal: *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia...*, ed. cit., p. 264.

⁵¹ *El Fígaro*, La Habana, Año III, No. 22, 9 de junio de 1887, p. 6

para Wenceslao: «el segundo cuadro es muy bueno, el tercero un poco flojo y el cuarto es copia fiel de lo que acontece en los juegos».⁵²

Los personajes centrales de este drama «cómico-lírico» son un gallego, interpretado en la citada puesta por Manuel Mellado, nombrado irónicamente Perfecto; la mulata Severina, incorporada por Petra Moncau, «que en esos papeles no tiene rival»,⁵³ y el criollo Homobono, nombre que sugiere un claro símbolo de la imagen que el autor quería transmitir de sus compatriotas, es decir, «hombres de bien», lo que se verá enfatizado en los diálogos por su conducta tranquila y conciliatoria. También aparecen en escena otros personajes burlescos, como Guácara,⁵⁴ Tolete, El Chino, El Guardia... quienes desarrollan el ambiente del choteo y la farsa.

Al tiempo que divertir a los habaneros con la crónica satírica de la rivalidad entre los contrarios de Habana y Almendares, esta obra ofrece en su texto dramático una estampa social y una crítica implícita a la opresión española, que trasciende el simple juego de palabras. Los primeros diálogos ya entraban directamente en la polémica pública, so pretexto de las tradicionales ofensas lanzadas entre el gallego, partidario del equipo «azul» y la mulata simpatizante de los «rojos»:

PERFECTO: ¿Habanista yo? El peor insulto que se me puede dirigir a mí es decirme habanista...

SEVERINA: Para probarte que a los almendaristas los chotea hasta una mujer, coge el bate, que no me le vas a dar a la bola.

PERFECTO: Aceptado el reto, ponte en tu puesto que te voy a dar un leñazo que me voy a meter en el mismo *jom*.⁵⁵

En el fragmento anterior, las metáforas del nacionalismo son transparentes: el gallego recibe como una ofensa el calificativo de ser habanista (en el imaginario geográfico e histórico La Habana es el símbolo de Cuba), al tiempo que se enfatiza su pertenencia a los almendaristas, pues estos ubicaban sus terrenos frente a la Quinta de los Molinos, tradicional lugar de veraneo de los Capitanes Generales, y en sus orígenes contó en sus filas con

⁵² *El Pelotero. Semanario de sports*, La Habana, febrero, 1889, p. 3.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ Este era también el apodo del catcher de un equipo de color, el Comercio BBC.

⁵⁵ Ignacio Sarachaga y José M. Quintana: op. cit., pp. 8-9.

jugadores españoles como el vizcaíno Antonio Alzola y Leonardo Ovies; sin embargo hay un matiz irónico en esta preferencia, al ser los partidarios del Club Almendares miembros de la aristocracia local, muy distantes de los orígenes humildes del gallego inmigrante.

El reto de la mulata, por su parte, es lanzado en clave sexual, exacerbando el estereotipo que presenta a la mestiza cubana como objeto de deseo, pero en este caso el autor aprovecha las numerosas analogías eróticas del vocabulario beisbolero: «bate», «bolas», «dar un leñazo», «meter en jom», para plantear la incitación sensual de la cubana al español, invitándolo a medir sus habilidades en el terreno de pelota, utilizado a lo largo de la pieza como metáfora de la Isla. No deja de ser subversivo el papel de la mujer mestiza como pelotera, un rol insólito en un juego eminentemente masculino, algo que veremos repetirse después en otra obra de propósito semejante, en contraste con el ideal masculino del espectáculo deportivo vigente en la época y que formaba parte de una visión que identificaba sus prácticas como atributos de virilidad y fuerza. El personaje del cubano Homobono, por su parte, trata de mediar entre ambos contendientes y se manifiesta contrario a la violencia, expresando una ideología conciliatoria y apostando por una solución evolutiva donde la educación y salud física de los jóvenes abran el camino a una futura emancipación. Por eso dice:

HOMOBONO: (...) lo mismo es el Habana que el Almendares, cada uno en su terreno son dos formidables clubs, y sobre todo, compuestos de nuestra juventud, entre los que debe haber una sola mira: *El base ball* como ejercicio higiénico y diversión decente. Cómo jóvenes, al estudio, y azules y colorados bajo la bandera de la paz y la concordia hacerse dignos de propios y extraños.⁵⁶

Estos postulados formaban parte del discurso ilustrado de las élites cubanas, que perseguían el ideal de revertir los efectos del despotismo colonial mediante la educación y la higiene del cuerpo. Tales consejos solo tenían valor para los jóvenes criollos blancos, de familias adineradas o de clases medias, pues ni pobres ni negros tenían cabida en este proyecto ilustrado de nación. El personaje de Homobono se queja de que: «por desgracia el populacho se ha ido apoderando poco a poco de todo aquello que

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 10.

tan solo afecta a los jugadores» y hace responsable a las clases bajas de las provocaciones, altercados y colisiones que: «hoy por hoy amenazan de muerte a un juego tan decente como útil para el desarrollo físico de nuestra juventud».⁵⁷

En otro momento de la obra, y de manera simultánea con la exposición de sus ideas sociales, el dúo Sarachaga/Quintana aprovecha para atacar la intolerancia de las autoridades frente a las pretensiones políticas criollas, utilizando el símbolo de la pasión beisbolera, lo que se demuestra en la preocupación colonial por el creciente apego a los patrones de modernidad estadounidenses, incluyendo la difusión del idioma inglés, y la utilización por grupos de cubanos de emblemas propios, como los gallardetes y banderas de los clubes, verdaderos símbolos de identidad y pertenencia. En este pasaje se refuerza la sátira antiespañola con la parodia del modo de hablar de los peninsulares:

GUARDIA: Mal rayo parta a la pelota, a los jugadores y a los malditos yankees que lo inventaron. ¡Me revienta ese juego, ni español se habla allí! Hay momentos en que parece aquello una perrera: ¡Au, au!, ¡ponchau!, ¡estrai!, ¡fau!... Que no lo entiendo; luego esa partida de chéveres con bandera. La culpa la tiene el *jubierno* que permite ese juego.⁵⁸

Además, se reiteran los juegos de palabras eróticas, que divierten al público y al mismo tiempo aluden a la problemática relación colonia-metrópoli, cuando la mulata pregunta, con pretendida ingenuidad, sobre el apodo de un gran bateador criollo: «¿Yo no sé por qué razón, todos le llaman Tolete?» y el gallego le responde, abriendo el abanico sensual: «No lo sabes, porque mete, de un batazo un gran *home rum*»,⁵⁹ no sin antes advertirle que podría cambiar de bando en cuanto le viera conectar al célebre Tolete uno de sus descomunales batazos, convirtiéndose entonces en «pirata», que era como le decían peyorativamente a los jugadores que cambiaban con regularidad de equipos, práctica bastante común ya a fines de la década de 1880. Quizás haya en esto una referencia velada, dentro del juego de equívocos sexuales, a la posibilidad latente del cambio de posiciones políticas, si las circunstancias lo demandaran, del moderado autonomismo al radicalismo independentista,

⁵⁷ *Ibidem*, p. 30.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 17.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 25.

algo que ya había sucedido de manera inversa al concluir la Guerra de los Diez Años. Finalmente, hay una escena donde todos los jugadores cantan a coro una estrofa y dejan claro su decisión de impulsar reformas dentro de su patria, pero solo por las vías legales, como única opción para tener éxito:

JUGADORES: Cojamos todo lo que den
¡Sin cometer error!
Si la bola atraviesa el home
lanzada legalmente
la bateamos fuertemente
haciendo un *clear home rum*.⁶⁰

Mientras que el coro detrás le recuerda al Gobierno español que debe ser un buen árbitro en esta espinosa cuestión, pues como aconseja la experiencia del «juego» político:

CORO: Un buen *umpire* debe ser,
antes que todo imparcial,
porque si no a mi entender,
puede pasarlo mal.⁶¹

El bocado final, cantado antes de bajar el telón, no podía ocultar, tras la algarabía de risas y aplausos, un guiño más al espectador, una secreta complicidad y hasta una sutil advertencia, que pone en solfa cualquier posible ingenuidad del autor en materia política:

FINAL: Si la tempestad azota
hacernos fuerte conviene
probará Cuba que tiene
quien bateé... La Pelota.⁶²

En resumen, y de acuerdo al criterio de Rine Leal desde la óptica dramática, en esta pieza de Sarachaga y Quintana: «La música y canciones alusivas,

⁶⁰ *Ibidem*, p. 21.

⁶¹ *Ibidem*, p. 24.

⁶² *Ibidem*, p. 32.

las quejas de un guardia colonial que sospecha que el nuevo deporte es una actividad antiespañola, y la exposición del efecto corrosivo del fanatismo ciego, confieren a la pieza momentos de interés».⁶³

Contemporánea de *Un baile por fuera*, es la revista cómico-lírica en un acto y cuatro cuadros, con música de don Rafael Palau, titulada *¡Vapor Correo!*⁶⁴ Su autor, Raimundo Cabrera, era en ese momento una figura destacada del Partido Liberal Autonomista (no por casualidad la obra está dedicada a Rafael Montoro),⁶⁵ y ya había publicado el que sería el libro más editado de todo el siglo XIX cubano: *Cuba y sus jueces*. Además, el estreno de su zarzuela *Del parque a la Luna*, en febrero de 1888 en el teatro Cervantes, y su enorme éxito, lo convirtió «en el más aplaudido de los autores cubanos».⁶⁶ A propósito de este autor, escribió Wenceslao Gálvez:

Por las noches, gusta Cabrera de asistir a las representaciones teatrales; durante algunos años se contentó con ser un mero espectador, hasta que le dio la humorada de hacerse autor dramático, pero no cometió la simpleza de hacer dramas, ni comedias, porque no pretendió nunca mezclar su nombre con los de Calderón y Echegaray —y Dios me perdone si desbarro en unir estos apellidos— sino que se valió del teatro para hacer propaganda política, (que es su manía) como se pretende hacer en la madre patria. «Del parque a la luna» y «Vapor correo», alcanzaron infinitos aplausos en los centenares de veces que salieron a escena. Y en esto del teatro sí que no caben aplausos de compromiso, porque el aplauso brota espontáneo del montón anónimo, del público que se apiña en las altas localidades y del que se extiende por las lunetas y pasillos, público que no

⁶³ Rine Leal: *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia...*, ed. cit, p. 272.

⁶⁴ Raimundo Cabrera: *¡Vapor Correo!* Imprenta El Retiro, La Habana, 1888.

⁶⁵ Rafael Montoro, en el prólogo a *Mis buenos tiempos*, nos ofrece este retrato político de Raimundo Cabrera: «Cabrera contribuyó poderosamente a la organización del partido Autonomista de cuya Directiva ha sido siempre miembro caracterizado. Oriundo de Güines y amigo sincero de sus co-terráneos, quiso hacer de esta jurisdicción uno de los primeros baluartes del partido y lo consiguió en términos que exceden al mayor encomio. Ayuntamiento, Diputado Provincial, mayoría para la elección de Diputados a Cortes, y de Senadores, todo se logró en Güines después de unos cuantos meses de propaganda activa, incansable, decidida». Raimundo Cabrera: *Mis buenos tiempos. Memorias de estudiante*. Compañía Levytype, Impresores y Grabadores, Filadelfia, 1892, p. XX.

⁶⁶ Rine Leal: *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia...*, ed. cit, p. 248.

tiene en cuenta quién sea el autor de la obra que se desarrolla en el escenario, ni le importa saberlo. Ninguna de sus obras ha caído pronto de los carteles, y en ningún teatro las obras se sostienen por influencias.⁶⁷

Cabrera decidió estrenar *Vapor Correo* el 25 de octubre de 1888 en el Tacón, pero la censura postergó su representación para el 2 de noviembre, alegando que podía alterar el orden público. De ello da fe el siguiente diálogo, publicado en la revista *El Figaro*, entre dos amantes del teatro que se encuentran en la Acera del Louvre, donde se alude directamente a la censura de la obra:

—Qué tal *Vapor Correo*?

—Un éxito para Cabrera, aumentado con la prohibición.

—Pero, ¿y la obra?

—Tiene sus lunares.

— ¿Lunares?

—Sí, las lagunas que le ha abierto la censura. Pero desvencijada y todo llegó a puerto.⁶⁸

A juzgar por las palabras de Wen Gálvez, la obra fue muy bien recibida por el público: «Pregunte Cabrera a sus críticos cuál de ellos, si alguno ha hecho sus ensayos “en el arte de Talía”, como dicen los oradores cursis, cuál de ellos, digo, ha visto aplaudida su obra tantas veces como he visto yo aplaudida *Vapor correo*»,⁶⁹ pues mostró al cubano imposibilitado de realizarse profesionalmente en su propia tierra, y que busca emigrar desencantado de la situación imperante en la Isla. La corrupción colonial y la inmigración peninsular (sobrinos, militares, policías, toreros, prostitutas, frailes, empleados, etc.) son presentadas en su parasitaria condición. El personaje central de la obra, Juan, es un joven periodista que se queja de los asuntos «frívolos» que constituían noticias por esos días, y de manera explícita menciona la férrea censura colonial:

⁶⁷ Wenceslao Gálvez y Delmonte: «Cabrera y sus obras», *Esto, lo otro y lo de más allá. (Mosaico literario)*. Segunda edición con un prólogo del Dr. Rafael Fernández de Castro, Imp. de A. Álvarez y Cía., La Habana, 1892, pp. 61-62.

⁶⁸ *El Figaro*, La Habana, Año IV, No. 41, 4 de noviembre de 1888, p. 3.

⁶⁹ Wenceslao Gálvez y Delmonte: «Cabrera y sus obras», op. cit., p. 62.

JUAN: En esta pobre ciudad
Capital de las Antillas
Pocos materiales halla,
Aunque sude, un periodista.
Solo escribiendo reclamos
E insípidas gacetillas
Sobre juegos de pelota
Que son la moda del día
Sobre el tiro de paloma
Que también aquí se estila
Sobre los bailes del Louvre
Sucesores de Escauriza
Las carreras de caballos
Y las veladas continuas
De círculos y liceos
Y otras peores manías
Podemos nuestras columnas
Llenar los folletinistas
Es verdad que otros asuntos
Nos veda la fiscalía...⁷⁰

Después de narrar diversas peripecias de Juan a la caza de alguna novedad para su periódico, esperando en el puerto la llegada de los barcos, la escena VII aparece bajo el rótulo de «Jugadores de pelota». Sin embargo, para sorpresa del lector, no se trata de hombres, sino de mujeres, las que se llaman a sí mismas, las «peloteras del Almendares». ¿Por qué esta curiosa mudanza de género, en un juego eminentemente masculino,⁷¹ donde las mujeres constituían el público galante, distinguían con flores a los mejores jugadores y bailaban con estos los danzones de Valenzuela al terminar los partidos? Cabe pensar aquí, después de leer el texto de Cabrera, en una manera de rechazar la desmedida pasión beisbolera de los cubanos, presentándola como algo «femenino», una «debilidad» que no debían permitirse los hombres cultos y fuertes que pedía

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 11.

⁷¹ «¿No es muy varonil eso del *baty* las pelotas?», Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, ed. cit., p. 23.

Varona; pero también puede ser legítima la metáfora de las féminas peloteras como estrategia para retar el discurso hegemónico colonialista, a través de la transformación de roles, es decir, a las mujeres les está permitido decir cosas que los hombres no pueden hacer sin levantar sospechas, tales como «manejar el bate», «darle a la pelota» o «ir al campo a lidiar», frases que podían ser asumidas como veladas amenazas al orden establecido:

El bate manejamos
con gran primor,
y damos a la pelota,
paf, paf, paf, paf.
A vernos en la arena,
viene el galán,
y solo con los ojos,
se hacen *strait*.
Vamos al campo,
Vamos a lidiar,
Hermosas beisboleras
Del Almendar.⁷²

En cualquier caso, estas habaneras adelantadas a la época en que las mujeres pisaron un diamante de beisbol en la Isla, constituyen una subversión de la realidad digna de tomarse en cuenta, en una sociedad donde los dobles sentidos y las alusiones, como en todo régimen despótico, estaban cargados de múltiples referencias. Al igual que muchos cubanos cultos, Raimundo Cabrera deploraba el excesivo fervor beisbolero que vivía el país, donde se jugaba pelota en multitud de placeres y glorietas, formándose incluso equipos de negros y gente humilde, pues el reportero de marras, refiriéndose a las bellas chicas almendaristas exclama:

JUAN: Van a jugar al *base ball*
Un juego que está a la moda
Y que el inglés importó.
Hoy lo juega todo el mundo
Es cosa que hace furor

⁷² Raimundo Cabrera: op. cit., p. 43.

En las ciudades y aldeas
Haya nubes o haya sol
Se forman bandos, se apuesta,
Y al terminar la función
Se pegan cada batazos
Que más de un chichón dejó
Es un juego muy higiénico
Según dicen... mi opinión
Es que raya en el extremo
Si ya no es un vicio atroz.⁷³

En resumen, ambas obras constituyeron, tanto en su texto escrito como en sus representaciones dramáticas, un escenario para la polémica y vehículo de expresión de posiciones políticas identificadas con el ideario autonomista. Establecieron medios de expresión crítica y al mismo tiempo espacios para la sátira y el choteo. A su vez, el erotismo desenfadado y retozón de los cubanos puso una pizca de pimienta en este drama finisecular.

⁷³ *Ibidem*, p. 44.



BIBLIOTECA NACIONAL HABANA

AÑO II.

HABANA 22 DE

DICIEMBRE DE 1889.

NUM. 47.



EL SCORE

EL SCORE.
 Periódico de Literatura y Sport.
 SE PUBLICA CUATRO VECES AL AÑO.
DIRECTOR:
Antonio P. de Utrera.
 Redactores: Carlos Ayala.-Vic-
 toriano de la Llama.-Julian R.
 Oliva.-Luis F. Crespo.-Manuel E.
 Fernández.
 Precios de suscripción.
 En la Habana.....\$ 0.50 bibe-
 tes adelantado.
 En el Exterior.....2.25 ídem
 trimestre adelantado.
 Redacción, Monte 22. Administración
 Lealtad 147.



Secretario, sportman, Consul
 y escritor de gran cultura,
 para que fuese completo
 sólo le falta estatura.

NUESTROS SPORTMEN.

Carlos Ayala.

Secretario de la Liga General de Base Ball.

La prensa de *sport*

Para Norberto Codina

El periodismo cubano ostenta, entre sus más modernas creaciones, la crónica de *sport*.

ENRIQUE FONTANILLS

Todos los días aparece un nuevo revistero de *sports*. Esta clase de revistas en Cuba, ha sido la puerta falsa de la literatura.

WENCESLAO GÁLVEZ Y DELMONTE

En portada de *El Score* (No. 47, de diciembre de 1889), Carlos Ayala en versos: «Secretario Sportman, Cónsul/ y escritor de gran cultura/ para que fuese completo/ solo falta estatura», y su retrato artístico por el dibujante Ricardo de la Torriente.



El 13 de mayo de 1888, en las páginas de la revista *La Habana Elegante*, el poeta Julián del Casal hacía la siguiente observación:

Desde hace algún tiempo, hemos adquirido una costumbre esencialmente británica: la lectura de los periódicos. Si salís a la calle, al brillar el sol, veréis sentados en las puertas de los establecimientos a acaudalados comerciantes, con el traje del trabajo, leyendo ansiosamente, ora en voz alta, ora en voz baja, los diarios matinales. Si detenéis el paso, al cruzar delante de una casa de familia, veréis también, tras las rendijas de las persianas, al jefe del hogar, arrellanado cómodamente en ancha butaca, recorriendo las líneas del periódico que sostienen sus manos. Tanto el co-

merciante como el padre de familia, no pueden dedicarse con verdadero gusto a sus ocupaciones diarias, si no han leído previamente los periódicos. La lectura de los diarios es una de sus primeras necesidades. Solo se alimentan intelectualmente de periódicos.⁷⁴

En efecto, desde mediados del siglo XIX circulaban en La Habana numerosos diarios y revistas que expresaban los intereses de las más diversas clases, grupos y sectores de la sociedad colonial, desde el conservador *Diario de la Marina*, pasando por el reformista *El Siglo*, hasta el semanario de los asalariados tabacaleros *La Aurora*. Según el ensayista Ambrosio Fornet, «unas trescientas mil personas —criollos en su inmensa mayoría— constituían el público potencial de esos periódicos».⁷⁵

Tras el fin de la Guerra de los Diez Años, la implantación del código español de la Restauración, que autorizó el asociacionismo, la aparición de partidos políticos modernos y la paulatina abolición de la esclavitud, fomentó una nueva generación de órganos de prensa y un número mayor de sus consumidores.⁷⁶ Comenzó entonces, en palabras de Fornet: «la época del periodismo y la oratoria, de las conferencias y tertulias literarias».⁷⁷

La década de 1880 vio circular por las calles habaneras, voceados y distribuidos por «pilluelos ágiles», al decir de Casal: *El Triunfo, El País, La Discusión, El Tábano, El Cubano, El Criollo, El Palenque Literario, La Lucha, La Fraternidad, Revista de Cuba, Revista Cubana, La Habana Elegante, La Revista Habanera, La Ilustración Cubana y El Fígaro*, entre muchos otros.

En su inmensa mayoría respondían al universo de las ideas políticas y sociales del autonomismo, y dedicaban sus páginas a la polémica pública con los órganos integristas, a reproducir la ideología reformista y divulgar los más recientes movimientos y conocimientos filosóficos, históricos, jurídicos,

⁷⁴ Julián del Casal: «La sociedad de La Habana. Capítulo XI. La prensa (Fragmentos)», *La Habana Elegante*, 13 de mayo de 1888. Reproducido en *Crónicas Habaneras*. Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1963, pp. 50-51.

⁷⁵ Ambrosio Fornet: *El libro en Cuba*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2002, p. 137.

⁷⁶ «No presentando grandes dificultades la fundación de un periódico, puesto que no se necesita protección, ni dinero, ni se adquiere inmediata responsabilidad, aparecen frecuentemente, en el estado de la prensa, nuevos representantes de los diversos partidos políticos. Unos logran sostenerse a costa de grandes esfuerzos; otros desaparecen rápidamente por falta de lectores; siendo difícil que alguno prospere, toda vez que el público tiene sus diarios predilectos», Julián del Casal: «La sociedad de La Habana. Capítulo XI. La prensa (Fragmentos)», en *Crónicas Habaneras*, ed. cit., p. 51.

⁷⁷ Ambrosio Fornet: *El libro en Cuba*, ed. cit., p. 150.

científicos, artísticos y literarios de Europa y los Estados Unidos. Hacia 1894, de los 150 periódicos políticos existentes en Cuba, 85 se publicaban en La Habana, y de ellos 11 eran diarios, 7 trisemanales, 10 bisemanales, 35 semanarios, 3 decenales, 6 quincenales y 13 mensuarios.⁷⁸ Como apunta sagazmente el sociólogo Alain Basail:

La prensa, como ningún otro vehículo de cultura, devino un espacio donde diversos grupos y fuerzas sociales articularon posiciones e intereses económicos, culturales y políticos siempre conflictivamente, con los ánimos de capitalizar las lecturas sociales y ampliar sus posibilidades de influencia y participación política. Los periódicos fueron medios de batalla cultural y sus páginas, tribunas de amplio alcance para los discursos políticos.⁷⁹

Junto a los temas políticos, económicos, laborales y culturales, también encontraron lugar y fueron muy difundidas las gacetillas de modas, bailes, crónica social, chistes, anuncios publicitarios y una sección inédita, que lentamente se fue apoderando de un espacio fijo: la crónica deportiva.

Originalmente sumergida dentro de las gacetillas en los grandes rotativos como *El Triunfo*, *La Lucha*, *La Discusión* o *El País*, con textos pequeños e informativos,⁸⁰ la popularidad creciente de las prácticas deportivas y en especial del beisbol, hizo necesaria la aparición de órganos dedicados completamente a reseñar sus actividades. La considerada hasta este momento como la crónica deportiva más antigua aparecida en un diario habanero, fue la reproducción en *El Artista*, un periódico satírico-teatral aparecido en 1872, del resultado de un encuentro entre Matanzas y Habana en el Palmar de Junco, celebrado el domingo 27 de diciembre de 1874. Como es conocido, la reseña original apareció el día 28 en *La Aurora del Yumurí*, de Matanzas, y ha sido fuente de un pertinaz equívoco en la tradición del beisbol cubano, al con-

⁷⁸ *El Figaro*, Año X, No. 31, 9 de septiembre de 1894, p. 439.

⁷⁹ Alain Basail Rodríguez: *El lápiz rojo. Prensa, censura e identidad cubana (1878-1895)*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2004, p. 71.

⁸⁰ «El movimiento *sportivo* de nuestra juventud reclamaba en la prensa periódica un eco, y de ahí dimanaban las denominadas secciones de sports, que aunque de relativa importancia y modestas tendencias, no por eso dejan de ocupar preferentes columnas en nuestros principales periódicos, sin que a ello se oponga el carácter político, científico o literario de los mismos». Palabras de Enrique Fontanills citadas por Wenceslao Gálvez: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, ed. cit., pp. 37-38.

siderarlo erróneamente como el primer juego «oficial» de la pelota insular. Wenceslao Gálvez, quien lo cita en su libro, solo lo consideraba un ejemplo elocuente de las gacetillas deportivas aparecidas en publicaciones dedicadas a asuntos literarios.⁸¹ Para Enrique Fontanills, autor de la citada noticia en *El Artista*, la gacetilla deportiva debía responder a un estilo literario, pulcro e ingenioso. No bastaba con escribir mucho sobre temas de *sports* para ser un buen cronista: «Basta escribir poco. Pero a la manera de Arturo Mora, Gálvez y Morán. Es decir, comunicando a la severidad del detalle, la flexibilidad y gracia del ingenio».⁸²

Quizás las dos revistas habaneras que mejor reflejan esta comunión literatura-deportes fueron *La Habana Elegante* y *El Fígaro*.

La Habana Elegante estaba destinada al público femenino de clase media y alta, con artículos de modas, bellas artes, literatura y crónica social. Su fundador fue Casimiro Delmonte y entre sus colaboradores estuvieron escritores muy vinculados al beisbol, como son los casos de Ignacio Sarachaga, Carlos Ayala, Enrique Fontanills, Aurelio Miranda y Enrique Hernández Miyares. Aunque nunca fue representativo de ningún club, entre 1885 y 1889 fue órgano oficial del Círculo Habanero y después del Habana Yatch Club. Regularmente publicaba gacetillas dedicadas al beisbol y en varias ocasiones aparecieron en su portada imágenes de equipos, peloteros y directivos de los clubes. Sus simpatías, a juzgar por el tono de las notas publicadas y el origen social de sus destinatarios, se inclinaban al aristocrático Club Almendares y sus diferentes versiones veraniegas, como el Bacardí Ron BBC. Ofreció notable cobertura a los desafíos de beneficencia y manifestó criterios excluyentes y discriminatorios sobre las prácticas deportivas.

El primer número de *El Fígaro. Semanario de sports y de literatura*, apareció el 23 de julio de 1885. Llevaba el subtítulo de «Órgano del *Base Ball*» y sus fundadores fueron Manuel Serafín Pichardo, Crescencio Sacerio, Rafael Bárzaga y Ramón A. Catalá. En su texto inicial establecía que su surgimiento obedecía a que:

Hace algún tiempo que se venía notando en esta capital la falta de un periódico consagrado a defender los intereses del *sport* en general y muy especialmente los del juego de *Base Ball*, que tantos aficionados cuenta entre nosotros; falta

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² Enrique Fontanills: «Ezequiel García», *El Pelotero*, La Habana, Año 1, Segunda Época, 24 de febrero de 1889, p. 2.

que se hacía tanto más de notar cuanto que es incuestionable que el entusiasmo por este higiénico ejercicio, lejos de apagarse, se aviva cada vez más y adquiere un poderoso ascendiente en todas las clases de nuestra sociedad.⁸³

Aunque a lo largo de su existencia los temas deportivos fueron cediendo espacio a los asuntos literarios y artísticos, los textos de Ramón Catalá, Francisco Chacón, Mariano Ramiro, Manuel Serafín Pichardo y Juan Francisco Prieto se dedicaron a examinar asiduamente cuestiones beisboleras, desde el léxico del deporte pasando por la crítica de los toros y gallos, hasta las frecuentes y problemáticas apuestas. A partir de 1886, Pichardo fue el director propietario del semanario, lo que simultaneaba con sus funciones como secretario del Fe BBC. En opinión de Wen Gálvez: «Pero donde Pichardo no reconoce rival es en la dirección de *El Figaro*. Es un periódico del que podemos estar orgullosos los cubanos».⁸⁴ Otro «revistero de *sports*» destacado de la publicación fue Juan Francisco Prieto, gran conocedor del juego, exjugador del Club Siboney y vocal de la Liga General de Base Ball de la Isla de Cuba.

En este contexto hizo su aparición el 2 de octubre de 1881 el número inicial del semanario *Base Ball*, primera publicación cubana destinada íntegramente a los deportes, como rezaba su subtítulo: «Dedicado a todos los *sports* y órgano oficial del juego de su nombre, en la Isla de Cuba».⁸⁵ Salía los domingos, con un precio de 15 centavos y tenía su redacción en la calle Empedrado No. 10. Además, se podían realizar suscripciones en Regla, Guanabacoa y el resto de las poblaciones del interior del país, así como en el extranjero. En sus páginas aparecieron registrados los principales clubes del beisbol insular, sus desavenencias y contradicciones, la necesidad de contar con una Liga debidamente organizada y conocer las reglas del juego, así como lo apremiante de tener árbitros diestros y respetados por los jugadores. Asimismo, ofrecía los resultados de los torneos en los Estados Unidos, publicaba folletines literarios, crónicas de sociedad y costumbristas, y contaba con una sección de poesía y otra de anuncios. Su importancia para conocer los orígenes del beisbol cubano es incalculable, tanto por la descrip-

⁸³ *El Figaro*, La Habana, Año I, No. 1, 23 de julio de 1885, p. 1.

⁸⁴ Wenceslao Gálvez y Delmonte: «Pichardo y “El Figaro”», *Esto, lo otro y lo de más allá. (Mosaico literario)*. Segunda edición con un prólogo del Dr. Rafael Fernández de Castro, Imp. de A. Álvarez y Cía., La Habana, 1892, p. 88.

⁸⁵ Además del beisbol, que ocupaba el centro de la atención del periódico, también se reseñaban deportes como las carreras de caballos, tiro de palomas, pelota vasca, natación y las regatas.

ción minuciosa del ambiente deportivo de la época, como por la riqueza y profundidad de sus análisis sobre los problemas concernientes al juego. Según Wenceslao Gálvez esta publicación era sostenida por Aurelio Miranda, *Charivari*, «uno de los propagandistas más entusiastas del *base ball* en Cuba y “*habanista* convencido”»,⁸⁶ y su administrador era el conocido traductor de las reglas beisboleras Roberto S. Spencer. El último número que hemos podido revisar corresponde al domingo 30 de julio de 1882.

Si *Base Ball* fue el pionero de la prensa deportiva decimonónica, la aparición cuatro años más tarde, en octubre de 1885, de *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura* significó la madurez de este tipo de publicaciones. Al igual que su predecesor, tenía su redacción y administración en Empedrado No. 10 y en sus inicios fue su administrador y propietario el ya citado Roberto S. Spencer. El primer director fue Carlos Ayala que, al decir de Gálvez, escribía de *sport* «con su estilo declamatorio y nervioso, como si [se] tratara de una cuestión de alta política».⁸⁷ Luego sus directores propietarios fueron Aurelio Granados y Ezequiel García, y su redacción se trasladó para Reina No. 5. Gálvez lo consideró «el verdadero periódico de *sports* (...) un periódico serio, doctrinal».⁸⁸ Para Enrique Fontanills se trataba de un rotativo «sumamente culto y también sumamente leído».⁸⁹

En su primer editorial, *El Sport* se declaraba heredero de *El Sportman Habanero*, dirigido por Ayala e Ignacio Sarachaga, y hacía saber a sus lectores «nuestra decidida afición a todos los ejercicios de *sport*, que vigorizan el cuerpo y dignifican el espíritu: a ellos rendiremos ferviente culto y su propagación en Cuba es nuestro mayor deseo».⁹⁰ Uno de los tópicos abordados en este semanario relacionados con el beisbol fue la necesidad de modificar las reglas del juego y reafirmar su carácter amateur. Asimismo ofrecía noticias sobre la formación de nuevos clubes y los cambios en su directiva, destacaba las figuras de los jugadores más conocidos, censuraba las peleas y los disturbios en los partidos, reproducía notas sobre el beisbol estadounidense, reseñaba acciones caritativas promovidas por clubes de pelota y sus fiestas

⁸⁶ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, ed. cit., p. 34.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 37.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 40.

⁸⁹ *El Pelotero*, La Habana, Año 1, Segunda Época, 24 de febrero de 1889, p. 2.

⁹⁰ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año 1, No. 1, 5 de octubre de 1885, p. 1.

sociales, publicitaba productos del arsenal deportivo y daba cuenta de los principales eventos beisboleros en las diferentes ligas de la capital y otros lugares del país. Tenía además una sección científica dedicada a aspectos médicos relacionados con las prácticas deportivas y una sección artística dedicada a la crónica de los teatros y las óperas. Además del juego de pelota, el ajedrez, la esgrima, el hipismo, la caza y los ejercicios náuticos fueron los deportes que más se divulgaron en las páginas de *El Sport*, que se declaró en diferentes momentos órgano oficial de la Liga General de Base Ball de la Isla de Cuba, del Club de Ajedrez de La Habana, del Habana Yatch Club, del Jockey Club de Colón y de la Sociedad de Caza de La Habana. Sobre su condición de órgano de La Liga, los redactores explicaban: «por estar nosotros completamente identificados con cuantos miran en la propagación del *base ball* por sobre todo, el inmenso beneficio que ha de reportar al mejoramiento de nuestra raza».⁹¹

Además de los citados *Base Ball*, *El Sportman Habanero* y *El Sport*, circularon en La Habana durante la década de 1880 otros periódicos deportivos de fuerte matiz partidista, como son los casos de *El Club*, *La Pelota*, *El Pitcher*, *El Cátcher*, *El Score*, *El Habanista*, *El Almendarista* y *El Pelotero*.

En marzo de 1887 se publicó *El Pitcher. Periódico de literatura y sports. Órgano del Habana BBC*, fundado por Luis Testar y Font, y en el que escribían Domingo Prado, Arturo Mora y Felipe González, quienes luego lo abandonaron en desacuerdo con la línea editorial. En sus páginas se atacó «ruda y encarnizadamente al *Almendares*, y aquella disidencia acompañada de *Charivari* y Joaquín Oro (*Hit*), dio vida al *Habanista*».⁹² Luego, Enrique Morejón Medina, dirigió *El Pitcher* con una conducta menos hostil hacia los azules, el cual devino órgano de la Liga General de Base Ball. Entonces tenía su redacción en la calle Lagunas 48 y se tiraba en la Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer.

El Habanista vio la luz en abril de 1887, con el subtítulo humorístico siguiente: «Especie de moscón rojo. Tiene un aguijón muy agudo con que pica a los intransigentes en materia de *base ball*». En el extremo opuesto de la intransigencia se encontraba *El Almendares. Semanario de sports, arte y*

⁹¹ «Liga del Championship de la Isla de Cuba», *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, Año 1, No. 6, 9 de noviembre de 1885, p. 7.

⁹² Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, ed. cit., p. 40.

literatura. Órgano del Almendares BBC. Su director fue Enrique Nápoles y el subdirector era el destacado cronista deportivo Enrique Fontanills. El *staff* de periodistas lo integraban el dramaturgo Ignacio Sarachaga, Abel Linares, Francisco Coronado, Juan Francisco Prieto, Antonio Zamora, Miguel Palmer, Antonio Estrada y Arturo Reyes Gavilán.

El Pelotero. Semanario de sports con tendencias literarias se publicaba los domingos, tenía su redacción en Ánimas 72 y como muchos de aquella época, se vendía por cinco centavos en el terreno, mostraba caricaturas, reseñas y noticias beisboleras, posiciones de las decenas y añadía un score en blanco para que el aficionado llevara la anotación del juego.⁹³ En febrero de 1889 se publica un cuento erótico de Aniceto Valdivia (Conde Kostia), dedicado a Wenceslao Gálvez y Delmonte, el cual junto a otros aparecidos formarían la «Biblioteca El Pelotero».⁹⁴

El Cárter anunció su salida en septiembre de 1887, dirigido por Manuel F. Calcines, presidente del Mascotte BBC, pero ya en diciembre se afirma que dejaría de publicarse.⁹⁵ *El Score. Semanario de sport, arte y literatura* se promueve en enero de 1888, afín al equipo Fe BBC y, en una de sus ediciones, Carlos Ayala reprodujo las opiniones de Enrique José Varona favorables al juego de pelota.⁹⁶ Tenía su dirección en Monte 49 y fue su director el fisiculturista Antonio Pérez Utrera, auxiliado por Luis F. Crespo y A. Riquelme. Sus redactores fueron Carlos Ayala (Secretario de la Liga General de Base Ball), Victoriano de la Llama, Julián R. Oliva y Manuel E. Fernández. Estuvo entre los más creativos en el diseño de su portada, y debajo del título colocó la apodíctica frase de Varona: «Nuestro progreso será cierto, indiscutible, el día que entre nosotros el buen *sportman* haya destronado al buen bailarador». Esta afición desmedida de Ayala por las ideas de Varona, provocó la burla de Wenceslao Gálvez quien escribió en la *Revista Cubana* «luce muy bien, hay nervio, patriotismo ¡pero en *El Score!* ¡Un periódico escrito para ser leído los días de juego y que tanto se disputan los *limpia botas!*.... *El Base Ball en Cuba*». A la par que destacados beisbolistas como Alejandro del Castillo (tercera base del Fe BBC), Pedro Parra (*catcher* del Alerta BBC), Nicanor Ovaes (*short stop* del Matanzas BBC) y Alfredo. Arcaño (jardinero del Habana BBC), adornaron

⁹³ *El Figaro*, La Habana, Año III, No. 4, 27 de enero de 1887, p. 7.

⁹⁴ *El Pelotero*, La Habana, Año 1, Segunda Época, 24 de febrero de 1889, p. 3.

⁹⁵ *El Figaro*, La Habana, Año III, No. 34, 1 de septiembre de 1887, p. 7.

⁹⁶ *El Figaro*, La Habana, Año IV, No. 4, 26 de enero de 1888, p. 7.

sus portadas artistas como los tenores Ricardo Pastor e Ignacio Varela o el periodista Juan Gualberto Gómez. Una de sus delanteras memorables fue la que reprodujo la fotografía de tres de los más grandes peloteros decimonónicos: Ramón García, Antonio María García (*El Inglés*) y Adolfo Luján.⁹⁷ Ricardo de la Torriente realizó muchas caricaturas para *El Score*, alegóricas a las disputas y rivalidades entre los clubes de pelota.

En resumen, decía Gálvez: «A pesar de ser solicitados, estos periódicos viven con vida lánguida y angustiosa y solo la perseverancia de Enrique Morejón puede sostener su *Pitcher* años tras años...».⁹⁷ Entre los gacetilleros de *sport* fueron muy populares el citado Aurelio Miranda, *Charivari*, quien se destacaba por su asiduidad a los partidos y tomaba la información directamente del juego «con su *score* y su lápiz dispuesto a encerrar en los cuadrados de aquel los lances todos del *match*».⁹⁸ Arturo Mora era considerado:

Un verdadero cronista de *sports*. Porque de la misma manera y con el mismo acierto que habla de *base ball*, refiere un asalto de esgrima o da cuenta de una regata de yachts (...) Arturo Mora es indiscutiblemente el más popular de nuestros cronistas de *sports*. Escribe como habla, con naturalidad y gracia. Yo creo que es un buen cronista de *base ball*, con solo una tacha: ser muy parcial. Es mucha su pasión por el club Habana. Pasión que en él llega a convertirse en defecto cuando trata del referido club.⁹⁹

Ezequiel García, redactor de *El Sport*, era considerado también «escritor galano» y «periodista hábil y entendido».¹⁰⁰ Otros pioneros destacados del periodismo deportivo fueron Julián Silveira, Ángel del Cerro, Manuel Fernández, José Perpiñán, Enrique Nápoles Fajardo, Francisco Vianello, Gabriel López y el varias veces citado Enrique Fontanills, que en opinión de Gálvez era «muy comedido y sintético, que piensa mucho lo que escribe»¹⁰¹ aunque también le reprocha ser: «el joven aspirante a literato, escritor mecánico,

⁹⁷ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, ed. cit., p. 41.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 34.

⁹⁹ Enrique Fontanills: «Arturo Mora», *El Pelotero*, La Habana, Año 1, Segunda Época, 17 de febrero de 1889, p. 2.

¹⁰⁰ Enrique Fontanills: «Ezequiel García», *El Pelotero*, La Habana, Año 1, Segunda Época, 24 de febrero de 1889, p. 2.

¹⁰¹ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba, historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, ed. cit., p. 37.

pagado de la forma, cortés, bien educado, que no olvida, cuando escribe, que es un joven de sociedad. Escribe siempre, embriagado por el perfume de la gardenia que tiene prendida en el ojal de su levita. Y hasta creo que tiene necesidad de quitarse el guante blanco para manejar con algún desenfado la ingrata pluma». ¹⁰² Fontanills, como la gran mayoría de sus contemporáneos, utilizó diferentes seudónimos, en los que resonaban la cultura francesa y alemana, entre ellos *Chrysanteme*, *De-Rescart*, *Fausto*, *Mefistófeles* y *Mascarilla* (este fue también usado por Wenceslao Gálvez en *Gil Blas*, entre los años 1890-1891). Sin embargo, el que lo inmortaliza es *Henry*, con el que firmó la crónica del juego entre Habana y Matanzas que tuvo lugar en el Palmar de Junco, el 27 de noviembre de 1874.

¹⁰² Wenceslao Gálvez y Delmonte: *Esto, lo otro y lo de más allá. (Mosaico literario)*, ed. cit, p. 119.



CIGARROS
ELABORADOS
 EXPRESAMENTE
 Para los **CLUBS**
Habaneros.

Obispo 37. - HABANA

FABRICA DE CIGARROS
LA PELOTA
 DE EMILIO MESA

Publicidad beisbolera en el siglo XIX

Para Zoila Lapique y Julio Larramendi

En *El Fénix* hay de todo. Esta casa recibirá en breve un gran surtido de efectos de *base ball*, como son *bats*, pelotas, caretas, petos, guantes, etc., todo de primera calidad.

LA HABANA ELEGANTE, 1885

Así como en el juego de *base ball* uno de los mejores *batsmen* es Arcañito, del Habana BBC, así una de las mejores sastrerías de la capital es la de Máximo Arcaño, Obispo No. 78.

LA HABANA ELEGANTE, 1889

Publicidad de una marca cigarrera de La Habana, asociada a la práctica deportiva y en específico al juego de pelota decimonónico .
Cortesía de Zoila Lapique Becali.



La publicidad asociada al beisbol en La Habana del siglo XIX fue amplia, variada y abarca diversos productos, tanto los relacionados con el propio deporte como otros insumos del mercado manufacturero-artesanal y del sector de los servicios. Numerosos empresarios y vendedores de los más heterogéneos ramos vieron en la inmensa popularidad del juego de pelota una jugosa veta para multiplicar sus ganancias, y constituyeron un elemento adicional en su creciente mercantilización. Incluso se dio el caso, denunciado por la prensa deportiva, de especuladores que recorrían los principales

establecimientos de la capital «solicitando poner el nombre de estos a los clubs de *base ball* con el objeto de jugar con esos nombres para que los periódicos dedicados al *sport* den cuenta de los desafíos y se anuncien los establecimientos de esta manera». Ante semejante astucia, el semanario *Base Ball* advertía que no publicaría nada de «clubs anunciadores», pues «en Cuba nos divertimos con el *base ball*, no especulamos».¹⁰³

Al margen de lo anterior, en La Habana de la década de 1880 fueron numerosas las casas importadoras de implementos deportivos, entre las que destacaban la Perfumería Habanera, Obispo esquina a Habana, que desde 1882 se anuncia como «depósito principal de bats, pelotas, caretas, guantes y spikes» y además vendía la nueva guía de beisbol en español a 75 centavos el ejemplar;¹⁰⁴ la locería de Tomás Fernández y Ca., Obrapía 17; la quincallería El Palo Gordo, Muralla 39; la locería y cristalería La Mora, Galiano 58; La América de J. Gómez y Ca., Galiano 113, y El Fénix, propiedad de Hierro y Ca., donde se exhibían amplios surtidos de bates, guantes, pelotas y otros implementos, por lo que *El Figaro* recomendaba a los clubes de beisbol ciudadanos no dejar de visitar dicho comercios.¹⁰⁵ El Fénix ofrecía como garantía de calidad las esferas marca *Reach*, declaradas oficiales en las temporadas anteriores, y anunciaba que eran las más baratas del mercado, pues las vendían a 1 peso cincuenta centavos oro cada una.¹⁰⁶ También la tienda El Anteojo anuncia en 1885 que ha recibido: «un surtido de bates, caretas, guantes y pelotas de beisbol de la marca *Spalding*».¹⁰⁷ En la tienda Los Japoneses, Aguiar 47 ½, se ofrecían igualmente los artículos «legítimos de *Spalding* a precios nunca vistos».¹⁰⁸

Los fabricantes de ropas y modistos aprovechaban la enorme popularidad del beisbol, para promover de manera ingeniosa sus productos destinados a equipos y jugadores. Desde 1881 el semanario *Base Ball* recomendaba «a los clubes de *Base Ball* la sastrería de Lino Martínez, Calzada de la Reina 41.

¹⁰³ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 26, 26 de marzo de 1882, p. 1.

¹⁰⁴ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 39, 25 de junio de 1882, p. 4.

¹⁰⁵ *El Figaro*, La Habana, Año I, No. 1, 23 de julio de 1885, p. 10; *El Figaro*, Año II, No. 12, 25 de marzo de 1886, p. 5.

¹⁰⁶ *La Habana Elegante*, La Habana, Año III, No. 31, 2 de agosto de 1885, p. 10.

¹⁰⁷ *El País*, La Habana, 2 de junio de 1885, p. 4.

¹⁰⁸ *El Sport*, La Habana, Año I, No. 3, 19 de octubre de 1885, p. 7.

Bueno y barato».¹⁰⁹ La sombrerería de A. Ramentol, sita en O'Reilly 29, ofrecía sombreros de última novedad a precios módicos, con especialidad en gorras de beisbol, las que «para uno o dos tens se hacen en doce horas».¹¹⁰ La peletería El Paseo, en Aguiar 73 entre Obispo y Obrapía, notificaba a sus clientes un «Surtido de calzado para *Base Ball*, estamos para recibir un surtido completo por modelo especial para juego de pelota y correr velocípedos».¹¹¹ En la gran fábrica y sombrerería de Celestino Álvarez, Obispo 107, se dedicaba «una palabra a los *sportsmen*: inútil nos parece recomendar esta casa, pues es favorablemente reconocida por el público habanero y especialmente entre los jóvenes de “high life”».¹¹²

La moda masculina utilizó las asociaciones beisboleras como estrategia de promoción y ventas con mucha frecuencia. En 1886 abrió sus puertas en Águila 205 una sastrería bautizada como El Almendares y los periódicos auguraban que «los almendaristas, que son jóvenes elegantes casi todos, acordarán, tan pronto lean esta noticia, vestirse en El Almendares. Por aquello de la simpatía».¹¹³ Rápidamente su dueño, Bernardo Nuevo, «muy rumboso y muy almendarista», ofrecía diez trajes de regalo al equipo ganador en un juego entre Almendares y Fe a beneficio de La Caridad del Cerro.¹¹⁴

Siguiendo la estrategia comercial de identificar el negocio de ropas con el conjunto de pelota, la publicidad enfatiza que la reorganización del Club Almendares, en 1888, obedecía a que «el Sr. Bernardo Nuevo no tolera que no exista una sociedad que lleva el mismo nombre de su gran sastrería y camisería».¹¹⁵ En otra ocasión se dice «hay nombres que hacen fortuna... aquí en La Habana, uno de esos nombres es el de Almendares. Lo lleva un río murmurador; un respetable título de Castilla; el club de *base ball* más simpático del mundo y por último la espléndida casa del Sr. Bernardo Nuevo, Águila 205».¹¹⁶ Al igual que la sastrería El Almendares orientaba sus promociones

¹⁰⁹ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 12, 18 de diciembre de 1881, p. 3.

¹¹⁰ *La Habana Elegante*, La Habana, Año III, No. 52, 27 de diciembre de 1885, p. 25.

¹¹¹ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 30, 23 de abril de 1882, p. 4.

¹¹² *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 31, 30 de abril de 1882, p. 4.

¹¹³ *El Fígaro*, La Habana, Año II, No. 42, 16 de diciembre de 1886, p. 8.

¹¹⁴ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 4, 26 de enero de 1886, p. 8.

¹¹⁵ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 8, 25 de febrero de 1888, p. 8.

¹¹⁶ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 10, 10 de marzo de 1888, p. 8.

en relación con el club azul, su homóloga La Sociedad Moderna hizo algo similar con los rojos habanistas, según se lee en las siguientes estrofas:

Es justo que allí se vista
Esta buena Sociedad
Y con especialidad
La juventud habanista.
¿Por qué? La razón es llana
Porque son estos señores
Entusiastas defensores
Del valiente Club Habana.¹¹⁷

Otras estrategias publicitarias consistían en obsequiar determinados productos, como prendas de vestir, a peloteros destacados, lo que establecía una identidad subliminal entre el éxito del jugador y la calidad de la prenda. Uno de los negocios más activos en esta dirección fue la citada sastrería La Sociedad Moderna: «Los grandes aficionados al *base ball*, Arriaza y Salina, dueños de La Sociedad Moderna, Obispo 85, regalarán un pantalón de casimir, al jugador que los directivos del Habana o el Fe decidan, después del desafío de este domingo».¹¹⁸ En este duelo resultó vencedor el club rojo, entre cuyos jugadores se sorteó el pantalón de casimir «calidad extra» ofrecido por la sastrería.¹¹⁹ La Segunda Italia, por su parte, regalaba a los jugadores de los clubes vencedores «corbatas y pañuelos de seda de calidad superior».¹²⁰ Y La Isla de Yap, Gran Sastrería y Camisería de López e Inclán, en San Rafael No. 1, decía que en su establecimiento «se visten los más afamados partidarios de los afamados clubs Habana, Almendares y Fe. Trabajos acabados con perfección y elegancia».¹²¹

Las mujeres no fueron olvidadas por quienes promovían productos con imágenes asociadas a la pelota. En la platería El Bazar, sita en Obispo 24, propiedad de Mario Fernández, se importaban de Europa y Estados Unidos selectos surtidos de prendas finas, entre ellas «los preciosísimos brazaletes

¹¹⁷ *El Pitcher*, La Habana, Año IV, No. 44, 2 de noviembre de 1890, p. 5.

¹¹⁸ *La Habana Elegante*, La Habana, Año VII, No. 24, 16 de junio de 1889, p. 8.

¹¹⁹ *El Pitcher*, La Habana, Año III, No. 14, 14 de julio de 1889, p. 7.

¹²⁰ *El Pitcher*, La Habana, Año IV, No. 44, 2 de noviembre de 1890, p. 5.

¹²¹ *Ibídem*.

alegóricos del *Base Ball* Club Almendares, Habana y Matanzas». ¹²² La platería y joyería La Acacia, en San Miguel 69 esquina a Manrique, prometía «gran novedad en alfileres para los socios del Club Almendares y también prendedores para señoras». ¹²³ El establecimiento La Complaciente ofrecía abanicos de marfil y raso pintados «con gran talento y brillante concepción artística» por Santiago Rossié, cuyos dibujos representaban «la glorieta y el terreno del Habana, en el Vedado; se ven jugadores habaneros y almendaristas, los primeros en el campo y los segundos al *bat* y con tres hombres en base». Uno de estos abanicos fue regalado por un periodista de *La Habana Elegante* a la «basebolera» Juanita Poo, con sus iniciales grabadas en azul y rojo en una de las caras. ¹²⁴

Los vendedores de cigarros crearon una marca con nombre beisbolero: *High Ball*, y la publicidad recalcaba que: «No hay un solo aficionado o partidario del *Base Ball* que no fume los nuevos cigarrillos que el entusiasta amigo Dorta, Gervasio 88, ha bautizado con el nombre de *High Ball*, es decir, Bola Alta». ¹²⁵ En la difusión de este sello cigarrero se afirmaba: «Esta marca de cigarros está relacionada con todo lo concerniente a los clubes de pelota. Los aficionados que deseen adquirir colección completa de todos los atributos que se usan en el *BASE BALL*, pueden lograrlo por medio de las cajetillas de la *HIGH BALL*. Los consumidores deben pedir cajetillas del color que corresponde al Club de sus simpatías, para poder apreciar cual es el que más partidarios tiene». ¹²⁶

Nicolás Allones, dueño de otra marca cigarrera, *High Life*, en San Rafael 93, creó el cigarro *Base Ball*, cuya especialidad era que no manchaba los dedos. Allones anunció que regalaría diez ruedas de cigarrillos, una por cada jugador, al vencedor de un *match* entre Habana y Almendares en mayo de 1887. ¹²⁷ Otra fábrica de cigarros, propiedad de Emilio Mesa, se llamó «La Pelota» y declaraba que sus producciones de cigarros eran elaborados «expresamente para los clubs habaneros». La factoría cigarrera de Torres, Calvo

¹²² *La Discusión*, La Habana, 4 de febrero de 1881, p. 3.

¹²³ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 30, 23 de abril de 1882, p. 3.

¹²⁴ *La Habana Elegante*, La Habana, Año III, No. 17, 26 de abril de 1885, p. 10.

¹²⁵ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 10, 6 de marzo de 1887, p. 9.

¹²⁶ *El Pitcher*, La Habana, Año 4, No. 44, 2 de noviembre de 1890, p. 6.

¹²⁷ *El Fígaro*, La Habana, Año III, No. 18, 12 de mayo de 1887, p. 6.

y Gálvez, con domicilio en la calle Monte 322, realizó marquillas donde aparecían los nombres del Almendares, Habana y Matanzas.¹²⁸

El ron Bacardí prestó su nombre a un equipo de beisbol de verano formado en 1885, cuyo primer desafío lo efectuó contra uno también con nombre de bebida: Lager Beer. Bacardí Ron BBC venció 25 carreras contra 16, y su capitán arengó a los jugadores: «demostrando con frases técnicas que el Bacardí Ron es la bebida más sabrosa que jamás ojos vieron».¹²⁹ También se aprovechó esta analogía deportiva para prodigar sus virtudes en la prensa como: «la única bebida de las familias, porque su uso lo recomiendan los médicos, porque su sabor es muy agradable, mezclado con agua, y porque es más barato y más puro que cualquier otro vino».¹³⁰ La rivalidad deportiva entre Bacardí Ron y Lager Beer era presentada en clave comercial, como «un desafío entre dos bebidas», en cuyo *match* el *umpire* «tendrá que decidir cuál de los dos licores es mejor, si el lager o el ron». Se añadía este versito humorístico:

De algunos en opinión
Ron se bebe a la cerveza
Otros, que *skunk* tras *skunk*
Cerveza se bebe a ron
Sin írsele la cabeza.¹³¹

En otros casos se exponían implementos deportivos entre los surtidos de establecimientos de diversos ramos, a fin de atraer potenciales clientes estimulados por la curiosidad o la simpatía hacia el beisbol. Así, estaba expuesto al público en la conocida abaniquería La Especial, Obispo 99, «el magnífico y lujoso *bat* de marfil que la Plant Steamship Line regala al club de *base ball* vencedor en el presente *champion*».¹³² Dicho bate había sido construido por la compañía Spalding Brothers, de Nueva York, y en su centro tenía una placa de plata donde estaba grabado la entrada a la bahía de La Habana del vapor Mascotte, rodeado de atributos beisboleros

¹²⁸ Con información cortesía de Zoila Lapique.

¹²⁹ *La Habana Elegante*, La Habana, Año III, No. 13, 29 de marzo de 1885, p. 11.

¹³⁰ *La Habana Elegante*, La Habana, Año VII, No. 8, 24 de febrero de 1889, p. 9.

¹³¹ *La Habana Elegante*, La Habana, Año III, No. 22, 31 de mayo de 1885, p. 11.

¹³² *La Habana Elegante*, La Habana, Año VI, No. 6, 5 de febrero de 1888, p. 9.

y la inscripción en inglés: PRESENTED BY THE PLANT SS LINE TO THE CHAMPION BB CLUB OF HAVANA, 1888.

La *Guía de Beisbol*, traducida del inglés por Valentín Frau y destinada a promover el conocimiento de las reglas del juego y las estadísticas beisboleras, estaba a la venta en numerosos comercios y establecimientos: quincallería El Anteojo, en Obispo y Cuba; joyería La Acacia, en San Miguel y Manrique; el Refrigerador de Berenguer; la tabaquería del café El Universo; la camisería y sedería La Segunda Italia, en San Rafael y Amistad; la peletería La Segunda Elegancia, en Escobar y Virtudes y la sastrería La Sociedad Moderna, en Obispo 85. De esta última se decía festivamente: «Déjense de boberías y vayan a La Sociedad Moderna, Obispo 85, si quieren hacerse ustedes ropa buena y baratita. No lo olviden, la casa del número 85, donde se encuentran de venta ejemplares de la *Guía de Base Ball*». ¹³³ El propio Valentín Frau, representante autorizado de la firma A. G. Spalding & Bros en La Habana, expresaba al final de la misma su condición de proveedor «en muy favorables condiciones, de los artículos que necesiten y de los periódicos que aquella acreditada casa edita». Además, podían solicitársele catálogos de implementos beisboleros y ofrecía «toda clase de facilidades para obtener trajes, pelotas, bats, scores, &». Las órdenes debían dirigirse a la Redacción de *La Habana Elegante*, Habana 90 ½ o a las calles Reina 125 y Manrique 52. ¹³⁴

Entre los productos que la Casa Spalding ofrecía en su *Guía* estaban varios tipos de gorras; portabates de lona con capacidad para llevar una docena de estos; cinturones de beisbol de cuero y algodón de varios colores, con hebillas niqueladas; medias de diversos tonos; caretas de alambres dobles, acolchadas con lana de cabra e impermeables al sudor; guantes para catters de piel doble de gamo; protectores perfeccionados; indicadores automáticos para *umpires*; torniquetes automáticos «indispensables para evitar toda posibilidad de que los porteros se apropien de una parte de la entrada»; petos o protectores; bates «torneados a mano y secados al sol» y varios tipos de pelotas de la marca Spalding. Todos estos productos se brindaban en varios

¹³³ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 2, 14 de enero de 1888, p. 6.

¹³⁴ *Base Ball. Guía oficial de la Liga*, traducida por Valentín Frau con autorización de los señores A. G. Spalding & Bros. de Chicago y Nueva York, Imprenta de Soler, Álvarez y Compañía, La Habana, 1885, p. 63.

precios, de acuerdo a las categorías de «profesionales» o «amateurs», y en algunos casos también para niños.¹³⁵

Las bolas de la marca Spalding eran publicitadas de manera muy ingeniosa. Asociándolas con la medicina, se promovían como «píldoras de Spalding», las que servían para «prevenir los reumatismos, la gota, el asma, la tisis, la clorosis y mil otras dolencias que los médicos conocen sin poderlas curar»; asimismo se decía que las había «de todos los precios y son un remedio probado. Se toman desde los siete años hasta los cuarenta y se venden en cualquier parte». La revista *El Sport* las recomendaba «con muchísimo calor».¹³⁶ Con un procedimiento parecido al seguido por la línea naviera de Mr. Plant, Spalding acompañó su estrategia de promoción y ventas en Cuba con gestos de cortesía para algunos equipos, como cuando regaló al campeón de 1889, el Habana BBC, «una gran copa de plata con los atributos del *base ball*».¹³⁷

El almacén de víveres La Viña, situado en Reina 21, vendía alimentos, dulces, velas y vino. Estrechamente vinculado al beisbol, escogió como publicidad obsequiar «bonitos y cómodos *scores*» a los asistentes a los desafíos.¹³⁸ Su anuncio en la prensa rezaba: «el único establecimiento que reparte *scores* gratis». Dichos *scores* permitían a los aficionados llevar por sí mismos la anotación de los partidos, por lo que su demanda debió ser elevada entre los asistentes a las glorietas.¹³⁹ En una ocasión, el Club Habana jugó un desafío contra un *picked ten*, bajo el nombre del citado almacén de víveres, que volvió a regalar a los concurrentes *scores* en los que estaban ya impresos los nombres de los jugadores.¹⁴⁰ Finalmente se constituyó en octubre de 1886 un club de beisbol bajo el nombre de La Viña, al que perteneció uno de los más grandes jugadores de pelota del siglo XIX: Alfredo Arcaño.¹⁴¹ Como el

¹³⁵ *Ibíd.*, pp. 63 y ss.

¹³⁶ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año I, No. 7, 16 de noviembre de 1885, p. 4.

¹³⁷ *La Habana Elegante*, La Habana, Año VII, No. 33, 18 de agosto de 1889, p. 9.

¹³⁸ *El Fígaro*, La Habana, Año II, No. 14, 8 de abril de 1886, p. 6.

¹³⁹ Desde 1882 se vendían en los juegos de pelota cartulinas con la impresión del box score para llevar las incidencias de los juegos. Acompañaba la cartulina un lápiz, todo por valor de diez centavos. *El Triunfo*, La Habana, 15 de febrero de 1882.

¹⁴⁰ *El Fígaro*, La Habana, Año II, No. 31, 19 de agosto de 1886, p. 5.

¹⁴¹ *El Fígaro*, La Habana, Año II, No. 38, 17 de octubre de 1886, p. 5.

padre de Arcaño era sastre, en ocasión de un jonrón conectado por su hijo, el periódico *El Pelotero* hace un guiño publicitario a su negocio:

Si el chiquillo hace jonrones
En cambio, con la tijera,
Corta el padre pantalones
De primera.¹⁴²

Los señores Miranda e Ibáñez, dueños de la Imprenta La Verdad, Aguiar 73, publicitaron sus servicios obsequiando «elegantes tarjetas» a los concurrentes a un *match* en El Vedado en 1888. A diferencia de los *scores* de La Viña, estas tarjetas añadían al nombre de los jugadores el orden de los desafíos que habrían de celebrarse en opción al campeonato.¹⁴³ Periódicos como *El Pelotero* se distribuía a precios económicos en los terrenos añadiendo a las caricaturas, reseñas y noticias beisboleras «órdenes al *bat*, posiciones de las decenas que juegan y un score en blanco para llevar la anotación del juego».¹⁴⁴

La venta de tónicos y perfumería tampoco fue ajena a la publicidad beisbolera. En la propia *Guía de Beisbol* se anunciaba con mucha seriedad:

La única Agua de Florida que más pura composición tiene es la llamada *Base Ball*, debida al invento del Dr. González, dueño de la botica San José, calle de Aguiar 106; su composición consta del alcohol del central San Lino y con las esencias de las flores y plantas más aromáticas de Cuba. Se halla de venta en todas las perfumerías y droguerías de La Habana. Añadiéndose un poco de esta Agua Florida en una palangana, le comunica un aroma grato y calma los nervios.¹⁴⁵

También el depósito general de la «acreditada farmacia» del Dr. Rodolfo D. Poey, sita en la calle O'Reilly 33, se anunciaba con un suelto donde aparecía dibujado un diamante en alusión al campo de juego, implementos deportivos como bates, pelotas, guantillas y gorras; y debajo las banderolas azules y rojas de los clubes Almendares y Habana.

¹⁴² *El Pelotero*, La Habana, Año I, Segunda Época, No. 7, 24 de febrero de 1889, p. 7.

¹⁴³ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 3, 19 de enero de 1888, p. 6.

¹⁴⁴ *El Fígaro*, La Habana, Año III, No. 4, 27 de enero de 1887, p. 7.

¹⁴⁵ *La Habana Elegante*, La Habana, Año VIII, No. 23, 8 de junio de 1890, p. 9.

Los fotógrafos pronto se dieron cuenta de lo beneficioso que resultaría captar imágenes de los peloteros, equipos y terrenos de beisbol, los cuales eran muy populares y demandados por los aficionados y la prensa. Desde 1882 se podían conseguir en la calzada de Galiano esquina a San Miguel fotografías de la glorieta del Club Habana, donde se vendían a uno y dos pesos billetes según su tamaño.¹⁴⁶ Uno de los fotógrafos más célebres por su rapidez y calidad fue José Gómez, que tenía su estudio en Virtudes 138, y «ha retratado a los clubs de *base ball* de esta capital». Gómez obsequió a la revista *El Fígaro* en 1888 imágenes de la decena del Matanzas y retratos de los «valientes jugadores del club Fe».¹⁴⁷ El periódico, en reciprocidad, recomendaba al público que «adquiera dichas fotografías que se venden a un peso billetes en la Sociedad Moderna, Obispo 85».¹⁴⁸ La célebre casa de fotografía de Maceo también hizo reproducciones del Habana para adornar su glorieta, y una litografía de sus jugadores fue ofrecida por *El Fígaro* a sus favorecedores en 1886.¹⁴⁹

En ocasiones la divulgación de un determinado negocio se introducía combinando dos argumentos informativos, uno de los cuales aludía al beisbol y funcionaba como contraste al texto publicitario: «Nada se sabe de cierto sobre el resultado que obtengan los clubs que entran a disputar el Premio de Verano, en lo que respecta a la rebaja de la contribución municipal; en cambio La Habana entera sabe que en la joyería La Acacia acaba de recibirse una gran factura de prendas exquisitas importadas directamente de París».¹⁵⁰

Una publicidad indirecta se hacía al llamado Aceite de San Jacobo, al que se atribuía la cura del reumatismo, neuralgia, gota, ciática, dolores de garganta, lumbago, contusiones, torceduras, hinchazones, quemaduras, dolores de cabeza, etc. En la propia página donde se anunciaba este producto se podía leer: «Todos los clubs de *base ball* de los Estados Unidos no concurren a un

¹⁴⁶ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 37, 11 de junio de 1882, p. 3.

¹⁴⁷ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 5, 2 de febrero de 1888, p. 6.

¹⁴⁸ *El Fígaro*, La Habana, Año IV, No. 9, 2 de marzo de 1888, p. 6.

¹⁴⁹ *El Fígaro*, La Habana, Año II, No. 11, 18 de marzo de 1886, p. 6.

¹⁵⁰ *El Pitcher*, La Habana, Año III, No. 14, 14 de julio de 1889, p. 7.

match sin llevar en su botiquín un pomo de Aceite de San Jacobo, para curar instantáneamente los golpes que los jugadores sufran en el juego». ¹⁵¹

Finalmente, al igual que lo sucedido con La Viña, existieron equipos que adoptaron nombres de establecimientos comerciales como La Acacia BBC o representativos de firmas importantes como el Águila de Oro, patrocinado por una empresa tabacalera y considerado uno de los equipos pioneros en la práctica profesional del beisbol.

¹⁵¹ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 36, 4 de junio de 1882, p. 3.

EL SPORT.

EXPOSICION
NACIONAL
HABANA



CARLOS D. MACIÁ.
Tercera Base del «Almendares» B. B. C.

La sonrisa de Carlos Maciá

Para Carlos Reig Romero

Y desde luego hablaré de Carlos Maciá
que es, según dicen, el Aquiles de la pelota....

EL ÁLBUM, MATANZAS, 8 DE OCTUBRE DE 1887

Pelotero y mambí,
Carlos Maciá, desde
una representación
litográfica para la
portada del sema-
nario habanero
El Sport, No. 25,
1 de abril de 1886.



Una de las anécdotas que solía contar el gran costumbrista Eduardo Robreño, narra el que fue quizás el último «combate» de la Guerra del 95. El hecho se produjo el 11 de diciembre de 1898, un día después de firmado el Tratado de París, y tuvo como escenario el emblemático hotel Inglaterra.

Según Robreño, el incidente fue provocado por miembros del Batallón Número Uno del Ejército Español, quienes atacaron el hotel en los momentos que se encontraba allí el general cubano José Lacret Morlot y su escolta, y como resultado de los disparos resultó herido de muerte uno de sus ayudantes, el capitán Jesús Sotolongo Lynch. Entre los oficiales mambises que rebatieron con valentía la

agresión estuvieron dos famosos exjugadores de beisbol: Alfredo Arango y Carlos Maciá.¹⁵²

Este último era un joven abogado que no había cumplido todavía los treinta años (nació en 1870) y ostentaba el grado de coronel del Ejército Libertador. Antiguo miembro de la muchachada de la Acera del Louvre, Maciá unía a su valor personal en el campo de batalla el recuerdo de sus años como jugador de pelota en varios clubes de la capital, y especialmente en el célebre *Almendares*, uno de los grandes animadores del beisbol amateur insular en la década de 1880 y primera mitad del decenio de 1890. En rigor, Carlos Maciá representa a toda una generación de jóvenes cubanos, habaneros principalmente, que se apoderaron del entonces todavía reciente juego de pelota, e hicieron de este pasatiempo un símbolo de virilidad, valor, moralidad e inteligencia, por oposición a los deportes españoles, como los toros, las barajas, el billar...

Comenzó a jugar beisbol cuando era apenas un muchacho en los placeres de Peñalver, las canteras de Medina y los terrenos de Melitón, junto a su hermano Antonio María, Fernando Santana, Alejandro del Castillo, Ramón Hernández y Wenceslao Gálvez, sin saber que llegarían a ser con el tiempo algunos de los mejores *players* de beisbol del siglo XIX cubano. En Melitón retozaban juntos niños blancos y negros hasta bien entrada la tarde y, en aquellos improvisados partidos, Maciá solía actuar como lanzador y desarrollaría desde entonces una incipiente curva, que hizo estragos no solo en los bateadores contrarios, sino en el rostro del poco experimentado *cácher* Wen Gálvez, quien debido a un *tip foul* provocado por un lanzamiento de Carlos, decidió abandonar la receptoría y dedicarse, para bien de este deporte, a jugar el *short stop*.¹⁵³

En la temporada de 1885-1886, con apenas, quince años, Maciá debutó como lanzador con el que sería el club de sus amores, el aristocrático (su color elegido, el azul, no parecía ser casual) y veleidoso *Almendares*. Esta sociedad había surgido después de la Paz del Zanjón en 1878 y entre sus fundadores estuvieron jóvenes educados en los Estados Unidos, como los hermanos Carlos y Teodoro Zaldo. Además, lo integraron en sus primeras versiones Fernando Zayas, Alejandro Reed, Eduardo Delgado, junto a los

¹⁵² Eduardo Robreño: *Del pasado que fue*. Ediciones UNIÓN, La Habana, 1998, p. 14.

¹⁵³ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*. Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, La Habana, 1889, p. 21.

españoles Alzola y Leonardo Ovies. Sus terrenos estuvieron primero en el Cerro, entonces barrio de la burguesía habanera, y luego frente a la Quinta de los Molinos, donde inauguraron una magnífica glorieta de beisbol, conjuntamente con un hipódromo y un tiro de pichón. Sin embargo, a pesar del dinero invertido en infraestructura deportiva y del prestigio social de sus miembros, era célebre la despreocupación almendarista en lo relativo a sus prácticas beisboleras, hecho que repercutió de manera decisiva en sus frecuentes derrotas frente a su archirrival, el Club Habana.¹⁵⁴

La porfía entre ambos clubes llegó a tener, en ocasiones, ribetes dramáticos y en otras francamente burlescos. Como resultado de un peleado campeonato, los azules llegaron incluso a disolver su sociedad en 1887, pero siempre retornaban con ansias de desquite en los torneos de verano y las ligas de segundo, tercer y cuarto premio, para lo cual adoptaron variaciones en su denominación: indistintamente fueron el Almendares, Almendares BBC, Almendares club e incluso en una ocasión adoptaron el nombre de Beneficencia. De cualquier modo, el equipo de la Quinta de los Molinos era el eterno segundón de la pelota cubana invernal desde que se celebró el primer torneo oficial, en 1878-1879, y solo consiguieron alcanzar un *championship* en la temporada de 1893-1894, dirigidos por Ramón Gutiérrez y contando en sus filas con algunos jugadores exhabanistas.¹⁵⁵

Regresando a la figura de Maciá, su debut como pelotero en el beisbol amateur organizado fue impresionante; participó en cuatro de los seis juegos celebrados por su club y ganó tres, con una sola derrota. A la ofensiva su promedio fue un excelente 333, producto de diez *hits* en 30 veces al bate VB, y entre sus conexiones hubo un doble. Si algo llama la atención en su rendimiento deportivo, es su enorme estabilidad en el bateo durante los cinco años que jugó en la pelota de primera división, cuatro con el Club Almendares y una vez con el Cárdenas, aunque con muy pocas veces al bate. Promedió en tres ocasiones por encima de 300 y otras dos quedó en 250, para un total de por vida de 309, además de que tuvo entre sus 46 inatrapables cuatro dobles, un triple y un jonrón.¹⁵⁶

¹⁵⁴ *Ibíd.*, pp. 67-69.

¹⁵⁵ Juan Francisco Prieto: «El Almendares BBC», en Ramón S. de Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El Base Ball en Cuba y América*. Imprenta Comas y López, La Habana, 1908, pp. 21-24.

¹⁵⁶ Gabino Delgado y Severo Nieto: *Béisbol cubano (récores y estadísticas) 1878-1955*. Editorial Lex, La Habana, 1955, p. 156.

En la temporada inicial de 1885, Maciá jugó también como integrante del Club Bacardí en la Liga de Verano, y allí derrotó al Boccaccio por 3 a 2, a pesar de haber otorgado 6 bases por bolas.¹⁵⁷ De igual modo integró un *picked ten* de jugadores con el nombre de La Caridad para enfrentar al Fe, en un partido de beneficencia a favor de la escuela gratuita que mantenía la sociedad La Caridad del Cerro. En este partido actuó como *short stop*, junto con la tercera base: otra de sus posiciones preferida, pues el *pitcher* del conjunto era el gran Adolfo Luján (un exalmendarista), en esta ocasión representando al equipo El Bando Azul de Guanabacoa.¹⁵⁸ En otros desafíos de esta serie estival entre Bacardí y Boccaccio, Maciá obtuvo un triunfo y una derrota, el primero 5 a 2 y la segunda 7 a 3. De igual modo, su fama como gran ponchador comenzó a tejerse cuando sacó *outs* por la vía de los *strikes* a 15 jugadores del Carmelita, y luego a 17 de un *picked ten* de Fe-Habana.¹⁵⁹

Para el mes de agosto se habló de la posibilidad de realizar un juego de beneficencia entre el Club Fe y el *picked ten* de La Caridad, para recaudar fondos a favor de la construcción de un mausoleo dedicado a la figura del líder autonomista José Antonio Cortina, quien fuera presidente de La Caridad del Cerro y director de la *Revista de Cuba*, fallecido un año antes. Sin embargo, es bueno apuntar que, junto a estos encuentros de naturaleza benefactora, solían celebrarse otros espontáneos con carácter lúdico, como el anunciado entre los Bohemios y los Arrancados, en la calle de la Pluma en Marianao. Como indican los nombres de ambos conjuntos, en los mismos militaban periodistas e intelectuales amantes del beisbol como Enrique Hernández Miyares, quien era *Right Field* de los Bohemios o Ignacio Sarachaga, *Short Stop* de los Arrancados. En este singular desafío actuaría como *umpire* Carlos Maciá.¹⁶⁰

Para él la temporada siguiente, de 1886 a 1887, fue la de mayores éxitos, pues bateó para 333 con 14 *hits*; participó en todos los juegos de su equipo, nueve en total, con magnífico promedio de 7 ganados y dos derrotas. Solo el *pitcher* rival de los rojos, Adolfo Luján, tuvo un mejor promedio, pues lanzó para 5 victorias sin fracasos. Este es el momento en que Maciá lanzó el primer partido sin *hits* ni carreras en la historia del beisbol cubano, cuando venció al débil Club Carmelita con desproporcionado score de 38 a cero, el domin-

¹⁵⁷ *El Fígaro. Semanario de literatura y sports*, La Habana, Año 1, No. 1, 23 de julio de 1885, p. 2.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁵⁹ Wenceslao Gálvez y Delmonte: op. cit., p. 92.

¹⁶⁰ *El Fígaro. Semanario de literatura y sports*, La Habana, Año 1, No. 4, 13 de agosto de 1885, p. 2.

go 13 de febrero de 1887.¹⁶¹ De hecho, los azules lograron aquel año colgarles 27 ceros consecutivos a los carmelitas, y la prensa almendarista con Ignacio Sarachaga al frente y en especial *La Habana Elegante*, *El Pelotero* y *El Sport*, se deshacían en elogios para con los muchachos de la Quinta de los Molinos.

Maciá, por supuesto, era el gran héroe del momento, llamado a derrotar a todos sus rivales, y en especial a los rojos de El Vedado, por lo que su nombre aparecía con frecuencia en los artículos y las gacetillas. Su condición de celebridad local era tal, que la prensa le seguía los pasos, y en ocasión de retornar de un viaje privado a los Estados Unidos se da cuenta de que: «En el vapor *Saratoga* ha llegado a La Habana, nuestro querido amigo D. Carlos Maciá, *pitcher* del *Almendares Club*, de regreso de su viaje de recreo a los Estados Unidos. Reciba nuestra cariñosa bienvenida».¹⁶²

Incluso se le dedicaban composiciones en verso, las cuales, a pesar de poseer un contenido muchas veces irónico, no dejaban de reflejar su admiración por el joven lanzador, como en esta que firmaba *Hortensia*, seudónimo del cronista deportivo de *La Habana Elegante*:

PARODIA DE TEJERA

(a Carlos Maciá)

¿Mofaste? No, ¡pues esto
Nos causa desazones
¡Y aun te venero yo!
Un mof, Carlos amigo, echa a perder escones
Pero tu average no.
Mas, ¡ah! Que si en el campo no mofas todavía
Mañana ¿mofarás?
¡Oh, no! Mientras tú juegues, lo juro vida mía
No has de mofar jamás.
¡Jamás! Que aunque un mal golpe Luján te dé en mal hora
Es vano su rigor:
Tercera un tiempo fuiste; *pitcher* eres ahora...
¡Tú siempre eres el mejor!

¹⁶¹ Gabino Delgado y Severo Nieto: op. cit, p. 80.

¹⁶² «Noticias», *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año II, No. 48, 1 de septiembre de 1887, p. 2.

Jugando en todas partes, jugando todo el día,
 Siempre te he de aplaudir;
 Que en tanto que tú juegues, lo sabes alma mía,
 Al *match* habré de ir.
 Si un juego pierdes... ¡nunca! y aunque el dolor me mata
 Voy a rogarle a Dios;
 Y el ¡hurrah! de tu gloria que tanto te arrebató
 Será para los dos.
 No importa que hoy pregunte, con afligido acento
 Y Carlos ¿dónde está?
 No importa que un contrario responda muy contento:
 ¡Carlos no juega ya!
 Para admirarte siempre, del pecho en lo profundo
 Tu *escóar* llevo yo...
 ¡Los grandes jugadores se mueren para el mundo,
 Para un *sportman*, no!¹⁶³

En esta propia publicación, unas semanas más tarde, su cronista hacía una declaración de afinidad con los azules en los términos que siguen: «Soy almendarista, ¿y cómo no serlo, si en él figura Alfredo Arango, el más buen mozo de los jugadores; Ramón Hernández, tan simpático como elegante; Carlos Maciá, hipérbolo de simpatía (perdone Chacón el hurto); Aquiles Martínez, de lánguido mirar; Wen Gálvez, etc. etc.? Y además, ¿qué importa que Delabats e I. García sean feos si juegan tan bien?». ¹⁶⁴ Y añadía este juicio sobre la posibilidad que tenía el equipo de alcanzar esta vez los lauros de campeón: «este año el Almendares no se desconcierta y todas las pelea, que es un contento. Y no puede menos que ser así, contando, como cuenta, con tan buenos poetas, digo, con tan buenos bates; con tan buen *pitcher*, con tan buen *cácther*, con tan buenos *fielders*, con tan buenos *shorts* y con tan lindas simpatizantes». ¹⁶⁵

En fin, que todo presagiaba la victoria almendarista, sobre todo gracias a la formidable faena del «simpático, hábil y sereno» Maciá, quien poseía toda la calma que los habanistas negaban a su *pitcher* José María Teuma

¹⁶³ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 13, 27 de marzo de 1887, p. 7.

¹⁶⁴ *La Habana Elegante*, La Habana, Año V, No. 14, 3 de abril de 1887, p. 7.

¹⁶⁵ *Ibíd.*, p. 8.

(o Tehuma), sustituido por Luján en un partido que perdieron frente a los azules y que provocó un grave altercado entre Teuma y los directivos rojos.¹⁶⁶ Sin embargo, irregularidades de última hora, disturbios en las glorietas y presiones de los habanistas provocaron la decisión de los azules de no acudir al último juego, si este no se realizaba en privado, lo que llevó a los del Habana, cuya directiva era dominante en la Liga General de Base Ball de la Isla de Cuba, a declarar el campeonato a su favor.

Como consecuencia de lo anterior, y en señal de protesta por lo que consideraban una arbitrariedad, el Club Almendares acordó disolverse. Esta ausencia de los azules del panorama beisbolero no fue muy prolongada, y ya en octubre de 1887 se encuentran en Matanzas celebrando juegos de exhibición frente a equipos de aquella urbe. El recibimiento de los jugadores almeandaristas en la Ciudad de los Puentes fue todo un acontecimiento, pues llegaban precedidos por el crédito de ser excelentes *players* de beisbol y además buenos muchachos. La encomiástica crónica de bienvenida refiere:

La recepción a los almeandaristas ha sido el suceso capital de la semana. No se trataba solamente de aplaudir a jugadores celebérrimos, de reputación legítima y manifiesta habilidad; se trataba, asimismo, de estrechar la mano, de conocer y obsequiar a jóvenes caballerosos que por donde quiera que van siembran simpatías y recogen plácemes y elogios. Si el juego de *base ball* es, además de un medio adecuado para el perfeccionamiento físico del individuo, un estímulo noble y una escuela de cortesía para la juventud cubana, hay que convenir en que los muchachos del Almendares cumplen a conciencia ese propósito.¹⁶⁷

La estrella de este conjunto, por supuesto, no era otra que Carlos Maciá, y de él se hacen los mayores elogios: «Maciá es muy joven todavía, tiene una figura distinguida y resulta sin género de duda un jugador notabilísimo. Más que un *pitcher* me parece un artista: se conoce que su corazón, sus fibras todas vibran con los movimientos de la pelota y solo así se comprende la limpieza, la exquisita elegancia con que la maneja».¹⁶⁸

¹⁶⁶ Ver la narración de estos hechos, desde la óptica habanista, en *Memoria leída por su autor D. Alberto Coya, secretario del Habana BBC, en la Junta General celebrada por dicha sociedad el día 18 de agosto de 1887, con objeto de dar cuenta de los actos llevados a cabo por la directiva, durante el año que termina en dicha fecha*. Lit. e Imp. La Habanera, La Habana, 1887.

¹⁶⁷ *El Álbum. Semanario ilustrado*, Matanzas, 8 de octubre de 1887, p. 143.

¹⁶⁸ *Ibidem*.

Para el campeonato de 1887-1888 el Almendares no se presentó como club competidor, y tampoco para el siguiente. En opinión de la prensa deportiva de la época: «parece que el proyecto de reorganización del Almendares BBC fracasó, a causa, según se dice, de no poder contar con algunos imprescindibles jugadores».¹⁶⁹ Lo anterior quizás explique la fugaz presencia de Carlos Maciá vistiendo la franela del Club Cárdenas en la temporada de 1888-1889, en la que no actuó como lanzador y solo participó en un desafío, fue cuatro veces al bate y conectó un *hit*, para promediar 250.

Sus dos últimas campañas las volvió a jugar defendiendo el banderín azul, nuevamente restablecido por Oscar Conill, pero ya estaba lejos de sus mejores resultados como lanzador, pues en una de ellas no tuvo actuación como *pitcher* y en la última una sola decisión en tres partidos, y esta le fue adversa. Al bate mantuvo su acostumbrada consistencia, con 21 *hits* conectados en 73 comparecencias al *home*, sumando ambas temporadas, lo que le dio un meritorio promedio de 287.¹⁷⁰

Al mismo tiempo que gran pelotero, Maciá era el líder natural de los jóvenes tacos que se reunían en la Acera del Louvre.¹⁷¹ Su amigo de juventud Jesús María Barraqué lo describe «bromista si los hay, eterno guasón y siempre inteligente».¹⁷² En palabras del novelista Gustavo Robreño, era:

...sin disputa, la personalidad más saliente y simpática de *El Louvre*. Sus bromas eran siempre ingenuas y lícitas, dadas con oportunidad, inteligencia y gracia (...) afable, demócrata, sencillo, buen mozo y ocurrente, personificación genuina de la simpatía, era el niño mimado de la sociedad habanera, que se lo disputaba para el mayor esplendor de sus fiestas, juzgándole imprescindible en ellas.¹⁷³

¹⁶⁹ *El Pitcher. Periódico de literatura y sports*, órgano oficial del Habana BBC, 11 de noviembre de 1888, p. 7.

¹⁷⁰ Gabino Delgado y Severo Nieto: op. cit., p. 156.

¹⁷¹ Los jóvenes de la Acera del Louvre, al decir del coronel Justo Carrillo «pertenecían a las mejores familias de la Isla, muchos de ellos eran ricos y todos formaban parte de la buena sociedad de La Habana, aparte de elementos prestigiosos de provincia». Muchos de ellos se lanzaron a la Revolución como son los casos de Maciá, Ramón Hernández, Eduardo Machado, Andrés Hernández, Miguel Ángel Ruiz, Octavio Lamar, Waldemar Schweyer y otros. Véase Justo Carrillo Morales: *Expediciones cubanas*. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1930, pp. 185-186.

¹⁷² J. M. Barraqué: «Batazo mayúsculo», op. cit., p. 39. Raúl Diez Muro, *Historia del Base Ball profesional en Cuba*, La Habana, s.e., 1949.

¹⁷³ Gustavo Robreño: *La acera del Louvre. Novela histórica*. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1925, p. 191.

El coronel Justo Carrillo Morales, quien fue su compañero y conspiró a su lado antes del inicio de la guerra del 95, dio fe de que Carlos Maciá: «fue un humorista notable, pero no dejó nada escrito, pudiendo haber hecho una magnífica obra de “gracias e ironía” para que toda Cuba supiera que hubo un libertador gran humorista que se llamó Carlos Maciá Padrón».¹⁷⁴ Otro testimonio importante sobre la personalidad de Maciá lo dejó escrito el intelectual, político y diplomático cubano Antonio Iraizoz, quien afirma:

Carlos Maciá, que perteneció a una de las mejores familias habaneras, no fue, como acaso supongan muchos que no le conocieron, un tipo de gracioso sempiterno; ni mucho menos de los clasificados en la curiosa especie zoológica compuesta de los «que todo lo tiran a relajo». Caballeroso, atento y fino en su trato, alegre, culto y animado en la conversación, sin pujar gracias, sin pretender papeles de cómico, con sencillez y naturalidad, sabía amenizar la charla con sus «cosas», con sus ocurrencias, secundadas por el encanto de la oportunidad y de la ingenua expresión.¹⁷⁵

En un ambiente como el del Café El Louvre, saturado de lances caballerescos, duelos, bromas y burlas de todo tipo, era fama que Carlos Maciá nunca se había batido, a pesar de ser hijo de un profesor de esgrima y ser un gran conocedor en materia de armas, amén de ser un consumado boxeador. Además, era muy conocida su amistad con algunos de los principales intelectuales habaneros. En noviembre de 1889 invitó a un almuerzo a un grupo de sus amigos poetas, tras el cual Enrique Hernández Miyares recitó poesías al mar, Julián del Casal «un neurótico sublime, conmovió a todos con una de sus poesías desbordantes de inspiración que, dictadas por la pasión, escribe con el alma» y el tenor Ricardo Pastor cantó «columpiándose en una barca sobre el tranquilo Almendares» la pieza *Marina*, una composición de Nieves Xenes dedicada a Manuel Serafín Pichardo.¹⁷⁶

Su incorporación a la Revolución de 1895 se produjo como miembro de la primera expedición del vapor *Three Friends*, que bajo el mando del coronel Enrique Collazo desembarcó por Varadero, Matanzas, el 19 de marzo de 1896. Estuvo bajo las órdenes de varios jefes como los generales José

¹⁷⁴ Justo Carrillo Morales: op. cit., p. 183.

¹⁷⁵ Antonio Iraizoz: «Ocurrencias de Carlos Maciá», en *Lecturas cubanas*, segunda edición, Editorial Hermes, La Habana, 1939, p. 211.

¹⁷⁶ *El Figaro*, La Habana, Año V, No. 41, 10 de noviembre de 1889, p. 7.

Lacret Morlot, Juan Delgado y Lope Recio. Entre los cargos que desempeñó en la manigua estuvo el de jefe de los asuntos jurídicos en el Estado Mayor de la 1ª División del 5º Cuerpo de Ejército. Fue herido en combate en una ocasión. Terminó la guerra con los grados de coronel y se licenció el 24 de agosto de 1898.¹⁷⁷ Sobre la participación de Maciá y otros muchachos de la Acera del Louvre en la guerra del 95 dejó páginas conmovedoras Justo Carrillo Morales, en su libro *Expediciones cubanas*:

No tengo para qué decir lo que fueron estos dos jóvenes [Alfredo Arango y Bernardo Soto], la historia de ellos es bien conocida, así como la de Ramón Hernández y Carlos Maciá. Se portaron bien, supieron resistir las miserias de la guerra, guerra sin precedentes en que se carecía de lo más necesario, pasando hambre y trabajo sin cuento, como todos los revolucionarios y peleando contra un enemigo formidable (...) siendo tan peligrosas y excesivas las fuerzas regulares españolas como las de los guerrilleros cubanos, traidores a Cuba y al servicio del Gobierno español (...) Tuvieron que pelear tan pronto desembarcaron para defender la expedición contra las fuerzas españolas en un fuerte allí construido; pero afortunadamente pudieron salvar parte de la misma (...) Carlos sirvió bien a la Revolución.¹⁷⁸

A su regreso de la manigua, Carlos solicitó concluir sus estudios universitarios —iniciados en 1886 en la Facultad de Filosofía y Letras y continuados en la Facultad de Derecho en 1888—, lo que hizo el 21 de noviembre de 1898. Obtuvo el grado de Licenciado en Derecho con una disertación sobre el tema «Razones que fundamentan el derecho de propiedad intelectual».¹⁷⁹ Ya en la República, el otrora formidable *pitcher* ocupó el cargo de Capitán Auditor del Cuerpo de Artillería.¹⁸⁰

De Maciá se referían incontables anécdotas, relacionadas principalmente con los fraseologismos beisboleros, de los que hacía gala con singular ingenio. Se cuenta que en ocasión de entrar a una iglesia y ver a una señora postrada ante una imagen religiosa que tenía las manos unidas le dijo: «Señora, no

¹⁷⁷ *Diccionario enciclopédico de historia militar de Cuba. Primera parte (1510-1898). Tomo I. Biografías*, ed. cit., p. 234.

¹⁷⁸ Justo Carrillo Morales: op. cit, p. 183.

¹⁷⁹ «Expediente de Carlos Maciá Padrón», Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, No. 7735.

¹⁸⁰ Según la información que brindan Ramón S. de Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines en su *El Base Ball en Cuba y América*, ed. cit., p. 44.

lo entretenga... está esperando un *fly*», y que en un entierro dictaminó solemne que el finado «había sido *out*». Se dice que en la manigua no era raro «oírle decir chistes y agudezas en una carga al machete o bien hacer el relato de una batalla sangrienta, sustituyendo los términos militares por los del *base ball*». ¹⁸¹ Una de estas comparaciones beisboleras, referida a los cubanos que se unieron a la insurrección después del bloqueo naval decretado por Estados Unidos, nos revela en Carlos un sentido crítico al oportunismo de esas personas, pero rematado con una gracia que aligera el grave reproche: «Esos se incorporaron al Club, en el noveno *inning*, con seis carreras por cero, *two outs, two strikes* y oscureciendo». ¹⁸²

Otras historias suyas las revela Antonio Iraizoz, en cuya opinión: «¡Carlos Maciá utilizaba la literatura beisbolera, hasta para los actos más trascendentales de su existencia, plácida y bondadosa!». ¹⁸³ Un conocido que trató de arrugarle su impecable traje de dril blanco, recibió la reprimenda: «Juega la primera base. Pisa y no toques». Un colega le preguntó, siendo Carlos Capitán Auditor del Ejército, si dicho cargo era el de un «oficial de línea» y Maciá le ripostó: «No, yo soy de *flay*». De un cadáver que fue enterrado en un lugar alejado dentro del Cementerio de Colón, Carlos comentó ocurrente: «Este pobre ha bateado para los files». ¹⁸⁴

Iraizoz también narra que los últimos momentos de su vida fueron difíciles, al perder «la luz de su entendimiento, huyó la sonrisa de sus labios y aquel luchador animoso por los ideales patrios y aquel carácter que conquistaba francamente todas las simpatías cayó en la abulia, en la indiferencia, dejó de ser el mismo». Sin embargo, ese desdichado final no le quita un ápice de encanto a la existencia de ese gran pelotero y mambí que «vivió una vida de perenne juventud. Fue su gran secreto: nunca ser viejo, ni triste, ni pesado». ¹⁸⁵

Como homenaje póstumo a su notoriedad como pelotero y patriota, Carlos Maciá Padrón fue elegido en 1944 para integrar el Salón de la Fama del Beisbol Cubano, acompañando a otra gloria de la pelota del siglo xx, el versátil y caballeroso jardinero Alejandro Oms.

¹⁸¹ Gustavo Robreño: op. cit., p. 193.

¹⁸² *Ibidem*.

¹⁸³ Antonio Iraizoz: «Ocurrencias de Carlos Maciá», op. cit., p. 212.

¹⁸⁴ *Ibidem*, pp. 212-214.

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 215.



Los peloteros mambises

Para René González Barrios

Sabourín hoy es para mí un símbolo, la coparticipación y representación del elemento deportivo de Cuba en su lucha por la libertad, el maestro de una juventud heroica que contribuyó con su sangre desde los campos de *base ball*, como Pastoriza, Cabaleiro, Sotico, Ovaes y otros, a la dignificación de la patria.

JUAN ANTIGA

Ángel Orestes
Fernández, *Ández*:
Pelotero mambí
(2014). Acrílico sobre lienzo, 30 x 24 cm. En la colección del autor.



La historiografía del beisbol cubano, a pesar de su poderoso ademán nacionalista, no ha sido pródiga en destacar los peloteros del siglo XIX que abrazaron el ideario independentista, ya fuera como conspiradores, laborantes o como soldados y jefes del Ejército Libertador en la guerra de 1895.

Excepto unos pocos nombres, la mayoría de ellos son desconocidos como peloteros y se ignora la contribución que hicieron a la libertad de su patria. Emilio Sabourín y del Villar es quizás el paradigma del jugador de pelota anticolonialista,¹⁸⁶ pero no es el único, también lo

¹⁸⁶ La figura de Sabourín mereció varios artículos en la prensa republicana, donde se destacaba su doble condición de pelotero y patriota. Juan Antiga y Juan Gualberto Gómez, quienes lo conocieron y trataron en circunstancias diversas, realizaron elogiosos comentarios sobre Sabourín, a los que seguirían los de Eladio Secades, «Sabourín: deportista y patriota», *Bohemia*, La Habana, 21 de julio de 1946; Rai García, «Emilio Sabourín

fueron Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ricardo Martínez, Ramón Hernández, Ramiro Mazorra, Víctor Planas, Francisco Alday, Pedro y Leopoldo Matos, Enrique y Nicanor Ovaes, Nilo y Ubaldo Alomá Ciarlos, Alejo Casimajov Hernández, Juan José López del Campillo, Orfilio Esteban Lombard, Gustavo Aróstegui, Manuel y José Dolores Amieva, Eduardo Machado, Ricardo Caba-leiro y otros muchos que esperan por nuevas indagaciones que los saquen de su anonimato.

Todos ellos fueron notables jugadores que asumieron la opción política independentista, pero esto no significa que el universo ideológico que rodeó al juego de pelota en La Habana de entreguerras tuviera ese radicalismo. Algunos testimonios, como el de Nemesio Guilló, apuntaron su supresión al inicio de la Guerra de los Diez Años por las autoridades colonialistas, pero no hemos encontrado evidencia documental o publicística de semejante prohibición. Sin embargo, la suspicacia del poder español contra el beisbol ha quedado registrada en otros argumentos, como el de Wenceslao Gálvez, que afirma que en Cárdenas «un agente de la autoridad creyendo haber descubierto una conspiración, sorprendió un plano del terreno que tenían los organizadores, pretendiendo que dicho plano pertenecía a la estrategia militar separatista. Afortunadamente un superior había visitado los Estados Unidos y dispó el error del personaje». ¹⁸⁷ Asimismo, en Cárdenas un diario integrista publicó una gaceta acusando al Club Anacaona de Remedios de sociedad antiespañola, por el nombre indígena de dicha sociedad. ¹⁸⁸ Incluso un elemento como el color de los trajes también fue objeto de sospecha, como en el caso del Club Habana, originalmente azul y blanco en su vestimenta y al que «los intransigentes exaltados le pusieron la proa (...) primero por su procedencia y después porque el azul y el blanco era el emblema de la bandera separatista». ¹⁸⁹

y su influencia en el base ball y la guerra», *Carteles*, La Habana, 23 de enero de 1949; Emilio Roig de Leuchsenring. «Homenaje nacional a Emilio Sabourín y del Villar, esclarecido libertador y deportista», *Carteles*, La Habana, 24 de mayo de 1953. Después de 1959 la tradición ha continuado con trabajos de Severo Nieto, Eddy Martin y Jorge Alfonso, los cuales manejan en esencia la misma información que sus precursores.

¹⁸⁷ Wenceslao Gálvez: *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*. Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, La Habana, 1889, p. 88.

¹⁸⁸ *Ibidem*, p. 95.

¹⁸⁹ *Ibidem*.

Aunque los ejemplos expuestos de la desconfianza colonialista hacia el juego de pelota pudieran parecer algo exagerados, no cabe duda que su simbología era claramente antiespañola, y de igual modo se recogen informaciones de su utilización como fachada para realizar tareas conspirativas. De este último cariz es el testimonio de la relación entre el músico Miguel Failde con el doctor José Dolores Amieva —alcanzaría los grados de coronel en la guerra de 1895— y otros laborantes matanceros, quienes:

A fin de ocultar las verdaderas actividades a que se dedicaban, se reunían pretextando fiestas, bailes, juegos de pelota y hasta ritos religiosos. Así, los lunes se reunían en el Palmar de Junco para jugar a la pelota tres *teams*: «La Liebre», «El Gato» y «El Ratón», constituidos por uno o dos profesionales de la pelota cada uno y el resto por particulares, por lo general complotados, que una vez terminado el juego iban a comer y a divertirse en alguna casa determinada.¹⁹⁰

También en esta dirección destaca el parecer del expelotero y médico Juan Antiga, quien sostiene lo siguiente:

Hubo un tiempo en nuestro país que la simple demostración de amor y simpatía a los ejercicios físicos que nos venían del Norte se tomó como desafección a la madre patria o tendencia invencible a la anexión, y lo ratificaban con su oposición y desconfianza las autoridades coloniales, que con certero instinto y sagacidad probada se percataban de los móviles inmediatos, de los peligros futuros que tales ejercicios pudieran determinar a una juventud, a la que se le cerraban todas las puertas, exceptuando las del cielo y las de la cárcel.¹⁹¹

Según Antiga, el beisbol actuó como un catalizador emocional en la sociedad cubana, que respaldó el sentimiento patriótico con su influencia «sobre las multitudes enardecidas por la contemplación de las nobles luchas en pro del triunfo de un emblema, un color, la sonrisa de una mujer, el aplauso

¹⁹⁰ Osvaldo Castillo Faílde: *Miguel Faílde, creador musical del danzón*. Editora del Consejo Nacional de Cultura y Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1964, p. 49.

¹⁹¹ Juan Antiga: «Los precursores del Sport», *Escritos políticos y sociales III*. Talleres Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1931, p. 213.

de un público partidario, preparadas por aquella hermosa propaganda a través de un país cansado ya de ser esclavo», y agrega que:

Así se explica también cómo llegó a los campos de la revolución aquel brillante contingente de peloteros, procedentes de todas las clases sociales, que rindieron tan buena cuenta en el balance de los heroísmos sin número, unos cayendo en ruda pelea frente al enemigo, otros regresando cargados de laureles y vanagloriándose de su origen, como si se hubieran formado de una cepa de nobleza autóctona que acreditara con la leyenda la importancia de la hazaña, y otros, a la orilla de sus pueblos nativos, sacrificados por infames y criminales, dejando estela gloriosa de su colaboración en la gran causa de sus amores y nombre imperecedero entre sus conciudadanos, que aun los lloran, comentando sus insuperables *scores*.¹⁹²

Para Antiga, el más notable ejemplo de un pelotero que puso su pasión deportiva al servicio del patriotismo fue Emilio Sabourín y del Villar, y ya en la República propuso que se le erigiera un monumento donde lo acompañarían los nombres de todos los beisbolistas que marcharon a la manigua: «muchos de ellos impulsados por su prédica, que allí probaron con la donación de sus vidas el temple de su alma, forjadas al calor de las prácticas para los juegos y de las frases estimulantes y entusiastas de los maestros directores». ¹⁹³ El propio Antiga, aunque no se incorporó a las filas mambisas en la manigua, actuó como correo de Martí en varias ocasiones llevando mensajes a la Isla, y según escribió: «la sugestión de sus palabras determinaron más que otras causas mi modesta actuación revolucionaria». ¹⁹⁴

Sabourín, habanero nacido el 2 de septiembre de 1853, era hijo del ingeniero francés Claudio Esteban Sabourín y la cubana Emilia del Villar. Como muchos miembros de su generación se educó en los Estados Unidos, graduándose de comercio en Washington. Regresó a Cuba en 1868, trabajó como agente aduanero y estuvo entre los fundadores del Habana BBC. Participó con este equipo en el publicitado desafío del 27 de diciembre de 1874 contra el Matanzas BBC, donde defendió el jardín izquierdo y anotó el mayor número de carreras con ocho. Integró junto a Francisco Saavedra, Eduardo Cadaval, Ramón Saavedra, Manuel Landa, Ricardo

¹⁹² *Ibídem*, p. 215.

¹⁹³ *Ibídem*, p. 216.

¹⁹⁴ Juan Antiga: «Cómo conocí a José Martí», op. cit., p. 244.

Lawton, Ricardo Mora, Nemesio Guilló, Esteban Bellán, Beltrán Senarens, Enrique Canals y Rodrigo Saavedra el equipo Habana que compitió en el primer campeonato oficial iniciado el 29 de diciembre de 1878. Como jugador participó en siete campeonatos oficiales entre 1878 y 1887, y en 16 juegos acumuló 15 hits, anotó once carreras y bateó para 208. Dirigió este conjunto y se proclamó campeón en 1888-1889, 1889-1890 y 1891-1892, con 43 triunfos y catorce derrotas. Además de buen jugador y director fue apreciado como árbitro, según este comentario de un juego entre Almendares y Fe donde se dice que: «El juez de este interesante juego fue D. Emilio Sabourín, que cumplió en su honorífico puesto con los deberes que el mismo le impone, y con la mayor imparcialidad y rectitud, a satisfacción de vencidos, vencedores y espectadores».¹⁹⁵

Su estilo de dirección se caracterizaba por la disciplina, la inteligencia y el rigor en los entrenamientos, aunque mantenía fraternales relaciones con los jugadores. Uno de sus discípulos más aventajados recordaba cómo llegaba al campo de juego con un paraguas verde y guiaba las prácticas de bateo y fildeo, sin jamás perder la calma con sus pupilos, inspirándoles confianza y optimismo en cada jugada que preparaban: «Se distinguía Sabourín por la admirable dirección y disciplina que llegó a imponer sobre nosotros, y no se hacía ni una sola jugada sin haber sido antes ensayada y preparada por él (...) a cada uno de nosotros nos inyectaba con su orden, el valor y la confianza, y las jugadas se realizaban con precisión casi matemática».¹⁹⁶

Sus ideas políticas favorables a la independencia se formaron desde joven, pues sus padres y familiares fueron laborantes durante la Guerra Grande. Según narró Emilio Roig de Leuchsenring, era Sabourín de «familia de patriotas, pues su padre laboró intensamente, durante la primera etapa de la Guerra Libertadora de los Treinta Años, en pro de la Independencia de Cuba, y sus hermanos Claudio y Julio, murieron peleando por Cuba Libre en la década gloriosa».¹⁹⁷ Ya en su madurez, relata Antiga: «Sabourín (...) tenía como una idea fija: la ilusión de la independencia de Cuba (...) su conversación giraba siempre alrededor de ese tema, demostrándonos que la necesidad del

¹⁹⁵ *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 16, 15 de enero de 1882, p. 2.

¹⁹⁶ Juan Antiga: op. cit., p. 226.

¹⁹⁷ Emilio Roig de Leuchsenring: «Homenaje nacional a Emilio Sabourín y del Villar, esclarecido libertador y deportista», *Carteles*, La Habana, 24 de mayo de 1953, p. 65.

ejercicio físico y de la educación moral eran las únicas bases para lograrlo».¹⁹⁸ Fue un activo conspirador en los inicios de la revolución del 95 y una de sus acciones más arriesgadas fue brindarle albergue en su casa, sede del Club Habana, al general José Lacret Morlot, quien había llegado a la ciudad escondido en la carbonera de un vapor estadounidense.¹⁹⁹

Una vez iniciada la contienda desplegó una intensa labor de acopio de municiones y armamento para enviarlos al campo de batalla. Según algunos testimonios, con el producto de las entradas a los juegos de pelota se compraron armas y pertrechos de guerra.²⁰⁰ De acuerdo a los documentos del juicio celebrado en 1896, varias personas, incluido Sabourín, sustraían municiones de la pirotecnia militar a través de dos mecánicos del lugar, por lo que se les acusó de «hurto como medio necesario para cometer el más grave de auxilio a la rebelión, cuya pena debe aplicarse en su mayor extremo».²⁰¹ Sobre el destino de dichas armas y suministros de guerra, refiere Emilio Roig que fue decisiva también la participación de la esposa de Sabourín, la camagüeyana Martina Pierra de Poo:

De la Causa de la Pirotecnia Militar contra Sabourín hemos encontrado en la *Correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*, publicada por León Primelles, una carta dirigida desde Cayo Hueso a don Tomás Estrada Palma, en Nueva York, el 25 de enero de 1896, por Francisco Chenard, en que se revela la cooperación que prestó la esposa de Sabourín a las hazañas patrióticas de este: «Cuando sorprendieron la casa del *Club Habana*, había todavía en ella un resto de 4,500 cartuchos Winchester, con los que no pudo dar la policía. Esos cartuchos fueron sacados después de la prisión de Sabourín por su misma esposa y entregados a mí. Yo remití la mitad a Cuba con el médico de que ya le he hablado y el resto a Perico Delgado».²⁰²

¹⁹⁸ Juan Antiga: op. cit., p. 227.

¹⁹⁹ Emilio Roig de Leuchsenring: op. cit., p. 65.

²⁰⁰ Eladio Secades: «Sabourín: deportista y patriota», *Bobemia*, La Habana, 21 de julio de 1946, p. 61.

²⁰¹ «Cuaderno por rebelión contra José de la Rosa, Enrique Dolé, José Nicolás Guerrero, Manuel Guerrero, Julián Álvarez, José Fonticola, Antonio Capablanca y Emilio Sabourín del Villar», Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, Legajo 91, No. 38.

²⁰² Emilio Roig de Leuchsenring: op. cit., p. 65. Francisco Chenard había sido Delegado del Club Habana en la temporada de 1894-1895 y años más tarde fue Presidente de la Liga General de Base Ball de la República de Cuba en el año 1907.

La condena impuesta, revocada la sentencia capital del Consejo de Guerra, fue de veinte años en la colonia penitenciaria de Ceuta. En el presidio africano, Sabourín compartió los rigores del encierro con Juan Gualberto Gómez, quien dejó un emocionado testimonio de la entereza y gallardía del antiguo beisbolista. Minado su cuerpo por una pulmonía doble, falleció el 5 de julio de 1897. Dos años más tarde, en el verano de 1899, dos equipos de jugadores negros, llamados Alejandría y San Francisco, efectuaron un juego en los terrenos de Carlos III a beneficio de la viuda e hija de Sabourín.²⁰³

La idea de erigirle un monumento surgió en octubre de 1918. Sería ubicado en el Almendares Park, pero en esa oportunidad no fructificó. Sin embargo, dejó para la posteridad un discurso de elogio de Juan Gualberto Gómez a Sabourín, publicado por primera vez por Eladio Secades en la revista *Bohemia*, en julio de 1946. En este el ilustre tribuno mulato narra las dramáticas circunstancias del presidio en Ceuta, su terrible agonía provocada por una enfermedad incurable, atendida por el médico cubano José R. Montalvo, y su profunda convicción de que Sabourín:

Merece el cariño de sus compatriotas. Fue no solo un entusiasta partidario de ese *sport*, regenerador del organismo humano, sino también un apasionado amante de las libertades patrias. Por defenderlas sufrió y murió (...) más que todo, me dejó el convencimiento de que había amado entrañablemente, y casi por igual, estas tres cosas: el *Base Ball*, su Familia y su Patria. Sé de algunos glorificados por las pasiones humanas, que no han amado tanto ni tan noblemente como Emilio Sabourín.²⁰⁴

El más importante de los jugadores de pelota que se incorporó al Ejército Libertador en la guerra de 1895 fue Carlos Maciá Padrón,²⁰⁵ pero entre sus pariguales estuvieron también Ramón Hernández y Alfredo Arango de la Luz, compañeros y amigos de Carlos en las filas almendaristas y miembros del Ejército Libertador. Ramón Hernández participó en nueve temporadas de la Liga General de Base Ball de la Isla de Cuba con el Almendares; debutó

²⁰³ *Diario de la Marina*, La Habana, 13 de agosto de 1899, p.3.

²⁰⁴ Palabras de Juan Gualberto Gómez en elogio de Emilio Sabourín, 16 de octubre de 1918. Citadas por Eladio Secades: «Sabourín: deportista y patriota», *Bohemia*, La Habana, 21 de julio de 1946, p. 65.

²⁰⁵ Véase en este propio libro el texto «La sonrisa de Carlos Maciá».

en la temporada de 1882 y en 1885-1886 resultó líder en dobles (2), empatado con Ricardo Martínez y Gustavo Aróstegui. En 1887 promedió para un excelente .293 (41-12), con 9 anotadas, 1 doble y 2 triples. En 1888, con el Club Fe, conectó tres dobles. En 1889-1890 con el Almendares bateó 277, con 2 dobles y 1 triple. En total incompleto fue 272 veces al bate, conectó 63 *hits*, para average de .232, con 10 dobles y 3 triples. También actuó como árbitro de la Liga, a partir de la temporada de 1885. Justo Carrillo lo llama «el joven viejo», y añade: «fue valiente en la guerra y es, como eran también sus compañeros, caballeroso y correcto en la paz».²⁰⁶ Hacia 1930 era socio del Habana Yatch Club donde era querido y distinguido por sus cofrades.

Alfredo Arango tuvo una vida deportiva corta, apenas dos años con el Club Almendares en las temporadas de 1885-1886 y 1886-1887, sin contar su participación en *picked tens*, torneos de verano (integró el invicto Bacardí Ron de 1885 como jardinero izquierdo) y numerosos juegos de beneficencia. Fue un excelente bateador (355 con tres dobles y un triple en 62 veces al bate) y buen fildeador. Como ejemplo de su identificación con la causa independentista, *El Figaro* del 7 de abril de 1895 ponía, al lado de la imagen de José Martí, una fotografía de Alfredo Arango, considerado uno de los dirigentes de la insurrección. Desde marzo, Arango se había levantado en armas en Aguada de Pasajeros, y poco tiempo después su partida fue dispersada y hecho prisionero. Desterrado a España, escapó a Estados Unidos, donde sobrevivió al naufragio del vapor *J. W. Hawkins* en enero de 1896. Semanas más tarde embarcó en la expedición del vapor *Bermuda*, bajo las órdenes del general Calixto García, que desembarcó por Baracoa en marzo de 1896. Fue ayudante de campo de García desde mayo de 1896 hasta el fin de la guerra. Terminó con los grados de coronel y se licenció el 24 de agosto de 1898.²⁰⁷ A fines de ese año, estuvo entre los oficiales mambises que rechazó el ataque de militares españoles al general José Lacret Morlot en el Hotel Inglaterra, el 11 de diciembre de 1898.²⁰⁸

²⁰⁶ Justo Carrillo Morales: *Expediciones cubanas*. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1930, p. 183.

²⁰⁷ *Diccionario enciclopédico de historia militar de Cuba. Primera parte (1510-1898). Tomo I. Biografías*. Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2004, p. 38.

²⁰⁸ Gustavo Robreño: *La acera del Louvre. Novela histórica*. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1925, pp. 313-316.

En 1900, Arango fue electo concejal en Guanabacoa por el Partido Nacional Cubano, y luego fungió como primer teniente de alcalde y alcalde interino de dicho territorio. Bajo su mandato, se prohibió que los niños de la Villa de Pepe Antonio continuaran realizando el barrido de las calles y la recogida de basura, pasando esta labor al Ayuntamiento.²⁰⁹

Ricardo Cabaleiro se destacó como bateador de fuerza y fueron famosos sus tres jonrones en un juego entre los clubes Océano y Colombia de la Liga de Verano, el 26 de febrero de 1892 en el barrio El Pilar, en el Cerro. Esa tarde gloriosa, Cabaleiro bateó de 8-6, con dos dobles y la insólita cifra de 17 carreras impulsadas. Durante sus cinco años en el beisbol de primer nivel con los clubes Habana, Almendares y Matanzas bateó para 247 (162-40), con cuatro dobles, igual número de triples y tres cuadrangulares. Se incorporó a las tropas de Antonio Maceo en la guerra de 1895 y alcanzó el grado de capitán. En el testimonio del coronel Eulogio Sardiñas Zamora, en un documento avalado por la firma del general Pedro Díaz Molina, se lee que:

...en el mes de diciembre de 1895 cuando el contingente invasor marchaba desde las provincias orientales conoció al ciudadano Ricardo Cabaleiro y Cícero el cual figuraba como oficial en el Regimiento Invasor Villareño (...) el treinta y uno de enero de 1896 fue nombrado teniente por el Lugarteniente General Antonio Maceo en el campamento Guane con cuya graduación siguió operando en la provincia de Pinar del Río hasta el 27 de junio de 1897 que fue ascendido a capitán, habiendo sido nombrado por el Mayor General José María Rodríguez a propuesta del igual graduación Pedro Díaz, habiendo fallecido en el mes de septiembre del propio año en el campamento de «El Toro», término municipal de Palacios y sepultado en el mismo punto...²¹⁰

El destacado lanzador José Manuel Pastoriza, víctima de una delación, fue asesinado por simpatizar con la independencia (se le acusó de distribuir el periódico *Patria*) en La Jata, Guanabacoa, el 27 de diciembre de 1896.²¹¹

²⁰⁹ Elpidio de la Guardia: *Guanabacoa. Apuntes históricos, 1511-1927*. Editorial Juan F. Mora, Guanabacoa, 1927, pp. 134-135.

²¹⁰ Documento en el archivo del autor.

²¹¹ «En las madrugadas de los días 27 y 28 se recrudecieron los crímenes. José Manuel Pastoriza, José Arbelo, Ramón Sotolongo, Luis Núñez, Mariano Mora, José Isabel Valdés, Eugenio Cancio, Encarnación Peña, Isaac Valdés, Domingo González, Polonio Padrón, Rafael Durán y su hijo de

Pastoriza jugó durante siete años en varios equipos, tales como el Fe, Almendares y el club profesional Águila de Oro, y fue líder en varios departamentos de pitcheo, entre ellos juegos ganados, juegos completos, juegos lanzados y juegos perdidos. Su resultado total como lanzador tuvo 59 victorias con 40 derrotas y además fue un buen bateador (.248 con 17 dobles, 6 triples y un jonrón). Pastoriza, como muchos jóvenes de aquella generación: «era alegre y jovial, pronto siempre a la jarana y el choteo (...) aureolado por la popularidad y nombradía, fue protagonista en más de una ocasión de requiebros amorosos (...) Paralelamente a sus vivencias frívolas, Pastoriza frecuentaba las tertulias improvisadas de la Acera del Louvre, interviniendo activamente en las especulaciones sobre el destino patrio».²¹²

También contertulio de la Acera del Louvre lo fue el sastre y bombero del Comercio Ramón Randín Silva, admirador de la figura de Antonio Maceo, a quien conoció personalmente durante la estancia del caudillo oriental en el Hotel Inglaterra, y alcanzó los grados de sargento en el Ejército Libertador. Randín pertenece al grupo de jugadores poco conocidos en la historia del deporte, pues su desempeño fue con clubes de menor rango y no se conservan sus estadísticas, aunque la tradición familiar salvaguarda su recuerdo como pelotero mambí y conservan como una reliquia un bate que fue suyo.²¹³

Según el testimonio de Carlos Ayala, el general Julio Sanguily fue presidente del Club Fe a inicios de la década de 1880, dato que no hemos podido comprobar, pero sí es posible, como afirma este cronista, que el Fe viajara en algún momento previo a la guerra a Cayo Hueso, «baluarte de nuestras libertades», donde tanto la Directiva como los jugadores fueron bien recibidos y «de fiesta en fiesta, los indómitos patriotas de aquel árido peñón tuvieron entretenidos, hicieron agradable su permanencia allí a los hermanos visitantes que les llevaban aires de la patria y la seguridad de que la juventud digna pensaba y sentía como ellos».²¹⁴

igual nombre, y una morena llamada Luisa (...) fueron golpeados, amarrados y macheteados, permaneciendo insepultos sus cadáveres durante varios días». Elpidio de la Guardia: op. cit., p. 119.

²¹² Juan A. García: «Evocación de José Manuel Pastoriza», *Guanabacoa. Suplemento histórico-literario*, No. 2, diciembre de 1979, p. 4.

²¹³ Testimonio personal de Otto Randín, diciembre de 2020.

²¹⁴ Carlos Ayala: «El Fe BB Club», *El Figaro*, La Habana, 9 de diciembre de 1900, p. 561.

Otro general de la guerra de 1895, Juan Bruno Zayas, fue un gran aficionado al beisbol, y en una anécdota de su niñez se cuenta que quiso ponerle el nombre de Cuba a un equipo de pelota: «por el vital motivo de que solo así habrá ocasión de gritar, en las mismas barbas de los españoles, ¡Viva Cuba!».²¹⁵ El médico Martín Marrero, nombrado por Martí delegado de la Revolución en Jagüey Grande y protagonista de la primera acción combativa del occidente cubano en la guerra de 1895, campaña en la que terminó con los grados de coronel, había fundado en 1889 el Club Cuba en su natal Santiago de las Vegas. Ramiro Guerra, en su libro de memorias titulado *Mudos testigos*, da cuenta de la organización de la revolución del 95 en Quivicán, y menciona a Francisco Crisóstomo y Camero, a quien describe como «honrado, discreto, cariñoso (...) era atrayente por su cordialidad y simpatía. Su seriedad y compostura le abrieron las puertas de las mejores familias de la localidad y comenzó su campaña (...) Crisóstomo gustaba del *base ball*, organizando dos clubes: Majagua, azul; Sabicú, rojo. Pronto el pueblo señaló al club rojo como el representativo del españolismo». ²¹⁶ Crisóstomo no pudo ir al campo de batalla por su precaria salud, pero auxilió a la revolución proporcionando recursos de guerra, motivo por el cual fue preso, torturado y debió salir al exilio en México.

Entre los que fueron a la manigua estuvieron los hermanos cienfuegueros Nilo y Ubaldo Alomá Ciarlos, afincados en la República Dominicana, adonde llevaron el juego de pelota y conspiraron por la independencia. Los hermanos Alomá se incorporaron a la guerra en la expedición de Carlos Roloff y José María Rodríguez, que desembarcó el 25 de julio de 1895. Combatieron en las zonas de Matanzas y Cienfuegos y alcanzaron los grados de Comandante y Capitán del Ejército Libertador. En el caso de Nilo, fue nombrado Comandante de Caballería de la Brigada de Colón el 7 de febrero de 1897, por el general de brigada Francisco Pérez y murió ese propio año de paludismo, en Cartagena, Cienfuegos. Entre quienes elogiaron su valor estuvo el mayor general Carlos Roloff en el libro de defunciones del Ejército Libertador.²¹⁷

²¹⁵ Gerardo Castellanos: *Juan Bruno Zayas. Médico y soldado*. Editorial Hermes, La Habana, 1924, p. 21.

²¹⁶ Ramiro Guerra: *Mudos testigos. Crónica del ex cafetal Jesús Nazareno*. Editorial Lex, 1948, La Habana, pp. 207-208.

²¹⁷ La información sobre la familia Alomá Ciarlos la debo a Alejandro Portales Díaz, Director del Archivo Provincial de la provincia Granma.

Otros peloteros oriundos de la Perla del Sur también se unieron al contingente mambí, entre ellos se destacó Orfilio Esteban Lombard y Leonard, quien había sido *pitcher* en el Jabacoa B.B.C durante el año 1887 y participó en la edificación de uno de los primeros terrenos de beisbol en Cienfuegos. Lombard llegó a Cuba a bordo del vapor *Dauntless* el 22 de agosto de 1896 y terminó la guerra con los grados de capitán. También integrante del Jabacoa fue Alejo Casimajov Hernández, quien en compañía de otros peloteros de su club como el jardinero derecho Juan José López del Campillo D'Wolf y la tercera base Martín Gallart Odery, se trasladaron a Manzanillo en abril de 1895 y allí se unieron a las tropas del coronel Amador Guerra. Con Antonio Maceo, Casimajov y López del Campillo participaron en la invasión a Occidente en la que este último fue gravemente herido y luego protagonista en numerosos combates de la campaña de Pinar del Río; Gallart Odery obtuvo los grados de teniente y murió de fiebres en Mayajigua en 1897, Casimajov terminó la guerra con el grado de teniente coronel y López del Campillo con los de coronel. A inicios de la República, López del Campillo ocupó el puesto de jefe de policía en Cienfuegos y se le erigió un monumento en su ciudad natal, obra del escultor Mateo Torriente.²¹⁸

Un caso similar al de Cienfuegos lo apreciamos en Remedios. Allí correspondieron a la causa libertadora los hermanos Juan y Agustín Jiménez Castro Palomino; el primero fue capitán del Club Almendares remediano y teniente coronel del Ejército Libertador, y el segundo perteneció al equipo Bando Azul de la octava villa. También formaron parte del Club Cuba, de aquella localidad, Modesto Moreno Jiménez y Emilio Ayala Ruiz, integrantes de la Brigada de Remedios subordinada al Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador.²¹⁹

Más al este de las «Inquietas Villas», en el legendario Camagüey, el contingente de peloteros mambises se engrandece con los nombres del periodista y conspirador Abelardo Chapellí Marín, integrante del Club Yara (1891) de Puerto Príncipe y comandante en la Guerra de 1895; Esteban Mola, tercera base del club local Habana (1893), llegó a subteniente y murió dando una carga de caballería; el célebre fotógrafo Rafael Delmonte Garay, jardinero

²¹⁸ Debo esta información al profesor de la Universidad de Cienfuegos, Lesby Domínguez Fonseca, autor de la Tesis de Maestría titulada «Beisbol y sociedad en Cienfuegos 1880-1902», bajo la tutoría del autor de este libro.

²¹⁹ *Ibíd.*

del mencionado equipo Habana y quien, además de laborante, fue el joven que en una ocasión desafió a las autoridades tocando «a degüello» frente al Cuartel de Caballería de Puerto Príncipe. Antonio Luaces, perteneciente a la heroica familia del coronel mambí de la Guerra, Grande Antonio Luaces Iraola, jugó en un conjunto llamado Camagüey (1893), se incorporó a la contienda el 7 de junio de 1895 y con el grado de teniente coronel fue escolta en el Cuartel General del III Cuerpo del Ejército Libertador. También del Camagüey BBC fue Coriolano Sariol Molina, incorporado desde el 3 de julio de 1898 al Regimiento Expedicionario Maine. Temístocles Betancourt del Castillo, considerado el mejor y más popular pelotero camagüeyano del siglo XIX, fue capitán del Club Yara (1891) y también se incorporó a la lucha por la independencia de su patria.²²⁰

Wenceslao Gálvez marchó al exilio en Tampa, donde publicó su libro *Tampa; impresiones de emigrado*,²²¹ en el que el expelotero recoge breves estampas de la ciudad floridana, como avance de la veta costumbrista que desarrollaría después. Además, cuenta anécdotas de su expatriación y narra con ironía los contrastes que nota entre las costumbres anglosajonas comparadas con las de su país natal. Quizás lo más perdurable de ese volumen sean las semblanzas de algunos emigrados ilustres radicados en aquel lugar, a los que solía visitar en noches nostálgicas, como Fernando Figueredo, José Manuel Carbonell, y los matanceros Juan Arnao y Bonifacio Byrne, este último una suerte de mentor literario del joven escritor. Aunque no lo menciona entre sus impresiones, no sería desacertado suponer que en aquellas veladas en casa de Byrne se hablara de pelota, pues el bardo matancero era un gran aficionado al béisbol, dirigió antes de la guerra el semanario deportivo *El Bat*, representativo del Club Progreso de la Atenas de Cuba, y empezando el siglo XX escribió un interesante resumen de la historia del deporte de las bolas y *strikes* en su región natal.

Finalmente, un caso curioso por las peripecias que lo acompañaron durante su carrera fue el de Agustín «Tinti» Molina. Este jugador y luego famoso empresario beisbolero del siglo XX, nació en Cayo Hueso de padres emigrados en 1873; con apenas 16 años integró el equipo Cuba de aquella

²²⁰ Toda la información sobre los jugadores de pelota camagüeyanos que se incorporaron a la Guerra de 1895 la debo al investigador y profesor Oreidis Pimentel Pérez. Con su autorización la cito en este libro.

²²¹ Wenceslao Gálvez: *Tampa; impresiones de emigrado*. Tipografía «Cuba», Ibor City, 1897.

localidad, donde también jugaba Francisco Poyo, hijo de José Dolores Poyo, amigo y colaborador de José Martí. Molina solía contar con orgullo la anécdota de su encuentro con Martí durante una de las visitas del Apóstol al Cayo, en un desafío donde conectó un jonrón y fue felicitado por el fundador del Partido Revolucionario Cubano.²²²

El equipo de Tinti se llamaba Cuba, y se enfrentaba en los momentos de la visita martiana a un conjunto estadounidense, con el objetivo de recaudar fondos para la futura Revolución. Años después, en 1895, se cuenta que Agustín Molina viajó a Cuba con la misión de traer «importantes documentos relacionados con nuestra gesta emancipadora»,²²³ y para evitar sospechas jugó en el torneo de beisbol con el Club Matanzas. Luego regresó a Estados Unidos y vino en una de las expediciones del general Emilio Núñez.

Significativamente, muchos de estos peloteros que participaron en las guerras de independencia o simpatizaron con su causa, fueron reconocidos por sus méritos patrióticos y deportivos durante la etapa republicana, al ser incorporados en una tarja alegórica, iniciativa del Dr. Benigno Souza, médico personal del generalísimo Máximo Gómez, inaugurada el 24 de febrero de 1948. Varios de ellos también fueron electos como miembros del Salón de la Fama del beisbol cubano, inaugurado en 1939: Emilio Sabourín (1941), Carlos Maciá (1944), José Manuel Pastoriza (1945), Wenceslao Gálvez (1946), Ricardo Cabaleiro (1946), Francisco Poyo (1946), Juan Antiga (1948), Eduardo Machado (1949) y Alfredo Arango (1951).

²²² Fausto Miranda: «Su encuentro con Martí», *Revolución*, La Habana, 11 de febrero de 1961, p. 9.

²²³ Ver el relato de estos hechos en René Molina: «Mi adiós a Tinti Molina», *Revolución*, La Habana, 11 de febrero de 1961, p. 9.



EL ALBUM.

ORGANO OFICIAL DEL LICEO Y DEL MATANZAS B. B. C.

DIRECTOR: Nicolás Heredia. — DIBUJANTE: Ricardo de la Torre.

Año 1º

Matanzas, Diciembre 25 de 1887.

Núm. 29.

SUMARIO.

66X60 — La venganza de una iroquesa, por X. — Antonino, por E. Sánchez Fuentes y Peláez. — El huerfanito, por B. Byrne. — Para siempre!, por Leopoldo Reyes. — La electricidad en la mesa, por Pierre Verón. — Es mejor el verano, por José Jackson Meyán. — Picadillo, por Pepe. — Base-Ball, por Hit. — De casa y de fuera. — Estafeta, por Celipín.

GRABADOS — Dr. D. Ignacio Angulo y Heredia, Presidente del «Matanzas» B.B.C. — Noche Buena periodística.

NUSTROS GRABADOS.

Dr. D. Ignacio Angulo y Heredia.

PRESIDENTE DEL «MATANZAS» B. B. C.

Una de las garantías de éxito que entre nosotros ha tenido el *sport del base-ball*, ha sido el entusiasmo con que, desde su iniciación, fué acogido por muchas personas que por su significación social han propendido notablemente al desenvolvimiento de tan útil ejercicio.

En ese número de individualidades respetabilísimas se cuenta el Sr. Angulo Presidente del «Matanzas», que á impulsos de su entusiasmo, dedica los pocos momentos que le dejan libres sus ocupaciones de abogado y labrador, al fomento del joven club que es hoy la admiración de los *sportmen* cubanos, por su rápido desarrollo y los tempranos laureles acumulados en sus sienas.

A esto ha contribuido en gran parte la celosa gestión de la Directiva y del Sr. Presidente quien por su cultivada inteligencia, su discreta conducta y su carácter expansivo y simpático se hace triplemente digno del puesto que ocupa con verdadera satisfacción del elemento *matancista*.



Dr. D. Ignacio Angulo y Heredia.

Presidente del «Matanzas» B. B. C.

Un álbum de beisbol en Matanzas

A la memoria de Carilda Oliver Labra (1922-2018)

La pasión del *base ball* invade todas las esferas de la sociedad cubana. Matanzas entra, también, a velas desplegadas, en la popular afición y presenta ya algunos jugadores que han adquirido justa y merecida celebridad.

EL ÁLBUM, MATANZAS, 19 DE JUNIO DE 1887.

Bueno, útil, excelente, es el juego de *base ball*. Bien mirado no solo es una diversión amena, sino también un ejercicio viril y saludable.

EL ÁLBUM, MATANZAS, 8 DE OCTUBRE DE 1887.

Portada de una de las primeras ediciones de *El Álbum*, publicación creada en 1887 y testimonio del «entusiasmo por el beisbol en Matanzas y su desarrollo como práctica social».



Matanzas, junto con La Habana, fueron las dos ciudades pioneras en las prácticas de beisbol en Cuba, hecho verificado por numerosos testimonios y documentos escritos, el más antiguo de los cuales referido a la gentil Yucayo, es una breve nota aparecida en el periódico matancero *Aurora del Yurumí*, el 3 de septiembre de 1867, que señala lo siguiente: «Ayer llegaron a nuestra ciudad varios jóvenes del Comercio habanero, socios de un juego de pelota establecido en la capital. Dichos individuos jugaron por la tarde un partido con los aficionados norteamericanos que tienen establecido su club en el

Palmar de Junco; y según nos informan quedó el partido tabla, debiendo de resolverse en otra ocasión próxima». ²²⁴

Nada sabemos de estos «aficionados norteamericanos» ni cuál era el nombre del equipo que habían formado en Matanzas, pero sin duda debieron transmitir destrezas y conocimientos sobre el juego a los jóvenes de la Atenas de Cuba.

Luego está el importante partido celebrado entre los equipos Habana y Matanzas, escenificado el 27 de diciembre de 1874 en el Palmar de Junco, el cual, más allá de todos los elementos anómalos que lo rodean —las irregularidades en el terreno, las contravenciones de los lanzadores, el asimétrico número de carreras, el juego acabado en siete entradas por oscuridad...— demostró la enorme popularidad del beisbol —todas las noticias refieren la numerosa concurrencia «que hubiera sido inmensa si se hubiera tenido conocimiento del desafío»— y dio a conocer al público a una generación de jugadores de pelota que pronto serían considerados como verdaderos «semidioses», entre ellos los habanistas Esteban Bellán, Ricardo Mora y Emilio Sabourín y los matanceros Federico Delgado y Leopoldo Dulzaides. ²²⁵

Matanzas tuvo también su equipo en el primer campeonato oficial, iniciado el 29 de diciembre de 1878, junto a los conjuntos de Almendares y Habana, y entre sus principales jugadores estuvieron Federico Delgado, los hermanos Ricardo, Manuel y José Dolores Amieva, Alfredo Hernández, Samuel Tolón, Francisco Domínguez y Ricardo Martínez. Los resultados deportivos del club yumurino fueron discretos, por lo menos hasta 1893 en que lograron su primer campeonato, ya en los prolegómenos de su práctica profesional, con un poderoso equipo donde destacaban los nombres de Julio López, Leopoldo Posada, Román Calzadilla, Manuel Padrón, José Castañer, Pedro Matos y Ricardo Cabaleiro.

Sin embargo, la ciudad contó con dos clubes de gran rivalidad entre sí, el Progreso (rojo) y el Matanzas (azul). De ambos nos dejó una semblanza el poeta Bonifacio Byrne, quien dirigió el semanario *El Bat*, representativo del club esarlata:

En la farmacia del Dr. Domingo Lecuona reuníanse los partidarios y amigos del Club Matanzas, ocurriendo en dicho establecimiento escenas iguales o

²²⁴ *Aurora del Yumurí*, Matanzas, Año 40, 3 de septiembre de 1867, p. 3.

²²⁵ *Aurora del Yumurí*, Matanzas, No. 103, martes 29 de diciembre de 1874, p. 2; *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año II, No. 19, 10 de febrero de 1887, p. 3 y Wenceslao Gálvez y Delmonte, *El Base-Ball en Cuba. Historia del base-ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*. Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, La Habana, 1889, pp. 38-40.

parecidas a las que tenían efecto en la botica del Sr. Diego Marchena, donde se daba cita el elemento rojo. La pasión por la novena azul llegaba allí a su grado máximo y veíase a hombres graves y sesudos perder la calma y los estribos, entablando polémicas sobre la importancia de un *fly*, la trascendencia de un *rolling* o la sublimidad de un *hit* (...) En el forro de los sombreros llevábanse los colores de los clubs locales, y en las cajas de fósforos aparecían los retratos de los más populares jugadores. En el sexo femenino producían honda mella los batazos y éxitos de los mejores *players*, derivándose de ello más de una lectura de la famosa Epístola de San Pablo, oída devotamente al pie de los altares.²²⁶

El entusiasmo por el beisbol en Matanzas y su desarrollo como práctica social de las élites puede ser reconstruida a través de una publicación creada en 1887: el semanario *El Álbum*, dirigido por el novelista de origen dominicano Nicolás Heredia y con ilustraciones del joven dibujante Ricardo de la Torriente, dedicado como sus homólogos habaneros *El Figaro* y *La Habana Elegante* a la literatura, las bellas artes y el *sport*.

La mayoría de las gacetillas y escritos sobre beisbol en esta publicación no están firmados o aparecen con seudónimos pertenecientes a Nicolás Heredia (el anagrama *César de Hinolia*), por lo que asumimos que dichos textos corresponden al autor de *Leonela*, un acérrimo defensor, al igual que la mayoría de sus contemporáneos ilustrados, del deporte de las bolas y *strikes* como elemento de identidad nacional, perfeccionamiento del cuerpo físico y portador de una cultura democrática y moderna, opuesta a los elementos disolutos del colonialismo español.²²⁷

Sobre el beisbol en particular, desde el comienzo la publicación dejó claro que: «los clubes de pelota tendrán en él un órgano imparcial y exento de preocupaciones y personalismos, tal como conviene al fecundo magisterio de la prensa» y anuncia la publicación de algunos retratos de matanceros

²²⁶ Bonifacio Byrne: «El Base Ball en Matanzas», en Ramón S. de Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El Base Ball en Cuba y América*. Imprenta Comas y López, La Habana, 1908, pp. 63 y 67.

²²⁷ Sobre este particular apunta su biógrafo Urbano Martínez Carmenate: «En ocasiones Nicolás escribió en *El Álbum* artículos de especial interés, cuyos títulos resultan curiosos; como por ejemplo: “El amor y el baseball”, “Todavía el hipnotismo”, “Fenomenalidades peloterías”, que demuestran su particular motivación por otros temas no relacionados directamente con la cultura artística y literaria». Urbano Martínez Carmenate: *Nicolás Heredia*. Editora Política, La Habana, 1999, p. 105.

distinguidos, entre los cuales menciona a «los notables jugadores de baseball señores Martín y Ovares».²²⁸

En su primer número, perteneciente al 12 de junio de 1887, se alude al beisbol como una de las diversiones favoritas de los matanceros, que rivalizaba con la retreta, los bailes en el casino y los bufos en el teatro Esteban. A juzgar por el comentario en tono jocoso del periódico, la pelota en Matanzas estaba alcanzando grados de inusitado apasionamiento:

¿Se han fijado ustedes en la *beisbolatría* que hay por estos barrios? Todo se vuelve hablar de *ten*, *pitcher*, *cácher*, *champion*, etc., etc. Se juega en Versalles, en Pueblo Nuevo y en Simpson. Los negritos, a falta de pelota, juegan con las patatas que les mandan comprar en la bodega. Los clubs de esa índole han brotado como generación espontánea y se multiplican como hizo Jesucristo con los panes y los peces. Alabo la afición, porque divierte y vigoriza. Más vale jugar al *base ball* que perder salud y dinero en la ociosidad y el vicio (...) a propósito de *base ball*... ¿no habrá algún club que a falta de pelota quiera jugar con mi suegra?²²⁹

Preocupado por la suspensión de algunos desafíos a causa de torrenciales aguaceros, como el que debía enfrentar a los clubes Progreso y Ultimátum, el articulista reclama la celebración de los partidos en el verano antes del mediodía, pues «a causa de la lluvia no hay hora segura después de almuerzo».²³⁰ Semanas más tarde, al anunciarse un duelo dominguero entre dos «reputados clubes», se afirma con ironía que: «Hora es ya de que nuestros beisboleros nos indemnicen del tiempo perdido a causa de la intemperancia pluviosa de estos días...».²³¹

En el número inicial también se da cuenta de las graves discordias ocurridas en la capital, que trajeron como consecuencia la retirada del Club Almenares del campeonato, y el semanario matancero hace un llamado a que prevalezcan los sentimientos de «confraternidad y el propósito de noble emulación que debe reinar en tales actos», en lugar de «pasiones absurdas y rencores impropios de toda diversión culta y provechosa».²³² Este fue un

²²⁸ «En cartera», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 1, 12 de junio de 1887, p. 6.

²²⁹ «Vistazos», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 1, 12 de junio de 1887, p. 6.

²³⁰ *Ibidem*, p. 7.

²³¹ «De aquí y de allá», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 3, 26 de junio de 1887, p. 23.

²³² «De aquí y de allá», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 1, 12 de junio de 1887, p. 7.

tópico que tuvo una presencia permanente en las páginas de la revista, por el daño potencial que podía causar a una práctica privilegiada en la estrategia nacionalista de los criollos ilustrados.

Fiel a la promesa que había hecho a sus lectores, el No. 2 de *El Álbum* reproduce los grabados de los destacados peloteros Francisco Martín del Sol²³³ y Nicanor Ovares y Baró, con sendas semblanzas biográficas de ambos jugadores. De Francisco Martín destaca su nacimiento en la ciudad en 1859, sus tempranos estudios en un colegio militar en los Estados Unidos en 1870, donde militó en su club de pelota como segunda base, en la tercera decena del Alexander BBC. Se afirma que permaneció en dicho club hasta 1874 cuando pasó al Quebec BBC, también como segunda base, en 1876 regresó al Alexander y en 1879 formó parte del Club Matanzas en su posición habitual y también como receptor, «la cual ha venido ocupando desde aquel tiempo». Martín fue un jugador que se desempeñó en varios equipos habaneros y matanceros: Habana, Ultimátum, Unión, Progreso de Jesús del Monte, Bando Punzó de Guanabacoa y Fe, y su timbre de gloria era haber conectado el mejor jonrón, en el año 1879, durante el juego contra el Habana BBC.²³⁴ Ovares era más joven, tenía 19 años en 1887 y se había iniciado como jugador para el equipo denominado Habana infantil, en la posición de *short stop*. También se distinguió por su pertenencia a varios conjuntos: Unión, Almendares, el *pick ten* Ultimátum y, luego de un breve retiro, ingresó al club habanero Fe y finalmente pasó a formar parte del Matanzas BBC.²³⁵

Asimismo se anuncia la construcción de una glorieta en el Palmar de Junco,²³⁶ para cuya terminación el Club Matanzas desplegó varias gestiones culturales y de beneficencia.²³⁷ En el número siguiente se habla de que se van a formar dos bandos de señoritas para jugar pelota en familia, idea que es acogida con beneplácito, pues supondría un fracaso para aquellos que, según los redactores, «con marcada mala intención —por cierto muy mal

²³³ Un retrato de Francisco Martín del Sol también ocupó la portada del periódico habanista *El Pitcher*, La Habana, No. 34, 11 de noviembre de 1888.

²³⁴ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 2, 19 de junio de 1887, p. 11.

²³⁵ *Ibidem*.

²³⁶ *Ibidem*, p. 15.

²³⁷ «Beneficio del Matanzas BBC», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 10, 14 de agosto de 1887, p. 78.

disimulada— tratan de que tan recreativo como útil juego termine o se desprestigie entre nosotros».²³⁸

Al igual que sucedía en La Habana, las constantes disputas y los enfrentamientos entre los partidarios de los diferentes clubes en Matanzas, fue motivo de alarma para la intelectualidad culta defensora del juego. En este sentido una gacetilla dispone juiciosamente que:

El *base ball* no es otra cosa que una diversión, un pasatiempo, un ejercicio higiénico y agradable. No es ningún problema artístico, científico o literario; no encierra ninguna solución inmediata relativa a nuestras dificultades económicas, políticas y administrativas y no merece, por lo tanto, que nadie se tome el trabajo de propinarse un disgusto (...) pues yo, que gusto mucho del *base ball*, no estoy dispuesto a morirme porque gane Ultimátum o el Progreso (...) voy dispuesto a distraerme, no a que en una disputa me rompa un hueso (...) y digo esto, porque estoy conforme con el gacetillero del *Diario*, mi amigo Byrne, quien dice que a ese paso vamos a parar en el desenlace del Almendares y el Habana. Pues no señor, seamos prudentes, seamos discretos, pelotas al aire y... ¡gozará!²³⁹

Jugadores habaneros de gran fama como Adolfo Luján, Pablo Ronquillo y Antonio María García actuaron en condición de refuerzos de equipos matanceros aquel año, en el denominado Cuba BBC, el que se enfrentó a Ultimátum en los terrenos de Versalles, próximos al paseo de Cristina. Entre los peloteros del Cuba destacaban Pablo Tápanes, los hermanos Arturo y Aureliano Pividal y Francisco Amieva, mientras que en Ultimátum descollaban los nombres de Enrique Ovares, Víctor Planas, Leopoldo Dulzaides y Federico Delgado. Una reseña de este partido, publicada en *El Álbum*, expresa con satisfacción:

Decididamente la afición *basebolera* parece destinada a echar hondas raíces en Matanzas. Nuestros jóvenes de intra y extra puertos, a fuerza de perseverancia y afición, se hacen cada día más hábiles en los sanos y viriles ejercicios de la pelota, no estando lejano el día, si las cosas siguen como van, en que puedan batirse en igualdad de condiciones con los clubs más afamados de esta isla. El *match* celebrado el último domingo, despertó gran entusiasmo, atrayendo numerosísima concurrencia a los terrenos de Versalles.²⁴⁰

²³⁸ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 3, 26 de junio de 1887, p. 23.

²³⁹ «Vistazo a la ciudad», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 4, 3 de julio de 1887, p. 30.

²⁴⁰ «Cuba y Ultimátum», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 6, 17 de julio de 1887, p. 47.

En el plano estrictamente deportivo, la crónica destaca las habilidades de Luján como lanzador y García como catcher, al punto que fabricó un triple play «con notable limpieza y maestría», y al bate se destacaron Planas, Varela, Ronquillo y Delgado, todos con un batazo de dos bases. El éxito en este desafío correspondió al Club Cuba, por apretado margen de una carrera, y al terminar el juego, como correspondía al espíritu caballeresco y galante del beisbol cubano decimonono, los señores Hipólito Barreau y Ricardo Byrne, obsequiaron a los vencedores con una preciosa corona de jazmines y estefanotas, con cintas azules, que fue recogida por el capitán del Cuba, Pablo Ronquillo.

Otras noticias veraniegas dan cuenta del traslado del Club Progreso desde Matanzas a la vecina Cárdenas, para jugar un desafío contra el club de igual nombre, y al mismo tiempo el semanario se defiende de aquellos que pretenden acusarlo de parcial hacia el Habana, diciendo que: «El álbum no tiene filiación tratándose de los clubs peloteros, aunque sus redactores y colaboradores disfrutan de entera libertad para emitir juicios tanto en esta materia como en las artísticas y literarias».²⁴¹ Esta defensa de la libertad de expresión y opinión de sus redactores para hablar de pelota, arte y literatura, obviamente, también podía ser leída entre líneas como un ejercicio que podría tocar otras esferas de la vida pública, como la política. Y aunque en la publicación sus directivos declaran que no posee ninguna filiación en cuanto a clubes de pelota, sin embargo, se congratula cuando sus redactores son nombrados con carácter de socios honorarios por la directiva del Club El Triunfo.²⁴² Meses más tarde, a partir del número 28, el semanario circula como órgano oficial del Liceo y del Matanzas BBC.

Aquel verano de 1887 los clubes Habana y Almendares resolvieron limar sus diferencias en un torneo estival, lo que motivó un comentario mordaz en *El Álbum*, en el sentido de censurar las estériles pugnas entre los diferentes bandos:

Parece mentira, que un asunto tan baladí, como lo es sin duda el que gane un partido u otro, haya dado tanto juego. Muchos tontos en el fondo, han traído serios disgustos entre los azules y los rojos, cuyas consecuencias han sido la retirada de los refinados almendaristas, pero al fin y a la postre, nada se ha conseguido con semejante proceder (...) y que no tomen ninguno de los jugadores un tabardillo, que motivos le sobran para esto y mucho más.²⁴³

²⁴¹ «De aquí y de allá», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 7, 24 de julio de 1887, p. 55.

²⁴² *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 16, 25 de septiembre de 1887, p. 128.

²⁴³ «Desde el Almendares», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 8, 31 de julio de 1887, p. 62.

Una muestra de la cordialidad alcanzada entre los clubes Matanzas y Progreso, fue posible gracias a los buenos oficios del *pitcher* Adolfo Luján, quien se desempeñó como *umpire* en un desafío entre ambos y luego fue invitado por el Club Matanzas: «al espléndido baile que tuvo efecto en casa de nuestro amigo el señor Bellido. Nos agrada ver así unidos a los azules y a los rojos».²⁴⁴ Sin embargo, en el semanario se arremete contra otro tipo de actitudes que considera exageradas, como las de «muchos rapazuelos, que por darle a la pelota, interceptan la vía pública y hasta huyen de las escuelas, ahora que se acaba de abrir el curso académico».²⁴⁵

Como un suceso memorable para la ciudad se describe la llegada del Club Almendares, en octubre de 1887, a cuyos miembros se aplaudía como ejemplo de moralidad y civismo:

A jugadores celebérrimos, de reputación legítima y manifiesta habilidad, se trataba, asimismo, de estrechar la mano, de conocer y obsequiar a jóvenes caballerosos que por donde quiera que van siembran simpatías y recogen plácemes y elogios. Si el juego de *base ball* es, además de un medio adecuado al perfeccionamiento físico del individuo, un estímulo noble y una escuela de cortesía para la juventud cubana, hay que convenir en que los muchachos del Almendares cumplen a conciencia tal propósito.²⁴⁶

Por las páginas de *El Álbum* discurren numerosos anuncios de desafíos y *matches*, entre clubes de Matanzas y otros conjuntos ocasionales que llegaban de la vecina Cárdenas o de la capital, como el Fénix y el Unión, o equipos improvisados como el América, una versión otoñal del entonces disuelto Almendares. A propósito del Unión, se señaló la novedad que este *pick ten* de peloteros habaneros y el Matanzas desarrollaron un juego donde ambos clubes: «jugaron con nueve hombres, como se acostumbra en los Estados Unidos, suprimiendo el *right short*, dando lugar a que puedan otras posiciones lucir su habilidad».²⁴⁷

Una nota cultural de importancia refiere la composición de una marcha con el título de «Los beisboleros», por el conocido maestro pianista y compositor

²⁴⁴ «Bat», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 17, 2 de octubre de 1887, p. 135.

²⁴⁵ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 18, 8 de octubre de 1887.

²⁴⁶ «Vistazo a la ciudad», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 18, 8 de octubre de 1887, p. 143.

²⁴⁷ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 21, 30 de octubre de 1887, p. 167.

Sr. Mazzorana, la cual pronto se pondría a la venta.²⁴⁸ Otro destacado músico popular matancero, Miguel Faílde, fue notorio por su afición a la pelota, y contaba con un terreno propio para realizar sus prácticas, llamado «el terreno de Miguelito», ubicado entre las calles San Gabriel, Capricho, Jáuregui y Santa Isabel. Entre los amigos peloteros de Faílde se contaban Jacinto Pérez, famoso bailaror de danzones y catcher del Club Simpson y el destacado jardinero y patriota José Dolores Amieva.²⁴⁹

En el número correspondiente al 20 de noviembre de 1887, se publicó un poema humorístico de temática beisbolera, cuyo asunto principal son los requiebros eróticos de un amante a su prometida, explicados con fraseologismos tomados del juego de pelota:

DECLARACIÓN BASE BALLERA

Niña, mi calma se agota
Al contemplar tu desvío
Porque —cualquiera lo nota—
Tengo por ti una pelota
De Padre y muy señor mío.

Para mis tiernas razones
No tiene tu labio helado
Más que amargas negaciones
Y ya van tres ocasiones
que me haces quedar ponchado.
No seas tan inhumana...
Escuché yo una vez sola
Un sí en tu boca de grana
Y de limosna, cubana,
Dame la base por bola.

¿Quién es tu mejor amante...?
Nadie como yo se pasa

²⁴⁸ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 23, 13 de noviembre de 1887, p. 188.

²⁴⁹ Véase Osvaldo Castillo Faílde: *Miguel Faílde, creador musical del danzón*. Editora del Consejo Nacional de Cultura y Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1964, pp. 46-49.

Toda su vida, constante
Dando vueltas al diamante
De la cuadra de tu casa.

No abrigues vacilaciones
Ablanda tu corazón
Nido de mis ilusiones
Y atendiendo a mis razones
Déjame entrar en el *jom*.

Y si aún no quieres ceder
Por dudar del amor mío
Podrás encontrar, mujer,
Las pruebas de mi querer
Con el escóar que te envió.

En él puedes comprobar
Que para abreviar el punto
Que tanto te hace pensar
Umpire pienso nombrar
A... mi suegra en el asunto.

Y que juro enamorado
Por la luz, niña, del sol
Que mientras esté casado
Constante y fiel a mi estado
No habré de dar un pasbol.
Ya ves a lo que me obligo
Dime que sí, vida mía,
Y juro —Dios es testigo—
Hacer un jonrón contigo
A la misma Vicaría.

Un *Player*.²⁵⁰

²⁵⁰ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 24, 20 de noviembre de 1887, p. 191.

Un símbolo de la prosperidad de los clubes era la construcción de su propia glorieta, como hizo el Club Progreso al inaugurar la suya en noviembre de 1887, en los llamados terrenos de Oña. Según la descripción periodística, se trataba de un «edificio de madera, esbelto y elegante (...) a su sencilla belleza arquitectónica, únese la pintoresca perspectiva que, desde el mismo goza, pues de una parte se domina el extenso caserío de Matanzas y de la otra el panorama campestre, rico de verduras, de bosques y colinas».²⁵¹ La construcción constaba con siete gradas de sol, con capacidad para 1100 espectadores y además de los peldaños para hombres también tenía sofás y sillas para las damas. En total, sumando los asientos de sol y sombra, se calculaba en 2550 el aforo de esta glorieta.²⁵²

En ese mismo número se da cuenta de que «reina una animación extraordinaria para *el match* que se verificará en los terrenos de Oña, entre el Progreso y el Habana».²⁵³ Como datos curiosos de este partido, ganado por el Habana 18 carreras a 3, aparece el nombre de Alfredo Arcaño entre los jugadores habanistas con excelente desempeño defensivo y aunque el Progreso solo conectó un *hit*, anotó tres carreras.²⁵⁴

En diciembre estuvo de visita el club rojo de la capital para un *match* con el Matanzas BBC en el Palmar de Junco y se asegura que: «nuestros muchachos se disponen a hacer una viril resistencia, circunstancia que debe halagar a los habanistas, en tanto el vencedor es más alabado, cuanto más el vencido es reputado».²⁵⁵ De este partido es la crónica que narra: «El aspecto que presentaba la glorieta a la una de la tarde resiste toda descripción, tal era el numeroso y escogido público que la ocupaba, y particularmente muchísimas bellas señoras y señoritas de lo más distinguido de la sociedad matancera». Fue un partido con opciones para ambos equipos, ganado a la postre por los anfitriones con marcador de 6 a 5: «Indescriptible fue el legítimo entusiasmo del público que no se cansaba de aclamar al club vencedor. El *match* fue muy disputado, jugando ambos clubs todo lo que saben, y nos sirvió de gran satisfacción oír de los vencidos grandes elogios de los vencedores».²⁵⁶ En un ambiente de festividad y confraternización, se dice que Ricardo de la Torriente «tuvo el gusto de

²⁵¹ *Ibíd.*, p. 189.

²⁵² *Ibíd.*

²⁵³ *Ibíd.*, p. 191.

²⁵⁴ «Bat», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 25, 27 de noviembre de 1887, p. 202.

²⁵⁵ «De casa y de fuera», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 26, 4 de diciembre de 1887, p. 211.

²⁵⁶ «Habana y Matanzas», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 27, 8 de diciembre de 1887, p. 219.

saludar en el *match* del domingo a los señores D. Francisco Tiant, presidente del Habana BBC y al señor D. Enrique Morejón, director de nuestro apreciable colega *El Pitcher*». ²⁵⁷

El tercer equipo en disputa en las lides del beisbol en Matanzas fue El Triunfo, cuyo estandarte era de color carmelita. De dicho club se afirma:

El Triunfo BBC sabe hacer las cosas en grande. Después del *match*, en que tanto llamó la atención la bandera del joven *ten*, bandera que es una maravilla en su género, solemnizó su inauguración con un magnífico baile en la morada de la distinguida Sra. Porcel de Alorda. La fiesta estuvo concurridísima y realizada por la presencia de numerosas damas de aquende y allende el San Juan, demostrando así el espíritu de fraternidad que reina entre los partidarios del *base ball*, aunque estén cobijadas por enseñas diferentes. ²⁵⁸

El Triunfo, cuyo nombre tenía evidentes resonancias autonomistas asociadas al periódico habanero de igual nombre, contaba con jugadores como Sorondo, Aurelio Lequerica, Felipe Dulzaides y Ricardo Martínez. Sorondo tenía poder, pues era capaz de batear jonrones, y se menciona que el resto de sus beisbolistas tenían «mucho aplomo», lo que les había propiciado la victoria en par de ocasiones.

En el ejemplar correspondiente al 25 de diciembre de 1887, se hace el elogio del señor Ignacio Angulo y Heredia, abogado y propietario agrícola, quien presidía el Matanzas BBC. No se equivoca el periodista al señalar que:

Una de las garantías de éxito que entre nosotros ha tenido el *sport* del *base ball*, ha sido el entusiasmo con que, desde su iniciación, fue acogido por muchas personas que por su significación social han propendido notablemente al desenvolvimiento de tan útil ejercicio. Entre ese número de individualidades respetabilísimas se encuentra el señor Angulo (...) quien por su cultivada inteligencia, su discreta conducta y su carácter expansivo y simpático se hace triplemente digno del puesto que ocupa con verdadera satisfacción del elemento matancista. ²⁵⁹

Termino este recorrido por las páginas de *El Álbum* de Matanzas dedicadas al juego de pelota, con la cita de un importante texto de carácter doctrinal sobre el beisbol, aparecido en el mes de enero de 1888 y firmado con el

²⁵⁷ *Ibíd.*, p. 220.

²⁵⁸ «Bandera del Triunfo BBC», *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 28, 18 de diciembre de 1887, p. 227.

²⁵⁹ *El Álbum*, Matanzas, Año I, No. 29, 25 de diciembre de 1887, p. 229.

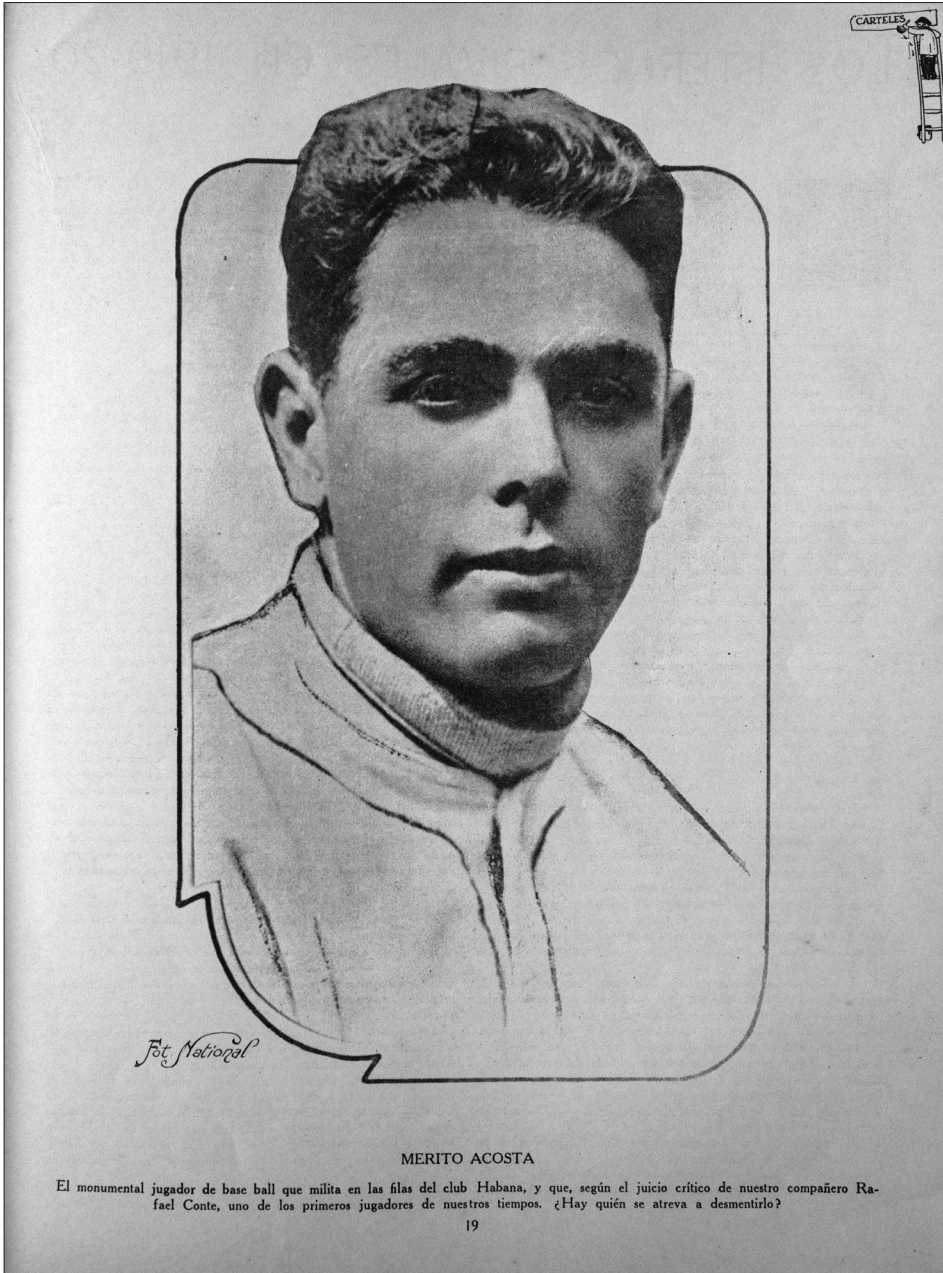
seudónimo Teófilo de Ima. En ese se expresa con claridad la posición de la intelectualidad liberal y culta de la Isla sobre la función que debía representar el juego de pelota dentro de la sociedad cubana. Alerta sobre los peligros que pueden destruir el deporte amateur y lo señala como elemento decisivo en la formación moral y física de la juventud criolla:

El *base ball* desarrolla y fortalece el cuerpo de los jóvenes, les aparta de la valla y del garito, les aleja de la plaza de toros y les hace olvidar el café y las escuelitas de baile, en este sentido es un elemento moralizador de la juventud. Y no solo debe considerarse al *base ball* como un juego que favorece la evolución moral de los jóvenes, apartándolos de los entretenimientos perniciosos (...) sino que además los condiciona para el mejor cumplimiento de los deberes cívicos. Una juventud que en vez de malgastar el tiempo en orgías y francachelas, comparte sus horas entre el espíritu y el cuerpo (...) una juventud que en vez de frecuentar los cafés, garitos, vallas y plazas de toros, dedica sus ratos de ocio al *base ball*, la gimnástica y al esgrima, es una juventud que trabaja por el progreso y la regeneración de su país. Por esto creo que debemos todos abogar por el *base ball* y exaltar la afición a dicho juego, rechazado solo por los espíritus enfermos que aspiran y respiran a expensas del vicio y la degradación.²⁶⁰

Del mismo modo que pondera estas virtudes regeneradoras, censura con dureza a quienes toman el juego de pelota como «pretexto para apuestas crecidas a la manera del jugador de gallos (...) haciéndolo pernicioso, repugnante y detestable. El *base ball* debe ser juego verdadero, *sport*, nunca una transformación de los gallos y la baraja. Tampoco debe ser el *base ball* elemento de discordias y odiosidades, sino al contrario, debe ser prenda que garantice la unión y la fraternidad». También arremete contra los que pretenden hacer del deporte un campo de enfrentamientos y querellas, y afirma categóricamente que su resultado es «pervertir irracionalmente su naturaleza altamente social (...) convertirlo en instrumento desastroso de odios permanentes». Y concluye esta alocución diciendo: «El que varios individuos sientan simpatías hacia el club Matanzas no es motivo racional para que desprecien y burlen a los simpatizadores del club Progreso, ni tampoco están autorizados los partidarios del Progreso a tener en menos a los del Matanzas».²⁶¹

²⁶⁰ *El Álbum*, Matanzas, Año II, No.6, 5 de febrero de 1888, p. 42.

²⁶¹ *Ibíd.*



MERITO ACOSTA

El monumental jugador de base ball que milita en las filas del club Habana, y que, según el juicio crítico de nuestro compañero Rafael Conte, uno de los primeros jugadores de nuestros tiempos. ¿Hay quién se atreva a desmentirlo?

Nación y beisbol en la revista *Carteles*: 1919

Para Jorge R. Bermúdez

¿Qué cubano que haya asistido a un juego de *Base Ball* entre el Almendares (...) y alguna de las grandes novenas norteamericanas de primer orden que nos han visitado en estos últimos años, no se ha sentido ligado a nuestros jugadores y al resto del público por un vínculo poderoso? (...) ¿Qué es lo que produce entusiasmo tan intenso, tan delirante, tan unánime? Ah! Es el sentimiento nacional. Todos son cubanos y se sienten cubanos.

JOSÉ SIXTO DE SOLA

Marsans, Almeida, Hungo, Violá, Romañach, Palmero, Luque, Méndez, Joseíto Rodríguez, Cueto, *Strike* González, Acosta, Calvos... ¡Tantos y tantos! Yo los amaba, saltando por sobre las limitaciones partidarias, y en cada uno de ellos veía un motivo de orgullo nacional.

NICOLÁS GUILLÉN

Baldomero «Merito» Acosta, uno de los más importantes peloteros cubanos de inicios del siglo xx, referenciado por *Carteles*, No. 6, noviembre, 1919.



1919 fue un año infausto para la reputación del beisbol en los Estados Unidos. Ocho peloteros del Chicago White Sox fueron expulsados de por vida del juego —originando el remoquete de «Medias Negras»—, acusados de vender los partidos en la Serie Mundial frente a los Rojos de Cincinnati.

Además de los jugadores, confabulados contra el manager del equipo Charles Comiskey, en el turbio asunto estuvo involucrado el célebre mafioso Arnold

Rothstein, un exjugador profesional de fútbol americano y jefe de las apuestas ilegales en Nueva York, que inspiró el personaje de Meyer Wolfsheim en la novela *El Gran Gatsby* (1925), de Francis Scott Fitzgerald.

En el equipo de Cincinnati jugaban dos cubanos: el lanzador Adolfo Luque, que disfrutó de una buena temporada de diez juegos ganados y tres perdidos, y un excelente 2.63 de Promedio de carreras limpias (PCL); y el jardinero Manuel «Manolo» Cueto, quien disputó pocos desafíos y tuvo una discreta actuación como bateador con 250 de average en su último año en el «Querido Cincinnati».

Los hechos que acabo de mencionar son suficientemente conocidos y no abundaré en ellos, es nada más para situarme en el contexto de la época histórica. Ese propio año, en el mes de junio, se publicó en La Habana una revista con el título de *Carteles*, la cual, durante sus más de cuatro décadas de existencia (1919-1960), dedicó un segmento importante de sus contenidos a los deportes y, de modo particular, al beisbol.

En el presente texto, abordaré la presencia de discursos nacionalistas en el periodismo deportivo que hacían varios de los editores de la revista, en dos direcciones: la ponderación de las virtudes y la eficacia de los peloteros profesionales cubanos que se desempeñaban en diferentes ligas de los Estados Unidos, y su capacidad para medirse en igualdad de condiciones con sus pariguales nortños; y la divulgación de peloteros de gran calidad dentro del circuito amateur cubano, que por razones económicas y financieras era menos publicitado que el campeonato rentado. El lapso de tiempo escogido ha sido el del primer año de su publicación, pues el imaginario del beisbol en este órgano es un caso que amerita un estudio mucho más amplio y sistemático.

Carteles. Revista Mensual de Espectáculos y Deportes renueva en el siglo XX la gran tradición decimonónica de tabloides de *sports* y literatura, al estilo de *El Fígaro*, *El Sport* y *La Habana Elegante*. Su primer número corresponde a junio de 1919. Era publicada mensualmente por la Empresa Editora «Carteles», tenía su razón social en Neptuno esquina a Basarrate y su Teléfono era el A-2459. Su director fundador y administrador fue Oscar Humberto Massaguer, hermano del gran caricaturista Conrado Walter Massaguer, director de otra importante revista: *Social*.

Una de las secciones más significativas, titulada «Charlas Baseboleras», la escribía otro miembro del Clan Massaguer,²⁶² José P. «Joe», quien además aparecía en una publicidad sobre bienes raíces como administrador en la venta de lotes del reparto Miramar. Sobre la condición humana de Joe Massaguer y sus méritos como cronista deportivo, escribió Sergio Varona, periodista de *El Mundo*:

Joe Massaguer fue un hombre de enorme arrastre personal. Por su bondad extraordinaria, por su eterno deseo de auxiliar a los demás, por su generosidad, Joe encontró las puertas abiertas en todos los círculos deportivos y sociales en que giró, captando enorme cantidad de amigos que lloraron su prematura desaparición. En el sector deportivo, Massaguer dedicó sus actividades a distintos aspectos, pero el *base ball* y el boxeo fueron sus favoritos, reportando para *El Mundo* las series mundiales americanas o las peleas de boxeo más famosas, su trabajo resultó brillante, lleno de observaciones y comentarios atinados. Respetado y querido por todos, compañero ejemplar, amigo intachable, sus opiniones llenas de autoridad eran recibidas con agrado influyendo mucho en las carreras deportivas de gran número de atletas, entre ellos Joseíto Rodríguez, Adolfo Luque y Kid Chocolate, tres figuras magníficas de la historia deportiva de nuestra patria.²⁶³

Desde luego, en *Carteles* también se anunciaba *Social*, primera publicación en el mundo editada en fotolitografía y que se presentaba como «la revista más bella del habla castellana». En cierto modo, puede pensarse en *Carteles* como una versión más centrada en el universo deportivo que *Social*, y al igual que esta estaba profusamente ilustrada y ofrecía abundante información y publicidad relacionada con las estrellas del cine de Hollywood, los espectáculos teatrales y los deportes. Fue patrocinada por

²⁶² El padre de los hermanos Massaguer era un gran aficionado al beisbol, como lo afirma Conrado Walter: «El día que yo nací fue Domingo de Carnaval, un soleado tres de marzo de 1889. Y como humorista nato le jugué una broma a mi adorado padre, entusiasta del beisbol, y el pobre dejó de asistir a un match que se extendió por dieciocho *innings*, caso muy poco repetido en los anales de ese deporte que tanta fama le dio a mi amigo John McGraw, el taumaturgo de los *managers* de la Liga Nacional». *Massaguer. Su vida y su obra*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2017, p. 21.

²⁶³ Sergio Varona: «In Memoriam», en *Reglas Oficiales de Base Ball*, prólogo de Eladio Secades, Casa Vassallo, S.A., La Habana, 1942, p. 149.

numerosos anunciantes relacionados con los temas del automovilismo, la salud, la higiene, los alimentos saludables, el vestuario de moda y la venta de bienes raíces. Se ofrecía a un precio de 10 centavos (luego 20) y contaba con más de 50 folios.

En una misma página, titulada «Carteles del mes», se anunciaban los principales eventos deportivos en el Almendares Park, el Oriental Park y el frontón de Jai Alai, y debajo las funciones de los principales teatros habaneros (Martí, Nacional, de la Comedia, Payret) y cines de la capital (Campoamor, Fornos, Fausto, Rialto, Gloria, Maxim, Margot, Olímpic, Royal, Apolo, Tosca, etcétera). Tenía varias secciones, la llamada «Literatura» en realidad estaba dedicada a crónicas de diversos deportes (natación, ciclismo, velas, canotaje, hipismo, ajedrez, boxeo, automovilismo, balompié), con un énfasis marcado en noticias de la pelota cubana, amateur y profesional, y de Grandes Ligas. El apartado «Charlas baseboleras» contenía gacetillas de información diversa relacionada con las actuaciones de peloteros cubanos en la liga insular y en las del Norte. Otra importante página sobre beisbol estaba firmada por el seudónimo *El Recluta*. Bajo el rótulo de «Pimienta» salían pequeñas viñetas humorísticas relacionadas con el deporte (por el seudónimo *Fufiri*). También poseía un apartado de fotografías y caricaturas a cargo de Conrado Walter Massaguer y reproducía otras tomadas de la prensa extranjera. Del mismo modo publicaba en cada número una pieza musical cubana, entre ellas varios danzones y criollas de los compositores Jorge Anckermann, Antonio María Romeu, Francisco Vélez Alvarado y otros.

Entre los asuntos de mayor relieve que trató la revista en su año inicial estuvo el de los contratos de peloteros cubanos en el universo de las ligas de beisbol estadounidenses, desde las llamadas Grandes Ligas hasta otros circuitos de menor categoría o carácter independiente. Un ejemplo de ello lo tenemos en el jugador de cuadro Oscar Rodríguez, quien contaba en aquel momento con 17 años y fue contratado por el Club Rochester de la Liga Internacional, donde ya jugaba su hermano Joseíto con éxito. En opinión del cronista, Oscar «no obstante, su corta edad, ya está considerado por los peloteros viejos y de mayor experiencia, como una estrella en distintas posiciones del *infield*, por reunir, además de su reconocida habilidad para fildear,

un extraordinario valor y una agresividad poco común en un muchacho de tan pocos años».²⁶⁴

La nota periodística daba cuenta del excelente desempeño de Oscar en una liga del estado mexicano de Yucatán, en la ciudad de Mérida, donde había sido campeón de bateo y gozado de enorme popularidad. Y concluía: «Su trabajo en la península yucateca, fue muy celebrado por toda la prensa meridana, a tal extremo, que se le ofrecieron ventajosos contratos para ir a la capital, los cuales él no aceptó, por desear volver a La Habana, pues esperaba que las gestiones de su hermano en el Norte dieran el resultado que al fin se ha obtenido».²⁶⁵

En este propio número, hay un editorial titulado «Los Acosta deben protestar», que defiende la valía deportiva de dos reconocidos peloteros cubanos con ese apellido: el jardinero Baldomero «Merito» Acosta —famoso por haber efectuado una jugada de triple *play* sin asistencia en diciembre de 1918— y el lanzador José Acosta, *Acostica*. La razón de la protesta se debía a un artículo aparecido en la prensa estadounidense, en *The National Police Gazette* de Nueva York, donde se juzgaba el desempeño de varios peloteros cubanos en Grandes Ligas en los siguientes términos:

Cuba ha mandado algunos jugadores de primera fila a las Ligas Mayores y los fanáticos de La Habana se sienten orgullosos de sus éxitos en este país. Armando Marsans, Acosta, Calvo, Aragón y Romañach, fueron notables en su época, pero ya han pasado a la historia como baseboleros en este país. Cuba sigue representada, sin embargo, por Miguel Ángel González, que está con los Gigantes, Adolfo Luque y Manuel Cueto con el Cincinnati, Tuero con el Saint Louis y otro González que juega en el Toronto. Rodríguez, un ex-gigante, está ahora cubriendo el short-stop del Rochester. Luque y Tuero, *pitchers* derechos, han derrotado a los Gigantes en lo que va de temporada, una hazaña que les garantiza un recibimiento extraordinario, cuando regresen a Cuba el próximo invierno.²⁶⁶

²⁶⁴ «Otro Rodríguez para el Rochester», *Carteles*, Año 1, No. 2, julio, 1919, p. 34. Sobre las biografías y los desempeños de los jugadores cubanos que participaron en algún nivel de beisbol en Estados Unidos véase la *Enciclopedia biográfica del beisbol cubano. Tomo II. Cubanos en las Grandes Ligas*. Editorial José Martí, La Habana, 2016.

²⁶⁵ *Ibidem*.

²⁶⁶ «Los Acosta deben protestar», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 2, julio, 1919, p. 34.

El escrito de *Carteles* reconocía con cierto pesar que ya habían pasado los mejores momentos de Armando Marsans, Ángel Jack Aragón y Jacinto Calvo, por lo que denomina «marcada apatía» de los citados peloteros, pero declara inaceptable que se ponga en esa misma condición a alguno de los dos Acosta, pues: «Si al Acosta que se refieren es Merito, el orgullo de Marianao, este se encuentra jugando en la actualidad en el club Louisville, y es estrella en el *right-field* de ese *team*. Y si se trata el otro Acosta (José) popularmente conocido por Acostica, el famoso *pitcher* del “Habana”, hay que hacer constar que está jugando en el Rochester de la Liga Internacional, en cuyo club figura también Joseíto Rodríguez».²⁶⁷

Es muy evidente el cariz nacionalista del comentario anterior, que salva la reputación de dos populares figuras de la pelota insular ante una observación que desconoce la actuación de ambos jóvenes, y al mismo tiempo le añade una coletilla crítica a la citada publicación neoyorquina por la omisión de un tercer jugador: «pues no ha mencionado a otro cubano que está jugando este año en la Asociación Americana. Nos referimos a Emilio Palmero, *pitcher* del club Minneapolis».²⁶⁸ A propósito de Joseíto Rodríguez, circulaba la especie de que era un buen fildeador, pero de escaso talento como bateador, lo que contradice Joe Massaguer cuando explica:

Ahora, de vez en cuando, [Antonio] Conejo, el hombre de los números, publica en *El Mundo* el «batting average» de todos los cubanos en el Norte y resulta curioso ver que Joseíto, el que decían que no bateaba, es de todos los cubanos, el que mayor *average* tiene, es decir, el que está dando más hits. Su *batting* es superior al de Miguel Ángel, al de Cueto, al de Merito, Papo, Luque y Acostica. Por un exceso de modestia no quiero decir que yo tenía razón, pero me trazaré diciendo que los que decían con cierto aire de protección y de lástima que Joseíto no bateaba, estaban en un lamentable error.²⁶⁹

Sin embargo, en paralelo al reconocimiento de la presencia cubana en la Liga Internacional, otro artículo pone en entredicho la calidad del

²⁶⁷ *Ibíd.*

²⁶⁸ *Ibíd.*

²⁶⁹ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 4, septiembre, 1919, p. 22.

mencionado Club Rochester, en particular en detrimento de la actuación del *pitcher Acostica*:

El *petit* Acosta ha demostrado este verano en el club Rochester lo mucho que vale, y si en ese *team* tuvieran mejor «defensa» que brindara alguna cooperación efectiva a los lanzadores el cubanito del Reparto de Columbia tendría a estas horas una muy envidiable cadena de victorias; pero en el Rochester, como bien dice él en una carta, hay que ganar los juegos «a pulso», pues además de ser muy malo el conjunto, tal parece que si se esforzaran en hacerlo peor cuando es él el *pitcher* de turno.²⁷⁰

Completaba la presencia de jugadores cubanos en el Rochester el canje de Manolo Cueto, procedente del «Querido Cincinnati», a cambio de un jardinero de apellido See. Según la crónica periodística:

Debe haber sido muy doloroso para Cueto ser enviado a las Ligas Menores estando en el Cincinnati, club que parece destinado a ser el representante de su liga en la magna competencia anual del mes de octubre. Según nos informan los cablegramas, Cueto se «paró bonito» y pidió una cantidad de dinero para acceder a su traspaso, lo mismo que hubiera hecho otro jugador en tal caso. De no haberlo hecho así merecería las críticas de todos. El *base ball* profesional hay que tomarlo muy seriamente en cuanto al juego, pero siempre sin olvidar la base de negocio.²⁷¹

La adaptación del *utility player* Manolo Cueto a su nuevo club no parece haber sido muy traumática, a juzgar por el comentario de Joe Massaguer, quien dice que «no tardó en captarse las simpatías de los fanáticos por su envidiable buen humor. Tiene Cueto, indiscutiblemente, unas salidas admirables». Para ilustrar lo anterior describe esta simpática anécdota:

Días pasados, y jugando el Rochester contra el Newark, el *pitcher* McCabe, de este club, tenía dominado al Rochester, a tal extremo de que se le acusó de usar papel de lija, produciéndose varias protestas que demoraban el juego, sin que el *umpire*, que lo era Mr. Carpenter, lograra descifrar la verdadera causa de aquellas diferencias, y fue entonces cuando Cueto, «el pequeño cubano», como le dicen los americanos, le pidió la bola al *cácher* para examinarla y, al mismo tiempo que exclamaba: «Esto tiene que arreglarse así», lanzó la

²⁷⁰ «Los Cubanos del Club Rochester», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 25.

²⁷¹ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 43.

pelota sobre la glorieta, produciendo su inesperada acción una explosión de entusiasmo e hilaridad de parte de los fanáticos. «Ahora hay que poner bola nueva» —exclamó Cueto. A lo que contestó el *umpire* con gran oportunidad: «Y un bateador nuevo también, pues usted está fuera de juego». Y según cuenta un cronista de Rochester, al salir Cuelo disparado para la casa-club, le decía a los fanáticos: «No se apuren, alégrense, que tal vez el que venga pueda hacer con el bate lo que yo hice con la mano».²⁷²

También de un fuerte sabor nacionalista es el comentario que anuncia que el manager de los Gigantes de Nueva York, Jonh McGraw, no dejaría que el receptor Miguel Ángel González jugara ese año la temporada invernal en Cuba, y para darle veracidad al asunto invoca esta comparación de matiz político: «Y se puede apostar diez a uno a que Mike no jugará, pues por algo es McGraw el Crowder de la pelota».²⁷³

Cualquier cubano de la época podía reconocer fácilmente esta analogía, toda vez que el general y abogado estadounidense Enoch Crowder había tenido una activa intervención en los asuntos internos de la Isla durante las dos primeras décadas republicanas, incluyendo en 1919 su participación en la elaboración de un nuevo código electoral, llamado «Código Crowder», que supuestamente debía traer estabilidad a las contiendas políticas de Cuba. Meses más tarde, Crowder sería el verdadero gobierno dentro del gabinete del pusilánime Alfredo Zayas.

La decisión de McGraw es justificada por el periodista, pues en su opinión, no exenta de cierto matiz irónico: «Un pelotero, lo mismo que un oficinista, que una modista, o un caramelero, necesita de un descanso más o menos prolongado cada año. El desastroso “batting average” de Mike en el New York este año, indica claramente que algo anormal ocurre a ese jugador, pues aunque nunca ha sido un *Babe Ruth* dándole a la pelota, tampoco lo hemos visto nunca con tan bajo average como este verano».²⁷⁴

A diferencia de lo sucedido con *Mike* González, en distintas gacetillas se informa que los hermanos Joseíto y Oscar Rodríguez, podrían jugar con el Club Habana en la próxima temporada invernal. El roster del equipo rojo estaría conformado por Hungo en primera base; Oscar Rodríguez, segunda

²⁷² Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, Año 1, No. 4, septiembre, 1919, p. 22.

²⁷³ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 24.

²⁷⁴ *Ibíd.*

base; Joseíto en el *short* y Jack Aragón en tercera. En el *outfield* constarían Merito Acosta, Jacinto Calvo y Emilio Palmero. De este último se afirma la conveniencia de que jugara como jardinero en lugar de lanzador, pues «se le ha caído el brazo y parece ser que ha pitcheado ya su último juego; como jardinero resulta muy útil, por lo bien que batea y su fildeo seguro. McGraw, que lo observó detenidamente cuando estaba con los Gigantes, dijo que Palmero era más *outfielder* que *pitcher*, y el Pequeño Cabo sabe lo que dice».²⁷⁵ En opinión del gacetillero, con la reunión de Joseíto y Oscar Rodríguez junto al *pitcher Acostica* en el equipo escarlata, «comenzarán los sufrimientos de *pepillitos* y otros significados Almendaristas».²⁷⁶

El «eterno rival» de los Rojos tenía entre sus jugadores para esa temporada a un poderoso conjunto encabezado por el lanzador Adolfo Luque, del Cincinnati, en la doble condición de *pitcher* y manager; el también *pitcher* Isidro Fabr e y los receptores Eufemio Abreu y Luján; a los que se sumaban los muy conocidos Marsans, Almeida, Pa to Herrera, Kakin, *Papo* González, Rom nch, Bar , Torriente y Pérez Corcho. Se rumoraba además que vendría a reforzar el Almendares la tercera base del Cincinnati, Heine Groh, considerado en ese momento uno de los mejores peloteros del mundo, un asunto que recibe la total aprobación del periodista, pues «[s]er a muy plausible que cada uno de nuestros clubs tuviera un par de jugadores americanos, pues, aunque abundan aquí los “patriotas” que no ven con buenos ojos la intervención americana en la pelota, nosotros la estimamos necesaria y muy justa, toda vez que estamos convencidos de que nuestro indiscutible adelanto en el *base ball* se debe a que los americanos nos han abierto all , en su patria, las puertas de sus *teams* sin lo cual no hubiéramos llegado a perfeccionarnos en la vida».²⁷⁷ Sobre las cualidades de Groh como beisbolista se realizan los mayores elogios:

Heine Groh es la más exacta acepción de la palabra *player*. Es lo que se llama un verdadero jugador de pelota. Una maravilla... Sus sentidos todos est n en la pelota, tan pronto como viste el uniforme beisbolero. Gran

²⁷⁵ *Ibídem*.

²⁷⁶ «Los Cubanos del Club Rochester», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 25. Sobre este mote dado a los partidarios del Club Almendares, Rafael Conte se quejaba: «no puedo explicarme por qué hay quienes tienen el mal gusto de llamar a los azules *Pepillitos*», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, p. 18.

²⁷⁷ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 4, septiembre, 1919, p. 22.

bateador y excelente corredor, empero donde culmina, donde pasma, donde asombra, es en la defensa de su posición. Allí, en la difícilísima tercera esquina acepta lo posible y lo imposible. No hay toletazo demasiado duro, para sus manos, y por eso realiza esos outs milagrosos, eléctricos, emocionantes, que levantan en peso a las multitudes. Groh es la tercera base más valiente que nos hemos echado a la cara. Nadie como él pone a prueba su pecho. Es una muralla para quien los bolazos más recios tienen suavidades de caricia. Muchas, pero muchas veces, se le ha visto parar con el pecho lo que las manos no hubiesen podido detener, y realizar outs imposibles.²⁷⁸

Como es evidente, tanto en el encomio de la opinión calificada de McGraw sobre Miguel Ángel González y Emilio Palmero, como en el aplauso del antesalista Heine Groh, el patriotismo de los cronistas deportivos no desconocía la valía de ambos beisbolistas norteamericanos. Y reconocía al mismo tiempo sus destrezas, como manager uno y como jugador el otro, las que podrían influir de manera benéfica en los desempeños de los peloteros criollos.

Otro asunto de interés en la añeja porfía de Habana y Almendares tenía que ver con el intercambio de jugadores entre ambos clubes. Existía la conjetura de que para la temporada de 1920 los dos hermanos Rodríguez (Oscar y Joseíto) pasarían del club azul al rojo, y en sentido inverso lo harían otra pareja de hermanos, los González. Lo anterior es motivo para una extensa reflexión de Joe Massaguer, quien no desapueba dichos cambios de equipos, y censura los excesos de algunos fanáticos:

Estos cambios, bien visto, son hasta cierto punto convenientes, por distintos motivos. Como muy bien dicen los americanos, hay *players* que se cansan de jugar en un mismo *team* y al ser transferidos duplican su efectividad y lucimiento. Por otro lado, cuando las fuerzas se distribuyen y se cambian, hay siempre el interés natural de saber si el cambio tal ha mejorado o empeorado las oportunidades de uno u otro *team*; y resulta animadísimo escuchar los debates de los fanáticos sobre las cualidades y eficiencia de cada uno de los jugadores que han formado parte en los «cambalaches».

²⁷⁸ «Heine Groh» (por H. R.), *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, p. 52.

El otro día me decía un almendarista que yo, a título de amigo de Joseíto, debía influir en él para que permaneciera fiel a la enseña azul, pues de no ser así él dejaría de asistir a los juegos, pues le haría daño, me aseguró que se enfermaría, si viera al famoso *short stop* del Rochester con medias rojas. Yo nunca he podido entender el *base ball* de esa manera y mi fanatismo jamás ha llegado a tal límite. Creo que soy uno de los más entusiastas baseboleros que hay en Cuba, pero soy capaz de apreciar la buena labor de un Torriente, de un Marsans o de un Joseíto, si estos visten el uniforme del Almendares, del Habana o del Fe, pongamos por caso.²⁷⁹

Una peculiaridad de varios de los comentarios aparecidos en la revista, es que denotan un fuerte acento crítico en contra algunos jugadores. Tal es el caso de Joe Massaguer y Rafael Conte, quienes fustigan en estas páginas los cometidos de los peloteros Jacinto Calvo y Tomás Romañach, en el caso de este último se le reprocha su indolencia al haber desistido de jugar beisbol en tierras del Norte. Del primero, apodado con sorna «El teniente» —en realidad era teniente de policía del Puerto de La Habana—, Massaguer le censura haber abandonado las filas habanistas, aunque podría retornar con el argumento de que tendría ciertas influencias dada su índole castrense. Conte, por su parte, opina con ironía que:

Las *Young ladies* que viajan con los *teams* americanos adoran a Jacinto sin reservas mentales; le aplauden con frenesí cuando dispara una de sus clásicas *líneas dormidas* y dicen *Poor Jack* cuando sale «ponchao». *Poor Jack* es, además, un excelente muchacho, buen mozo hasta la pared de enfrente y sería completo si durante los desafíos mirara más hacia la pizarra del score y menos hacia el gran stand. A mayor abundamiento posee un hermoso perro belga, negro como el banco de los *Lincoln Giants*, y una colonia de caña en Quivicán con capacidad para cuarenta invitados de buen apetito. Como jugador tiene sobre Torriente la inmensa ventaja de ser teniente de la policía del puerto.²⁸⁰

²⁷⁹ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 4, septiembre, 1919, p. 22.

²⁸⁰ Rafael Conte: «Los eternos rivales en 1919-20», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, pp. 53-54.

De Romañach la nota de Joe es muy sarcástica y se le reprocha dejadez por el juego profesional:

Tomás Romañach sigue jugando en las «maniguas», todos los domingos, cuando vamos a la Playa le vemos en el «placer», frente a su «palacete», hecho un Ty Cobb de las menores. Allí es donde él se siente feliz, allí donde se puede jugar sin medias, con la camisa desabotonada, con gorra o sin ella y tomando entre inning, helado de mamey, coco, guanábana, coca-cola y duro frío. Ese es su encanto, esa es su ambición suprema, para él los viajes al norte resultan una lata, y jugar pelota seriamente en el *base ball* organizado en los Estados Unidos un verdadero martirio por lo que se «corrió» de todos los clubs que le contrataron en la tierra de Pat Moran.²⁸¹

En igual dirección Conte expresa sus reservas con Romañach:

Luque, manager almendarista, se obstina en conservar en su inicial a Romañach, magnífico cogedor de *rollers*, y nada más. Este muchacho, que por haber perdido el tiro juega con dificultad del *short stop*, se ha equivocado de medio a medio al pretender convertirse en primer-baseman. A mi juicio, su posición indicada es la segunda, que seguramente jugará bien... después de algunos meses de práctica. Como bateador, todos sabemos que el simpático *Italiano* jamás ha tenido la pre-sunción de eclipsar a Ty Cobb.²⁸²

La crónica beisbolera de *Carteles* no solo se ocupaba del beisbol profesional, sino también del joven y variado circuito amateur. Estas ligas de verano eran mucho más débiles que la de sus pares profesionales, y se resentían por el gran número de equipos y la escasa disciplina deportiva de sus jugadores. Lo anterior hacía «imposible encontrar suficiente número de estrellas, para tantos clubs y más difícil aún equilibrar las fuerzas de las distintas colectividades, para establecer reñidas competencias».²⁸³ De igual modo, un veterano de uno de los clubs más encumbrados del circuito amateur, El Vedado Tennis Club comentaba lo siguiente: «Yo no puedo engañarme ni engañar a nadie; sé demasiado que he decaído notablemente y que si sigo figurando como pelotero de primera, se debe solo y exclusivamente al hecho de que

²⁸¹ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 24.

²⁸² Rafael Conte: «Los eternos rivales en 1919-20», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, pp. 53-54.

²⁸³ Joe Massaguer: «Charla Basebolera», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 24.

los muchachos nuevos y los que sin serlo sirven todavía, están todos echados, faltos de disciplina y de práctica, nunca ha estado tan flojo nuestro *team*, ni se ha notado jamás tan poco entusiasmo».²⁸⁴

Sin embargo, no todo era deplorable entre los jugadores aficionados, y la revista se ocupa de poner en alto los valores deportivos y humanos de varios de sus jugadores, especialmente de los *pitchers*, y realza los atributos atléticos de algunos equipos como el Fortuna. Una semblanza aparecida en ese propio número de agosto, firmada por el seudónimo *El Recluta*, ofrecía una ponderada estampa del lanzador cienfueguero Pedro Esquivel, del equipo Federales de Heredia de la Liga Amateur:

Advertimos sí, desde el primer momento, que había en él mucho de lo que se necesita para ser un *pitcher*, pero no todo lo que es preciso para ser una estrella, como lo es el modesto y valioso lanzador. No queremos decir con esto, como algunos podrán pensar, que sea Esquivel el *pitcher* de «más brazo» que haya en la Liga, ni el de más curvas, ni el de más control, ni el de mejor «*fielding*», ni el más inteligente, ni el de más resistencia, ni el de más calma y más entereza, ni el de mejor cambio de velocidad, no.

Podrán haber, y los hay sin duda alguna, quien posea en mayor grado que él, una o más de esas cualidades, pero no quien, como él, reúna a un mismo tiempo todas ellas y, además, condiciones personales y de carácter que vienen a complementar su personalidad artística, haciendo de él lo que es, un *player* de valor inestimable. Esquivel tiene bastante dureza, muy buenas y rápidas curvas, un sorprendente cambio de velocidad, muy buen control, una calma y una sangre fría a toda prueba, bastante inteligencia, un buen *fielding*, mucho amor propio, mucha confianza en sí mismo y una gran resistencia física. Y como si todo eso no fuera bastante, tiene un carácter afable y bondadoso que le permite mirar sin enojos los errores que cometan sus compañeros, y una modestia de tal naturaleza, que no ha podido ser alterada en lo más mínimo por los halagos constantes de sus simpatizadores, que forman legión, ni por los aplausos de los públicos y los críticos, ni por las muestras de cariño de sus compañeros (...). Es por todo eso por lo que, si no abusa de su brazo, si se cuida, y sobre todo si no deja que los halagos y los aplausos

²⁸⁴ *Ibíd.*

rompan la modestia de su carácter, llegará lejos y brillará. Porque tiene cuanto se necesita para triunfar.²⁸⁵

Otro lanzador amateur que recibe grandes loas es el zurdo matancero Martín Junco, el cual tras pasar por varios equipos como el de la Universidad de La Habana y el Bellamar, defendía en aquel momento los colores del Círculo Militar en el campeonato Inter Clubes. La gran actuación de Junco estaba avalada porque al finalizar la primera serie de aquel campeonato había establecido un récord de 37 escones consecutivos, 28 de los cuales se los propinó a un mismo club y 20 de esos 28 fueron dados en el mismo día. A criterio del periodista, los recursos más sobresalientes de este lanzador eran su control, su velocidad y su inteligencia:

Lo que llama poderosamente la atención es el control perfecto con que está lanzando, cosa digna de tenerse en cuenta por tratarse de un *pitcher* de «brazo equivocado» que, como todos sabemos, no se distingue por esa cualidad; es, el buen uso que hace del «tanque de pensar»; es, el gran cuidado que pone en impedir que los corredores «entren en confianza» con la base inmediata; es, su velocidad de bola; la rapidez y malicia de sus curvas, su cambio de velocidades, su sangre fría y su fe en la victoria.²⁸⁶

Se comparaba a Martín Junco con otros grandes *pitchers* zurdos: «Cayro, matancero también, con un cañón de brazo; Prats, que se cubrió de gloria en su época formando parte de la temible batería Prats-Quintero, Palmero, al otro Junco a Oscar Fernández, etc. etc., y estimamos que ninguno de ellos ha sido superior a Martín Junco y muchos no han llegado a tener el calibre del que es hoy serpentinerero insustituible de los milicianos de Antonio Mesa».²⁸⁷ Era notorio que, con semejantes credenciales, Martín Junco no pensara en convertirse en lanzador profesional, pues tenía como principal objetivo terminar sus estudios de Derecho en la Universidad de La Habana:

Le agrada más la compañía del Romano, el Procesal y el Civil y busca un puesto de «regular» entre los adoradores de la diosa que pintan ciega, aunque

²⁸⁵ «En Cienfuegos hay un pitcher» (Por El Recluta), *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 26.

²⁸⁶ «En La Habana hay un pitcher... zurdo» (Por El Recluta), *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 4, septiembre, 1919, p. 52.

²⁸⁷ *Ibíd.*

muchas dicen que ve por debajo de la venda. De no ser así, Martín Junco iría lejos. Porque tiene además de sus muchas buenas cualidades como lanzador, sentido común, que no es tan común como parece, sobre todo entre peloteros, y que es la cualidad que más se paga en el «mercado americano», que es, como todos sabemos, el mercado en el que aspiran a ser cotizados cuantos se dedican al servicio del Emperador.²⁸⁸

Un equipo de gran tradición en el amateurismo cubano fue el Club Fortuna, que jugaba en la Liga Social, presidida desde su fundación por el veterano periodista Ramón S. Mendoza —autor junto con José María Herrero y Manuel F. Calcines del libro *El Base Ball en Cuba y América* (Imprenta Comas y López, La Habana, 1908)— y considerado uno de los más decididos y constantes sostenedores del *base ball* en Cuba. La revista publicó una fotografía publicitaria de dicho conjunto, con el comentario de que se trataba de uno de los equipos llamados a triunfar en dicha liga:

Por algo ocupa el primer lugar en la contienda y cuando Ramón López Toca dice que a ellos les «toca» ganar este año, debe ser así, pues en cuestiones de sombreros y *base ball* tiene muy buenos «tips». El club *Fortuna* debe ganar y basamos nuestra creencia en que tiene elementos para ello y, sobre todo, lo más esencial, mucho entusiasmo y constancia, o lo que es lo mismo, lo que le falta a otras entidades. Es de esperarse que al *Fortuna* no le ha de ocurrir lo que a otros clubs capitalinos, que han tenido una «arrancada» maravillosa, pero que después se han cansado lamentablemente para desesperación y sufrimiento de sus partidarios.²⁸⁹

Integraban el Fortuna aquel año los siguientes peloteros: J. Carballás, manager; José Ramos, primera base; José López Toca, *outfielder*; A. Vilaret, tercera base; Manuel Rivero, *pitcher*; Ignacio Abriqueta, *pitcher*; Salvador López, *cácher* y capitán; Pepito Pérez, *outfielder*; J. Beltrán, *outfielder*; Silvino Ruiz, *pitcher*; Hilario Rodríguez, *outfielder*; Carlos Valdú, *infielder*; J. Falagán, *short stop*, y Rafael Jiménez, segunda base.²⁹⁰

Para el mes de octubre de 1919, el principal evento beisbolero lo constituyó la visita a la capital cubana del equipo profesional Piratas de Pittsburg, lo cual produjo una excelente impresión entre los aficionados habaneros: «La gran

²⁸⁸ *Ibíd.*

²⁸⁹ «El *team* de *Base Ball* del Fortuna», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 3, agosto, 1919, p. 54.

²⁹⁰ *Ibíd.*

temporada americana en Almendares Park, ha resultado como se esperaba, un éxito franco. El pueblo cubano siempre fue y será pelotero, pero eso sí; sabe apreciar lo bueno, y hay que brindarle lo mejor. Por eso el señor Linares ha acertado trayendo a los Piratas de la Liga Nacional». Además del espectáculo deportivo, a la presencia de los Piratas se debió la realización de una película de buena calidad, a cargo de Enrique Díaz Quesada, uno de los pioneros del cine cubano: «El progreso de la cinematografía cubana, es indudable. Una prueba de ello: la película del club Pittsburgh hecha recientemente por el señor Enrique Díaz, de la firma de Santos y Artigas, y exhibida en Fornos. Nosotros hemos visto muchas películas de juegos de pelota, pero no recordamos una sola tan completa, tan clara y tan buena como la que motiva estos comentarios. Es de justicia dedicar un aplauso a sus autores».²⁹¹

Un caso equivalente al de la reivindicación del apellido Acosta, que hemos visto al inicio de este artículo, se produjo con el *pitcher* matancero Oscar Tuero, al que una publicación neoyorquina, el *New York Tribune*, había injuriado luego de tener una excelente actuación lanzando por los Cardenales de Saint Louis (uno de los equipos inferiores en aquel momento en la Liga Nacional) frente a los Gigantes de Nueva York en el Polo Ground. La citada reseña llevaba por título «Big day for Cuba!», pues Tuero había dejado a sus rivales sin carreras y con apenas tres *hits*, uno de ellos muy discutible. Sin embargo, la nota dejaba entrever que el cubano había sido objeto de insultos racistas («Oh, tú, cubano, negro, te vamos a dejar sin muelas») y en su texto mostraba una sumatoria de estereotipos colonialistas y adjetivos discriminatorios contra el lanzador antillano:

Ayer un reconcentrado de Weyler, dejó a los gigantes sin carreras, humillándolos a su antojo y haciéndoles comer en su propia mano, como inofensivos pollitos. Cuando el *match* se inició, el cubano parecía no tener ni siquiera un modesto afeitado, pero a medida que el juego se desenvolvía, iba haciéndose un enigma para los temidos bateadores locales. El numeroso contingente de fanáticos que acudió al *match*, pedía a gritos a los Gigantes que levantaran sus corazones y volvieran por su fama, pero el indígena se ensañaba con ellos, ridiculizándolos a su gusto. ¡Y pensar que España tuvo tanto tiempo en sus manos la vecina Isla, sin haber sacado

²⁹¹ «Comentarios», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 5, octubre, 1919, p. 13.

siquiera un jugador para el Filadelfia de Connie Mack! Es una gran prueba de lo que un benévolo protectorado americano ha hecho por Cuba, tomar un bote de reconcentrados de Weyler y convertirlos en «big leaguers». Si las cosas siguen así, habrá que reformar nuestra ley de inmigración agregando un articulado por el cual se prohíba a los clubs de las Grandes Ligas importar jugadores cubanos. Después de todo, sería lo mejor para evitar derrotas como la de ayer en Polo Grounds.²⁹²

En contraste con esta retahíla de agravios, que condensaba prejuicios que parecen sacados del arsenal de Orville Platt, el periodista Horacio Roqueta demostraba los verdaderos valores humanos de Oscar Tuero, quien además de importante jugador poseía una maravillosa voz de barítono, que «canta con el alma y con la vida tiernísimas canciones en recuerdo de la patria amada. Otros, (Massaguer, Linares y yo) tres en conjunto, sabemos muy bien, que además de eso, Oscar Tuero es un perfectísimo “gentleman” en todos los terrenos y un muchacho de intachable conducta que en todas partes deja afectos y simpatías...».²⁹³ Su mayor defecto, concluye el cronista, es el de ser demasiado modesto, demasiado humilde. Otros con muchísimos menos méritos, viven reclamando «palmas académicas, legiones de honor, banquetes y medallas...».²⁹⁴

Otros tópicos abordados en la revista durante este período fueron aspectos relacionados con la técnica del juego de pelota, la que era preciso dominar para poder enfrentar con éxito a rivales de mayor calidad. Hay un excelente análisis de la necesidad de tener buenos directores en los equipos profesionales, pues: «Desde que Emilio Sabourín desapareció de la escena beisbolera, no han tenido nuestros profesionales, un verdadero manager. Han existido, sí, entrenadores valiosos como Alberto Azoy y el Viejo Plá, pero un manager en la verdadera acepción de la palabra, no lo ha habido».²⁹⁵ Según este examen, repleto de sabiduría beisbolera y picaresca criolla:

Un manager ha de ser, antes que nada, un hombre de carácter a la vez firme, enérgico y afable y de una inteligencia superior, que, a más de conocer todos

²⁹² Horacio Roqueta: «Big day for Cuba», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 5, octubre, 1919, p. 24.

²⁹³ *Ibídem*.

²⁹⁴ *Ibídem*.

²⁹⁵ «Nuestro *Base Ball* necesita dirección» (Por El Recluta), *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 5, octubre, 1919, p. 27.

los secretos del deporte, sepa emplearlos oportunamente; que sepa distinguir a simple vista un «buche» de un buen *player*; que sepa descubrir rápidamente y aprovechar en su oportunidad las debilidades del contrario; que sepa apreciar y corregir los defectos de sus *players*, y sobre todo, y por sobre todo, que sepa a un tiempo hacerse respetar y querer de sus subalternos.

El manager que solo ve la debilidad de su *pitcher* después que lo han pulverizado, podía estar lo mismo en la bodega más próxima «dándose un cocotazo» que en el banco de los jugadores. El manager que pone el orden al bate guiado solamente por la fama de cada *player*, podía emplear su tiempo en vigilar la puerta de entrada donde sería más útil a su club.

El manager que no ve cuando un *pitcher* contrario está sorprendiendo sistemáticamente a sus *batsmen* con tal o cual bola, haría mejor en ponerse a tejer *crochet*.

El manager que hoy pone a un *player* en el *infield* y mañana en el *outfield* porque no sabe para lo que sirve, estaría mejor poniendo números en la pizarra anotadora.

El manager debe verlo y aun preverlo todo, saberlo todo y procurar remediarlo todo.

Su responsabilidad es muy grande y solo puede dejarla a salvo cuando haya demostrado que ha sabido poner en juego cuantos recursos tenga a mano para alcanzar la victoria.²⁹⁶

El texto planteaba sin rodeos otros aspectos deficitarios del beisbol criollo, como el hecho de que la gran mayoría de los jugadores «han nacido a la vida del *base ball* por generación espontánea», o se hicieron «estrellas en la manigua», sin que nunca nadie «pueda vanagloriarse de haberles enseñado nada ni corregido el más pequeño defecto».²⁹⁷ De igual modo critica lo que llama «sistema de cooperativismo» del beisbol cubano, que impide que surjan verdaderos managers, y censura la idea falsa de que «para ser manager hay que haber sido pelotero, como si fuera posible sostener que no podrá ser un buen administrador de la Havana Electric quien no haya sido motorista, ni director de un periódico quien no haya comenzado por venderlo en nuestras calles».²⁹⁸ En resumen, el artículo propone la creación de equipos como

²⁹⁶ *Ibídem.*

²⁹⁷ *Ibídem.*

²⁹⁸ *Ibídem.*

«verdaderas empresas», las cuales deberán ocuparse de «buscar verdaderos managers para nuestras novenas [y] habrá llegado el momento de que nuestro país ocupe en el mundo del base ball el lugar que le corresponde. Mientras tanto, seguiremos como estamos, con buenos soldados, pero sin generales que los lleven a la victoria».²⁹⁹

Una cuestión que se revelaba polémica, en vísperas de la temporada de 1919-1920, tenía que ver con el hecho de conocer si se concentraría toda la calidad en los dos tradicionales rivales: Habana y Almendares, sin necesidad de integrar un tercero que les disputara la hegemonía. El periodista Rafael Conte, gran conocedor del beisbol, daba a este dilema una respuesta que consideraba plausible, en las condiciones de la pelota cubana, la existencia de solo dos equipos:

Según tengo entendido, el próximo campeonato nacional ofrecerá, entre otros, el aliciente de que no tomará parte en la contienda la inevitable, inútil y en muchos casos perjudicial tercera novena, esa horrible *tercera novena* que llamárase Fe, San Francisco o como mejor pluguiera a sus organizadores, solo servía para hacer más evidente el hecho de que en el campo del base hall profesional cubano no hay ni pueden haber más que dos bandos, los dos bandos de siempre, los *eternos rivales*, habanistas y almandaristas.³⁰⁰

La ausencia de un tercer equipo criollo sería compensada con la entrada de un equipo estadounidense, el que tendría la singularidad de ser un «All Star», seleccionado entre los principales conjuntos de Grandes Ligas:

Abel Linares, a cuyos heroicos esfuerzos debemos la inesperada y gloriosa resurrección del gran sport de nuestro pueblo (que parecía muerto y definitivamente enterrado), ha decidido, con excelente criterio, dar por contrapeso a los dos clubs cubanos un tercer *team* compuesto de jugadores de primera fuerza reclutados con escrupuloso cuidado entre los mejores de las Ligas Mayores de los Estados Unidos. Yo encuentro esta innovación doblemente plausible: en primer lugar, porque con un club de tal calibre en la arena tendremos la seguridad de disfrutar todo el año de base ball de excelente calidad, y en segundo lugar, porque merced a este arreglo, tanto el Almendares como el Habana, que podrían repartirse libremente todos

²⁹⁹ *Ibíd.*

³⁰⁰ Rafael Conte: «Los eternos rivales en 1919-20», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, p. 18.

los buenos *players* cubanos que hay en el mercado, serán más fuertes de lo que serían si, como ha sucedido hasta hoy, tuvieran que dejar en libertad a cuatro o seis de los mejores, a fin de que resultare posible la organización de la tercera novena criolla.³⁰¹

A pesar de su desbordado optimismo, Conte hacía un razonamiento que, sin dejar de reconocer la calidad de estos peloteros, dejaba en suspenso la eficacia a largo plazo de un conjunto de esta naturaleza, pues: «Sabido [es] que los *teams* americanos formados por jugadores de distintos clubs no suelen distinguirse por su cohesión y disciplina. El grupo que nos trae Linares es de primera calidad y jugará bien; pero de esto a que juegue siempre bien media una distancia respetable... una distancia que, reducida a metros lineales, bien puede ser, con poca diferencia, la que separa el diamante de Almendares Park del bar del Plaza».³⁰²

Existía también la conjetura ente varios periodistas y órganos de prensa, de si ambos equipos cubanos serían capaces de derrotar al combinado norteno. El cronista de *Carteles* opinaba que tal disquisición era engañosa, pues «[n]osotros creemos, por el contrario, que nunca, jamás, se ha jugado en Cuba tan buen base ball como el que en la actualidad se juega, ni ha existido un *team* tan fuerte como el que en la actualidad defiende la bandera roja».³⁰³ Si antes había existido un coloso como José de la Caridad Méndez, ahora teníamos a Luque y a Tuero, cuya calidad había quedado demostrada en los diamantes del Norte. La gran diferencia estaba en que ayer la garantía del triunfo giraba en torno a un solo elemento: «La potencia basebolera de los cubanos radicaba exclusivamente en el brazo poderoso de José Méndez», mientras que ahora «El Habana constituye una gran organización basebolera cuya potencialidad no reside exclusivamente en uno de sus miembros sino en el conjunto»:

Examínese la novena roja en todos sus aspectos; sus lanzadores, su *cácher*, su *infield* y su *outfield*, la bien repartida fortaleza de su *batting* en el que si no es fácil señalar un gran rompecercas es menos fácil aun encontrar uno solo que no sea capaz de producir el *hit* necesario en el momento preciso, y el número de veloces corredores con que cuenta; apréciese debidamente y

³⁰¹ *Ibíd.*

³⁰² *Ibíd.*

³⁰³ «Ayer y hoy» (Por El Recluta), *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, p. 20.

en todo su valor la disciplina que impera en el *team*, el trabajo inteligente de sus *players*, su espíritu de combatividad, su entusiasmo y el respeto cariñoso que sienten sus jugadores por el hábil compañero que los dirige y dígasenos qué es lo que puede fallarle para ser considerado un gran *team*.³⁰⁴

Entre los más destacados jugadores habanistas estaban los lanzadores Tuero y *Acostica* («Tuero es un maestro del *spit-ball*, con un mundo de sustancia gris en la bóveda craneana y un cambio de velocidad bastante aceptable, y por lo que hace al diminuto Acosta, su control maravilloso, su sangre fría imperturbable y sobre todo su calma exasperante, hacen de él un excelentísimo señor *pitcher*, la mar de peligroso»);³⁰⁵ sus mejores bateadores estaban liderados por Jacinto Calvo («un magnífico cuarto bate, un excelente *fielder* y aceptable corredor») y Merito Acosta («Este muchacho, demostración viviente de que Griffith y Connie Mack son un par de mentecatos, es, según mi modestísimo criterio, el mejor jugador cubano en la época presente») y contaban con un excelente receptor como Miguel Ángel González.

De igual manera, el Club Almendares podía exhibir un equipo de gran calidad, con un valioso pitcheo (Luque y Fabr ) y jugadores del calibre de los veteranos Rafael Almeida y Armando Marsans («estrella de otros tiempos y siempre admirable jugador»), la tercera base Bartolo Portuondo («una maravilla de jugador, una estrella de primera magnitud, igualmente notable en todos los departamentos»), Pelayo Chacón, Bernardo Bar  («estrella indiscutible, tan eficaz en el ataque como en la defensa, y zurdo por añadidura») y el inconmensurable Cristóbal Torriente («Yo no he visto en ninguna parte un bateador natural que pueda compararse a Cristóbal Torriente. A semejanza de Honus Wagner, Napoleón Lajoie y otros rompecercas, el gran mata-*pitchers* almendarista no tiene puntos vulnerables»). Si en algo era ligeramente inferior el club azul al rojo era porque carec  de un receptor en plena madurez «y más que nada, [por] el carácter indisciplinado de algunos de sus *players*».³⁰⁶ Aun así, dichos

³⁰⁴ *Ibídem*.

³⁰⁵ Todas las citas entre paréntesis pertenecen a Rafael Conte. «Los eternos rivales en 1919-20», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919.

³⁰⁶ *Ibídem*.

conjuntos se habían enfrentado con éxito a los Piratas de Pittsburgh con paridad de resultados:

Si admitimos, como hay que admitir, que el Pittsburg es una novena de primera división de la Liga Nacional, que trajo a Cuba un gran *team* reforzado en su batería con dos grandes *pitchers* y un gran receptor de otro club, que jugó un base ball tan serio y científico como el que está acostumbrado a jugar en su Liga, y que tenía a su favor el encontrarse en un *training* perfecto al par que los clubs cubanos estaban en organización y si examinamos detenidamente el resultado de la serie llevada a cabo y vemos que: el Habana la empató por su parte y que el Almendares ganó una buena parte de sus juegos, hemos de convenir en que nuestros clubs son, por lo menos, tan fuertes como el Pittsburg o lo que es lo mismo, que los clubs cubanos tienen calibre de clubs de primera división de Ligas Mayores. La derrota de los All Americans es una prueba más de lo que dejamos afirmado; ella demuestra que para ganarle a los clubs cubanos precisa traer a Cuba un *team* completo, con un fuerte cuerpo de *pitchers*, con *training* suficiente y dispuesto a jugar todo lo que sepa y pueda. Si no, no gana.³⁰⁷

Y terminaba este cronista con la siguiente aseveración, que guarda hoy tanta veracidad como hace un siglo atrás: «Porque para los *players* cubanos de la actualidad, el base ball no tiene ya secretos. Y son desde cualquier punto de vista que se les considere, dignos de competir con sus colegas de Norte América».³⁰⁸

³⁰⁷ «Ayer y hoy» (Por El Recluta), *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre, 1919, p. 20.

³⁰⁸ *Ibíd.*





Los Leopardos Mágicos de Santa Clara

Para Lorenzo Lunar

Los ojos del Leopardo son de fuego. La cola del Leopardo nunca duerme. Más poderosas son sus garras... las oculta.

PROVERBIO AFRICANO

Tiene el leopardo un abrigo/ En su monte seco y pardo...

JOSÉ MARTÍ

Unos leopardos penetran en el templo y beben de las copas sagradas hasta vaciarlas del todo. Este hecho se repite una y otra vez. Finalmente se hace previsible y se convierte en parte de la ceremonia.

FRANZ KAFKA

Nadie puede cambiar el color de su piel, ni puede el leopardo quitarse sus manchas.

JEREMÍAS 13:28

Pablo «Champion» Mesa, Oscar Charleston y Alejandro «El Caballero» Oms en el estadio Boulanger Park, de Santa Clara, ca. 1923.
Imagen en el archivo del autor.



La aparición en 1922 del equipo Leopardos de Santa Clara, cuarto en disputa entre los archirrivalos leones habanistas y alacranes del Almendares —y cuando el también debutante Marianao todavía no era un tigre de Bengala sino un monje gris—, es una de las grandes leyendas de la pelota isleña. Ambos conjuntos vinieron a sazonar la añeja rivalidad que enfrentaba desde 1878 a Habana y Almendares. Y en el caso del Santa Clara se trataba de un experimento mercantil para expandir la Liga Cubana más allá de los predios capitalinos.

Fue Abel Linares, hábil empresario y dueño de los dos equipos de mayor tradición, el que encargó a Agustín «Tinti» Molina que contactara con las Ligas Independientes de Color de Estados Unidos para formar el nuevo conjunto y logró traer a los mejores talentos del aquel circuito. Los juegos en Santa Clara fueron pactados los fines de semana en tandas separadas, con la intención de llenar el estadio, cobrar dobles las entradas y atraer público de toda la región central de Cuba. La sede de los Leopardos fue un antiguo terreno llamado Boulanger Park, inaugurado en 1888 con un partido entre los clubes Villaclara y Bélico, y según las informaciones de la época tenía un aforo de unas 3000 personas.

El estadio se localizaba entre las calles Pedro Estévez (Unión), Manuel Dionisio González (San Miguel) y Eduardo Machado (San Cristóbal), en los límites urbanizados de la ciudad en aquel momento. Era un terreno espacioso, que se fraccionaba en tres secciones de juego, una para los mayores y las otras dos para jóvenes principiantes. En los años 30 sufrió una remodelación de su glorieta, que se convirtió en una media luna, fueron remozadas las gradas de sol y el terreno fue rebautizado como Estadio Trinidad y Hermano, por la contribución financiera que la firma cigarrera asentada en Ranchuelo hizo a su modernización. Sin embargo, dicho nombre no tuvo éxito en el imaginario popular, que lo siguió llamando por su antigua denominación de origen francés. Su vida útil fue efímera, pues en la década de 1940 los terrenos fueron comprados por el Estado para construir la Escuela de Comercio y el diamante de beisbol desapareció.³⁰⁹

La provincia de Santa Clara era un terreno fértil para el juego de pelota desde finales del siglo XIX. Los principales equipos pilongos se denominaban Villaclara, Bélico y Bacardí,³¹⁰ integrados por blancos, mientras que Marina y Cubanicay fueron conformados por peloteros negros y mestizos. También se conoce de otros, llamados Niágara y América. A inicios de 1888, el semanario habanero *El Sport* publicaba una nota sobre un enfrentamiento entre los equipos Villaclara y Bélico, en la cual es posible conocer la composición de dichos clubes:

³⁰⁹ Toda la información sobre Boulanger Park la he tomado de Luis García González, *Apuntes para la historia del béisbol en Santa Clara*, folleto de muy rústica impresión y sin datos editoriales, pp. 10-11. He consultado el ejemplar que se conserva en la Biblioteca «Manuel García Garófalo» del Obispado de Santa Clara.

³¹⁰ «Se informa que se ha formado un nuevo Club en Santa Clara, el «Bacardí, por lo que ya hay tres clubes en esa ciudad: Azul, Rojo y Carmelita (Bacardí)», *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, 9 de febrero de 1888, p. 4. Luis García González: op. cit., pp. 7-9.

El Championship de Santa Clara se lo disputarán los clubs *Villaclara* (azul) y *Bélico* (rojo). Defenderán la enseña del primero: Clodomiro Fleites, P; Gerardo Mariño, C [capitán]; Narciso López, 1ra; Sixto Santos, 2da; Ricardo Casanova, 3ra; Francisco Bello, S.S.; Aurelio Díaz, L.F.; Serafín Rojas, C.F.; Francisco Ortiz, R.F. y José L. Concepción, R.S. El *ten* del Bélico lo componen: Calixto Valdés, P; Antonio Carvajal, C; Aurelio Ruiz, 1ra; José A. Payrol, 2da [capitán]; A. Páez, 3ra; Manuel Morales, S.S.; Carlos Terga, L. F., Manuel Ramos, C. F., Miguel Rodríguez, R. F. y Francisco Payrol, R.S.³¹¹

El Sport dio información sobre algunos desafíos entre los dos clubes santaclareños, y en uno celebrado el 15 de enero anuncia de la victoria de Villaclara sobre Bélico: 21 carreras a 17. La fuente de esta noticia es un periódico llamado *La Verdad*, y se dan detalles del número de buenas jugadas y deslices cometidos por cada equipo. Ambos conjuntos procuraron un número similar de inatrapables, pero la gran diferencia estuvo en los errores: 6 del Villaclara y 16 por el Bélico. Al parecer, los pormenores de este partido no fueron reflejados de manera correcta en la hoja de anotaciones, por lo que a juicio del gacetillero: «habrá que mandarle un ejemplar de las nuevas guías del 88 para que se lleven los *scores* de la manera más fácil y clara posible».³¹²

En 1889, el historiador y jugador Wenceslao Gálvez y Delmonte, quien ejerció como magistrado en la Audiencia de Santa Clara, escribe en la primera historia del beisbol cubano que, en esa fecha, existían dos clubes en Sagua: jugaban contra equipos en Santa Clara «donde el entusiasmo por el beisbol raya en frenesí».³¹³ Las afluencias de público solían ser numerosas, y en un desafío celebrado en Santa Clara entre el equipo local y otro de Cárdenas en la década de 1880, acudieron cuatro trenes expresos procedentes de Cienfuegos y Sagua que transportaron cerca de 4000 viajeros para disfrutar del juego de pelota.³¹⁴

Existían clubes en Remedios con nombres sospechosos de separatismo como el Anacaona y se sabe de la existencia de conjuntos en Caibarién. Del

³¹¹ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año III, No. 14, 5 de enero de 1888, pp. 2-3.

³¹² *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año III, No. 15, 12 de enero de 1888, p. 3.

³¹³ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*. Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, La Habana, 1889, p. 94.

³¹⁴ *Ibidem*, p. 96.

mismo modo figuraban publicaciones deportivas como *El Cárcher*, en la Octava Villa, y *El short* y el *Villaclara*, en la Ciudad de Marta. En la plaza mayor existió en 1893 una peña deportiva dirigida por Periquito García, donde se debatían los avatares beisboleros de la villa en torno a un banco denominado «El banco de Periquito». Al celebrarse en Santa Clara los festejos por el inicio del alumbrado eléctrico en febrero de 1895, a los que asistió la excelsa Marta Abreu, y en cuyo honor se levantó en la plaza una réplica de la Torre Eiffel, también se celebraron numerosos desafíos de pelota.³¹⁵ A inicio del siglo xx concurre un Club Yara, en el que militaron el *pitcher* Inocente Pérez, primer villaclareño que jugó pelota en los Estados Unidos y Julián «Fallanca» Pérez, considerado el pelotero más popular de Las Villas en 1914. En la década de 1920, se jugaban torneos semiprofesionales en la zona, y también en los centrales azucareros y en poblados como Camajuani, Caibarién, Vueltas, Remedios y La Esperanza. Uno de los equipos más populares fue el llamado Tosca, dirigido por el comerciante Mario García, bautizado así en homenaje a la ópera de Giacomo Puccini, que se presentó en numerosos poblados y donde jugaron Francisco Hernández Carrazana, *Cubitas*; José Vilá, *Guineo*; Pedro Valdés, *Miñanga*; Roberto Campos, *Manzanillo*; Leopoldo Junco, *Polito*; Francisco Hernández, *Jicoteo* y Rafael Prado, *La Conga*.³¹⁶ También de allí salieron los tres hermanos Oms: Alejandro, Tito y Eleuterio, de los cuales el primero sería una gran super estrella en los campeonatos cubanos profesionales y de Ligas Negras. Tito era un buen receptor y Eleuterio jugaba la tercera base. Según Roberto González Echevarría: «la ciudad de Santa Clara presumía de contar con el mejor fabricante de bates de toda Cuba, un tornero llamado Noel Pegudo, que tenía mucha demanda entre los jugadores».³¹⁷

Con semejante capital simbólico a su favor, al decir de Roberto González Echevarría: «Linares y Molina decidieron explotar el mercado villaclareño en la temporada 1922-1923».³¹⁸ A propósito de González Echevarría, gran estudioso de la obra carpenteriana, he compartido con él la conjetura de si el equipo Panteras de la Loma, que aparece en la primera novela de Carpentier, *¡Écue-Yamba-Ó!* —iniciada en La Habana en 1927 y concluida en París

³¹⁵ Luis García González: op. cit., pp. 8-10.

³¹⁶ *Ibidem*, pp. 15-17.

³¹⁷ Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*. Editorial Colibrí, España, 2004, p. 301.

³¹⁸ *Ibidem*.

en 1933— no sería un homenaje del escritor al equipo que por aquellos años defendía los colores de Santa Clara, urbe situada al pie de una pequeña loma. En la novela este conjunto «viene de la ciudad cercana» y tiene como ídolo al negro Antonio, un *short stop* de velocidad y poder, que muy bien armonizaba las dos principales habilidades de Pablo «Champion» Mesa y Alejandro Oms.³¹⁹

Desde su temporada inicial, y durante un trienio, los Leopardos fueron capitaneados por un mito del beisbol cubano, Agustín «Tinti» Molina, aquel del que se contaba que, siendo un jovencito de 16 años le había dado la mano a José Martí después de conectar un jonrón descomunal en el Cayo, y que luego vino a Cuba en una misión secreta del Delegado, para lo cual adoptó la identidad falsa de un pelotero del equipo Matanzas.³²⁰ Su primer zarpazo fue apenas una caricia agónica: ganaron 14 y perdieron 40. Pero esto es una verdad a medias, pues el equipo se retiró del campeonato y no hay consenso entre los historiadores acerca de las verdaderas razones de su intempestiva despedida del torneo. Según la versión poco confiable de Raúl Diez Muro fue «por su propia solicitud» el 15 de enero de 1923,³²¹ y los partidos restantes fueron declarados a favor de sus rivales. Otro historiador de las estadísticas del beisbol, Jorge Figueredo, sugiere que esta decisión se debió a una protesta de Santa Clara por una decisión adversa a los pilongos frente a los recién llegados marianenses.³²² Y González Echevarría afirma que el club en realidad no se retiró, sino que fue separado del campeonato porque las entradas en Boulanger Park no estaban siendo suficientemente lucrativas y la sede implicaba altos costos de transportación y alojamiento.³²³

Pero lo cierto es que, en el calendario, el juego que aparece *forfeited* no fue contra Marianao, a la postre campeón, sino contra el Habana, celebrado en Santa Clara el 14 de enero. En realidad, si revisamos con ecuanimidad los marcadores, muchos partidos de aquel campeonato inaugural se perdieron por una carrera, como el doble desafío jugado en Santa Clara el 17 de diciembre,

³¹⁹ Alejo Carpentier: *¡Écue-Yamba-Ó! Novela afrocubana*. Editorial España, Madrid, 1933, pp. 120-121.

³²⁰ Fausto Miranda: «Su encuentro con Martí», *Revolución*, La Habana, 11 de febrero de 1960, p. 9.

³²¹ Raúl Diez Muro: *Historia del Base Ball profesional de Cuba*, tercera edición, La Habana, 1949, p. 203.

³²² Jorge Figueredo: *Cuban Baseball. A Statistical History, 1878-1961*. Jefferson and London, McFarland & Company, Inc., Publishers, 2003, p. 143.

³²³ Roberto González Echevarría: op. cit., p. 302.

ganados por Marianao 4 a 3 en el noveno y 8 a 7. Como hechos a destacar de aquella primera versión de los Leopardos, el gran jugador negro estadounidense Oscar Charleston no pudo ser campeón de bateo pese a promediar un fabuloso 446, seguido del pilongo Alejandro Oms, con 436, al no acumular las veces al bate reglamentarias. El jardinero de Caibarién, Pablo «Champion» Mesa, tuvo un buen promedio de 317 y entre los lanzadores el americano Dave Brown y el cubano Eustaquio «Bombín» Pedroso trabajaron para idéntico promedio de 4 ganados y tres perdidos.

Entre las curiosidades del torneo, Adolfo Luque pitcheó con el Habana, y fue el que más ganó con 11 partidos y también el que más perdió con 9, además de implantar un récord de siete ponches consecutivos al Almendares el 17 de febrero de 1923. En ese año, con los Rojos del Cincinnati de las Grandes Ligas, Luque ganó 27 juegos y fue recibido en la capital cubana como un héroe. Y algo que muchos no recuerdan: en aquel certamen entró de sustituto, en un desafío por el Habana, un desgarrado joven matancero de apenas 17 años, que se llamaba Martín Dihigo, bateó 179 y no conectó ningún extra base. Trece años más tarde este nombre sería consagrado como el Inmortal del beisbol y se proclamó campeón con los Leopardos.

Al año siguiente la historia cambió de modo dramático, y los humillados y ofendidos se tornaron príncipes gloriosos. Aquel año 1923 el mundo del beisbol cubano se rindió a los pies del que muchos consideran el equipo más grande que jamás haya pisado un terreno de la Isla. La segunda versión de los Leopardos era una legión soberbia de jugadores negros, cubanos y estadounidenses, donde brillaban como verdaderas estrellas Oscar Charleston, Oliver Marcelle, Esteban «Mayarí» Montalvo, Frank Warfield, Julio Rojo, Frank Duncan, Eddie Douglas, Alejandro Oms, Pablo «Champion» Mesa, Bill Holland, Rube Currie, Dave Brown, Dobie Moore, José de la Caridad Méndez, Pedro Dibut, Matías Ríos y el inefable Eustaquio «Bombín» Pedroso.

Los principales liderazgos ofensivos fueron a las manos de aquellos titanes del madero, con Oliver Marcelle al frente de los bateadores rozando los 400 (.393 y 70 inatrapables), Oscar Charleston anotando 59 carreras, Dobie Moore conectando 71 *hits*, y empatado en triples con Warfield, ambos con 6. Por si fuera poco, Charleston se robó 31 bases y el derecho Bill Holland encabezó los lanzadores con 10 y 2, seguido de Currie con 8 y 2 y el zurdo Dave Brown con 7 y 3. Dibut y Méndez ganaron 6 y perdieron 4 entre los dos, y Bombín esta vez no tuvo decisiones. Siete jugadores regulares de aquel equipo de ensueño batearon sobre 300 y los otros dos, Frank Warfield y Mayarí Montalvo, lo hicieron para 296 y 282, respectivamente. El sagüero

Julio Rojo, quien luego se haría famoso por sus bromas como *coach*, fue un digno segundo *cácher* alternando con Frank Duncan, y aunque no poseemos estadísticas, la tradición sostiene que poseía una rara habilidad para sorprender las señas del rival, lo que le permitió atrapar en robos de bases a muchos corredores.

El considerado como mejor trío de jardineros de la historia del beisbol profesional cubano lo integraron Pablo «Champion» Mesa, Oscar Charleston y Alejandro Oms, como se les ve en la célebre fotografía donde aparecen posando, con los bates apoyados en el terreno de Boulanger Park.³²⁴ Con muchas más virtudes que defectos, Oms era «un jardinero central natural que le partía a la bola tras el sonido del bate, y después de un rápido desplazamiento se colocaba debajo de la bola y con seguridad fildeaba con ambas manos para devolver la pelota, aunque su brazo no tenía mucha potencia».³²⁵ Como dato de interés, Mesa era considerado en ese momento el hombre más rápido en Cuba de *home* a primera.

Al igual que la temporada anterior, se programaron varios dobles juegos en Santa Clara, y el equipo local deleitó a sus parciales con enérgicas victorias, como los tres juegos ganados al Marianao los días 8 y 9 de diciembre de 1923 o las soberbias palizas propinadas al Habana el 16 de diciembre de aquel mismo año. El 25 de diciembre le conectaron 20 *hits* al Marianao y en el doble juego del 30 de diciembre los leopardos batearon 32 *hits*. Al finalizar el torneo los de Santa Clara archivaban 36 victorias y solo 11 derrotas, alejados a once juegos del segundo lugar que ocupó el Habana. Se eslabonaron cadenas de victorias de 11, 15 y 6 juegos seguidos, diez veces anotaron más de diez carreras y en tres ocasiones anotaron 15.

Desde los días pioneros del dominante Club Habana de Esteban Bellán y Emilio Sabourín, nunca se había visto una superioridad tan avasalladora de un equipo sobre los demás en los torneos invernales cubanos, ni una demostración de fuerza al bate y potencia en el pitcheo tan descomunales como en aquel equipo que Abel Linares y Emilio de Armas organizaron y le entregaron para dirigirlo a «Tinti» Molina. De hecho, la Liga perdió interés, con el campeón asegurado de antemano, y se decidió parar el torneo el 16 de enero, alegando que «querían ser compasivos y poner fin a aquella carnicería».³²⁶

³²⁴ Esta es la imagen de cubierta del libro citado de Jorge S. Figueredo.

³²⁵ Rogelio A. Letusé La O: *Aquí se habla de Grandes (segundo inning)*. Editorial José Martí, La Habana, 2013, pp. 131-132.

³²⁶ Roberto González Echevarría: op. cit., p. 309.

Un fantástico banquete cerró la temporada a la temporada y el equipo campeón fue inmortalizado en una colección de postalitas publicada por la empresa cigarrera Díaz, radicada en La Habana. Para compensar a los aficionados del abrupto final, se convocó a un nuevo torneo llamado «Gran Premio», en 1924, jugado solamente por Almendares, Habana y Santa Clara, prescindiendo del terreno Boulanger Park, obviamente por razones económicas. Y una vez más los Leopardos salieron victoriosos, aunque con una ventaja mínima de un juego sobre los azules.

Después de aquel apoteósico campeonato, Molina estuvo al frente de la siguiente temporada, pero otra vez el fantasma del retiro del certamen hizo acto de presencia y Santa Clara fue sustituido por un equipo de Matanzas, a donde el dueño Abel Linares mudó la franquicia aquel año. Según Diez Muro, se jugó un desafío el 6 de diciembre en Matanzas, que estaba programado para la capital villareña, por la poca asistencia de público en dicha localidad. Argumento que no deja de ser sorprendente, en una ciudad que había sido apenas un año atrás un hervidero de la afición y con un equipo que seguía teniendo muy buenos jugadores, como los reincidentes Bill Holland, esta vez más perdedor que ganador, Dave Brown y el propio Méndez, ya sin el brillo de anteriores campañas. Además de los cubanos Julio Rojo, Alejandro Oms y *Mayarí* Montalvo (bateó 314 con cinco jonrones, cinco triples y ocho dobles), junto a los importados Frank Warfield en segunda, Oliver Marcelle en tercera, Charles Williams como torpedero y Floyd Gardner y Norman «Turkey» Stearnes en los jardines. Como consuelo para sus fanáticos, Oms volvió a batear a sus anchas y terminó de líder con 393 sumando su actuación con el binomio Santa Clara/Matanzas.

Luego de esta extraña combinación de sedes, el equipo de Santa Clara desapareció del escenario competitivo insular durante los siguientes cuatro años, de 1925 a 1929, y su regreso en las dos temporadas sucesivas fue un pálido reflejo de sus glorias pasadas. En ese hiato beisbolero otro equipo del centro del país hizo su aparición, el Cienfuegos, en 1926, pero entonces eran petroleros y no elefantes, mote con el que lograrían gran fama y notables resultados en los años 50. Durante la temporada de 1929-1930, Cienfuegos y Santa Clara fueron los rivales de Almendares y Habana. Se ponía de relieve no solo la tradicional porfía capitalina, sino también la existente entre la capital provincial y el orgulloso puerto sureño. Aquel año, Santa Clara tuvo en sus filas al gran lanzador Basilio «Brujo» Rosell. Debutó el joven serpentinerero Ramón Bragaña, luego una rutilante estrella en Cuba y México, y también

estuvo la revelación de las Ligas Negras, Leroy «Satchel» Paige, que ganó 6 y perdió 5, y no pudo terminar la temporada a causa del escándalo provocado por unos amoríos ilícitos con cierta dama de la burguesía local, presumiblemente menor de edad.³²⁷ Al bate se destacaron Oms y la primera base George «Mulo» Suttles que bateó 7 jonrones, 10 dobles y 3 triples. En la brevísima temporada de 1930 quedaron últimos, sin victorias y una sola derrota.

El equipo pilongo tuvo un cuatrienio de ausencia, de 1931 a 1934, años de gran turbulencia política, y en 1935 retornaron en pos de levantar la corona que, más de una década atrás, fue suya de manera inobjetable. El gran Martín Dihigo, ya una leyenda viviente, llevó las riendas de los campeones de 1935-1936 y de qué manera. Manager-jugador, Dihigo no solo ganó el torneo con 6 juegos de ventaja sobre Almendares, sino que además fue el líder de los bateadores con 358 y encabezó a los *pitchers* con récord de 11 y 2, y también mandó los *hits* con 63, las anotadas con 42, los triples con 8 y las impulsadas con 38, empatado con su coequipero Bill Perkins. Además, completó 13 desafíos y propinó cuatro lechadas. Era algo verdaderamente asombroso, fuera de lo común, fantástico... A Dihigo lo acompañaron en aquella memorable campaña los lanzadores Heliodoro «Yoyo» Díaz y Marino Rodríguez, con 15 victorias entre ambos. El receptor Bill Perkins bateó para 323, el torpedero Willie Wells lo hizo para 356 con cinco vuelacercas y Alejandro Oms, que contaba con 40 años, promedió 311, con 56 *hits*, 10 dobles y 30 impulsadas.

Al año siguiente, Dihigo repitió la hazaña dirigiendo al Marianao, en una final sensacional donde los tigres borrarón una desventaja de tres juegos frente a Santa Clara, colgados de los brazos de Don Martín y de Silvio García, y en la serie extra de desempate vencieron a los pilongos por dos juegos a uno. El Santa Clara de Julio Rojo alcanzó el subcampeonato con una virtuosísima faena del lanzador Raymond «Jabao» Brown que ganó 21 desafíos y solo perdió 4, además de promediar 311 con 8 extrabases. El 7 de noviembre

³²⁷ Roberto González Echevarría: op. cit., p. 319. Este episodio, más allá de lo pintoresco de la anécdota, nos pone ante una curiosa cuestión de orden social, y es cómo una ciudad con antecedentes de un imaginario y prácticas racistas como Santa Clara, donde en 1925 un grupo de blancos había disparado a ciudadanos negros en el Parque —véase Julio Antonio Mella: «Los cazadores de negros resucitan en Santa Clara» [1925], en *Mella. Documentos y artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 165-167— pudo admitir un equipo de pelota formado casi exclusivamente por jugadores no blancos. Algo semejante puede ser aplicado a Cienfuegos, donde el apelativo inicial de «petroleros» dado a su conjunto de beisbol obedecía al alto número de peloteros negros en sus filas.

de 1936 lanzó Brown un juego sin *hits* ni carreras frente al Habana en Santa Clara y bateó de 4-2. Ese juego apenas duró una hora y 40 minutos, y los tres habanistas que se embasaron fueron por base por bolas. También se destacaron a la ofensiva, el segundo base Harry Williams con 339 y el trío de jardineros conformado por José Vargas, Santos Amaro y Tony Castaño.

Luego vinieron dos títulos consecutivos de la mano del estelar jugador y manager Lazaro Salazar, *El príncipe de Belén*. En 1937-1938 el dúo de lanzadores de Raymond Brown y Bob Griffith ganó 24 juegos y solo perdieron 11, este último también completó 24 juegos y lanzó 5 lechadas. Bill Perkins siguió siendo un sólido receptor y Salazar ganó 3 y no perdió, y asimismo bateó 318 jugando la primera base. El torpedero Sam Bankhead fue la gran estrella ofensiva del torneo y encabezó a los bateadores con 366, las anotadas (47), los *hits* (89), los triples (5) empatado con Salazar y las impulsadas (34). En los jardines, Santos Amaro produjo para 326, Manuel «Cocaína» García no solo pitcheó, sino que también bateó para 304 con 32 impulsadas y el incombustible Oms bateó 315 con 19 remolques y 2 jonrones. Ese año Santa Clara ganó 44 y perdió 18, para un astronómico .710 de average.

Como hecho relevante para la ciudad, el 3 de enero de 1938 se celebró el primer juego nocturno en el estadio Trinidad y Hermano, durante un desafío entre Santa Clara y Almendares. Sorprendentemente tuvo que ser suspendido por oscuridad en el séptimo inning, con ventaja local de seis carreras a cuatro, pues un neblinazo que venía del arroyo cercano impedía la visibilidad más allá del cuadro, a pesar de estar encendidas las torres de iluminación.

En 1938-1939 se repitió el triunfo, esta vez con menos holgura (34 y 20), pero nuevamente fueron los jugadores de Santa Clara los que demostraron mayor poderío ofensivo: Tony Castaño bateó más que nadie con 371, el inmenso toletero negro Joshua «Trucutú» Gibson (356) encabezó las anotadas con 50 y los jonrones con 11 —se habla que dio un jonrón en Boulanger Park que midió más de 700 pies—, Santos Amaro (366) dio 78 *hits* e impulsó 49 y Lázaro Salazar además de ganar 6 partidos conectó 12 dobles. Los lanzadores de vanguardia del conjunto fueron Manuel «Cocaína» García y Raymond Brown con 11 triunfos per cápita y Cocaína lanzando tres blanqueadas.

Las dos últimas temporadas de los leopardos de Santa Clara fueron las de 1939-1940 y 1940-1941, dirigidos por José María Fernández, Pelayo Chacón y Julio Rojo. Una vez fueron terceros y la última el equipo quedó segundo. Siguieron contando con algunas de sus antiguas luminarias, como San-

tos Amaro, Sam Bankhead y Tony Castaño, quienes generalmente batearon sobre 300. El pitcheo se vio menos favorecido, sin embargo, descollaron Hilton Smith, Armando Torres, René Monteagudo y Cocaína García. En el postrero de estos torneos el Chino Valdivia entró a la receptoría, Silvio «Cuba Libre» García ocupó la segunda base y bateó 314, Heberto Blanco fue el torpedero y en los jardines estuvieron de nuevo José Vargas, Santos Amaro y Tony Castaño, aunque un tanto alejados de sus mejores momentos en el beisbol.

En resumen, la historia de los Leopardos de Santa Clara se extendió por 11 temporadas, con algunos años de ausencias y lamentables altibajos, pero los resultados obtenidos en ese período pueden considerarse de muy relevantes. Ganaron el título en cuatro oportunidades, terminaron tres veces en la segunda plaza, dos en el tercer puesto y solo en dos ocasiones concluyeron en la cuarta y última posición. A ello debemos sumar que diez miembros de aquel conjunto han sido exaltados al Salón de la Fama por el Comité de Veteranos para la elección de jugadores de las Ligas Negras: los cubanos Martín Dihigo (1977) y José de la Caridad Méndez (2006) y los estadounidenses Leroy «Satchel» Paige (1971), Joshua Gibson (1972), Oscar Charleston (1976), Willie Wells (1997), Norman «Turkey» Stearnes (2000), Hilton Smith (2001), George Suttles (2006) y Raymond Brown (2006).³²⁸

Sirvan estas palabras para intentar recuperar, entre la numerosa cofradía de la pelota de la Ciudad de Marta, el glorioso nombre de los Leopardos para su equipo de beisbol, tan necesitado de motivaciones y símbolos; y también para homenajear, a más de 120 años de su nacimiento, al gran jugador negro Alejandro Oms, una de las figuras más ilustres del beisbol cubano de todos los tiempos. Ojalá que algún día muchos terrenos de esta provincia tengan su nombre, y los niños y jóvenes de las escuelas lleven ramos de flores a su casa el día de su natalicio, y a la entrada del parque de beisbol más importante de la ciudad se erija una escultura de bronce en su honor, y flamee en las tribunas del gran estadio Alejandro Oms —y en la cima del monte seco y pardo que los pilongos llaman Loma del Capiro— una enorme bandera con un leopardo en el centro.

³²⁸ En la historia de las Grandes Ligas solo tienen más peloteros que Santa Clara en el Salón de la Fama los Gigantes de Nueva York/ San Francisco (25), Yankees de Nueva York (24), Cardenales de San Luis (17), Dodgers de Brooklyn/Los Ángeles (15), Bravos de Boston/Milwaukee/Atlanta (15), Cachorros de Chicago (14) y Piratas de Pittsburg (13). Los igualan los Rojos de Cincinnati (10), Tigres de Detroit (10) y Medias Rojas de Boston (10). Agradezco a Ismael Sené esta valiosa información.



VIÑETAS



Cayo Hueso: beisbol y patria

Para Pedro Pablo Rodríguez

No puedo echar del corazón, como quería, toda la ternura, y el justo orgullo, y el agradecimiento que, en nombre de nuestra patria, debemos todos a la emigración cubana de Key West.

CARTA DE JOSÉ MARTÍ A JOSÉ DOLORES POYO,
20 DE DICIEMBRE DE 1893

Francisco Poyo,
hijo del patriota
José Dolores Poyo,
en Cayo Hueso,
ca. 1891. Foto del
Archivo Nacional de
Cuba.



En una preciosa imagen publicada en la *Revista de Cayo Hueso*, con fecha 28 de noviembre de 1897, encontramos a un grupo de cinco jóvenes cubanas posando para una foto de estudio, en una ensayada composición geométrica. Al centro, una de las muchachas está vestida con la bandera cubana y lleva un gorro frigio, símbolo de la república, y se llama Georgia Álvarez. A ambos lados, las jóvenes se identifican como presidentas y abanderadas de dos clubes de pelota: Melitina Azpeytía y Adela Aulet del equipo Occidente (de color punzó) y María Xenos y María Díaz del Club Oriente (de color azul). Todas han participado en una manifestación antiautonomista el 4 de noviembre de 1897 en el Cayo y luego han ido a tomarse la fotografía con

fines alegóricos. Entre los emblemas que acompañan al grupo, se observa una banderola con el nombre de José Martí.³²⁹

Aquí es prudente destacar una diferencia en el signo político de la actividad beisbolera del siglo XIX, pues fue la doctrina autonomista la que dominó buena parte de las actividades burocráticas y sociales del beisbol organizado cubano entre 1878 y 1895, con sus preceptos de una ideología evolutiva, liberal e higienista. Sin embargo, en las emigraciones de los Estados Unidos y en otros países como México y Venezuela, la práctica del juego de pelota se asoció al imaginario independentista y al apoyo simbólico y financiero a la revolución. Así lo refleja Raoul Alpízar Poyo en su opúsculo dedicado a exaltar la figura del periodista y cercano colaborador de Martí, José Dolores Poyo, cuando dice: «Y lo mismo se lograban ingresos de campeonatos de *base ball* —en los que fue alma y director incansable el joven Francisco Poyo y Camús, hijo de José Dolores Poyo, que más tarde en la República, continuara sus éxitos como jugador de *base ball*».³³⁰

Desde 1887, la prensa habanera daba cuenta de los adelantos deportivos en Cayo Hueso, y dejaba entrever la posibilidad de que sus equipos de pelota pudieran venir a medir sus fuerzas con sus pares en la Isla. Del mismo modo se hace evidente la importancia que el gran empresario cigarrero Eduardo Hidalgo Gato daba a las prácticas del beisbol:

En Cayo Hueso se han formado cuatro clubs de *base ball* nombrados *Azul, Punzó, Intrépido y Progreso*. El Sr. Gato ha cedido gratuitamente el ground y hace frente a los gastos de las instalaciones que en el mismo se efectúen. Dichos cuatro clubs han formado una liga particular bajo la presidencia de D. J. E. Cartaya para jugar entre ellos hasta tanto se pongan en condiciones de venir a luchar con los de esta capital.³³¹

Según el investigador Gerald Poyo, el tejido deportivo del Cayo se vio aumentado en ese propio año, pues Francisco Díaz Silveira había formado el equipo Cuba y Frank Bolio organizó un trío llamado Habana, Fe y Key West Grays, este último integrado por peloteros estadounidenses. Díaz Silveira,

³²⁹ *Revista de Cayo Hueso*, Vol. I, No. 10, 28 de noviembre de 1897, p. 19.

³³⁰ Raoul Alpízar Poyo: *Cayo Hueso y José Dolores Poyo (dos símbolos patrios)*. P. Fernández y Cía, La Habana, 1947, pp. 25-26.

³³¹ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año III, No. 6, 10 de noviembre de 1887, p. 3.

un joven poeta que publicaba sus versos en el periódico *El Yara*, formó parte de la expedición que llevó armas y combatientes a Cuba conducida por los generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez en 1895.³³²

Al año siguiente, habían surgido nuevos equipos como el Esperanza y Fe, encargados del juego inicial del campeonato de 1888 en el Cayo. La composición de los cuatro conjuntos participantes era como sigue: Fe BBC: F. Martín Vegué, A. M. Vegué, F. J. Díaz, F. Poyo, Manuel Ugarte, J. Jiménez, F. Silva, J. Silva, F. Candela. Suplentes: M. Garrido, J. Castillo, C. A. Díaz, B. Corbo, N. Domínguez. Esperanza BBC: F. Velazco, A. Macías, J. Pérez, C. Ferrer, A. Pulgarón, G. Sánchez, A. Mateoli, P. Velazco, C. Seguí. Suplentes: F. Pérez, E. Silva, R. López. Azul BBC: J. Perdomo, F. Fleitas, E. Parodi, F. Folio, C. Vidal, U. Parodi, C. Quintero, J. M. Morales, C. Cabrera. Suplentes: U. Valenzuela, P. Badía, V. Núñez, N. Través, O. Castro. Punzó BBC: R. Magariño, S. Pérez, C. Armas, L. Azpeitia, V. Soto, A. Ramos, M. Santoya, V. Mariño, A. Pérez. Suplentes: R. Lazo, A. Arce, A. Peláez, A. Rodríguez, A. Montesí.³³³

También existió en Ybor City un conjunto de emigrados cubanos desde 1887 llamado Niágara Baseball Club, al que se unieron posteriormente los conjuntos Cubano y Porvenir.³³⁴ No eran infrecuentes los viajes a través del Estrecho de la Florida para jugar beisbol, y organizaciones de ambas orillas se enfrentaron en partidos amistosos a finales de la década de 1880 e inicios de 1890. Grandes clubes habaneros como el Habana y Fe visitaron Cayo Hueso, llevando a sus mejores peloteros, como Alfredo Arcaño, Antonio María García, Valentín González, Miguel Prats y Francisco Hernández. En sentido contrario, beisbolistas que se formaron en el Cayo participaron luego en los torneos de la Isla, como es notorio en los casos de Agustín «Tinti» Molina, que participó con el Matanzas en la temporada de 1894-1895 y después con el Fe en 1897-1898; Florentino González y Alfredo Crespo que jugaron para el Matanzas y Rafael Rodríguez para el club Habana.³³⁵ Varios de estos jugadores continuaron luego sus carreras en los campeonatos insulares de inicios del siglo XX. Francisco Poyo, además de beisbolista, tuvo también una

³³² Gerald E. Poyo: «Baseball in Key West and Havana, 1885-1910: The Career of Francisco A. Poyo», *The Florida Historical Quarterly*, Vol. 87, No. 4 (Spring 2009), pp. 548-549.

³³³ *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año III, No. 14, 5 de enero de 1888, p. 3.

³³⁴ Louis A. Pérez, Jr.: «Between Baseball and Bullfighting: The Quest for Nationality in Cuba, 1868-1898», *The Journal of American History*, No. 81, September, 1994, p. 499.

³³⁵ Gerald E. Poyo: op. cit., p. 551.

apreciable trayectoria como árbitro y fue electo para el Salón de la Fama del Beisbol Cubano en 1946, al igual que Tinti Molina, seleccionado en 1942.

Como sabemos por los trabajos del periodista santiaguero Diego Vicente Tejera, Cayo Hueso era un hervidero de equipos de beisbol, una parte de ellos dedicados a recaudar fondos para la guerra. En conferencia titulada «La indolencia cubana», leída en la Sociedad de Trabajadores el 12 de diciembre de 1897, Tejera afirmaba con sutil ironía:

Y descendiendo a hechos más humildes, precisamente, tenemos ahora en este Cayo un ejemplo del ardor inextinguible, del entusiasmo delirante y de la gran perseverancia del cubano cuando se excita. Hace cuatro meses que, a todas horas, día y noche, vivimos entre el zumbido de los *flays*, de las pelotas y los golpes secos de los *hits*. Salta la pelota con solemnidad los lunes junto a la brisa; salta menos solamente entre semana en improvisados *matches* y salta sin solemnidad ninguna, de sol a sol, en todas las esquinas y [los] patios y solares de la población, en un *match* de muchachos que no se acaba nunca. Los hombres acordamos el trabajo para no perder el juego y discutimos largamente si pisó la primera base el jugador que llegó a segunda; en nuestras cocinas la sopa se evapora y el arroz se quema mientras se averigua cómo *Felo* se dejó *ponchar*; nuestras lindas cubanitas contraen penosamente los frescos labios para articular la jerga bárbara y no conciben ya a Cupido sino armado de un *bat* y con medias azules o punzó, y nuestros niños... ¡Oh! Desde que hay pelota, no se ha dado bien una lección, ni se ha hecho un mandado en regla, ni ha habido bolsa bastante para comprar zapatos ni árnica suficiente para lavar chichones. Los hijos nuestros, las esperanzas del mañana, se nos atrasan en instrucción, se nos envician y se nos enferman con tan desmedido abuso; mas ¿qué hacer si el ejemplo lo toman de los grandes?³³⁶

Fue también en Cayo Hueso donde, según el testimonio del patriota y empresario del beisbol, Agustín «Tinti» Molina, José Martí acudió a presenciar un desafío y al concluir este felicitó a sus practicantes con efusivas palabras. El relato de Tinti y su encuentro con Martí narra cómo en 1889, durante una visita del Apóstol a Cayo Hueso, este presenció junto a José Dolores Poyo un juego de beisbol en el que el joven Molina, de apenas 16 años conectó un formidable batazo que fue a parar a las aguas del océano.

³³⁶ Diego Vicente Tejera: «La indolencia cubana», en *Textos escogidos*. Selección e introducción de Carlos del Toro. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 171.

En palabras de Molina —reveladas al periodista deportivo Fausto Miranda mucho tiempo después— Martí pidió conocer al autor del jonrón, y una vez ante el líder revolucionario, este le estrechó la mano y pudo observar cómo «la mirada firme, pero agradable, el entusiasmo enorme demostraba que él, grande como nadie, consideró aquel triunfo de los cubanos en la pelota como un buen presagio para la lucha que se iba a iniciar».³³⁷

En 1896, tras la muerte del Apóstol, la Sociedad de Instrucción y Recreo de Cayo Hueso que llevaba el nombre de José Martí, organizó un campeonato para recaudar fondos destinados a la Revolución. Del mismo modo, destacados beisbolistas, como el lanzador Chicho Frasquito, combatieron y murieron en la manigua por la libertad de Cuba.³³⁸

³³⁷ Fausto Miranda: «Su encuentro con Martí», *Revolución*, La Habana, segunda edición, sábado 11 de febrero de 1961, p. 9.

³³⁸ Gerald E. Poyo: «Baseball in Key West and Havana, 1885-1910: The Career of Francisco A. Poyo», *The Florida Historical Quarterly*, Vol. 87, No. 4 (Spring 2009), p. 555.

M A N U A L

DE

BASE-BALL.
PARA USO DE LOS PRINCIPIANTES.

Conteniendo

las Reglas Prácticas y Generales del Juego.

—Modo de medir y marcar el Terreno.

—Explicación de los Términos más usuales.—Pronunciación de los mismos, etc. etc.

por

Un Aficionado.



Sancti-Spiritus.

Imp. LA PROPAGANDA.

1898.

JUAN M. GANTZARES GONZALEZ

Juan Cañizares: traductor de las reglas del beisbol

Para Juan Eduardo Bernal Ecbemendía

El joven Juan Cañizares invita a los espirituanos a la práctica del Base Ball por reunir, según él, innumerables condiciones higiénicas y ser un verdadero gimnasio...

LA FRATERNIDAD, SANTI SPÍRITUS, 1888

Cubierta del ejemplar de 1893 de un curioso manual de beisbol, impreso en Sancti Spíritus, con «las reglas prácticas y generales del juego como eran conocidas a finales del siglo XIX» y otros parámetros.

La ciudad de Sancti Spíritus tuvo sus iniciales clubes de pelota en 1888, se llamaron Libertad y Yayabo, nombres que identificaban un sentimiento nacionalista que no debió ser del agrado de las autoridades españolas. Efectuaron su primer desafío el 29 de enero de ese propio año.³³⁹

Para esa fecha varias de las más importantes localidades del centro de la Isla contaban con equipos de pelota, como sucedía en Santa Clara, Cienfuegos, Sagua la Grande, Remedios y Caibarién. Sin embargo, llama la atención que Wenceslao Gálvez no mencione ninguno

³³⁹ «En Sancti Spíritus se han organizado dos nuevos clubs, que llevarán por nombres *Yayabo* y *Libertad*», *El Sport. Semanario de sports, arte y literatura*, La Habana, Año III, No. 15, 12 de enero de 1888, p. 3.

de los clubes espirituanos en su historia del beisbol publicada en 1889. La introducción del juego en la ciudad del Yayabo debe mucho a la figura del joven Juan N. Cañizares Gómez, quien lo había aprendido durante su estancia en los Estados Unidos, adonde marchó deportado junto con su padre durante la guerra de los Diez Años. Aparentemente también fue practicante de beisbol, pero su importancia mayor para la historia del deporte radica en su condición de promotor y traductor de las reglas de dicho pasatiempo.

La traducción de las reglas había sido un asunto de la mayor importancia desde que se inició la práctica organizada del beisbol en Cuba, en diciembre de 1878. Todo parece indicar que la primera guía publicada en la Isla fue la versión hecha en 1879 por tres integrantes del Club Habana. Luego no se editó más hasta 1882, cuando vio la luz una traducción a cargo de Roberto S. Spencer, que tomaba en cuenta la anterior de 1879 pero introducía las modificaciones hechas en los Estados Unidos para la temporada de 1882, la que constaba de 72 reglas divididas en ocho clases. Además, incorporaba el listado de las directivas de las ligas de primer y segundo premios de la isla de Cuba, los clubes que optaron por dichos premios, desafíos jugados y listas de jugadores y sustitutos participantes. Concluye el libro con un «Diccionario de las palabras técnicas del juego» y artículos aclaratorios sobre cuestiones dudosas o proclives a discusiones.

Una década más tarde, en 1893, vio la luz en la ciudad de Sancti Spíritus, todavía con un desarrollo incipiente del juego de pelota, un *Manual de beisbol para uso de los principiantes*, publicado bajo el seudónimo Un Aficionado.³⁴⁰ Su autor era el citado Juan Cañizares Gómez, quien en las palabras iniciales de dicho texto, expresaba de manera condensada toda la filosofía de los ilustrados criollos sobre la importancia social, física, política y moral de este juego, con una mención destacada del papel y de los beneficios que representaba para las mujeres:

Tal ha sido la acogida dispensada al *BASE BALL* en esta Isla, que son pocas las poblaciones importantes que cuentan con uno o más Clubs y millares de aficionados de tan culto como saludable pasatiempo. Y no es de extrañarse, al considerar que la juventud encuentra en dicho juego, no solo la amenidad y el más higiénico ejercicio, tan necesario en un clima enervante como el nuestro, sí que también una recreación doblemente aceptable, puesto que

³⁴⁰ Juan N. Cañizares Gómez: *Manual de beisbol para uso de los principiantes*. Imprenta La Propaganda, Sancti Spíritus, 1893.

a ella concurre y la presencia con placer el sexo débil, cuyas distracciones son pocas y que acepta gustoso cuanto diversión culta venga a interrumpir la monotonía de la vida doméstica. Por lo demás, no puede ocultarse que la presencia de la mujer moraliza y que ninguna diversión es más a propósito para alejar al pueblo de gustos y aficiones a otros y no tan cultos pasatiempos que aún existen entre nosotros.³⁴¹

Los contenidos esenciales de este folleto se refieren a las reglas prácticas y generales del juego como eran conocidas a finales del siglo XIX, los modos de medir y marcar el terreno y la explicación de los términos más frecuentes, su pronunciación y traducción al español, las características de las pelotas y el bate, las posiciones y deberes de los jugadores, la manera de jugar, las diferentes situaciones durante un partido, todo ello escrito «con la mayor claridad, en el lenguaje más sencillo, para que todo el mundo lo entienda, acompañándose un croquis de las medidas, líneas y distancias». Del mismo modo el autor declara que lo hace sin ningún ánimo de lucro, y que «solo obedece al deseo de generalizar el conocimiento del juego (...) considerándose recompensado por su trabajo si contribuyese a que definitivamente se establezca el *BASE BALL* en esta ciudad».³⁴² En conclusión, expresa que la ley vigente en Cuba en ese momento era la Guía Oficial de la Liga, publicada en La Habana, de la cual cada club debía poseer al menos un ejemplar. Precisamente a dicha Guía remite al clausurar su trabajo, por considerarla mucho más completa y autorizada que su Manual.³⁴³

Como era frecuente en este tipo de obras, al final aparecen varios anuncios de marcas comerciales y negocios privados que contribuyeron a su financiamiento, entre ellos algunos cuyos titulares debían ser parientes del autor (Montiniano Cañizares, médico cirujano; Rafael Cañizares, agrimensor perito tasador, La Farmacia Santa Cecilia, del Dr. José García Cañizares). También se brinda un surtido de vinos de los Hermanos Valdivia, «con la única condición de que los jóvenes *baseboleros*, gasten para repartir a las Srtas., que los honren con su presencia, de los vinos siguientes: Moscateles de Sariol

³⁴¹ Juan N. Cañizares Gómez: «Dos palabras», en su op. cit.

³⁴² *Ibíd.*

³⁴³ El Reglamento de la «Liga General de Base Ball» para el campeonato de 1881-1882 establecía en su artículo 8 lo siguiente: «Las reglas que han de observarse en los juegos, son las estipuladas en la Guía, traducida en español para 1881», *Base Ball*, La Habana, Año I, No. 13, 25 de diciembre de 1881, p. 1.

y Coll, de Ruiz Martínez, de Viuda de Sardá y de Chorro».³⁴⁴ La tienda de ropas Los Toyos recomendaba a los jóvenes peloteros que pasaran a ver las «muselinas de fluses para verano» y la sombrerería La Marsellesa dice que fabrica «gorras especiales para los *baseboleros*, al gusto del comprador y a precios ínfimos». Por último, la zapatería El Correo de las Antillas ofrece a los jugadores de beisbol «zapatos propios para el juego, modelo del Sr. Capitán del *ten Alerta*».

³⁴⁴ *Ibíd.*

catcher del Habana
"Y
Soneto
~~curva~~
te coge el bat. Llega sereno
me en el borde se perfila,
el pitcher la vivaz pupila
y agita de confianza lleno?
ing, de la curva roto el freno
y con el sol rutila
arla no

El catcher del "Habana"
Sonetazo

Sonriente coge el bat. Llega sereno
y del home en el borde se perfila,
fija en el pitcher la vivaz pupila
el freno agita de confianza lleno?
La Spalding, de la curva, roto el freno,
silba en el aire y con el sol rutila,
y el catcher por cogerla no vacila
pues de hit va hacia el cuadro como un trueno.
Corre el batsman y toma la primera;
se roba la segunda, y entre clamores
agarra sudoroso la tercera.
Aplaudiéndole, olvidan los errores
del Team con quien compete el habanista
cuando Alberto de nuevo el home conquista!
Una Maltrou

Regino Eladio Boti: cronista de beisbol en Guantánamo

Para Regino Rodríguez Boti

Para jugar pelota/ cuatro cosas ha de haber:/
terreno, bate y pelota/ y las ganas de correr.

EL ECO DE LAS VOCES, GUANTÁNAMO, CA. 1888

Facsímil de unos versos de Boti, publicado bajo seudónimo, que describen «de manera vertiginosa varias jugadas en un desafío de pelota». Manuscrito en el Archivo de Regino E. Boti, Guantánamo.

En carta fechada en Santiago de Cuba, el 20 de enero de 1908, el poeta José Manuel Poveda le escribe a su amigo guantanamero Regino Eladio Boti: «Yo también estoy anhelando volver por Guantánamo. Siento un inmenso cariño por esa población donde transcurrió una buena parte de mi niñez, la población cuyas calles recorría montado sobre un chivo, y en la cual lo conocí a usted lanzando bolas de *spalding* como un *yankee!*». ³⁴⁵

Esta inesperada confesión en la misiva, nos lleva de vuelta al importante papel desempeñado por el beisbol en las narrativas que perfilaron un sentimiento

³⁴⁵ *Epistolario Boti-Poveda*. Compilación, prólogo y notas de Sergio Chaple. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 54.

nacionalista entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Oriente no fue una zona de amplio desarrollo de las prácticas beisboleras, como sí lo fueron el centro y occidente de la Isla a partir de la década de 1880, pero durante el período de la ocupación militar y en los albores de la República, fue protagonista de enconados desafíos entre equipos locales y de estos con las fuerzas militares estadounidenses. El espíritu nacionalista quedó demostrado con la aparición de clubes que llevaban el nombre de Antonio Maceo en Santiago de Cuba, cuya presidenta de honor era su viuda María Cabrales, y en esa misma ciudad un hijo de Máximo Gómez era presidente del San Francisco.³⁴⁶

De la Ciudad del Guaso, sabemos que desde 1888 existe el Club Guantánamo, organizado por los hermanos Eduardo y Emilio Chibás Guerra, estudiantes ambos en universidades norteamericanas. Ese propio año, el 3 de julio se desarrolló el primer juego de pelota de la historia local, cuando el Guantánamo se enfrentó y venció al Club Guaso, 17 carreras por 16.³⁴⁷ Pero es notable que en el año 1900 aparezcan en la prensa local guantamera crónicas deportivas firmadas con el seudónimo Cárcher de la 1ra, que dan cuenta de enfrentamientos celebrados entre los clubes Fe, Cruz Roja y el estadounidense Evans. En una de sus partes dice:

Del Evans se distinguió Frink, de *short stop*, el teniente Killer —magnífico *right fielder* y temible *palo*— y Fleming de *cácher*. Cody, sin embargo, fue el verdadero vencedor. El primer skun lo dio de nueve *strikes* y, después de defender bravamente la caja en todo el juego, lo ganó cogiendo con una mano un *liniazo* que levantaba más de una vara sobre su cabeza; y tirando a primera, haciendo el *double play* decisivo. Brownback —*center fielder*— comprometió el juego constantemente con sus *mojas* y sus malas tiradas a primera, inútiles.³⁴⁸

³⁴⁶ Félix Julio Alfonso López: «Beisbol, intervención y nacionalismo en Santiago de Cuba (1901-1902)», *Del Caribe*, Santiago de Cuba, No. 62-63, 2014, pp. 162-169.

³⁴⁷ En el bisemanario *El Eco de las Voces* se recogieron «las primeras informaciones deportivas de la zona, como fue la apertura del gimnasio Bustillo, la cacería de venados, el salón de esgrima y los juegos inaugurales de beisbol, estos últimos organizados por el estudiante de ingeniería Eduardo Chibás Guerra —padre de Eddy Chibás—, el norteamericano Mr. Morris y José Nicolás Jané Trocné, celebrados el 3 de julio de 1888 (...) Dos semanas después dieron a conocer la primera estadística deportiva que se conoció en la región, correspondiente al segundo juego de beisbol efectuado el 16 de julio, que contó con cinco entradas». Véase José Sánchez Guerra y Margarita Canseco Aparicio: *El Eco de las Voces. La prensa en Guantánamo de 1871 a 1902*. Ediciones El Mar y la Montaña, Guantánamo, pp. 23-24.

³⁴⁸ Archivo de Regino Eladio Boti, Guantánamo, Tomo 101, No. 1182. Cortesía de Regino Rodríguez Boti.

Este curioso gacetillero, que maneja con soltura los términos en inglés del deporte de la pelota y al mismo tiempo le incorpora neologismos criollos como «liniazos», no era otro que Regino Eladio Boti, el futuro autor de los renovadores poemarios *Arabescos mentales* (1913) y *El mar y la montaña* (1921), integrante él mismo de uno de aquellos conjuntos, el Fe, como se puede apreciar en una fotografía de 1902 y también miembro del Guantánamo Athletic Club en 1905. En una crónica anterior, titulada «Spor» [sic] y publicada en el diario guantanamero *La voz del pueblo*, en 1899, encontramos esta deliciosa parodia de una gacetilla beisbolera:

Base Ball, el juego nacional yanqui, está haciendo verdadero furor entre el pueblo joven de Guantánamo. Buena prueba de ello la dio la tarde de ayer.

Febo el astro rey, no dejaba ver todos sus encantos velados por parduzcos y grisáceos nubarrones; cosa que no fue óbice para que acudiese al *campo* la gente toda de ambas novenas y se empeñase entre una y otra un competido y largo *mach*.

Hasta ya entrada la noche unos y otros estuvimos *toleteándonos* que fue un gusto.

Sobre el resultado vale más que pasemos un penetrable velo; porque aquello fue un verdadero *disloque*.

Para afirmar mi aserto basta decir que los *azules* hicieron 38 carreras.

Nosotros, los rojos, no hicimos más que 30.

Todo cuanto queda dicho, sin embargo, no es más que la prosa del juego; la poesía viene ahora.

A pesar de lo variable que fue la tarde se reunieron en las inmediaciones del *diamante* una porción de jóvenes que animaron con sus encantos y atractivo las peripecias del *spor*.

Abigarrada multitud formaban semejante a un hermoso ramillete; pero ramillete de flores humanas que son las más hermosas y fragantes que han salido de las sabias manos de la Naturaleza. Ojos de dulce y lánguido mirar; caras divinas; labios bullidores; voluptuosas sonrisas, y, en fin, todo cuanto hace perder su imperio y poderío al hombre, contribuyó a que la *novena* roja dejase de ser invencible, y a que redactase, con tan poca gracia, estas cuartillas.³⁴⁹

³⁴⁹ Archivo de Regino Eladio Boti, Guantánamo, Tomo 23, No. 352. Cortesía de Regino Rodríguez Boti.

El comentario citado tiene un dejo de afectación y sarcasmo muy decimonónico, más centrado en la galantería y el elogio de la belleza femenina que en describir los detalles del suceso deportivo, donde por cierto se burla del pésimo desempeño de los jugadores. Sin embargo, en un soneto de circunstancias —que su autor juiciosamente incluyó en una carpeta de su papelería bajo el nombre de «detritus»—, el argumento del poema describe de manera vertiginosa varias jugadas en un desafío de pelota. Los versos en cuestión se titulan «El catcher del Habana» y está firmado por Boti con el alegre seudónimo Un maletón.

EL CÁTCHER DEL HABANA

Sonetazo

Sonriente coge el *bat*. Llega sereno
Y el *home* en el borde se perfila,
Fija en el *pitcher* la vivaz pupila
El fresno agita de confianza lleno.

La *Spalding*, de la curva roto el freno
Silba en el aire, y con el sol rutila,
y el catcher por cogerla no vacila
Pues de *hit* va hacia el cuadro como un trueno.

Corre el batman y toma la primera;
Se roba la segunda, y entre clamores
Agarra sudoroso la tercera.

Aplaudiéndole, olvidan los errores
del team con quien compite el habanista
cuando Alberto de nuevo el *home* conquista.³⁵⁰

³⁵⁰ Archivo de Regino Eladio Boti, «Epigramas, madrigales, álbumes, rasgos, etc». Caja Detritus. Cortesía de Regino Rodríguez Boti.





Babe Ruth ponchado en Santiago de Cuba

Para Rodolfo Vaillant

El *base ball* está en el período de su máximo desarrollo. En los cafés, parques, paseos y en plena vía pública, se comentan con la vehemencia típica de nuestro temperamento y a «grito pelado» los incidentes de cada juego.

CARLOS FORMENT, *CRÓNICAS DE SANTIAGO DE CUBA* [1912-1920]

Admirando todo lo bueno que tienen ustedes los cubanos. Es bellísimo ese panorama de montañas que nos presenta esa cordillera que rodea la ciudad de Santiago de Cuba (...) Aquí todo es bello...yo me felicito de haber conocido Santiago, me llevo una grata impresión. Razón tenían los cubanos en pelear cerca de medio siglo por su independencia.

DE UNA ENTREVISTA A GEORGE HERMAN «BABE» RUTH EN SANTIAGO DE CUBA, NOV. 1920.

El gran jonronero Babe Ruth en el instante de realizar uno de sus espectaculares *swings*, vistiendo el uniforme del equipo Yankees de Nueva York. Imagen de Dominio Público.



El 10 de enero de 1912, la Liga de Beisbol de Santiago de Cuba acordó celebrar el campeonato de aquel año con la presencia de los clubes Moncada, Santiago, Central y Cuba. Estos últimos representaban una versión oriental de la enconada rivalidad entre Almendares y Habana. El cronista Carlos Forment anota que «cada club ha nombrado sus “madrinas” a distinguidas y bellas señoritas que acuden a los *match* luciendo en el pecho una gran “moña” del color de su novena», lo cual indica la supervivencia de una tradición decimonónica,

donde las mujeres tenían un gran protagonismo simbólico en los desafíos de pelota. Sin embargo, lo más interesante radica en un comentario posterior de Forment, en el que se evidencia cómo el beisbol ha traspasado las barreras de clase y ha pasado a formar parte de la cultura y el imaginario popular: «Era una época en que el deporte se realizaba por conocidos muchachos de la sociedad mezclados fraternalmente con otros jugadores de raíz popular, cuyos accidentes de juego provocaban apasionadas discusiones que eran el tema obligado de toda conversación durante varios días».³⁵¹

En 1919, entre los directivos de la Liga de *Base Ball* de Santiago, aparece como vocal un tal Félix Benjamín Caignet, poco antes de partir para La Habana invitado por Caruso y comenzar su leyenda como compositor musical y escritor de novelas radiales. Ese mismo año, en diciembre, tuvo lugar un congreso de profesores y alumnos de las escuelas normales de la república, entre cuyos miembros estuvieron los profesores Ramiro Guerra y Carolina Poncet, y el estudiante Fernando Portuondo. Luego del discurso inaugural, pronunciado por el intelectual dominicano Max Henríquez Ureña «se sirvió un espléndido *lunch* y refrigerio hecho por las alumnas bajo la dirección de la profesora Isabel Lora, y terminaron la fiesta con un *match* de *base ball* entre las alumnas de segundo y tercer año».³⁵²

Para 1920 empieza a publicarse en Santiago de Cuba la revista *El Score*, dedicada a temas de beisbol. En ese momento, muchos de los mejores jugadores del país juegan en la liga local: Julio Rojo, Alejandro Oms, Conrado Rodríguez, *General Sagua*, *Strike* González y otros. Una muestra del carácter apasionado de estos notables jugadores, lo tenemos en la descripción de varias trifulcas ocurridas en el Cuba Park, el 28 de marzo de 1920:

En los terrenos de Cuba Park ¡se armó el «mereketén»! cuando jugaban las novenas de *base ball* Cuba y Central, se produjeron una serie de incidentes, el primero con Julio Rojo, el segundo entre Oms y Valiente, y por último, la «cañona» que quiso dar el Central al retirarse del terreno, lo cual provocó el «molote» que dominó serenamente el *umpire* López, quien declaró el juego *for feat* (sic) a favor del Cuba.³⁵³

³⁵¹ Carlos E. Forment Rovira: *Crónicas de Santiago de Cuba II. Era republicana 1912-1920*. Presentación, revisión y notas de Olga Portuondo Zúñiga. Ediciones Alqueza, Santiago de Cuba, 2006, p. 13.

³⁵² *Ibíd.*, p. 528.

³⁵³ *Ibíd.*, p. 548.

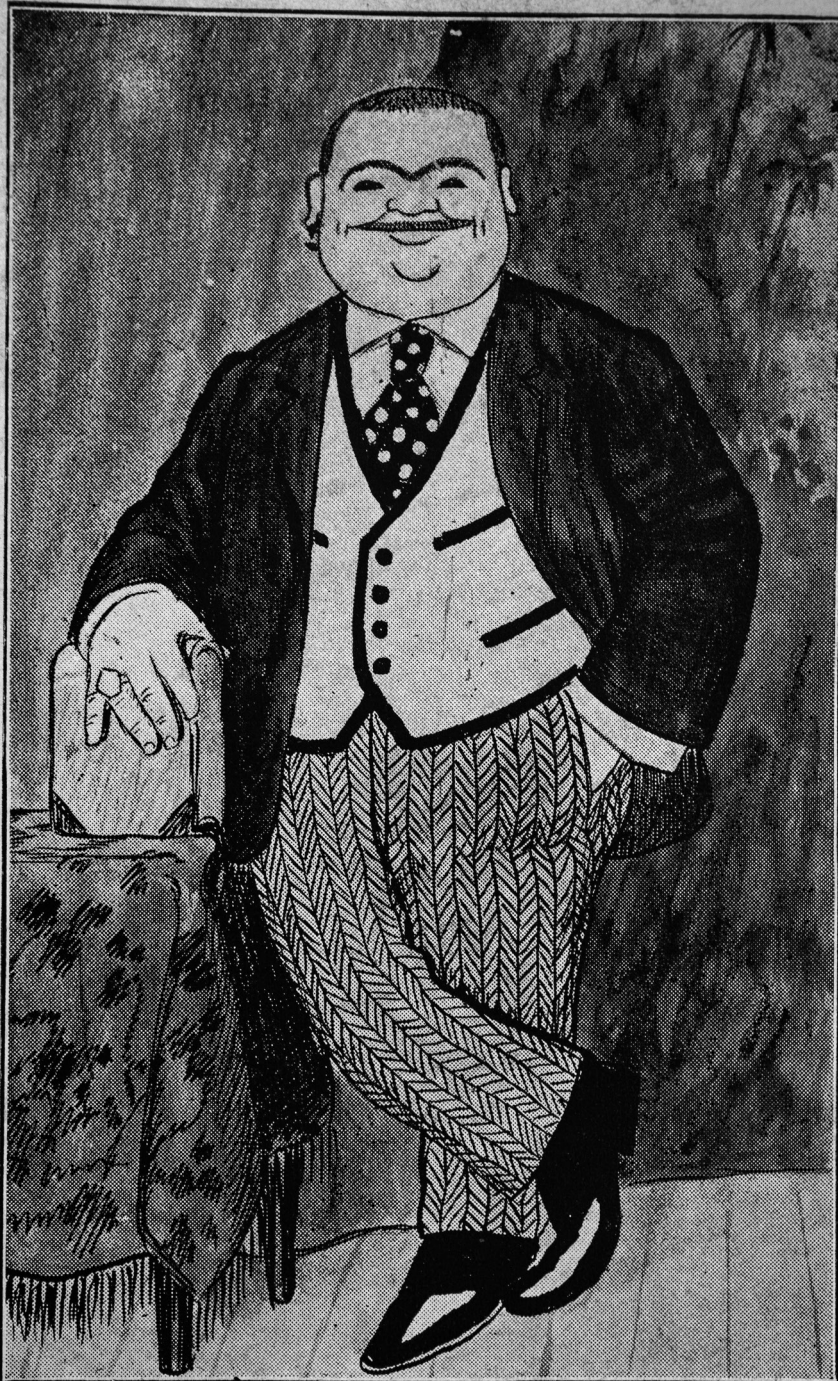
Pero sin dudas el principal suceso deportivo del año 1920 en Santiago de Cuba fue la llegada del gran jonronero de los Yankees de Nueva York, George Herman «Babe» Ruth, contratado por el señor Juan Lageyre.

El Bambino venía desde La Habana, donde había protagonizado un tolerable desempeño en juegos de exhibición contra los equipos de Almendares y Habana, aunque se quedó debiendo en lo que constituía su principal atractivo: la conexión de batazos de cuatro esquinas. Si en la capital el promotor y empresario Abel Linares le había pagado a Ruth la astronómica cifra de dos mil dólares por partido, la *tourné* oriental significaba para el jonronero yanqui embolsarse la suma de tres mil dólares. El tren en el que iría, llegó con retraso, a las seis de la mañana, y fue recibido por una multitud que lo esperó toda la noche. En los días siguientes, según la versión de Forment: «El estupendo jonronero jugó en los terrenos de Cuba Park, en la novena que ostentaba su nombre, contra la de Santiago de Cuba integrada por los mejores *players* locales (...) Babe “metió janazos” y elevó la pelota a una distancia, que todavía no le ha permitido regresar...».³⁵⁴

Sin embargo, la realidad parece contradecir al historiador, pues el único desafío que tuvo carácter oficial, terminó cuatro a cero con victoria del lanzador local Pablo Guillén, quien cometió la temeridad de ponchar tres veces al llamado «Sultán de la Estaca». Guillén era un *pitcher* de velocidad discreta, pero con gran inteligencia a la hora de lanzar y un control que rozaba la perfección. Según la tradición y la memoria popular santiaguera, además de gastarse una fortuna en juegos de azar en el Hotel Casagrande, y elogiar la belleza de las damas orientales, otro humilde y desconocido lanzador de tez oscura también logró poncharlo: Fermín Machado.³⁵⁵

³⁵⁴ *Ibíd.*, p. 585.

³⁵⁵ Testimonio de Rodolfo Vaillant, Santiago de Cuba, 2015. Su padre, Idolomiro Vaillant, fue un gran promotor del beisbol en la urbe oriental.



Jaime Castelfullit

(Foto Napoleón.)

1890.

Una fábula pelotera

Para Rolando Sánchez

La novela de *base ball* era posible, era una hermosa realidad. Sus tres tipos, Mac, *pitcher* de *Champion*, hermoso, noble y simpático, la heroína Luisa (...) exclusivista y altiva, que no puede resistir, al cabo, a las riendas del amor y Knox, el traidor (...) son tres personajes de verdadero relieve, cuyo carácter y pasiones están deliciosamente presentados...

VÍCTOR MUÑOZ

Caricatura de Víctor Muñoz bajo el seudónimo de Castelfullit, realizada por Conrado W. Massaguer para la novela *Mac El Pitcher* (1910).



En 1910, el afamado periodista Víctor Muñoz Riera (1873-1922) publicó una novela titulada *Mac, el pitcher*, que puede considerarse con propiedad como la primera prosa de ficción sobre beisbol publicada en Cuba, aunque su argumento, como veremos enseguida, no se ubicaba en la Isla, y al parecer tampoco se trataba de un texto original.

Muñoz, famoso por ser uno de los principales promotores de la celebración del Día de las Madres,³⁵⁶ fue

³⁵⁶ El premio periodístico «Víctor Muñoz» fue instituido en 1945 por el Ayuntamiento de La Habana para laurear al mejor artículo, crónica,

periodista en los diarios independentistas *Cuba*, de Tampa y *El Yara*, de Cayo Hueso, y ya en la República de *El Cubano*, *La República Cubana*, *La Discusión*, *Diario de la Marina* y *El Mundo*; en este último simultaneaba el comentario sobre deportes, la crónica policial, el editorial y el artículo de fondo. También colaboró con la revista popular ilustrada *Actualidades* (1913-1917), *Evolución* (1914-1921), *Labor Nueva* (1916) y *Carteles* (1919). Como todo buen articulista de aquella época, utilizó variados y simpáticos seudónimos, entre ellos *Attachée*, *Castellfullit*, *La marquesa de Fontenoy*, *Frangipane*, *Margarita*, *Parche poroso*, *Soda cracker* y *Ramo de Violetas*.³⁵⁷

También se desempeñó en otros oficios como la lectura de tabaquería en la fábrica Cabañas —en su juventud había sido lector de tabaquería en Tampa y Cayo Hueso— cuyos obreros lo admiraban por la interpretación de sus recitaciones, y como lector oficial en el Senado de la República, donde escribía las reseñas de las sesiones y traducía los cablegramas. En política alcanzó el cargo de Concejal por el Municipio de La Habana. Entre sus principales obras están *Junto al Capitolio (croquis de la vida americana)* (1919, 1923) —con introducciones muy elogiosas de Manuel Sanguily y Enrique José Varona—; *La última expedición de Emilio Núñez* (1930) y el preámbulo que escribió para *Historia de Cuba, narración humorística* (1915), libro de Gustavo Robreño.

El propio Robreño lo recuerda siempre activo, dinámico y con una biografía repleta de peripecias y anécdotas chispeantes: «Muchos y muy regocijados episodios hay en la vida de este intelectual, algo bohemio (...) periodista hasta la médula, emigrado político, conspirador, lector de tabaquería, inventor de una ingeniosa y pintoresca terminología beisbolera, actor teatral, traductor, humorista e introductor en La Habana, junto con Rafael Conte, de los “perros calientes” (*Butifarring Store*) por una concesión expresa de Basilio Zarrasqueta en el frontón Jai Alai».³⁵⁸

Quizás su huella más perdurable dentro del periodismo estuvo en la crónica deportiva, donde se le reconoce haber sustituido los términos en inglés por otros en español, ser el creador de varios fraseologismos beisboleros y haber inmortalizado al lanzador matancero José de la Caridad Méndez con

reportaje o información gráfica relacionada con el Día de las Madres. Su tumba en el Cementerio de Colón está adornada con la escultura de una madre, obra del artista cubano Fernando Boada.

³⁵⁷ Véase Domingo Figarola-Caneda: *Diccionario cubano de seudónimos*. Imprenta «El Siglo XX», La Habana, 1922.

³⁵⁸ Gustavo Robreño: «Una cábala de Víctor Muñoz», en *El periodismo en Cuba*, La Habana, 1942, p. 69.

el sobrenombre de «El diamante negro». En palabras del historiador Rafael Soto Paz: «La popularidad de Víctor Muñoz llena todo un ciclo del periodismo cubano. Su asombrosa fecundidad de escritor tuvo su más culminante realización en las brillantes crónicas deportivas que apasionaron a los fanáticos del primer cuarto de siglo de Cuba republicana».³⁵⁹ Otra valoración sostiene que supo imprimirle a su sección deportiva en el diario *El Mundo*: «un colorido, una personalidad, un rumbo original e interesante que, con las ilustraciones acertadas de Conrado Massaguer, fue uno de los factores determinantes en el rápido encumbramiento de esa publicación».³⁶⁰

Mac, el pitcher pertenece al controvertido linaje del folletín romántico, en el que se narran las peripecias de un joven y apuesto lanzador estadounidense, que debe vencer las pruebas del odio, la envidia y las intrigas de corte mafioso de jugadores y dirigentes del beisbol de Grandes Ligas, para reconciliarse con el amor de una dama que detesta su oficio, es decir, la práctica profesional del beisbol. Su trama la sustentan toda suerte de lances y aventuras rocambolescas:

El trágico fin de un desafío, ante la heroína de la novela; el asalto al tren en que ella y el *pitcher* iban; la emocionante lucha que sostienen el caballeroso jugador de *base ball* y los bandidos; la venta de Mac; su ingreso en el *Washington* y el combate de pugilismo que sostuvo con sus enemigos de ese *team*; la solemne sesión de la Comisión Nacional de *Base Ball* en que aplastó a sus acusadores; sus amores con la altiva Luisa; el secuestro espeluznante y la subsecuente regata de cien millas contra el Tiempo, para llegar al desafío decisivo del *Champion* cuando aún hubiese lugar de ganarlo, empleando también en el empeño una lancha-automóvil; el beso final, de los de succión, de Luisa y Mac y la huida vergonzosa del enemigo de las aspiraciones de ambos, tejido todo ello en el cañamazo del Amor...³⁶¹

Tal es el resumen de su argumento, según el entusiasta prologuista de la novela, nada más y nada menos que el propio autor, disfrazado tras el pintoresco seudónimo de Jaime Castellfullit (supuestamente «excandidato a

³⁵⁹ Rafael Soto Paz: «Víctor Muñoz», en su *Antología de periodistas cubanos*. Empresa Editora de Publicaciones, La Habana, 1943, p. 177.

³⁶⁰ B. Jiménez Perdomo: «La crónica deportiva en el periodismo cubano», en *Album del Cincuentenario de la Asociación de Reporters de La Habana 1902-1952*. Editorial Lex, La Habana, 1952, p. 383.

³⁶¹ Víctor Muñoz: «Prólogo», en su *Mac, el pitcher*. Imp. Avisador Comercial, La Habana, 1910, 128 pp.

concejal de la ciudad de Matanzas y futuro candidato al mismo puesto»). Sin embargo, hay un elemento de interés en esta obra, y es lo relacionado con el hecho de ser una presunta «adaptación» o «versión» de una obra estadounidense. El autor-adaptador-prologuista nos previene que:

Víctor Muñoz —a quien sus amigos llaman «Franchipín y P. y P., y yo no sé si es mi padre o mi hijo»— me anunció en carta expresiva, cuyos párrafos principales recuerdo, porque me llamó la atención el entusiasmo del presunto novelista, o adaptador de novelas, que en este caso equivalen ambos calificativos, la próxima publicación de una novela de *base ball* arreglada por él de la que publicó en los Estados Unidos Charles Kroth Moser con el título: *The Game and the Lady*.³⁶²

Estamos en presencia de una singular broma literaria. Desde el aparente prólogo, datado con sospechosa precisión en Matanzas, el 15 de septiembre de 1910, se declara la impostura de ser «adaptado del catalán por A. B. C. Pimentel», y luego se nos dice que la novela ha sido «adaptada» o «arreglada» de un original en inglés de otro autor, en este caso el citado Charles Kroth Moser, un prolífico escritor, periodista y diplomático estadounidense.³⁶³ El juego con la «traducción» se repite al final del prólogo, con una frase en catalán, que el «adaptador» prescinde de «traducir» para que no pierda el vigor del original. Se trata de una perplejidad que conduce a otra. Prosigue el exordio:

Las almas sensibles, como la mía, encuentran delicioso el chapuzón de optimismo en el lago tranquilo de la novela que ha adaptado del inglés Víctor Muñoz, en la que a pesar de trasladarse a la existencia ficticia de la imaginación trozos de la vida real, admirablemente copiados, no hay un solo muerto (...) lo más que hay es un batazo en la cabeza, un narcótico y una ligera herida, a fin de que no pueda ser calificada de ñoña la novela y el traidor cumpla bien su cometido. Es un poco de tinte rojo, para dar color.³⁶⁴

Se revela aquí el talento juguetón de Víctor Muñoz, a quien un crítico ilustre como Enrique José Varona consideraba de talento flexible y sutil ingenio, que

³⁶² *Ibíd.*

³⁶³ En efecto, Moser publicó en junio de 1906 en la revista neoyorquina *The Popular Magazine* un texto titulado «The Game and the Lady» (pp. 1-37), que se presentaba en la portada de la publicación como «A Great Base Ball Novel in this Issue». Sin embargo, ante la imposibilidad de acceder a este relato, no sabemos con certeza si lo que hizo Víctor Muñoz fue «traducir» o «adaptar» esta obra al español.

³⁶⁴ Víctor Muñoz: «Prólogo», en *Mac, el pitcher*, ed. cit.

«hubiera podido ser un gran ironista: fue solo un hombre de buen humor, que no puso hiel alguna en sus cuadros policromados de la vida coetánea».³⁶⁵

Sobre *Mac, el pitcher*, no mucho más puede expresarse de su trama sentimental, de escasa ambición narrativa y con un final feliz, que hace exclamar a otro ingenuo prologuista —en una edición posterior—: «Estoy seguro que serán muy pocos los aficionados al *base ball* que dejen de leer la interesante novela, que comienza en un sensacional juego de pelota y termina con un apasionado y dulce beso».³⁶⁶ La obra debió tener cierto éxito comercial, pues en 1946, más de veinte años después de la muerte de su autor, disfrutaba ya de tres impresiones (1910, 1923 y 1946).

Víctor Muñoz fue, en opinión de Varona, un hombre totalmente moderno y un periodista de mucha actualidad,³⁶⁷ lo que se corresponde plenamente con su afición por el beisbol en las primeras décadas republicanas, cuando dicha práctica era llamada con solemnidad «El Emperador de los Deportes». En curiosa analogía beisbolera, una sala del hospital de maternidad «América Arias» lleva su nombre, en el mismo lugar donde estuvieron en el siglo XIX los terrenos del Club Habana, donde también se encuentra un busto del gran pelotero y patriota Emilio Sabourín, obra del escultor Teodoro Ramos Blanco.

Un hijo suyo de igual nombre fue instructor de beisbol en la Universidad de La Habana, profesor titular de Educación Física en el Instituto de La Víbora, Director de la Academia Nacional de Beisbol y autor del primer manual cubano para conocer los fundamentos, la técnica y la estrategia del juego de pelota, publicado por la Editorial Martí en 1947. Precedía al texto técnico un memorable artículo, del maestro del costumbrismo y notorio cronista deportivo Eladio Secades, titulado «El cubano y el beisbol», en el que afirma, añadiendo un nuevo ingrediente al doctrinario tratado de Jorge Mañach: «El *base ball* tiene la culpa de que no acabe de cumplirse la sentencia de que Cuba es el país del choteo. Lo sería si no tomáramos el beisbol tan en serio».³⁶⁸ Esta última frase hubiera llenado de gozo al inefable Frangipane.

³⁶⁵ Enrique José Varona: «Dos palabras», en Víctor Muñoz: *Junto al Capitolio (croquis de la vida americana)*. Imprenta «El Siglo XX», La Habana, 1923.

³⁶⁶ Luis Rodríguez Lamult: «Como si fuera un prólogo», en Víctor Muñoz: *Mac, el pitcher*, tercera edición, Imprenta La Habanera, La Habana, 1946, p. 26.

³⁶⁷ Enrique José Varona: op. cit.

³⁶⁸ Eladio Secades, «El cubano y el *base ball*», en Víctor Muñoz: *Base Ball. Fundamentos, técnica, estrategia*. Editorial Martí, La Habana, 1947, p. 5.



HOMENAJES



CRISTÓBAL TORRIENTE
"CARLOS"

PRE-NEGRO LEAGUES, 1913-1919
NEGRO LEAGUES, 1920-1928, 1932

A COMPACT AND POWERFUL FIVE-TOOL PLAYER WITH TREMENDOUS EXTRA-BASE POWER TO ALL FIELDS. PLAYED 17 SEASONS OVERALL AND RANKS AMONG ALL-TIME NEGRO LEAGUES LEADERS IN DOUBLES, TRIPLES, SLUGGING PERCENTAGE, TOTAL BASES AND RBI. LED CHICAGO AMERICAN GIANTS TO THREE SUCCESSIVE NEGRO NATIONAL LEAGUE TITLES, 1920-1922. EXCEPTIONAL SPEED AND RANGE ALLOWED HIM TO COVER CENTER FIELD WITH GREAT EASE. PRIOR TO THE FORMATION OF THE NEGRO LEAGUES, STARRED IN HIS NATIVE CUBA. FAMED FOR OUTPLAYING BABE RUTH DURING A NINE-GAME BARNSTORMING SERIES IN 1920.

Cristóbal Torriente

Para Antonio Muñoz

Torriente todo lo hacía bien, fildeaba con naturalidad, tiraba de forma perfecta, cubría tanto terreno como el que más pudiera cubrir y, en lo tocante al bate, ya dejaba de ser bueno para convertirse en algo fuera de lo común (...) yo no le he visto a Torriente alardes de lo inmenso que era como jugador de pelota.

MARTÍN DIHIGO

Placa dedicada a Cristóbal Torriente en el Salón de la Fama de Cooperstown, Nueva York, «el zurdo cienfueguero de casi 6 pies y 190 libras de peso [que] brilló con luz propia».



En una de las placas que honran la memoria de los inmortales del beisbol en el Salón de la Fama de Cooperstown, puede leerse este magnífico elogio:

Un compacto y poderoso pelotero de cinco herramientas, con un tremendo poder de bateo hacia todos los sectores del campo de juego. Se encuentra entre los primeros por departamentos en Las Ligas Negras en dobles, triples, *slugging*, total de bases y carreras impulsadas. Guió al Chicago American Giant a tres campeonatos seguidos en el circuito de color. Tenía una excepcional velocidad y podía cubrir los jardines con pasmosa facilidad. Famoso por superar a Babe Ruth durante un juego de exhibición en La Habana en 1920.

¿Quién fue este beisbolista superdotado, del que se hacen tan grandes alabanzas? Su nombre en la placa dice Cristóbal Torriente, y debajo aparece un extraño seudónimo: «Carlos».

Torriente nació en Cienfuegos el 16 de noviembre de 1893, y su nombre lo debe al santo mariner de ese día, que es también el patrón de la villa de San Cristóbal de La Habana. Su carrera deportiva en Cuba la realizó en lo que Roberto González Echevarría denomina la Edad de Oro de la pelota insular, signada por la hegemonía de tres grandes empresarios: Agustín «Tinti» Molina, Abel Linares y Alejandro Pompey. Eran los años en que los equipos de Grandes Ligas estadounidenses ganaban y perdían con sus pares criollos, y rutilantes figuras de la gran carpa como Ty Cobb, Sam Crawford y Babe Ruth tenían que vérselas con émulo del calibre de Alejandro Oms, José de la Caridad Méndez, Conrado Rodríguez, Bartolo Portuondo, Eustaquio «Bombín» Pedrosa, Gervasio González, Pablo «Champion» Mesa, Tomás Románach, Rafael Almeida, Armando Marsans, Baldomero «Merito» Acosta, Pelayo Chacón, Miguel Ángel González y Adolfo Luque.

Cristóbal Torriente pertenece a esa ilustre cohorte, una de las más poderosas en la historia del beisbol cubano. Y entre tantos excelsos jugadores, el zurdo cienfueguero de casi 6 pies y 190 libras de peso brilló con luz propia, al extremo de ser electo en la primera votación que se realizó al Salón de la Fama de la pelota criolla en 1939, un año después de su temprana muerte, sin haber cumplido los cincuenta años.

La memoria popular lo recuerda en su mejor momento como un mulato recio y musculoso, con cara de pocos amigos, un auténtico *slugger* capaz de emular los jonrones de un Babe Ruth o un Joshua Gibson. Una descripción de Torriente en vísperas de iniciar la temporada invernal de 1919-1920, nos ofrece la siguiente estampa:

En el jardín central, tienen los azules a Torriente, uno de los más extraordinarios *sluggers* que he conocido (y los he conocido a todos, desde Mike Tiernan y Delahanty hasta Baby [sic] Ruth). Yo no he visto en ninguna parte un bateador natural que pueda compararse a Cristóbal Torriente. A semejanza de Hans Wagner, Napoleón Lajoie y otros rompecercas el gran mata-*pitchers* almenarista no tiene puntos vulnerables. Podrá pasarse dos, tres y hasta cuatro juegos sin batear, pero podemos tener la seguridad de que su pasajero *slump*

no obedecerá a la excelencia de los *pitchers* contrarios, sino lisa y llanamente a que S. M. el *Triturador* tendrá el santo de espaldas o andará mal de salud. Estando bien —casi siempre lo está— tanto le da a don Cristóbal que el serpentinerero enemigo sea zurdo como que sea derecho, que emplee preferentemente la curva como que use velocidad. «A mí —díjome un día— me tiene completamente sin cuidado que la bola pase por el *home* o que no pase, que sea o que no sea *strike*. Con tal que yo pueda alcanzarla con el *bat*, te aseguro que la hago llorar».

Torriente es tanto más de temer cuanto que lo mismo batea sobre un jardín que sobre otro; y así como es capaz, ¡y tan capaz! de meter la pelota en las gradas de sol, también lo es de tocarla de plancha, dejarla entre las manos del *pitcher* más diestro y avisado. Tiene, sin embargo, un defecto incurable: hay que dejarlo hacer lo que se le antoje. En cuanto se le ordena ejecutar una cosa ya está él empeñado en ejecutar otra completamente distinta, y este espíritu de rebeldía aminora considerablemente su extraordinario mérito.³⁶⁹

Detrás de esa imagen de hombre hosco y difícil, a ratos rebelde, se escondía una personalidad con notable modestia y humildad, como sabemos por su respuesta al periodista que lo entrevistó, después del famoso juego de los tres jonrones y un doble contra el mismo Ruth, en noviembre de 1920, donde pedía que no lo interrogaran a él, sino al Bombardero de Nueva York: «...dijo ser pura casualidad. Pregúntenle al Bambino que lo hace todos los días». Menos cordial que el cubano, un Ruth visiblemente molesto le soltó a Torriente el siguiente improprio: «El Babe Ruth cubano es negro como una tonelada y media de carbón en un fogón oscuro».³⁷⁰

Antes del inicio del celeberrimo partido, que al decir del diario *El Día* elevó a Cristóbal Torriente «a las más altas cumbres de la gloria y de la popularidad. Su *batting* pasó a la historia de nuestro *base ball* como una de sus páginas más brillantes», se comentó que Torriente le había prestado su bate a Babe Ruth, quien hizo con él sus prácticas, transmitiéndole algo de

³⁶⁹ Rafael Conte: «Los eternos rivales en 1919-20», *Carteles*, La Habana, Año 1, No. 6, noviembre de 1919, p. 53.

³⁷⁰ Todas las citas de prensa sobre la actuación de Cristóbal Torriente en la serie contra Babe Ruth han sido tomados de Julio Manuel Ruiz: *Visita del Bambino a Cuba*. 1920, pp. 17-20. (Folleto en español e inglés sin datos editoriales).

sus poderes al madero del criollo. La descripción periodística de su trío de cuadrangulares reza:

El primer *home rum* de Torriente se extendió en consideración por el *center field* y no valió ni el asombroso *corring* de Young para evitar la película. Además, el artillero hizo gala de una maravillosa velocidad en su vuelta alrededor del diamante. El segundo toletazo de cuatro esquinas empujado por el cienfueguero fue un poco más cargado hacia el jardín izquierdo y tampoco dio tiempo para nada a pesar de que Burns se descargó tras él como un vendedor de periódicos en día de sorteo (...) En el 7mo cuando ya parecía imposible que Torriente superaría, el criollo se desprendió con otro tremendo toletazo sobre la cabeza del *left field* (...) Los tres *home runs* de Torriente fueron de esos que no dan lugar a dudas, pues las tres veces mandó la pelota a lo más profundo del territorio que ocupan el *center* y el *left field*.

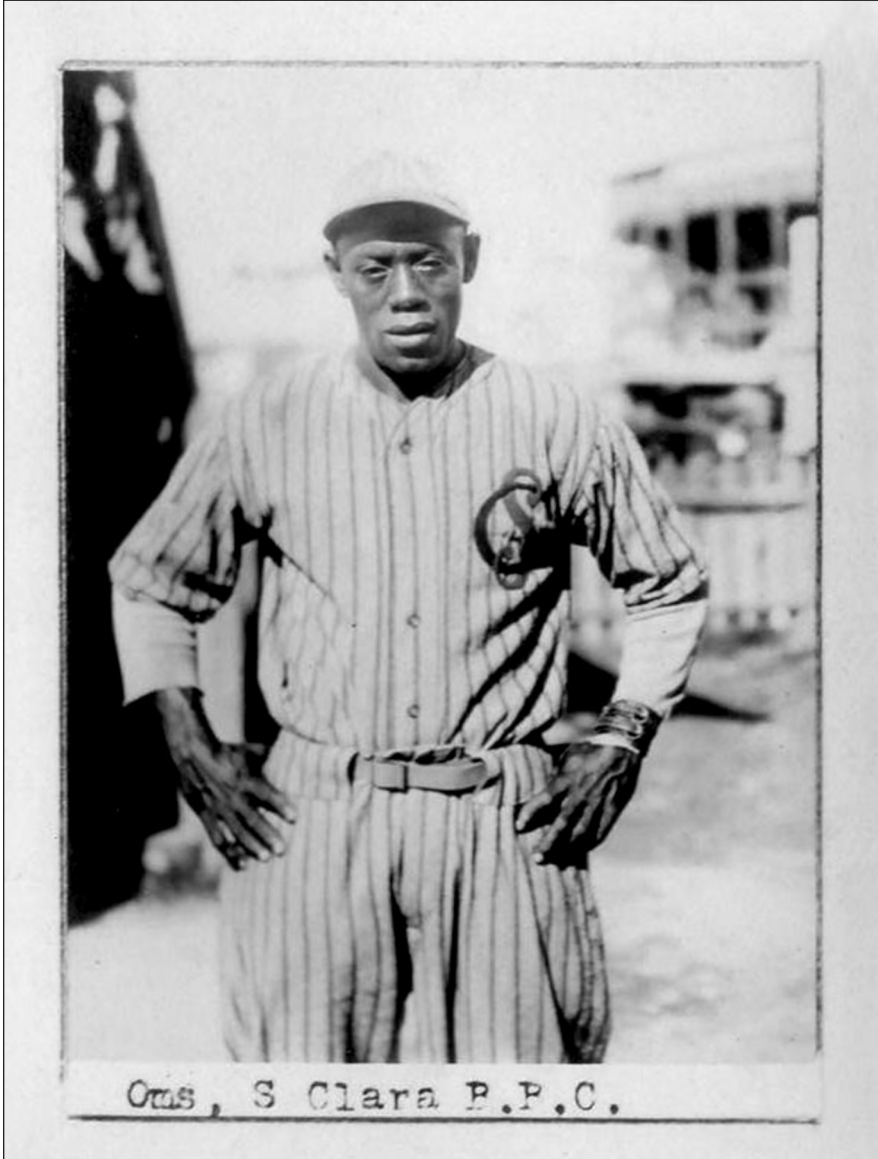
Además de la hazaña descrita, Torriente le conectó un doble a Babe Ruth, quien tuvo una breve actuación como lanzador, impulsando a los criollos Bartolo Portuondo y Baldomero Acosta que se encontraban en bases. Con su formidable actuación, dejaba atrás el récord de más cuadrangulares conectados en un desafío, en poder de otro gran bateador negro, Julián Castillo, quien lo había logrado en dos ocasiones frente al fenomenal José de la Caridad Méndez. Aquel día invernal, Babe Ruth cobró los dos mil dólares que le pagaba Abel Linares por cada partido, y Torriente apenas pudo recoger en su bolsa poco más de cien de pesos, un reloj de oro y unos centenares de tabacos, además del aplauso del público que llenaba el estadio Almendares Park.

Según la Enciclopedia de Las Ligas Negras, Cristóbal Torriente fue el pelotero superestrella de los Chicago American Giants de Andrew «Rube» Foster, un buen bateador de bolas malas, que desplegaba gran velocidad lo cual le convirtió en un notable productor de triples y robador de bases. Más de una vez bateó sobre 400 en el exigente circuito de color, pero su apego a la vida bohemia y su inveterada rebeldía lo llevaron a ser cambiado a los Monarcas de Kansas City y luego a las Estrellas de Detroit, donde volvió a demostrar su excepcional calidad como bateador, terminó con promedio de 333 en las Ligas Negras y 352 en sus años en Cuba, solo superado por los 360 de otro jugador imperecedero, el norteamericano Oscar Charleston.

Su muerte se produjo, ya con el organismo minado por la tisis y el alcohol, el 11 de abril de 1938, en un lugar histórico de la emigración patriótica en

los Estados Unidos: Ybor City. Allí se levanta, en un hermoso parque, una estatua de José Martí, y resulta de gran simbolismo que este gran pelotero haya terminado su vida en una tierra regada por el sudor y la hidalguía de tantos cubanos fieles a su patria.

Cristóbal Torriente, negro, humilde, pobre y rebelde, también se merece un monumento en alguna plaza o algún parque de su natal Cienfuegos, como timbre de orgullo para todos sus compatriotas.



El caballero Oms

Para Antonio Rodríguez Santos, in Memoriam

A nadie puede sorprenderlo que yo acepte a Cristóbal Torriente como el mejor jugador cubano que he conocido, ni a Alejandro Oms como el mejor bateador entre todos mis compatriotas.

MARTÍN DIHIGO

Alejandro Oms, como parte de la colección de postales de la firma cigarrera Billiken, 1923-1924. Archivo del autor.



La ciudad de Santa Clara comparte con Matanzas una curiosidad deportiva: son las dos únicas urbes cubanas que ostentan en dos de sus calles el nombre de un jugador de pelota. En el caso de La Atenas de Cuba existe la Avenida Martín Dihigo, y en la Ciudad de Marta Abreu una modesta vía lleva el nombre de Alejandro «El Caballero» Oms.

Llama la atención, sin embargo, el exiguo recuerdo que tiene hoy aquel excepcional pelotero entre sus co-terráneos, al extremo de que en la valla alegórica que adorna el estadio Augusto César Sandino, se omite su figura entre los más grandes de la provincia. A mi juicio, de los beisbolistas nacidos en la actual provincia de

Villa Clara, el pilongo Alejandro «El Caballero» Oms, los sagüeros Conrado Marrero «El Premier», Julio Rojo y Conrado Rodríguez «General Sagüa» y los caibarienenses Pablo «Champion» Mesa y Claro Duany, fueron los más sobresalientes en el período anterior a 1959. De ellos, solo Marrero, también conocido como el Guajiro de El Laberinto, aparece en la mencionada valla, en una posición secundaria.

Francisco Alejandro Oms Cosme, hijo de Ricardo Oms y Juana Prudencia Cosme, nació el 13 de marzo de 1895 en Santa Clara, capital de la antigua provincia de Las Villas, y falleció tuberculoso, en absoluta miseria, el 9 de noviembre de 1946 en La Habana. Tuvo dos hermanos, Tito y Eleuterio, que también jugaron al beisbol con modestia. El lugar de su iniciación como pelotero fue el mítico Boulanger Park, y su equipo emblemático Los Leopardos de Santa Clara, aunque los hermanos Oms comenzaron en el Tosca.

Alejandro Oms fue un excelente jardinero central, tenía gran velocidad y desplazamiento, y como bateador fue uno de los más grandes toleteros zurdos de las primeras décadas del siglo XX, tanto en Cuba como en las Ligas Independientes de Color, donde compiló .332 y conectó 40 jonrones. Ya desde el año 1921, Oms era considerado una verdadera revelación, como reza en una crónica publicada en la revista *Carteles*: «Hay entre esos “pinos nuevos” un Oms que es, en nuestra opinión el mejor bateador cubano y, a la par, un corredor “taicobiano” y un excelente *out-fielder*».³⁷¹ Su brillante desempeño con los Leopardos llevó a John McGraw, manager de los Gigantes de Nueva York, a declarar que: «El Caballero Oms, Oscar Charleston y Pablo Mesa son los mejores jardineros que he visto en mi vida».

Alejandro Oms compartió su brillante carrera del Santa Clara con otros conjuntos, donde impuso de manera categórica su calidad. En el Cuba de 1926-1927 promedió 500 pero solo fue 18 veces al cajón de bateo. «Champion» Mesa y Oms formaron parte del Marianao de 1927 en la llamada Serie Triangular y allí promediaron 433 y 366 respectivamente. Entre sus hazañas memorables se cuenta que, en octubre de 1927, en una serie de exhibición donde participaba el supremo jonronero Babe Ruth, el pilongo botó tantas pelotas como el Bambino. La de 1928-1929 fue una de las mejores temporadas de Oms, con liderazgo de bateo (.432), *hits* (76) y dobles (18), esta vez vistiendo la casaca del Club Habana, a la postre campeón y dirigidos por Miguel Ángel González. Entre las marcas impuestas por el Caballero Oms aquel año, estuvieron el mayor número de hits en un desafío con 6, el 20 de

³⁷¹ «Los Pinos Nuevos», *Carteles*, La Habana, Vol. III, No. 4, abril, 1921, p. 28.

diciembre de 1928; la racha de 30 juegos consecutivos bateando de *hit*, entre el 31 de octubre y el 24 de diciembre de 1928, en un campeonato donde Martín Dihigo, compañero de equipo de Oms, bateó 4 dobles en un desafío y el jardinero estadounidense del Cienfuegos James «Cool Papa» Bell disparó tres jonrones, el 1 de enero de 1929 en el Aida Park de la Perla del Sur.

En la temporada de 1929-1930 Oms fue líder con un sólido promedio de .380 y cinco cuadrangulares, y también lo fue en jonrones (3), *hits* (44) y anotadas (28) con el Habana en 1931-1932, que asombrosamente terminó en último lugar; al año siguiente prosiguió su fabuloso promedio de bateo con .368 y encabezó los dobles con 4. En otros circuitos del área, jugó en la Liga Dominicana, con el Licey y las Estrellas Orientales, en 1929 y 1937 respectivamente. En Venezuela jugó para varios equipos como el Santa Marta (1935-1936), Senadores (1937), Centauros (1937) y Vargas (1939) y fue el mejor jardinero de aquel circuito en 1943, a la edad de 48 años.

Participó con frecuencia en las Ligas Negras norteamericanas, donde promedió .332 en 15 años e integró el equipo New York Cubans, propiedad de Alejandro Pompey, en la temporada de 1935. Su promedio de por vida en la poderosa Liga Profesional Cubana fue de .345, entre los más destacados de todos los tiempos, y del mismo modo figura entre los diez primeros en varios departamentos ofensivos. Fue tres veces líder de los bateadores: 1924-1925 (.393), 1928-1929 (.432) y 1929-1930 (.380) y se mantuvo por encima de los .300 de *average* durante ocho temporadas de manera sucesiva.

Desaparecidos los Leopardos del firmamento beisbolero insular, la vida de Alejandro Oms Cosme continuó algunos años más, aunque ya no era sino la sombra del talentoso jugador que una vez fue. Durante la campaña 1945-1946, perteneció al equipo Cienfuegos gracias a un gesto piadoso de su director Adolfo Luque, que le dio un puesto en la nómina para que pudiera cobrar algún dinero. El coloso que había sido al bate, fue dos veces al cajón, con 50 años; la primera vez Pedro «Natilla» Jiménez, sentimental, le dio base por bolas; la segunda su coterráneo Agapito Mayor no tuvo piedad y acabó ponchándolo. Ya su cuerpo estaba minado por la tuberculosis y su vida se extinguió en La Habana, el 9 de noviembre de 1946, en absoluta pobreza.

En un ademán cívico que quiso reparar aquella injusticia, el Ayuntamiento de Santa Clara, a finales de la década del 1940, decidió designar «Alejandro Oms» a una calle de su ciudad natal. Dos años antes de su muerte, en 1944, alcanzó a ver su nombre inscrito en la placa de mármol del Salón de la Fama

del Beisbol Cubano, donde ingresó en compañía del lanzador y coronel del Ejército Libertador Carlos Maciá.

La posteridad le negó a Oms el privilegio de que su apelativo fuera también el del nuevo estadio que la Revolución construyó en Santa Clara en 1966, cuando apenas habían transcurrido veinte años de su fallecimiento. Ningún pelotero había acumulado mayores méritos deportivos y humanos que él, para que su figura de hombre negro y humilde fuera la que identificara el más significativo diamante en Santa Clara. De modo inexplicable las autoridades provinciales de la época prefirieron el apelativo de un bravo guerrillero nicaragüense, Augusto César Sandino, totalmente extraño al beisbol cubano. Su casa natal, donde debió existir un museo de la pelota villaclareña, devino en Comité Provincial del Sindicato Nacional de Trabajadores Tabacaleros. Solo una peña que lleva su nombre y se reúne en el parque Leoncio es la depositaria de su memoria entre los aficionados de Santa Clara.

Pese a tantos olvidos, Alejandro Oms vivirá siempre en la gratitud de sus compatriotas, a quienes siempre representó con dignidad como El Caballero del beisbol cubano.





El maestro inmortal

*Para el Dr. Orlando Gutiérrez Boza,
Nasako de Eforitongo.*

Ahí viene.
Se lo llevan.
Con la fuerte cabeza reclinada
en su guante de *pitcher* va Dihigo.

El rostro de ceniza (la muerte de los negros)
y los ojos cerrados persiguiendo
una blanca pelota, ya la última».

NICOLÁS GUILLÉN

Martín Dihigo, «El Inmortal», con su hijo Martincito en el Gran Estadio del Cerro, La Habana, ca. 1950. Archivo del autor.



Con dos títulos magníficos fue conocido Martín Magdaleno Dihigo Llanos en los diamantes de beisbol. En una modesta tarja colocada en el pueblo de Cruces, donde vivió gran parte de su vida y reposan sus restos, se lee que su virtuosismo le hizo acreedor del sobrenombre de El Inmortal. En la placa del Salón de la Fama de Cooperstown, aparece resumida su fenomenal carrera en las Ligas Negras bajo el apelativo de El Maestro.

Ambos calificativos hacen justicia al que es considerado como el mejor pelotero cubano de todos los tiempos,

y uno de los más extraordinarios jugadores en cualquier nivel de pelota del mundo. Como expresión de su enorme calidad, su nombre aparece honrado en los Salones de la Fama de Cuba, Estados Unidos y México.

Dihigo nació en el ingenio Jesús María, en el poblado matancero de Cidra, el 25 de mayo de 1906. Era hijo de un sargento del Ejército Libertador y sus abuelos habían sido esclavos en el central azucarero donde vio la luz. Su niñez transcurrió en la ciudad de Matanzas, no lejos del Palmar de Junco, catedral primada de la pelota insular, donde inició su andar en la historia de la pelota.

A dicho estadio Dihigo le profesaba un especial cariño, e hizo mucho por su cuidado y preservación durante los años republicanos. En 1933 promovió una colecta para su restauración después de un devastador ciclón, y años más tarde encabezó una solicitud para que el Estado adquiriera la propiedad del terreno, y con ello garantizar su dedicación exclusiva a este deporte.

Hizo su debut en el certamen profesional muy joven, con apenas 17 años, de la mano de Miguel Ángel González, en enero de 1923. Al principio no bateaba mucho y era discreto en la defensa, pero ya en la temporada de 1924-1925 promedió sobre .300 y tuvo una destacada faena como lanzador. A partir de ese momento comenzó a tejer una prodigiosa carrera en los diamantes de Cuba, las Ligas Negras de Estados Unidos y los países de la cuenca caribeña, Panamá, México, Puerto Rico, República Dominicana, Venezuela, con un cenit que pudiera ubicarse en la temporada profesional cubana de 1935-1936, donde actuó como manager y jugador de los míticos Leopardos de Santa Clara y se consagró campeón del torneo, amén de conquistar los títulos de bateo (358) y de los lanzadores (11 triunfos y 2 derrotas).

En México, donde fue admirado hasta el delirio, Dihigo protagonizó la mayor hazaña conocida hasta ese momento en el país azteca, cuando el 16 de septiembre de 1937 propinó el primer *no hit no run* en la historia de la Liga Mexicana, lanzando por el equipo Águilas de Veracruz frente a Nogales. En 1938, de nuevo con Veracruz, conquistó el campeonato de los bateadores con .387, fue líder en pitcheo con 18-2, tuvo un porcentaje de carreras limpias permitidas de 0.90 y propinó 184 ponches.

En Ligas Negras sus números no fueron menos impresionantes. Baste decir que en su primera temporada en aquel circuito encabezó los jonrones con 11, lo cual repitió en 1926 y 1927, períodos en que bateó para astronómicos promedios de .421 y .370 respectivamente. Participó en varios Juegos de las Estrellas entre peloteros negros estadounidenses, y fue compañero en los diamantes de leyendas como *Satchel* Paige, Joshua Gibson y *Cool Papa* Bell.

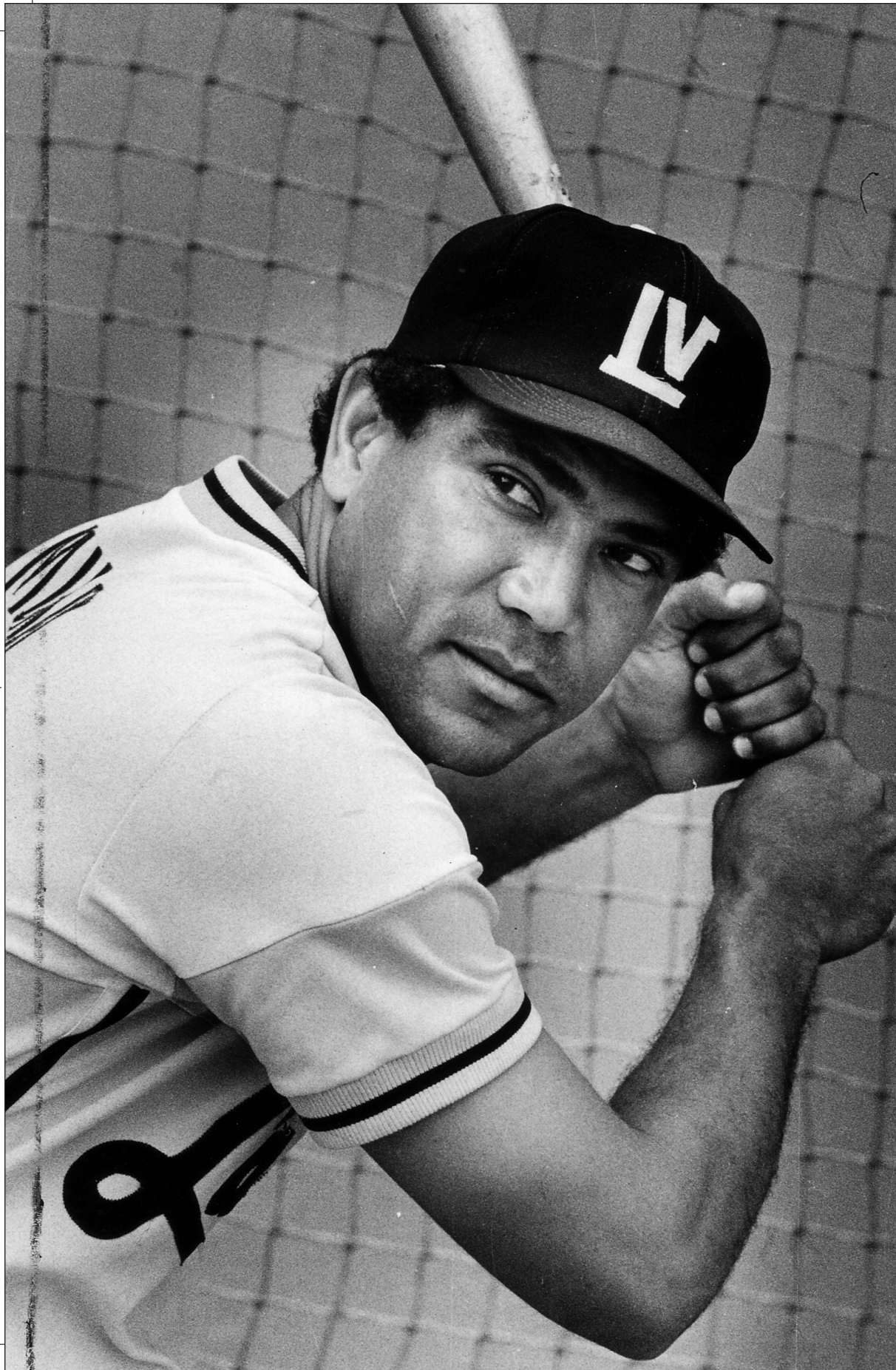
Además del gigante que fue como beisbolista, Dihigo era un hombre que reunía múltiples talentos. Miembro desde muy joven de la fraternidad abakuá, ocupaba el cargo jerárquico de isué eribó (el que representa al sacerdote) en la potencia ñáñiga Oddán Efi de Matanzas. Fue también un destacado hermano masón, y gracias a él se introdujo en México la masonería juvenil (el «ajefismo») en la Logia «Benito Juárez No. 1» de la ciudad de Veracruz, perteneciente a la Gran Logia Unida Mexicana de Libres y Aceptados Masones del Gran Oriente de Veracruz. En opinión de la etnógrafa Lydia Cabrera, fue común esa doble condición de abakuá y masón en la Atenas de Cuba

Simpatizante de las ideas progresistas, tuvo entre sus amigos al destacado orador comunista Salvador García Agüero, para quien recaudó votos entre los obreros portuarios de Matanzas, en su candidatura a la Asamblea Constituyente de 1940; al intelectual Carlos Rafael Rodríguez y al poeta Nicolás Guillén, quien le dedicó una memorable elegía tras su fallecimiento, incluida dentro de su muy notable libro *La rueda dentada* de 1972.

Gustaba de la música, en particular de la vieja trova cubana, y era asiduo a las peñas de Valentín González, *Sirique*, cuyo padre había sido también un gran pelotero en el siglo XIX. Según el testimonio de su hijo Martincito, disfrutaba mucho la lectura de revistas, periódicos y libros de historia, en particular las *Crónicas de la guerra* de José Miró Argenter, que solía repasar en las tardes, sentado en un banco del parque de Cruces, donde existe hoy un modesto monumento. Aunque era un hombre serio y muy respetado, en la intimidad del hogar le gustaba bromear con su esposa África y fue un padre ejemplar.

Tras el triunfo de la Revolución, a la que ayudó durante su estancia en México, donde protegió a un grupo de combatientes que debía venir en la expedición del yate *Granma*, Dihigo regresó a Cuba y prodigó sus conocimientos con humildad, enseñando a jugar a las categorías infantiles. Del mismo modo se desempeñó como periodista deportivo en el diario *Hoy*, comentarista de béisbol para la radio y brindó su apoyo a la organización de la Liga Azucarera. Lanzó la primera bola en la inauguración del nuevo estadio de Santa Clara, en 1966, y pasó su vejez en el poblado de Cruces, rodeado de familiares y amigos, en una pobreza irradiante.

Falleció el 20 de mayo de 1971, escasos días antes de cumplir 65 años, el que es considerado como el más excelso de todos los peloteros nacidos en la mayor isla de las Antillas.



Don Antonio

Para Fernando Rodríguez Álvarez

Cuando venga del campo enciéndeme un cigarro,
que le voy a dar jonrón al zurdo ese...

ANTONIO MUÑOZ A PEDRO JOVA, TOKIO, 1980

Antonio Muñoz,
«El gigante del
Escambray», con el
uniforme del equipo
Las Villas. Foto del
archivo de la revista
Bohemia.



Antonio Nicolás Muñoz Hernández pertenece a una zona especialmente íntima de mis afectos, y es la que tiene que ver con mi pasión por el juego de pelota desde muy niño. Nací en Santa Clara, capital de la antigua provincia de Las Villas, y crecí escuchando hablar de las hazañas de aquellos formidables equipos *Azucareros*. Tricampeones del beisbol en 1969, 1971 y 1972, añadían a su leyenda beisbolera la entrega en los terrenos, y aquella magia que los llevó a que fueran los primeros en ganar un *play off* (en 1972, año de mi nacimiento) antes de que se regularizaran oficialmente las series de postemporadas a mediados de los años 80.

Dentro de la constelación de astros que integraron a los *Azucareros* en sus diferentes épocas: Modesto Verdura, Rolando Macías, Aquino Abreu, José Antonio Huelga, Owen Blandino, Silvio Montejo, Lázaro Pérez, Pedro

Jova, Pedro José Rodríguez y otros muchos, brilló con luz propia la estrella y el liderazgo del «Gigante del Escambray», Antonio Muñoz Hernández.

El guajiro zurdo de la finca Algaba, descubierto casualmente por el exjugador Pedro «Natilla» Jiménez en las lomas del Escambray, fue un diamante en bruto pulido por los entrenadores y su propia tenacidad, que lo llevaron a convertirse en un jugador de excepción en la historia del beisbol cubano. Sin dotes extraordinarias a la defensa, poseía en cambio la fuerza de un Roberto Ortiz o un Pedro Formental, fue un bateador consistente sobre .300, recibía muchas bases por bolas y fue dueño de una inusual superioridad en varios departamentos ofensivos del juego de pelota.

Su longevidad deportiva hizo posible que pudiera verlo y disfrutarlo en el esplendor de su forma competitiva, en la década que va de 1979 a 1989. Iniciada con su triunfo en la XVIII Serie Nacional en su natal Sancti Spiritus y sus 25 jonrones en la V Selectiva, incluye el memorable jonronazo que le dio al lanzador nipón «submarino» Yukio Takemoto en la final de la Serie Mundial de Japón en 1980, y concluye de manera brillante con el título alcanzado por Las Villas en épica lucha contra Ciudad Habana en la Serie Selectiva de 1989, cuando al borde de los cuarenta años fue la inspiración de aquel equipo.

Antonio Muñoz logró, con su poderío ofensivo, casi todo lo que un bateador puede anhelar sobre un terreno, con la excepción de la triple corona, que estuvo varias veces al alcance de su bate en series nacionales y selectivas, aunque finalmente lo consiguió en un torneo internacional en República Dominicana, ya en el ocaso de su carrera. Tuvo en su palmarés la mayoría de los récords de bateo al momento de su retiro, y en el torneo élite de la pelota cubana de su época, las Series Selectivas, nadie fue mejor bateador, integralmente, que Antonio Muñoz. Por todo ello fue, sin discusión, uno de los cinco jugadores electos en la Refundación del Salón de la Fama del Beisbol Cubano, a finales de 2014, para el período posterior a 1962.

Como ser humano, Muñoz es una criatura expansiva, dicharachera, emotiva. Le encanta hablar y hacer cuentos, con esa imaginación desbordada y mitológica que tienen los guajiros cubanos, acostumbrados a hablar con naturalidad de güijes y madres de agua. Es feliz cuando recuerda los muchos jonrones que dio en su vida, lo mismo da si fue en algún «rudo manigual», en el Genaro Melero o en el mismísimo Estadio Latinoamericano.

En realidad, pudo haber sido un gran pelotero en cualquier beisbol del mundo, pero prefirió jugar en su tierra, por la única recompensa de que lo recuerden siempre como *Cuso*, obsequioso y tranquilo como la sonrisa de un niño.

Cheíto

A la memoria de mi padre

¡Pase usted Señor Jonrón!

BOBY SALAMANCA

Muy de tarde en tarde suelen aparecer esos seres extraordinarios, tocados por la magia del beisbol, capaces de levantar un país con la fuerza de sus batazos, y de seducir a una generación de aficionados por la naturalidad y pureza de sus gestos en el diamante.

Una de estas criaturas fue Pedro José Rodríguez Jiménez. Él para toda Cuba será siempre Cheíto, un diminutivo de cariño para identificar al tercera base y cuarto bate natural de su equipo nacional de beisbol, o el Señor Jonrón, como lo bautizó el más ingenioso de los cronistas cubanos, Bobby Salamanca, o el Poeta de los Jonrones, al decir de otro avezado periodista, José Antonio Fulgueiras.

A Cheíto los jonrones se le daban como algo inefable, como una extensión apenas reconocible de sus brazos y sus muñecas. Ha sido quizás el único jugador en pararse sin nervios frente a cualquier lanzador, de la calidad

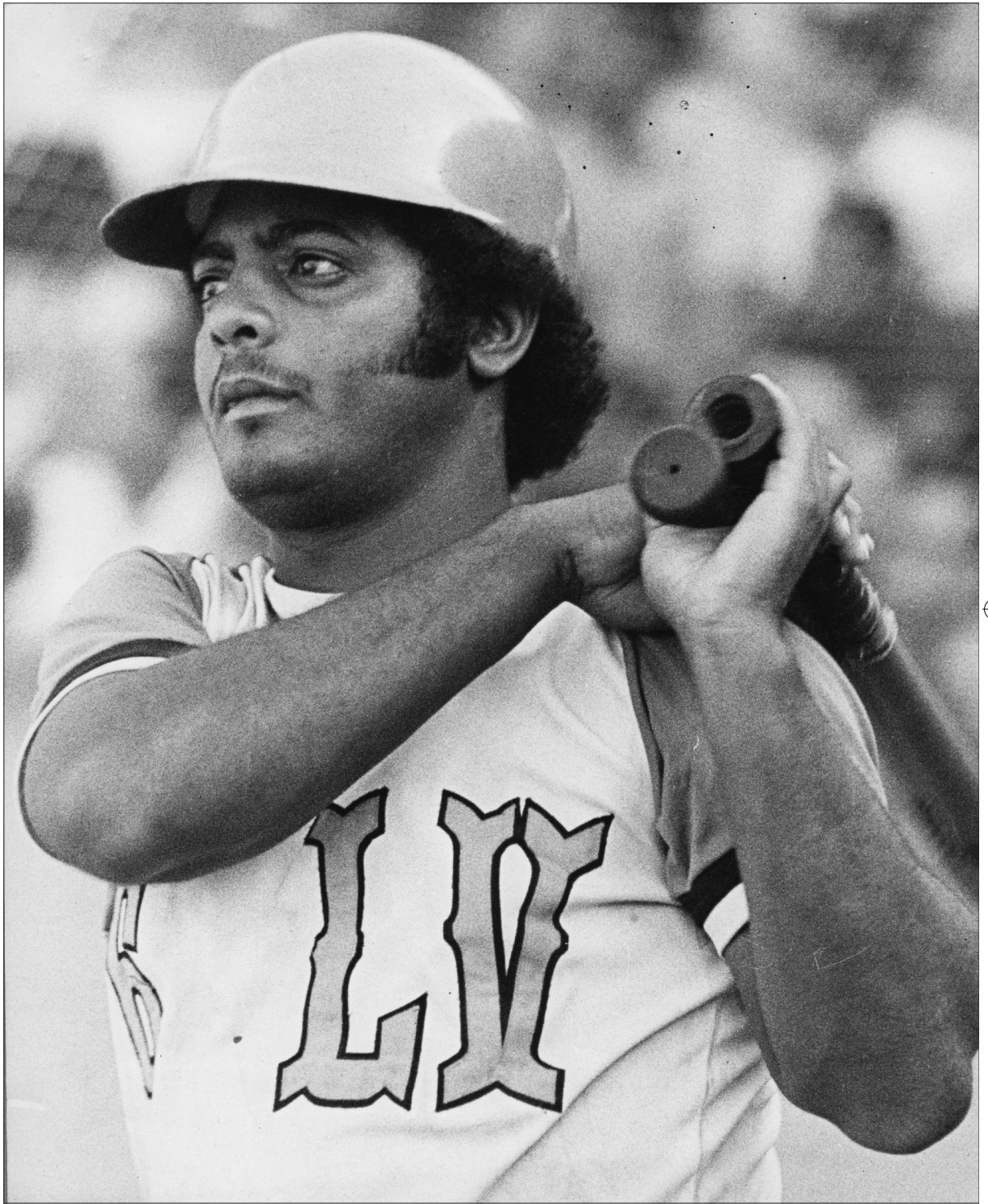
que fuese, con la íntima convicción de conectarle un batazo para decidir un partido, y lograrlo con desconcertante sencillez.

Uno tras otro llegan sus batazos a la memoria: el de la final en la Selectiva de 1978; los quince bambinazos de otra galaxia en Colombia, ese propio año, incluyendo el juego celebrado contra Puerto Rico en el Estadio Luis Alberto Villegas, de Medellín, el domingo 16 de julio de 1978 (día en que el autor de esta crónica cumplía 6 años) y donde Cheito bateó de 6-5, así como tres vuelacercas, dos de ellos en una misma entrada y uno con bases llenas, un doble y ocho carreras impulsadas; sus espectaculares jonrones frente a Estados Unidos en la Copa Mundial de Italia (1978) y en las Copas Intercontinentales de La Habana (1979) y Bélgica (1983); los del Mundial de La Habana en 1984... Tan habituados estábamos a verlo destripar pelotas con la alegría de un niño, que su repentina ausencia dejó un vacío irreparable en el beisbol cubano.

Poco importa que después hayan aparecido jonroneros hasta por gusto, que otros rompieran sus récords o que su foto desapareciera de las páginas deportivas de los diarios. El pueblo de Cuba jamás olvidó la mística de sus batazos, ni fue borrada de su memoria la elegancia y caballerosidad del jugador al que nunca la gloria se le subió a la cabeza. El pelotero que nunca fue sustituido por un emergente ni expulsado de ningún estadio de pelota. Su severa sanción y separación del beisbol se produjo, como en el título de aquella famosa película de Sergio Leone: «por un puñado de dólares»...

Lo llamativo de este lamentable suceso es que se trataba de un pelotero que podía haber ganado millones en Grandes Ligas, y sin embargo siempre prefirió quedarse en su patria y jugar para su pueblo. Nadie tenía el derecho de robarle al Cheo sus esperanzas y sus sueños, ni de quitarle a la afición uno de sus ídolos más admirados y queridos. Pero contrario a lo que buscaban sus agraviadores, su condición de héroe trágico del deporte, como afirma con lucidez el novelista Leonardo Padura, no hizo sino acrecentar la fama y la leyenda de Pedro José Rodríguez Jiménez. Lejos estamos todavía de rendirle, ahora que está muerto, los homenajes que mereció en vida.

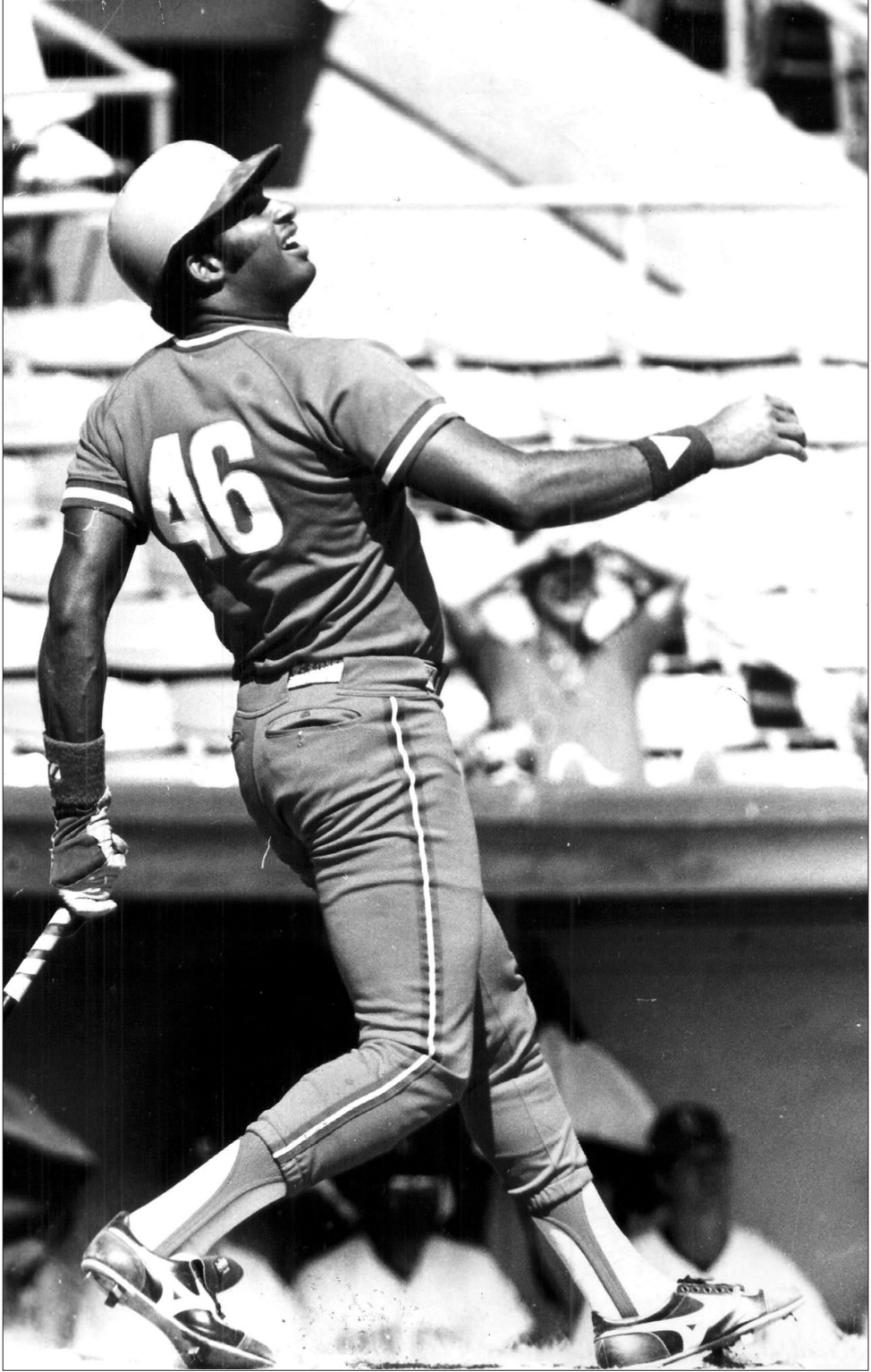
Pedro José Rodríguez, jonronero estelar, el «pueblo de Cuba jamás olvidó la mística de sus batazos». Foto del archivo de la revista *Bohemia*.



Y más allá de los récords y las estadísticas frías, que en este momento poco importan, lo maravilloso de Cheíto estuvo siempre en su espléndida condición humana. La del hombre callado, introvertido, sereno, que hizo del jonrón una virtud notable y una alegría esencial. El que supo ponerle *feeling* a sus batazos, para dicha de todos cuantos iban a los estadios, por el puro goce de que se produjera el milagro de la pelota golpeada con distinción y desaparecida en el firmamento. A petición suya fue enterrado con el traje de pelotero del equipo Cuba, de color rojo.

Hasta Siempre Señor Jonrón.





Orestíada del jonronero

Para Olga Portuondo Zúñiga

Orestes: ¿Quién debe, pues, ser el rey?

VIRGILIO PIÑERA, ELECTRA GARRIGÓ

Orestes Kindelán,
el Rey de los
jonrones en Series
Nacionales. Foto del
archivo de la revista
Bohemia.



El nombre Orestes es de origen griego y quiere decir «El montañés» o «El que ama la montaña». En la antigüedad clásica Orestes fue el único hijo varón de Agamenón —rey de Micenas y uno de los protagonistas de la *Ilíada*— y la desleal Clitemnestra, quien lo asesinó a su regreso de la guerra de Troya. La venganza de Orestes dio asunto para una saga de la tragedia griega conocida como la *Orestíada* y de la que fueron autores Esquilo (*Agamenón*, *Coéforas* y *Euménides*), Eurípides (*Electra*, *Ifigenia* y *Orestes*) y Sófocles (*Electra*).

Condenado por haber quebrantado la compasión familiar, Orestes pierde el juicio y su purificación se alcanza luego de superar arduas pruebas, hasta que su castigo se ve satisfecho por la gracia de los dioses. En la cultura cubana, el dramaturgo Virgilio Piñera hizo

entrar al teatro insular en la modernidad con su obra *Electra Garrigó*, una singular apropiación criolla de la *Orestíada*.³⁷²

Entre los peloteros cubanos que han llevado ese nombre, dos sobresalen por su notoriedad: Orestes Miñoso (Perico, 1922- Chicago, 2015) y Orestes Kindelán Olivares (Palma Soriano, 1964).

Ambos nacieron cerca de aquellos ingenios de azúcar que tantos buenos jugadores han dado a lo largo de la historia y coincidentemente fueron electos al Salón de la Fama del Beisbol Cubano durante su refundación en el año 2014. Pero se distinguieron en épocas diferentes del pasatiempo nacional; uno en la etapa profesional republicana y en la pelota de Grandes Ligas, donde descolló por su velocidad, versatilidad y talento natural. El otro en el período de las Series Nacionales, donde tuvo la carrera más brillante de un bateador de fuerza en estas competencias, al acumular los récords absolutos de jonrones (487), carreras impulsadas (1511), *flys* de sacrificio (91) y total de bases recorridas (3893). Además, alcanzó cifras incuestionables en carreras anotadas (1379), bases por bolas (1232) y *slugging* (600).

Con apenas 22 años —en 1986— Kindelán desató una arrasadora ofensiva de treinta jonrones en la XII Serie Selectiva, que lo convirtieron en líder ofensivo del campeón Serranos y en el mayor artillero para una temporada del beisbol cubano, superando los 28 estacazos de Pedro José Rodríguez, que databan de 1978. Poco tiempo después vino su apoteosis de bateo con la Triple Corona alcanzada en la Serie Nacional de 1988-1989 (Zona Oriental) con 402 de average, 24 cuadrangulares y 58 impulsadas. A partir de ahí, El León de la Montaña o El Tambor Mayor, sus dos epítetos más conocidos, no dejó de batear a sus anchas en cuanto torneo fue convocado. Y si sumamos sus 120 cuadrangulares conectados en torneos internacionales (28 en 6 Copas Intercontinentales, 25 en 5 Series Mundiales, 19 en 4 Juegos Centroamericanos, 15 en 4 Juegos Panamericanos, 14 en 3 Olimpiadas, 13 en 5 Copas José Antonio Huelga, 2 en 2 Copas Meteoros de la Confraternidad y 4 en un Torneo Preolímpico), entonces la suma de sus batazos de vuelta completa asciende a la cifra de 607. Número que en Grandes Ligas solo han podido alcanzar nueve jugadores: Barry Bonds (762), Hank Aaron (755), Babe Ruth (714), Alex Rodríguez (696), Albert Pujols (662), Willie Mays (660), Ken Griffey Jr. (630), Jim Thome (612) y Sammy Sosa (609).³⁷³

Debo confesar que el ingreso de Orestes Kindelán al territorio de mis peloteros favoritos tuvo que ver con la injusta sanción de Cheito en 1985, y el lógico declive de Antonio Muñoz en los finales de su carrera. Entonces

³⁷² Virgilio Piñera: *Teatro completo*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2006, pp. 3-38.

³⁷³ Estos datos están actualizados hasta octubre de 2020.

Kindelán se instaló entre mis afectos como el sustituto natural de mis ídolos jonroneros villareños, tanto por su asombrosa frecuencia de cuadrangulares (en seis oportunidades bateó tres en un desafío) como por el inmenso poder que desplegaba, así como por su distinción como bateador. Poco me inquietaba si se convertía en verdugo de los lanzadores de mi provincia, Villa Clara (algo que solía hacer con bastante frecuencia); lo que realmente me cautivaba era verlo despachar aquellos batazos estupendos con la naturalidad y elegancia de un gallardo y gentil pelotero. Otras de sus cualidades personales que me hicieron admirarlo fueron su sencillez, su hidalguía y el pundonor que lo llevó a no prodigarse en conceder entrevistas, como lógica reacción frente a una prensa muchas veces hostil y parcializada en su contra.

Al preguntársele en una ocasión el motivo de su retiro, cuando le faltaban pocos cuadrangulares para arribar a la mítica marca de 500 —se encontraba todavía en buenas condiciones físicas—, respondió con sinceridad:

Pude haber rebasado esa barrera, pero con tantas contradicciones con la prensa y algunos directivos creí que era suficiente, aunque todavía estaba en plenitud de facultades, porque es cierto que mientras estuviéramos en el equipo nacional frenábamos el desarrollo de los jóvenes que iban subiendo, y retirarme con la gloria en alto creo que también era importante. No le comuniqué nada a nadie, y terminando un juego de *play off* con Villa Clara en el Guiller món Moncada decidí retirarme y eso hice.³⁷⁴

Orestes Kindelán Olivares, con su nombre de héroe griego y sus apellidos de gobernador colonial (Sebastián Kindelán) y noble español (el conde duque de Olivares), es mucho más que el máximo jonronero del beisbol cubano jugado en la Isla. Es sobre todo un mulato afable y campechano, un hombre decente que se expresa con inteligencia, un santiaguero de pura cepa, de los que se saben herederos de la estirpe de Maceo, Crombet y Moncada, esos titanes épicos de la independencia.

En el estadio que lleva el nombre de Guiller món debería erigirse una estatua suya de bronce, como homenaje a las innumerables alegrías y jonrones que prodigó a los santiagueros, durante más de dos décadas. Asimismo, pienso que su número 46 debe ser retirado de la nómina del equipo de Las Avispas y ser colocado junto con su imagen en un lugar emblemático del estadio.

Por todo ello su lugar en el Salón de la Fama del Beisbol Cubano es imperecedero y su nombre está henchido de un fervor benéfico, como la Virgen Mam-bisa que, desde las montañas de El Cobre, custodia y protege a nuestra Nación.

³⁷⁴ Rosa María Panadero Vega: «Al bate... ¡El cuarto bate!», *Jit*, La Habana, 10 de noviembre de 2015, p. 2.



ARTE Y LITERATURA



La corona beisbolera de Reynerio Tamayo³⁷⁵

Para Lizbeth y Diego

Reynerio Tamayo:
Luis Tiant (2017).
Acrílico sobre
lienzo, 100 x 85 cm.
Foto cortesía del
artista.



Cuba posee una vigorosa tradición que relaciona el juego de pelota —uno de los caracteres identitarios más penetrantes del ser nacional— y las artes visuales.

Esta tradición que comienza con los bosquejos de Armando Menocal y Ricardo de la Torriente para las revistas modernistas de *sports* y literatura del siglo XIX, tiene momentos de gran calidad en el dibujo que Conrado Walter Massaguer hizo de *Babe* Ruth en 1930 y los apuntes a plumilla de Eladio Rivadulla sobre peloteros de los años 50. Y alcanza su plenitud en piezas de César Leal, Vicente Hernández, Julio Neira y Reynerio Tamayo Fonseca quien es, entre los artistas cubanos del pincel, el que más y mejor ha representado en su obra el riquísimo imaginario del beisbol como hecho de la cultura. El caso de Tamayo sobresale por la variedad y riqueza temática de sus desplazamientos pictóricos,

³⁷⁵ Palabras de presentación para la exposición personal de Reynerio Tamayo en la ciudad de Veracruz, México, noviembre de 2019.

por los más diversos territorios del devenir beisbolero insular y de otras latitudes (fundamentalmente los Estados Unidos, México y el Caribe), en una narrativa visual que integra con inteligencia los discursos del humor, la gráfica, la parodia y el retrato.

En la presente exposición, el artista anuncia su homenaje en obras que nos muestran una galería de imágenes de algunos de los más grandes jugadores del siglo XX y lo que va del XXI, sin distinción de raza, país de origen o liga donde hayan jugado. Son los casos de Babe Ruth, *Satchel* Paige, Joshua Gibson, Alejandro Oms, Oscar Charleston, Conrado Marrero, Cristóbal Torriente, Lázaro Salazar, Martín Dihigo, Roberto «Beto» Ávila, Miguel Cuéllar, *Yogi* Berra, Tony Pérez, Luis Tiant Jr., David Ortiz, Pedro Luis Lazo y José Dariel Abreu.

Para Tamayo el beisbol es un territorio cultural divertido y sublime, que se puede asumir sutilmente, desde la concupiscencia del choteo criollo y el *pop art* de Andy Warhol, en un sincretismo cultural que no tiene límites físicos ni contornos epocales. Dueño de una estética irreverente, rezumante de guiños, que van desde refinamiento manierista hasta el burlesco, pasando por poses paródicas de las vanguardias y el posmodernismo, Tamayo es experto en prodigar equipos inverosímiles, eternizar jugadores auténticos, soñar estadios quiméricos, y de este modo asombroso hacer inmanente el juego de pelota.

Un elemento distintivo en su quehacer es que siempre está presente algún signo de intertextualidad que remite al universo de la historia de la literatura y el arte. Ya sea en el caso de Ernest Hemingway que levanta un bate bajo la forma de un cachalote; Vincent van Gogh pintado por *Babe* Ruth y como receptor de su legendaria oreja convertida en pelota, o ante la presencia de la estética del *pop art* en el jonrón de David Ortiz y las atrapadas inconmensurables de Edmundo Amorós y Willie Mays.

Del mismo modo es evidente el retozo con la obra de Vasili Kandinsky en la representación de Luis Tiant (hijo) o el perfil de Yadier Molina dentro de un lienzo de Piet Mondrian. Además, presenta una serie que copia los anuncios comerciales de ron y cervezas de los años 50, con los rostros de varios peloteros como alegoría de la calidad del producto.

Hay dos creaciones queribles para mí en esta muestra. Una es la que coloca los semblantes de los peloteros cubanos que formaron parte del Águila Campeón de 1952 —su primer campeonato desde 1938, cuando

Martín Dihigo era su gran estrella— con Santos Amaro como manager jugador, acompañado por René González —exviolinista de la Orquesta Aragón y ganador ese año de la Triple Corona de Bateo—, Mario Ariosa, Tony Castaño y Lino Donoso, tripulando un antiguo automóvil americano, como los que todavía circulan trepidantes por las calles habaneras. La otra es la que enlaza para siempre a esos dos gigantes que fueron Martín Dihigo y Beto Ávila: visten los colores de sus respectivos equipos en México y Cuba, el Águila escarlata y el celeste Almendares; señalan con la nobleza de sus rostros esa hermandad inmarcesible entre Veracruz y La Habana.



El primer abridor

Para Pedro José Rodríguez, in memoriam

Ángel Orestes
Fernández, *Ández*.
Primer abridor
(2015). Acrílico sobre
lienzo, 80 x 60 cm.
Foto cortesía del
artista.



El pintor cienfueguero Ángel Orestes Fernández, *Ández* es un tercer bate que esconde en sus pinceles el carácter de Silvio García, la voluntad de *Pito* Abreu y las buenas manos del *Grillo* Arruebarruena.

Delgado y fibroso como un árbol, de sus cuadros salen troncos en forma de peloteros rústicos, con mostachos decimonónicos y ojos azulados, tocados invariablemente con sombreros de madera y la enseña nacional. Juegan confiados entre bosques, palmares y sabanas. Se llaman Emeterios, y son como una tribu de guajiros originaria del siglo XIX, una estirpe varonil derramada en el lomerío, heredera de aquellas primeras cohortes de jugadores que fundaron la Nación, trocando bates y esferas por machetes y escopetas. Los Emeterios también son intemporales, y se (tras)visten como los cuatro grandes del beisbol profesional profesional isleña: Almendares, Habana, Marianao y Cienfuegos.

La Nación hecha beisbol es una de las obsesiones de Ández. Este concepto/metáfora aparece en forma de ingenios azucareros adueñándose de todas las bases del diamante/país, convertido en un inmenso cañaveral, sin que asomen los peones del campo ni los macheteros, es decir, los peloteros de las otrora poderosas ligas azucareras en una vigorosa imagen: esta nos remite a las magníficas litografías de Eduardo Laplante, donde se podía apreciar el paisaje idílico de las fábricas de azúcar sin ver un solo negro esclavo por los alrededores. Otros referentes cultos asociados a ese lienzo podrían ser el antológico poema *La Zafra*, de Agustín Acosta, con sus letanías de carreteras y guardarrayas; y la novela primigenia de Alejo Carpentier, *¡Écue-Yamba-Ó!*, donde la pelota jugada en los ingenios republicanos adquiere un singular protagonismo. Sin azúcar no hay país, decían los hacendados criollos, en una fórmula falaz; sin beisbol tampoco hay país, y esto es una verdad como un templo, o como un central azucarero, aunque estos aparezcan con las chimeneas desoladas y los tándems vacíos.

El descentramiento de este juego en el cuerpo de la Nación aparece sugerido en el obstinado «entrenamiento» del pelotero con rostro grave, que se lanza al mar montado en una embarcación, un fenómeno inexorable que sigue empobreciendo la pelota en la Isla y nutriendo las de otras latitudes. El persistente «goteo» de beisbolistas cubanos hacia regiones foráneas parece un nudo gordiano, difícil de deshacer en las circunstancias actuales, y no se vislumbra todavía el Alejandro capaz de cortarlo de un tajo.

Otro sentimiento que adelgaza la pasión insular por el juego de pelota es la artificial y desmedida propaganda otorgada al fútbol europeo en los medios masivos de comunicación, con particular impacto de la televisión entre niños y jóvenes. Esta paradoja cruel, dados los pírricos resultados del balompié nacional, emerge aquí ironizada con la figura de un pelotero, condenado a sostener arrodillado, como el Atlas mitológico, el peso de una esfera en forma de balón. Otra esfera, esta con silueta y costuras férreas de pelota de beisbol, pareciera conjurar en una ciudad utópica la supremacía del fútbol.

Dos imágenes, aparentemente distanciadas en sus contextos, no dejan de inquietarme y conmovirme: el aficionado cienfueguero que increpa la conducta de un árbitro con la mueca desencajada del grito de Munch, desde la populosa y anónima grada de cualquier estadio; y esa espléndida imagen de José Martí, cumpliendo su auténtico destino: ser el primer abridor de

todos los partidos difíciles, dueño de un amoroso repertorio, con la mirada limpia y los símbolos de Cuba grabados en el uniforme. Se le ve joven y fuerte, y vencedor siempre, como los héroes verdaderos, en un admirable desafío que no termina nunca.

¿Quién podrá resistir el hechizo de esa blanca pelota, delicada como una rosa, lanzada sin odios ni rencores?

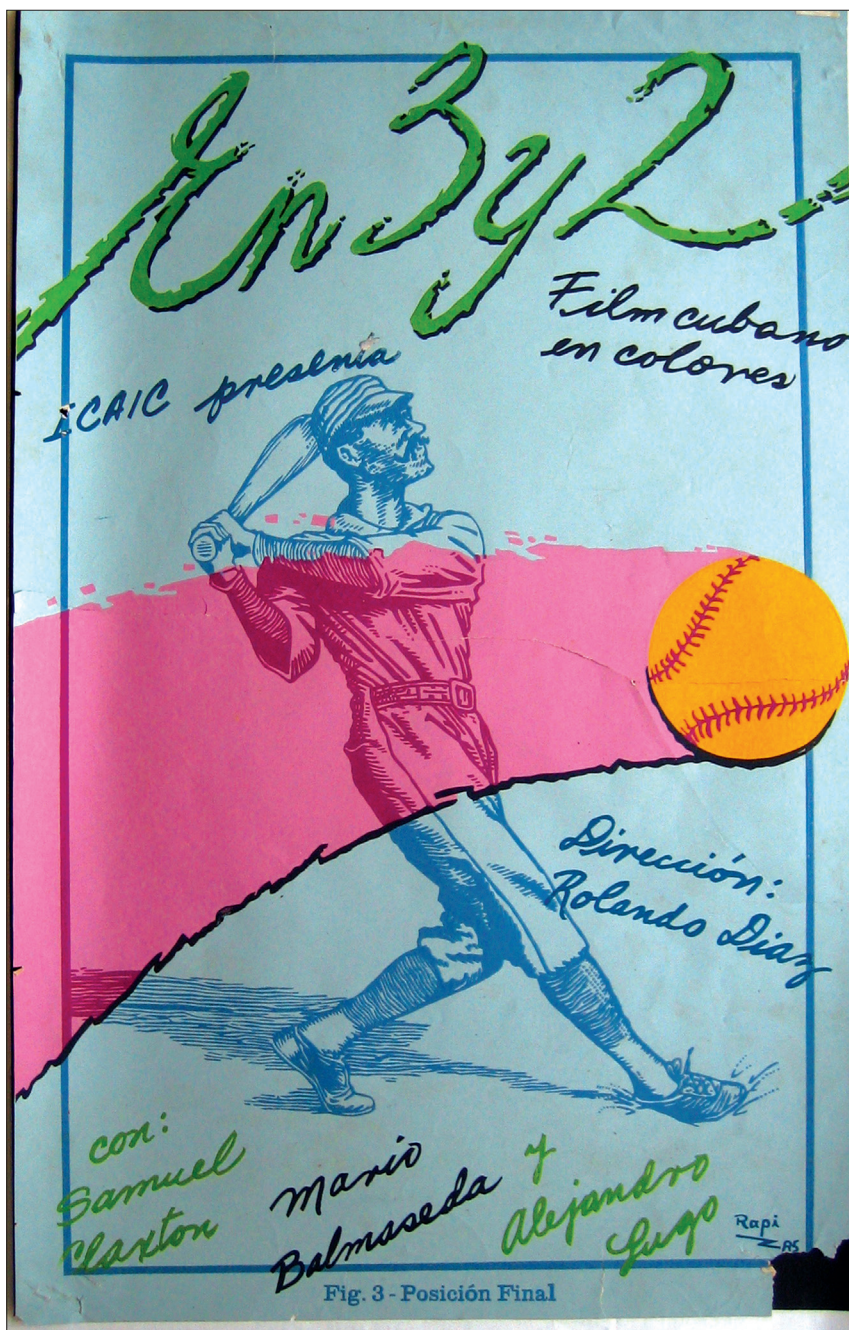


Fig. 3 - Posición Final

El batazo sideral de Jorge R. Bermúdez

Para Rafael Acosta de Arriba

Constante Diego,
Rapi: En 3 y 2
(1985). Serigrafía,
76 x 51 cm. Cartel
para filme cubano.



Quiero empezar hablando del autor cuyo libro presentamos hoy, el Jorge R. Bermúdez, en clave literaria y beisbolera, como corresponde a su texto titulado *Antología visual. El beisbol en la plástica y la gráfica cubanas*.³⁷⁶

Cuando Manolín le preguntó a Santiago, en las páginas de *El viejo y el mar*, quién era mejor, si Adolfo Luque o Miguel Ángel González, el viejo pescador le contestó con irresistible candor: «Creo que son iguales». Algo de ambos brillantes exjugadores y directores observo en la personalidad de Bermúdez, pues él tiene la inteligencia y la cubanía de Luque, y también la modestia y gallardía de Miguel Ángel, dos manes tutelares de nuestro beisbol de todos los tiempos.

³⁷⁶ Presentación de *Antología visual. El beisbol en la plástica y la gráfica cubanas*, de Jorge R. Bermúdez, Artecubano Ediciones, La Habana, 2015. Sábado del Libro, La Habana, 3 de septiembre de 2016

Con ello quiero decir también que es un gran amigo y un extraordinario investigador, al que debemos ya una apreciable contribución a la historia de la gráfica y las artes plásticas en nuestro país, como lo demuestran, entre muchos otros títulos, sus antologías visuales dedicadas a Martí, el Che y Lezama, o su monografía consagrada a Conrado Walter Massaguer. Asimismo, es una criatura generosa, que comparte sus múltiples saberes con quien se lo pida, un gran conversador y gente campechana, que guarda toda su grandeza bajo un semblante humilde y risueño.

Otra virtud de Bermúdez es que es oriundo de Ranchuelo, un pintoresco pueblo situado a menos de 20 km de Santa Clara, donde como reza la dedicatoria de este ejemplar, su padre, *pitcher* y obrero cigarrero, seguía a los Dodgers de Brooklyn cuando todo el mundo admiraba a los Yankees de Nueva York. Como es conocido, los Dodgers fueron el equipo que rompió la barrera racial en las Grandes Ligas cuando firmó a Jackie Robinson en 1947, con el mítico número 42 en la espalda, hoy retirado de todas las franquicias del beisbol organizado del máximo nivel en Estados Unidos.

Cerca de Ranchuelo está Cruces, la tierra donde descansan los restos de Don Martín Dihigo, el *Maestro Inmortal*, y también Santa Isabel de las Lajas, donde reposa el gigante Benny Moré, que hermanó música y pelota en su enorme plenitud como artista. En Ranchuelo está en pie todavía el enorme edificio de la fábrica de cigarros de Trinidad y Hermanos, la segunda mayor de Cuba y que empleaba más de 500 obreros, entre ellos al padre de Bermúdez. Sus dueños eran propietarios del Banco Mercantil de Ranchuelo y también de los terrenos de beisbol más importantes de Santa Clara y Cienfuegos: me refiero a la Boulanger y Aida Park, los que fueron remodelados y rebautizados en la primera mitad del siglo XX con el nombre de la firma cigarrera; es decir, hay un momento a fines de los años 30 y comienzos de los 40, que ambos se llaman Estadio Trinidad y Hermanos.

Permítanme una última digresión, Aida Park se llamaba así por la ópera de Verdi, y en Santa Clara hubo un equipo llamado Tosca en alusión al melodrama de Puccini; en este último actuó el gran Alejandro Oms, capitán de los Leopardos de Santa Clara, el equipo cubano más grande de todos los tiempos, y que seguramente el padre de Bermúdez vio jugar, cuando fascinaban al público en sus incursiones por la geografía villareña. En aquel conjunto estuvo también el gigante negro estadounidense Joshua Gibson, que conectó más jonrones que *Babe Ruth* y fue autor de un batazo descomunal de 700

pies en la Boulanger Park y que, en esta monografía, verán llevando la pelota un poco más lejos... Hasta la luna de la película silente de George Méliès.

Estamos en presencia de un volumen que reúne, en fecundante proximidad cultural, al beisbol con la gráfica y la plástica insular. Y subrayo aquí el concepto *cultural*, porque la pelota es sobre todas las cosas un elemento esencial de la cultura cubana, de nuestra identidad como nación y forma parte de sus esencias más profundas y permanentes. Es asimismo una fuente inagotable de creación para el imaginario popular, vigente de manera indiscutible en el lenguaje cotidiano, en la gestualidad y la música, pero también domina un lugar importante dentro de la ciudad letrada y, en el caso que nos ocupa, en la metrópoli inquieta y cosmopolita de los pintores, escultores y artistas gráficos.

El plato fuerte de esta antología visual son las obras de más de 50 creadores, varios de ellos premios nacionales de artes plásticas y otros que lo serán en el futuro. Estos trabajos tienen con la pelota una relación intensa y diversa, plural, filosófica y coral. En pocas ocasiones el tema aparece explícito o canonizado, la mayoría de las imágenes son representaciones donde se entrelazan visiones existenciales, oníricas, eróticas, fantásticas, esotéricas, irreverentes, desacralizadoras o intertextuales. El carnaval de Bajtín, los paratextos de Genette y la literariedad de Roman Jacobson están inscritos como palimpsestos o explorados sutilmente en la inmensa mayoría de los trabajos pictóricos elegidos por Bermúdez, que pudieron ser muchos más. Estamos en presencia de una apropiación estética variopinta del juego de pelota, con múltiples acercamientos y miradas, desde la perspectiva y la agudeza propias de cada autor, a una dimensión espiritual y ontológica que trasciende con creces el terreno de juego.

La lista de creadores que aparecen en la antología es extensa y no sería justo enumerarla prolijamente. Los hay de todas las promociones: clásicos, modernos, contemporáneos y posmodernos, y de todos los credos estéticos. Aquí se dan cita, en un equipo Todos Estrellas: Massaguer, Jaime Valls y Rivadulla (padre e hija), Antonia Eiriz y Lesbia Vent Dumois, Ever Fonseca y César Leal, Pedro Pablo Oliva y Rapi Diego, Bonachea y Alicia Leal, Choco y Rancaño, Montoto y Julio Neira, Alpízar y Fabelo, Kcho y Abela, Juan Padrón y Vicente Hernández, Ares y Tamayo, Ángel Fernández y Mario García Portela, que cierra junto con Bermúdez, en un guiño travieso, con un jonrón manigüero conectado entre ambos.

Entre toda esta pléyade de cuartos bates, quisiera detenerme en la obra de un pintor, Reynerio Tamayo, que no por casualidad es el ilustrador de cubierta. Como he dicho en otras ocasiones, Tamayo es el artista que con mayor dedicación ha pintado el beisbol en Cuba, y ha recreado su riqueza polisémica con humor, ironía y sobre todo con una especial sensibilidad.

De las casi cien obras recopiladas en este tratado artístico, no menos de diez le pertenecen, pero de su autoría son muchas más, y entre ellas destaco ese majestuoso cuadro que lleva por título *El cuarto bate*, un profundo homenaje al deporte como parte del arsenal simbólico de lo cubano, asociado aquí a esa otra gran alegoría de nuestra espiritualidad que es la Virgen de la Caridad del Cobre. Y ahora solo me queda invitarlos a que adquieran el texto, bellamente impreso por Artecubano Ediciones, que no dejen de leer la enjundiosa introducción, que más que un proemio es un verdadero ensayo sobre el lugar del juego de pelota en la historia de la cultura cubana, y agradecerle mucho a Jorge R. Bermúdez por tan hermoso regalo que nos hace a todos los que amamos el arte, y creemos y soñamos con el beisbol.





Kurosawa, las *geishas* y el beisbol

Para José Ramón Neira Milián

Julio Neira: *La gran cogida II* (2018).
Tinta y grafito sobre cartulina, 30 x 21 cm. Foto cortesía del artista.



Cuba y Japón son dos archipiélagos muy distantes en la geografía, y con historias también muy diferentes. Sin embargo, comparten algunos rasgos culturales de gran importancia en los procesos de construcción de sus identidades como naciones modernas.

Una de esas similitudes tiene que ver con la manera en que ambos países enfrentaron el expansionismo de los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX. En el caso de Cuba, invadida por expediciones filibusteras llegadas desde suelo norteamericano entre 1849 y 1851, con la idea de anexionarla a la Unión. En el japonés, en 1853 el comodoro Perry, acompañado por una atemorizante flota de diez modernos navíos, logró forzar un acuerdo comercial entre los Estados Unidos y el Japón feudal.

Este «acuerdo» permitiría la llegada de barcos y la apertura del comercio japonés a los países de Europa y Norteamérica. Pero, también desde los Estados Unidos ambos países recibieron una práctica cultural que los

identifica hasta el presente, me refiero al beisbol o juego de pelota, que trajeron a Cuba jóvenes estudiantes desde el sureño estado de Alabama en 1864 y que fue llevado a Japón una década más tarde, por profesores estadounidenses, que llegaron a enseñar inglés con el propósito de incorporar dicho país a la órbita de Occidente.

Desde entonces, el imaginario cultural de Cuba y Japón aparece poblado por el beisbol y atraviesa múltiples territorios como la música, el arte, el cine y la literatura. Si tuviera que escoger dos ejemplos para ilustrarlo, serían del lado cubano el poeta Nicolás Guillén, autor de notables elegías de temática beisbolera, y del japonés el director de cine Akira Kurosawa, quien describe en sus memorias cómo el beisbol formó parte de su educación sentimental. Incluso, en su adolescencia llegó a ser lanzador y jugador de *short stop*.

A la gran familia de creadores que han tomado el beisbol como una referencia identitaria se une Julio Neira Milián, autor de cuadros memorables como *El samurái del terrenito*, una pieza del año 2003 que tuvo la gentileza de cederme para ilustrar la cubierta de mi primer libro titulado *Beisbol y estilo. Las narrativas del beisbol en la construcción del nacionalismo cubano* (2004), publicado para la Colección Pinos Nuevos. Ahora, con la serie *Haikus en el malecón de La Habana. Cuatro estaciones*, Neira se apropia y retoza con diversos iconos de la milenaria cultura japonesa desde los breves poemas llamados haikus, esos prodigios de sencillez y belleza condensados en apenas tres versos sin rima, hasta las exóticas imágenes de las *geishas*, muchachas encargadas de la diversión culta para un público de ambos sexos, *instruidas desde muy jóvenes en la danza, la música, la ceremonia del té*, y eventualmente, el placer sensual. También alude a los luchadores de sumo, práctica ritual de origen sintoísta que es además el deporte nacional de Japón, y la legendaria figura del samurái, guerrero de la élite militar del período feudal, inmortalizado por el grabado, la literatura y el cine nipón.

Todas estas representaciones y dibujos conviven en universos oníricos y acuosos, que nos recuerdan el carácter insular de ambas naciones y «la maldita circunstancia del agua por todas partes», como diría Virgilio Piñera, amén de que en ambos archipiélagos golpean con fuerza los fenómenos naturales: huracanes en el Caribe y tifones en los mares de Asia septentrional, con sus poderosas fuerzas destructivas. Las penetraciones del mar durante el paso de un huracán le sirven a Neira como escenario líquido que genera una narrativa del caos, donde es posible encontrar cuerpos extraños como el de un pelotero andrógino con traje de bailarina o una *geisha* «con las nalgas en

vaivén» sobre una improvisada balsa de goma, en la que comparte espacio con una lujuriosa vendedora de escobas, que maliciosamente nos enseña su sexo.

El erotismo, sugerido o rotundo, es un componente esencial del discurso artístico de Julio Neira, y se entrelaza con cierta atmósfera de relajó y aparente indolencia, propia de las actitudes de personas enfrentadas a situaciones extraordinarias. En una de las obras vemos al propio artista, vestido de beisbolista, entregado a una sutil coreografía con una danzarina y un orondo luchador de sumo, mientras que en un agudo homenaje a Carlos Enríquez, la *geisha* es raptada por un pelotero que tripula un monociclo y además blande su bate fálico en precario equilibrio sobre las aguas. De iconología más densa es la pieza que expone unos glúteos y un torso desnudos que esconden una espada de samurái, colocada con gesto manierista sobre una libreta de racionamiento, o la que enseña una espalda de la que salen múltiples remos como prolongaciones de una espina dorsal convertida en un pontón humano.

Otras veces el pelotero está desnudo y semisumergido en el agua en espera de su turno para batear o en actitud ritual para seducir a una bailarina, mientras toma a otras por el cabello y disfruta que estas le acarician las nalgas, o aparece rodeado de geishas que lo merodean con curiosidad o se mueve piloteando un pesado triciclo en el que viajan geishas, luchadores de sumo y mulatas semidesnudas. Inclusive, una cabeza hundida los mira avanzar afanosamente sobre el medio acuoso, en una imagen que nos recuerda al Bosco del *Jardín de las Delicias*.

La pieza titulada irónicamente *La gran cogida II*, que nos muestra una pelota protegida de modo maternal entre los pechos de una opulenta *geisha*, se nos presenta en una tesitura diferente al trabajo de análogo nombre del año 2013, que el crítico Jorge R. Bermúdez incluyó en su antología visual del beisbol cubano, pero su traviesa lubricidad sigue teniendo un carácter perturbador para quien la observa. Diferentes obras remiten a un contrapunteo juguetón con ese clásico del grabado japonés que es *La Gran ola de Kanagawa*, de Katsushika Hokusai, en un caso como alegoría de la mítica barca de los Tres Juanes, transfigurados aquí en un pelotero, un mulato y una *geisha*; y en otro cuadro de una concupiscencia explícita, aparecen acostados sobre la ola de Hokusai una *geisha* con el sexo abierto que toma en su mano el falo descomunal de un beisbolista negro, mientras la imagen del Monte Fuji aparece trastocada por un central azucarero, que avanza también sobre las olas, y lleva en su torre el sarcástico nombre de «Flotante»...

El erotismo del cuerpo masculino aparece de manera recurrente en esta inquietante serie. En pose que nos recuerda al *David* de Miguel Ángel, un pelotero sostiene un bate con gesto indolente, mientras su falo permanece bajo el elemento líquido, que moja a su vez las páginas, escasas de productos, de la libreta de abastecimiento. Un último ejemplo nos presenta una criatura bicéfala con cuerpo de alazán, y cuyo torso doble son los de un pelotero en actitud de lanzar la bola y de un samurái mostrando su sable en ademán beligerante. Ambas acciones suponen un desafío y una violencia contenida, como la que suele ocurrir en el duelo del *pitcher* con el bateador, que se insinúa en una tensión máxima del caballo que podría partirlo en dos.

Acompañan a los dibujos una sucesión de audiovisuales silentes, de gran fuerza dramática y plenos de símbolos acuosos y metáforas corporales de notable plasticidad, que retoman el universo de las *geishas*, los samuráis y el juego de pelota, en cuya ejecución minimalista Julio Neira revela una vez más por qué es uno de los artistas más irreverentes y experimentales de su generación. Las obras que conforman «Haikus en aguas del malecón de La Habana. Cuatro estaciones», insisten repetidamente en esas obsesiones líquidas y criaturas erotizadas y equívocas, que nos dislocan y seducen al mismo tiempo por su extraña y vigorosa ternura.

El escritor pelotero

Para Enrique Luis Rodríguez

En la inefable *Guía Oficial del Beisbol Cubano*, ese minucioso prontuario de cifras y enumeraciones frías, se puede encontrar en la página 329, edición del 2014 —año en que Pinar del Río fue campeón— a un tal Juan Osaba.

Sus dígitos son poco edificantes: apenas una serie, 12 juegos, 17 veces al bate con dos solitarios *hits*, un anémico promedio de 118, con una base por bolas y tres ponches. Nada más nos dicen estos pobres guarismos de ese oscuro y fugaz pelotero. Allí no aparece cuándo nació, en qué provincia y en cuál equipo jugó, tampoco sabemos si era zurdo o derecho, y por supuesto no existe ninguna imagen suya. En resumen, el pelotero Juan Osaba, como dijera Borges, tenía reservado el olvido, y en la *Guía...* es apenas una brumosa presencia.

Pero algo diferente sucede si revisamos la ficha biográfica de Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga, nacido en Pinar del Río el 13 de marzo de 1947, criado

en las Minas de Matahambre, profesor titular y consultante de la universidad de los deportes pinareña. Ensayista y crítico, autor de una profusa bibliografía que ronda ya la docena de títulos, merecedor de prestigiosos premios y sempiterno colaborador de páginas impresas y digitales.

¿Serán la misma persona, aquel discreto segunda base que jugó para los Vegueros en la temporada 1971-1972 y este prolífico escritor? Desde luego que sí, porque mi amigo Osaba nació para vivir y contar el beisbol, para jugarlo desde su niñez y adolescencia, pero sobre todo para historiar sus recuerdos y hazañas. No importa si se trata de «Nené» Martínez y René Melo o Pata y Revolico en su entrañable terruño, de Linares y Casanova en las Series Nacionales o de *Babe Ruth* y Ted Williams en las Grandes Ligas.

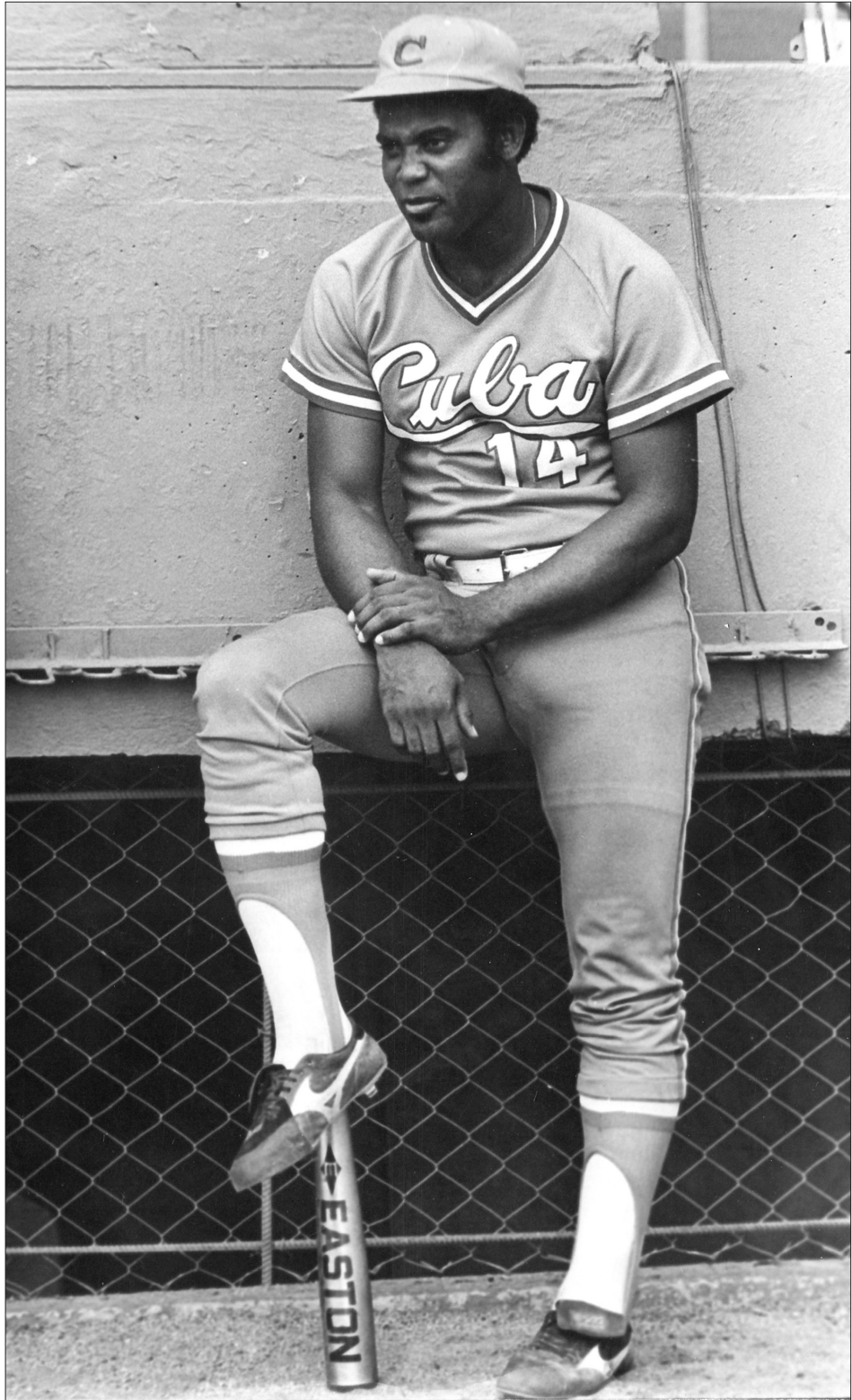
Dijo el profesor francés Marc Bloch, que allí donde olierá carne humana, debía estar el historiador. Yo afirmo que dondequiera que olfatee la hierba húmeda de un terreno, el aroma sutil del cuero de los guantes o la transpiración agria de los peloteros, allí estará siempre la pluma y la sensibilidad de Osaba para contarnos sus avatares y sueños. Porque además de ser un profundo conocedor del juego y de su historia, nuestro amigo es también un escritor de estilo elegante, dueño de una prosa salpicada de criollismo, que lo convierten en un narrador inteligible y ameno.

Entre los numerosos libros que han brotado de su imaginación beisbolera, destaco las cuatro biografías sobre notorios peloteros pinareños: Luis Giraldo Casanova, Omar Linares, Pedro Luis Lazo y Alfonso Urquiola. Nada más y nada menos que el jugador más completo, el mejor bateador, el *pitcher* más ganador y una de las mejores segundas bases de la pelota insular en el último medio siglo. Esa tetralogía pudiera considerarse el núcleo duro de su manera de comprender y sentir el beisbol, con una mirada que rebasa lo deportivo y se adentra en los laberintos de la existencia. Los peloteros biografiados son extraordinarios atletas, pero de ningún modo son vidas perfectas, sino criaturas de carne y hueso, que sufren, aman, lloran y sueñan. Cada uno de ellos tiene un lugar reservado en la historia del beisbol cubano y un sitio inmortal en la memoria de su pueblo.

Hay otro tipo de textos escritos por Osaba, que me recuerdan aquella definición de Cintio Vi-

De las varias «biografías sobre notorios peloteros pinareños», hay una dedicada a Luis Giraldo Casanova (en la imagen). Fueron escritas por Juan Antonio Martínez de Osaba, autor de obras que perduran «también en la memoria familiar». Foto del archivo de la revista *Bohemia*.





tier cuando habló de los libros «bijiritas». No son las obras investigativas de largo aliento, sino aquellas que recogen anécdotas, recuerdos, invenciones y leyendas sobre el beisbol, que perduran en el imaginario popular o, en el caso de Osaba, también en la memoria familiar. Algunos de estos títulos son *Mitos y realidades de la pelota cubana*, que tuve el placer de prologar en 2008; *Nosotros los peloteros*, con un ponderado exordio de Leonardo Padura; y uno más modesto titulado *Cosas de la pelota (de Cooperstown a las Minas)*, con esas evocaciones cariñosas y risueñas del «Clavo» Osaba, del gran fildeador Barrilito y de Nené el Vaquero, autor de un *foul* con dimensiones de jonrón. Dos últimas faenas vienen a consumir su bibliografía. Me refiero a *Inmortales del beisbol cubano*, un justo reconocimiento a los peloteros que integran el Salón de la Fama del Beisbol Cubano, además de los que aparecen exaltados en otras geografías beisboleras; y el trabajo intelectual que considero su obra mayor: la *Enciclopedia biográfica del beisbol cubano* en cuatro enjundiosos tomos, a la cual él ha tenido la generosidad de invitarme como un humilde colaborador.

Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga figura ya entre los grandes cronistas e historiadores del beisbol cubano, al lado de nombres como Wenceslao Gálvez y Víctor Muñoz, Joe Massaguer y Rafael Conte, Eladio Secades y José Antonio «Jess» Losada, Raúl Diez Muro y Severo Nieto, Eddy Martin y Roberto González Echevarría, Martín Socarrás y Norberto Codina.

Pero sobre todas las cosas se trata de un investigador surgido del pueblo, una persona noble y decente, hombre y amigo. Termino este elogio parafraseando a Juan Gualberto Gómez y sus hermosas palabras sobre el pelotero y patriota Emilio Sabourín, que quiero dedicar de igual forma al escritor pelotero Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga. Él también ha tenido tres grandes amores: su familia, Pinar del Río y el beisbol.





Cuando el beisbol se parece a la vida

El poeta, editor y periodista Norberto Codina, alcanza con su libro *Cuando el beisbol se parece al cine* uno de los más notables ensayos sobre beisbol y cultura escritos en Cuba. Imagen de cubierta de Reynorio Tamayo.



En una de las primeras películas de Akira Kurosawa, *Un domingo maravilloso* (1947), una pareja de enamorados va en busca de un alquiler barato en un barrio de la periferia de Tokio, y después de visitar la habitación, pequeña, deprimente e insalubre, él juega con unos niños al beisbol y tendrá que gastar diez de sus preciosos yenes comprando dos pasteles, aplastados por una bola mal dirigida. Una metáfora sutil del éxito y la adversidad, tan cara al director japonés y al mejor cine a lo largo de su historia. Desde luego, es una suerte que Kurosawa no se haya dedicado de manera constante al deporte, pues ello nos hubiera privado de esas obras maestras que son *Rashomon* y *Los siete samuráis*.

En otra isla lejana, pero igualmente devota del juego de pelota, un huracán dejó sin techo en 1933, a su paso por la provincia de Matanzas, a una familia humilde y numerosa, compuesta por una madre y cinco hijos, los que tuvieron que vivir en el terreno del Central España, en la caseta que se utilizaba para guardar los proyectores de películas, que estaba debajo de la glorieta del

terreno. Uno de aquellos niños pobrÍsimos se llamaba Saturnino Orestes Arrieta Miñoso Armas.

Como sabemos, Orestes Miñoso no solo fue el primer negro de origen latino en pisar un diamante de Grandes Ligas, cuando firmó con los Indios de Cleveland en 1949 (Roberto Estalella y Tomás de la Cruz, «mulatos claros», lo habían hecho antes), sino que lo hizo con obstinación en seis décadas distintas. Ha sido el único pelotero en pararse en un *home* a batear con más de setenta años (dependiendo de la fecha de nacimiento que tomemos del inefable Minnie: 1922, 1923 o 1925). Miñoso fue, como todos los grandes peloteros, una suerte de sumo sacerdote de esa religión laica en que se convierte el beisbol allí donde sus raíces son profundas y vigorosas.

He querido iniciar mis palabras de elogio al libro del fraterno poeta, editor y ensayista Norberto Codina, citando a dos personajes tan distantes en la geografía como Kurosawa y Miñoso, porque sin saberlo ninguno de los dos, existe algo que los une: el beisbol. Y es justamente esa secreta correspondencia que articula cultura y pelota, la savia nutricia, la esencia espiritual que sostiene la narración de Codina en este texto caleidoscópico titulado *Cuando el beisbol se parece al cine*. También porque en breve su autor cumplirá setenta años, y como el Cometa del Central España, todavía se para con soltura en su cajón de bateo.

Cajón de bateo. Algunas claves entre beisbol y cultura, publicado en 2012 en la muy pelotera ciudad de Matanzas, es quizás el más remoto antecedente de *Cuando el beisbol se parece al cine*. Digamos que, hablando en el argot beisbolero, fue su «calentamiento» del brazo para lanzar, casi una década después, el que considero es el juego de su vida, el epítome de sus obsesiones sobre la poderosa e íntima complicidad que existe entre nuestro deporte nacional y sus corolarios en la cultura.

Como en aquella paráfrasis de Scherezada que hizo un lector improbable de *Las mil y una noches* llamado Yogi Berra, y que Norberto tanto disfruta, este nuevo texto es una caja china de historias, crónicas, recuerdos, digresiones, anécdotas, mitos, fábulas, leyendas y evocaciones, que se mueven en ámbitos geográficos y culturales tan diversos como Nueva York y Caracas, Chicago y Marianao, Los Ángeles y Mantilla, El Vedado y Quemado de Güines... La música, la poesía, el cine, la radio, el teatro, el relato costumbrista, las artes plásticas, la picaresca criolla, las historias familiares, la fascinación, la desmesura, lo sagrado y lo profano, la vida misma en toda su riqueza y complejidad, son algunos de los discursos literarios que pueblan estas páginas

pantagruélicas. Como en *El libro de arena* de Jorge Luis Borges, citado aquí a propósito de su aborrecimiento del fútbol, en este de Codina los relatos y las experiencias sobre y desde el beisbol son literalmente infinitos.

La galería de personajes que hablan, discuten (el más beisbolero de los verbos), añoran y sueñan con el beisbol es tan extensa, rica y variada, que el índice onomástico del libro sería otro en sí. Estamos en presencia de un compendio de profunda y exquisita erudición, de vocación enciclopédica y prosapia ilustrada. Lo verdaderamente asombroso de su lectura, que lo hace tan ameno, divertido y profundo al mismo tiempo, es esa monumental ligazón y las sorprendentes asociaciones de todo tipo, que demuestran la inteligencia de su autor a la hora de narrar la saga cultural del beisbol, no solamente cubano, sino también estadounidense y de la cuenca del Gran Caribe. De manera ejemplar, Norberto maneja con destreza y naturalidad la historia del juego de pelota como parte indivisible de esa historia mayor que es la de la cultura cubana y universal.

Refiriéndome solo a Cuba, en su discurso se dan la mano Wenceslao Gálvez y Delmonte, *short stop* y primer historiador del beisbol cubano, y Julián del Casal, enamorado platónico del juego. José Martí, asistente a desafíos en Long Island y Cayo Hueso, somete a crítica al beisbol profesional estadounidense desde su atalaya neoyorquina; el apasionado Eladio Secades contrapuntea con el no menos vehemente Ismael Sené, quien como su tocayo de Moby Dick, desgranaba relatos verdaderos y al mismo tiempo inverosímiles; Nicolás Guillen nos deslumbra con sus formidables crónicas y poemas dedicados a Basilio Cueria, José de la Caridad Méndez y Martín Dihigo; José Raúl Capablanca se nos revela como entusiasta practicante (jugaba *short stop* y segunda base en la Universidad de Columbia), cuya pasión compartía con los tableros de ajedrez y Wifredo Lam confiesa que de niño imitaba al gran Miguel Ángel González en la receptoría; Lezama Lima se transfigura en insólito cronista de beisbol en el *Diario de la Marina* y Alejo Carpentier aparece jugando pelota en los arrabales habaneros y fumando cigarrillos de la marca «La flor de Marsans».

Siguiendo con la literatura, aquí están contadas las aficiones peloteras de una extensa cohorte de escritores de varias generaciones y estilos. Entre ellos los olvidados Miguel Ángel de la Torre y Víctor Muñoz y sus no menos relegadas novelas de temática beisbolera; Juan Antiga, pelotero del siglo XIX que tocaba la cítara y leía a Baudelaire; Pablo de la Torriente, Raúl Roa, José

Zacarías Tallet, Guillermo Cabrera Infante, Luis Marré, Raúl Martínez, José Antonio Portuondo, Arturo Arango y José Rodríguez Feo, quien ensimismado en un juego de pelota se apropia de un cuadro de Fayad Jamís. También sabemos del fervor de Eliseo Diego por Babe Ruth y de Enrique Núñez Rodríguez por Conrado Marrero, a quien bautizó con elegancia como el Lezama Lima de la pelota cubana; aparecen las alusiones de Cintio al beisbol en *Lo cubano en la poesía*; Roberto Fernández Retamar nos recuerda a la Montaña Guantanamera y al mosquito Ordeñana, pero no se olvida «de Joyce, Mayacovski, Strawinski, Picasso o Klee, esos bateadores de 400» y no podía dejar de mencionarse la célebre devoción industrialista de Leonardo Padura, sin discusión el mejor pelotero entre los escritores y viceversa. Menos conocido es que el folclorista Samuel Feijóo, el historiador Francisco Pérez Guzmán y el musicólogo Helio Orovio, se desempeñaron como coyunturales anotadores de pueblerinos juegos de pelota en Las Villas, Güira de Melena y Santiago de Las Vegas.

Otras disquisiciones del autor evocan a dos de los más grandes comediantes criollos de todos los tiempos, Federico Piñeiro y Alberto Garrido, Chicharito y Sopeira, convertidos en «managers honorarios» de la Liga Profesional. También aparecen jugadores que tuvieron sus minutos de fama con la farándula, como el Gigante del Central Senado, Roberto Ortiz, interpretándose a sí mismo en la película *Honor y Gloria*, dirigida por Ramón Peón con guión de Eladio Secades, una bien pensada operación de *marketing* para el jugador almendarista, encaminada a borrar del imaginario popular un hecho innoble de su trayectoria, o el marrullero Clemente «Sungó» Carreras y sus polémicas relaciones con el capo mafioso Lucky Luciano y el actor estadounidense Marlon Brando.

Mucho se agradece la recopilación de los apodos de los peloteros criollos, mucho más originales y profusos antes que ahora: desde los simpáticos mores de Bemba e cuchara, El Triple Feo y Pata Jorobá, pasando por los festivos Papá Montero, Cocaína García y Bombín Pedroso, hasta los muy nobles y gallardos El caballero Oms, El profesor Bragaña, y El inmortal Dihigo. De igual manera, los perspicaces y rotundos fraseologismos beisboleros, de los que seguimos haciendo uso frecuente en nuestra cháchara cotidiana.

En el orden esotérico, es proverbial la religiosidad popular de un gran número de deportistas criollos, lo que explica que el Santuario de El Cobre esté repleto de exvotos y ofrendas de peloteros y que la propia Virgen de la Caridad haya sido invocada como símbolo victorioso del Club Almendares, amén de haber tenido previamente una salvadora influencia sobre el brazo

de lanzar de Conrado Marrero. No faltan desde luego, el sincretismo y las creencias en potencias de origen africano de muchos beisbolistas adoradores de Shangó o hijos de Yemayá. No en balde le dijeron a la antropóloga Lydia Cabrera sus informantes abakuá, allá por la década del 50 del siglo xx, que: «Las sangrientas contendas de los efik y los efok, pretenden muchos negros que lo tienen por tradición oral, serían secretamente, para los dueños de los esclavos iniciados y divididos entre estos dos bandos, lo que hoy son los *matches de baseball* entre almendaristas y habanistas».

La música, de manera particular el danzón y el son, ha sido uno de los discursos espirituales que han acompañado al beisbol desde sus orígenes. Aquí están para demostrarlo la estirpe musical y pelotera de Miguel Failde, jugador de pelota en las Alturas de Simpson; el gran danzonero Raimundo Valenzuela; un clarinetista llamado José de la Caridad Méndez; Bartolo Portuondo y su hija la gran Omara; René González, violinista de la Orquesta Aragón, en cuyo puesto entró Rafael Lay; Raúl «Chino» Atán, Sindo Garay, Rafael Cueto, Níco Saquito, Alfredo González «Sirique», Benny Moré, Roberto Faz, Enrique Jorrín, Rubén Rodríguez, Sergio Calzado, Alberto Faya, Rolando Macías, Eduardo «Tiburón» Morales, Cándido Fabrè, Los Van Van, el Dúo Buena Fe y tantos otros.

En las artes plásticas, destaca la obra del crítico Jorge R. Bermúdez y la extensa galería de creadores que van desde Ricardo de la Torriente y Armando Menocal, pasando por René de la Nuez y Eladio Rivadulla, hasta llegar a Julio Neira y Reynerio Tamayo. Autor este último de la imaginativa ilustración de cubierta y el más prolífico de los pintores cubanos de temática beisbolera.

Mención aparte merece la dilatada reflexión sobre el deporte de las bolas y *strikes* y su presencia en la historia, la política, la diplomacia, el cine, el entretenimiento, la música y la literatura estadounidense, donde aparecen figuras tan emblemáticas en el devenir de aquel país como Abraham Lincoln, Herbert C. Hoover, Franklin D. Roosevelt, Allen Dulles, Walt Whitman, Carl Sandburg, Rolfe Humphries, Ernest Hemingway, Abbot y Costello, Harold Bloom, Paul Auster y Bob Dylan, junto a los inmortales Ty Cobb, Honus Wagner, Babe Ruth, Lou Gehrig, Ted Williams, Joe DiMaggio, Jackie Robinson, Mickey Mantle, Willy Mays, Roger Maris y Pete Rose. Protagonistas directos o aleatorios de un sinnúmero de películas, series, canciones y relatos que destacan el juego como narrativa predilecta, asociada al origen y el desarrollo de la nación nortea, así como a sus múltiples avatares en su triple dimensión de deporte profesional, espectáculo mediático y negocio lucrativo.

Venezuela, patria del autor, es el otro vértice geográfico que resume las pasiones contadas en este libro. La pelota de ese país tiene un origen cubano vinculado a las emigraciones que luchaban contra el colonialismo español, donde además la imbricación entre pelota, historia y cultura guarda profundos paralelos con Cuba, y cuya memoria registra acontecimientos ilustres, como los célebres duelos de pitcheo entre Daniel «Chino» Canónico, hijo de un profesor de música y amante del jazz, y Conrado Marrero en las series mundiales amateur a inicios de los años 40 en el mítico estadio Cerveza Tropical. Como colofón letrado a aquel inédito triunfo, fue el gran poeta venezolano Andrés Eloy Blanco quien pronunció un enardecido discurso en el estadio nacional de El Paraíso, durante la bienvenida a los campeones de 1941. En fecha más reciente, todos recordamos el formidable entusiasmo beisbolero del fallecido presidente Hugo Chávez, seguidor del equipo Navegantes de Magallanes, quien como tantos infantes humildes latinoamericanos soñó alguna vez con llegar a ser un gran *pitcher* de Grandes Ligas.

El niño que fue Norberto Codina, con ascendientes beisboleros en el Manzanillo de sus mayores, jugador de pelota manigüera, coleccionista de postalitas de beisbol y admirador de los Tigres de Marianao —émulos quizás en sus fantasías infantiles de los Tigres de la Malasia— nos ha mostrado la historia del juego como si se tratara de un cuento de *Las mil y una noches*. O como una versión beisbolera de *Rayuela*, en el sentido de que es un volumen al que se puede penetrar por cualquier capítulo y salir por otro, sin perder por ello el sentido cabal de la lectura. O como una película de David Lynch, una especie de rompecabezas cinéfilo y beisbolero, donde cada fragmento guarda un significado oculto que nos habla de la felicidad y el fracaso, de los sueños y espejismos de los peloteros y sus alter egos intelectuales. O como un laberinto en forma de diamante donde, en lugar del hilo de Ariadna, es una blanca y traviesa esfera la que nos guía en busca del próximo *inning*.

Creo no exagerar si digo que a quien Roberto Fernández Retamar definió, cariñosa y certeramente, como «poeta deportivo y tenaz director de *La Gaceta de Cuba*», y de quien Rufo Caballero dijo que su único defecto era «no ser industrialista», ha lanzado en este ensayo su juego perfecto. Entre sus cómplices sonrientes están los manes tutelares de su pasión beisbolera: la Sagrada Trinidad compuesta por la sabiduría guajira del sempiterno Conrado Marrero; el nostálgico Miñoso cocinando recetas criollas entre las ventiscas de Chicago; bailando su cadencioso chachachá y el llamado Dios de Cobre de los Orientales, don Manuel Alarcón, enrolado de joven en las tropas

de Batista por causa de la pobreza familiar, a quien otro adolescente vio pitchear también el partido de su vida en la catedral de la pelota cubana: enseñaba su número de la suerte, el 17, en aquel ya lejano 1967.

Al final, que no quiere serlo por aquello de que «el cuento no se acaba hasta que acaba», después de terminar la última página de este vademécum laberíntico y cinematográfico, nos queda la impresión de que hemos vivido una aventura maravillosa y nos hemos convertido en protagonistas de un desafío que no termina nunca. Uno repleto de lances inesperados y jugadas inolvidables. Entonces, después del *out* 27, podemos suscribir sin temor aquella sentencia, inapelable como un jonrón con las bases llenas: «Nuestra edad se juzga por los peloteros que hemos visto jugar durante esa película que se parece a la vida».



PRÓLOGOS



Un huracán sobre el tabaco

Para Luis Giraldo Casanova, El señor pelotero

Rogelio García,
veloz y «portentoso
lanzador cubano
de los equipos
Vegueros y Pinar del
Río de las décadas
de 1970 y 1980».
Foto del archivo del
periódico *Juventud
Rebelde*.



Doña Azúcar y Don Tabaco fueron los conceptos/metáforas utilizados por el sabio antropólogo Don Fernando Ortiz para representar sus teorías sobre la transculturación y el ser cubano, en un libro ya clásico: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*.³⁷⁷ Si la caña de azúcar extranjera fue el producto que ocupó con su cultivo de plantación la mayor parte del territorio insular, el tabaco aborigen tuvo su nicho de esplendor en las vegas del extremo occidental de Cuba, específicamente en el territorio de la provincia Pinar del Río. Además del citado volumen, Ortiz también reflexionó sobre otro fenómeno climático característico del archipiélago de Las Antillas, el huracán,³⁷⁸ cuyos pavorosos vientos suelen azotar las

³⁷⁷ Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*. Jesús Montero, La Habana, 1940.

³⁷⁸ Fernando Ortiz: *El Huracán. Su mitología y sus símbolos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

islas entre junio y noviembre, varios de los cuales han dejado sentir sus efectos letales en la comarca pinareña.

He iniciado este breve exordio a la historia de vida del pelotero vueltabajero Rogelio García Alonso, con las alusiones al tabaco y al huracán, porque justamente este portentoso lanzador cubano de los equipos Vegueros y Pinar del Río de las décadas de 1970 y 1980 fue conocido, sobre todo por su aterradora velocidad, con el sobrenombre de *El ciclón de Ovas*. Dicho apelativo se lo confirió el más ingenioso de nuestros cronistas beisboleros: Bobby Salamanca.

Rogelio fue, en el momento cumbre de su carrera, el arquetipo del lanzador conocido en el argot pelotero como «cinchete». Este vocablo proviene de una voz bastante común en las zonas rurales, «cincha»: faja con que se asegura la silla sobre la cabalgadura. Lo cual quiere decir que este *pitcher* era capaz de «amarrar» metafóricamente a los contrarios, con la rapidez e inteligencia de sus lanzamientos. En este sentido Rogelio posee varias de las marcas más asombrosas y perdurables en la historia del beisbol cubano revolucionario. Pero más allá de sus dos centenares de triunfos, los dos juegos de *ceros hits cero carreras*, sus 56 lechadas o su promedio de carreras limpias, quizás el mejor ejemplo de su nivel de seguridad como lanzador fueron las más de 2500 veces que los bateadores rivales regresaron al banco con un ponche quitándole el aliento.

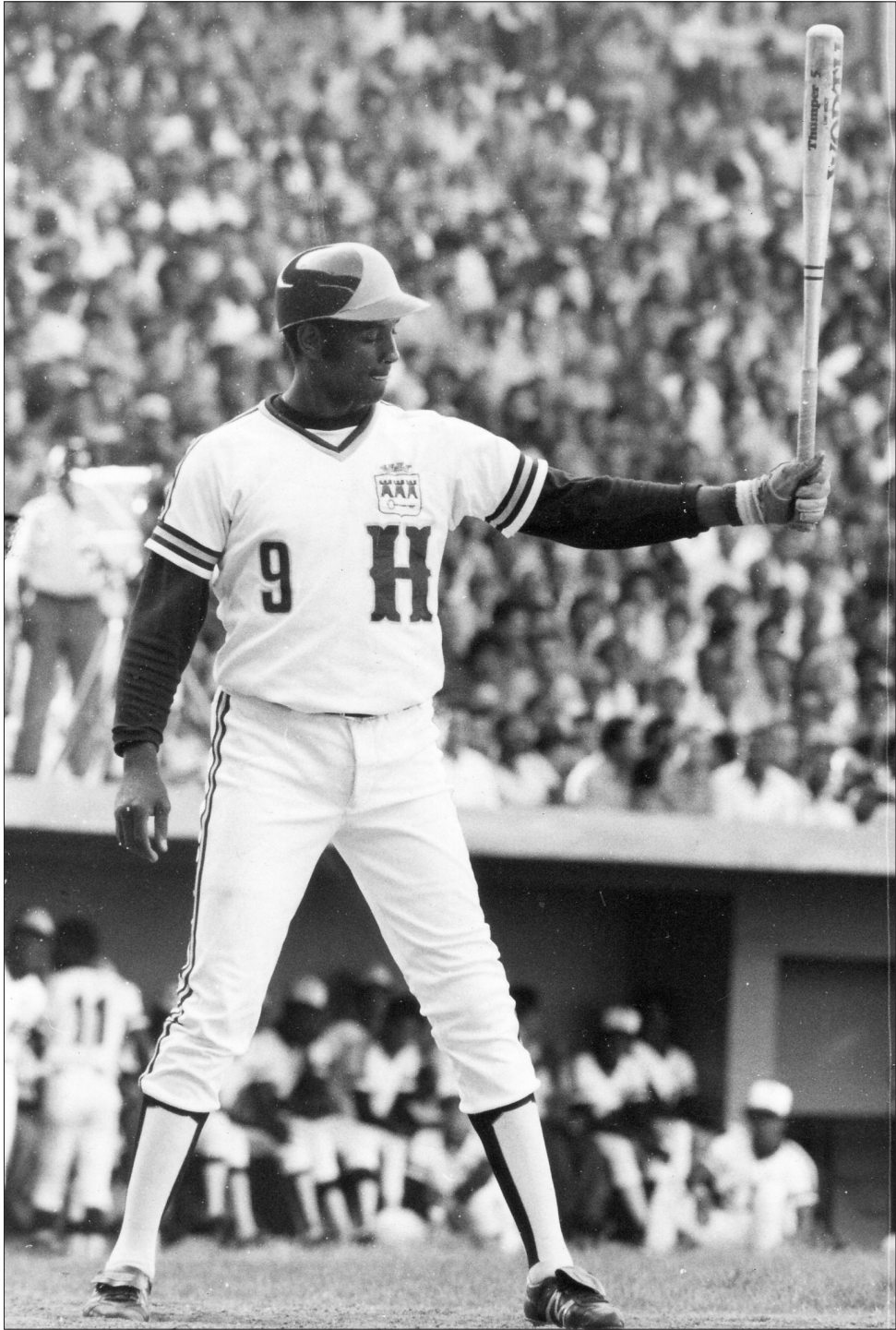
El libro *Rogelio García, un huracán entre ciclones*³⁷⁹ narra el origen humilde de Rogelio, sus primeros pasos en el juego de pelota, su llegada al beisbol de máximo nivel en Cuba, sus grandes triunfos en su tierra natal y en el extranjero, sus momentos de abatimiento (dígase el jonrón que le conectó Pedro José Rodríguez para decidir la Serie Selectiva de 1978 o el aún más recordado bambinazo de Agustín Marquetti para darle el campeonato a Industriales en 1986, ambos casualmente en el Estadio Latinoamericano). Asimismo, extraordinarios desempeños como atleta y, junto a los avatares de su existencia, también las opiniones y valoraciones de sus contemporáneos, desde peloteros y entrenadores hasta intelectuales. Todo ello aparece plasmado, con estilo directo y una prosa amena y coloquial, en esta nueva biografía que el destacado investigador Martínez de Osaba ha dedicado a exaltar la figura del estelar lanzador Rogelio García.

³⁷⁹ Libro en proceso editorial por Ediciones Loynaz de Pinar del Río.

Dueño ya de una extensa bibliografía beisbolera donde destacan de manera notoria las semblanzas biográficas, devenido Plutarco de nuestro pasatiempo nacional, Osaba ha hecho suya la sentencia del gran escritor griego, en el sentido de que, en lo esencial, la biografía no es una forma estrictamente historiográfica, sino más bien literaria y moral. Y ello es así porque Osaba realiza una historia de vida donde la emoción, el afecto y la identificación con el biografiado van tejiendo los hilos del relato, que se deja leer como una buena novela. Fue precisamente este tipo de biografías noveladas las que hicieron famosos a autores tan desiguales como Emil Ludwig, André Maurois, Stefan Zweig, Marcel Schwob, Lytton Strachey o Marcel Brion.

Exponer las virtudes públicas y moderar los vicios privados de los grandes hombres era, en opinión de Diderot, una de las funciones primordiales de toda biografía, y ello debía hacerse con un ademán didáctico y formativo. De igual modo otro historiógrafo francés, el medievalista Georges Duby, afirmaba que la biografía, uno de los géneros históricos más difíciles, era al mismo tiempo el más apasionante.

Con estas páginas memoriosas, consagradas a homenajear a Rogelio García, *El ciclón de Ovas*, engarza Juan Antonio Martínez de Osaba una perla más en el precioso ramillete donde brillan ya con luz propia Omar Linares, Luis Giraldo Casanova, Pedro Luis Lazo y Alfonso Urquiola.



Los amados de los dioses mueren jóvenes

Para Jesús Félix Suárez Valmaña

Armando Capiró, su «fama llena toda una época en el devenir del beisbol cubano», su vida es la de otro pelotero que perdura además en letra impresa. Foto del archivo de la revista *Bohemia*.



Se atribuye al mito del héroe griego Trofonio y su hermano gemelo Agamedes, que narra su muerte prematura al concluir el templo de Apolo en Delfos, el origen de la frase que ha llegado hasta nuestros días: «A quien los dioses aman, muere joven». En la historia del beisbol, hay casos como el del inolvidable jardinero boricua Roberto Clemente, en que el axioma se cumplió de manera implacable. Al momento de su deceso, el último día del año 1972 en un lamentable accidente de aviación, *el ídolo de Carolina* y de los Piratas de Pittsburgh, uno de los más grandes bateadores en la historia de las Grandes Ligas, apenas contaba con 38 años de edad.

En otros ejemplos no se trata de la muerte física, sino de una caída metafórica, la ausencia provocada por una gran desdicha en el momento de máximo esplendor de un atleta. Tal fue el caso del pelotero al que se

refieren las páginas de este libro,³⁸⁰ Armando Capiró Laferté, cuya fama llena toda una época en el devenir del beisbol cubano y, con apenas 32 años, alejado injustamente de los diamantes de primer nivel por el resto de su vida. Adversidad, por cierto, que correrían después de él, por razones diversas, otros estelarísimos jugadores como Rey Vicente Anglada y Pedro José Cheito Rodríguez.

Capiró nació en el seno de una familia humilde, y fue inscrito el 22 de marzo de 1948 en Santiago de las Vegas, pequeña localidad situada al sur de La Habana, que contó con un buen equipo de pelota en la Liga Amateur Cubana, el Club Atlético Santiago, fundado en 1932 y campeón del circuito amateur en 1956. En dicho conjunto estuvieron figuras destacadas del beisbol de aquellos años, como el lanzador Antonio Estrella, la primera base Pedro Campos, *Campitos* y la segunda base Yiki de Souza.

Pero Santiago de las Vegas no solo era conocida por sus buenos peloteros, la población tuvo también un Centro de Instrucción y Recreo de gran prestigio a nivel nacional, entre cuyos fundadores estuvo Fermín Valdés Domínguez en 1882, que publicaba una revista donde se daban cita los amantes de las bellas artes y la literatura y se realizaban animadas conferencias y tertulias. Asimismo, la biblioteca local «Más Luz» era un importante repositorio de libros y revistas. Además, la vida letrada de la localidad se nutría con más de una docena de diarios, entre ellos *El Ideal* (1904), *El Escogedor* (1905), *El Telégrafo* (1908), *Revista del CIR* (1921), *Antorcha* (1945), *Ráfaga* (1945), *El Constitucional* (1953) y *El Informador* (1956).

Como un dato importante del ámbito social en el cual surgió Capiró, debe decirse que fue allí donde se celebró por primera vez en Cuba el Día de las Madres, gracias a la iniciativa del cronista deportivo del diario *El Mundo*, Víctor Muñoz. Es en este contexto local donde se formó el niño Armando Capiró y en el que comenzó la práctica del beisbol a la edad de nueve años, mientras cursaba la enseñanza primaria, que debía simultanear con oficios humildes como el de limpiar zapatos. Un hito que marcó su infancia fue el trauma familiar de un padre esquivo y una madre perturbada por el abandono del esposo, que la llevó al suicidio, por lo que el niño tuvo que ser resguardado por familiares cercanos, que lo educaron y enseñaron a amar el juego de pelota. De esa época conservó el simpático apodo de Pichi, pues

³⁸⁰ Prólogo al libro de William A. de Jongh Peri y Heeney Figueroa Calderín: *Número 9... ¡Armando Capiró!: una historia de beisbol, cultura y sociedad*. (Inédito).

era la manera como el travieso infante enunciaba su deseo de llegar a ser un gran lanzador.

Al triunfo de la Revolución tuvo la oportunidad de participar en los nacientes Juegos Escolares Nacionales, verdadera cantera de futuros talentos deportivos, y fue en ellos donde empezó a demostrar su poder como bateador, su versatilidad a la hora de jugar varias posiciones, así como la de tirador, motivado esto por la velocidad de sus lanzamientos con el brazo derecho. Luego de transitar por las categorías juveniles, donde demostró sus facultades como *pitcher*, al punto de lanzar un juego sin *hits* ni carreras en un torneo provincial, el exjugador Pedro «Natilla» Jiménez le aconsejó dejar de lanzar y dedicarse solamente al bateo, al tiempo que otros entrenadores como Juan Ealo y Ramón Carneado lo llevaron al jardín izquierdo y mejoraron sus virtudes como bateador. Con apenas 18 años ingresó al torneo de mayor calidad en la pelota cubana, la Serie Nacional, en la versión correspondiente a 1966-1967.

Como presagio de su condición de bateador de fuerza, su primer *hit* fue un jonrón por el jardín izquierdo frente al lanzador zurdo Manuel Rojas, del equipo Centrales, el 27 de diciembre de 1966 en el Estadio Latinoamericano. A partir de ese momento, y durante catorce años, el nombre de Armando Capiró estuvo siempre en los titulares de los diarios y en el imaginario popular urbano como uno de los grandes peloteros cubanos del siglo xx.

Durante toda la década de 1970, que el amigo Jesús Félix Suárez Valmaña ha denominado con justicia «la mayoría de edad del beisbol que surgió con la Revolución», el esbelto atleta de 1,90 metros de estatura y 89 kilogramos de peso en su forma óptima, logró imponer respeto con sus formidables bates y el poderío de su brazo derecho. Esto lo convirtió en el primer jugador en conectar más de 20 jonrones en series nacionales, en el año 1973, cuando se jugaba con pelotas «muertas» y bates de madera de escasa calidad (algunos de estos bates estaban partidos y de manera insólita el propio atleta se encargaba de restaurarlos), y el pitcheo insular mostraba todavía un inmenso talento.

También le cupo el mérito de ser el primero en llegar al centenar de cuadrangulares en los torneos domésticos, conectados con bate de madera, en el año 1977. Incluso, en las iniciales Series Selectivas conformó un trío temible de *sluggers* junto a Pedro Medina y Agustín Marquetti, solo comparable al que integraban los villareños Antonio Muñoz, Pedro José Rodríguez y Héctor Olivera.

Al momento de su inesperada separación del beisbol, en 1980, Capiró había alcanzado 25 liderazgos ofensivos a lo largo de su carrera y se encontraba entre los primeros diez jugadores en los departamentos de carreras impulsadas (648), jonrones (158), promedio (303), triples (44), dobles (175), boletos intencionales (106), carreras anotadas (586), *hits* (1131), *flys* de sacrificio (33) y bases por bola (470): estadísticas que demuestran de manera elocuente sus extraordinarias condiciones como bateador de fuerza y también de *average*.

En la arena internacional, desde su debut con el equipo Cuba en los Juegos Centroamericanos de Panamá (1970) donde concitó la admiración de su parigual Roberto Clemente —con el que tantas veces se le comparó— hasta su última aparición en los Panamericanos de San Juan, Puerto Rico, en 1979, Capiró tejió un sinfín de hazañas que lo convirtieron en multicampeón. Sucedió en tres centroamericanas, tres torneos panamericanos y seis campeonatos del mundo, en los que acaparó diversos liderazgos ofensivos y conectó jonrones memorables, como el que ligó contra Estados Unidos en los Panamericanos de México (1975), en la discusión de la medalla de oro o el que disparó como bateador emergente con bases llenas frente a Venezuela, en la cita continental de San Juan.

Ese propio año 1979 comenzó el calvario del número 9 de los equipos capitalinos, motivado por las lesiones y las desavenencias con los funcionarios que dirigían la provincia habanera. Según los argumentos del atleta, sus padecimientos estuvieron relacionados con diversos accidentes ocurridos en terrenos mal preparados de la región oriental del país. En una ocasión sintió fuertes dolores en los meniscos de la rodilla izquierda, mientras corría en un juego celebrado en Guantánamo, y también sufrió una lesión de gravedad en un tobillo durante un partido en Contramaestre, jugado en un improvisado terreno de rodeo. Luego vinieron dos operaciones quirúrgicas, realizadas por el experto traumatólogo Rodrigo Álvarez Cambras, que le permitieron participar en la Serie Nacional de 1979 y la Serie Selectiva de 1980, jugada por él con intensos dolores, los cuales determinaron una nueva visita al quirófano.

Sin embargo, pese a no estar en plenitud de forma, se desempeñó con acierto en la etapa previa al mundial de Japón en 1980 y de manera poco transparente fue dejado fuera del equipo nacional que dirigía el controvertido manager Servio Borges, con quien el atleta había tenido anteriores desencuentros verbales. Al dolor físico se sumaron entonces las contrariedades

surgidas con el entonces máximo dirigente del gobierno en La Habana, Dr. Oscar Fernández Mell quien, según alegatos del pelotero, tuvo hacia él personal animadversión, y lo vetó de seguir jugando beisbol de manera indefinida.³⁸¹

El hecho cierto fue que, a partir de 1980, se apagó en el pináculo de su fama la buena estrella de Armando Capiró y comenzó un prolongado silencio sobre sus hazañas en los diamantes de beisbol y, también un ostracismo mediático, que solo fue atenuado parcialmente por la figura benefactora del comandante Bernabé Ordaz, director del Hospital Psiquiátrico de La Habana, que lo llevó a formar parte del conjunto de pelota de dicha institución y le brindó su amistad y protección laboral. En 1987 pudo participar en Nicaragua en un torneo de veteranos del Mundial de 1972, a petición del presidente de aquel país, Daniel Ortega, y tuvo ocasión de enfrentar con decoro a Denis Martínez, formidable lanzador de Grandes Ligas.

Un último intento por exorcizar los demonios del proscrito, y regresar a la pelota de primer nivel con el equipo Metropolitanos tras una exitosa serie provincial donde conectó 14 vuelacercas al borde de los cuarenta años, se frustró por la indiferencia del comisionado provincial, quien le aconsejó el retiro con la excusa de «dar paso a los jóvenes». Llegó entonces el momento que ningún atleta quiere que suceda, y menos uno de la estatura de Armando Capiró, sometido a un retiro sin gloria en un estadio municipal.

El anatema que pesaba sobre el otrora estelar pelotero fue quebrado tras la llegada a la presidencia del INDER de Humberto Rodríguez, a finales de la década de 1990, quien lo invitó a formar parte de la comitiva cubana que asistió al juego con los Orioles (1999) en la ciudad de Baltimore. Más tarde vino su elección, en marzo de 2001, entre los 100 atletas más destacados del siglo xx en Cuba, por votación popular. Su leyenda ha vuelto a resurgir en los últimos años, gracias a las entrevistas que le han realizado varios cronistas deportivos, al libro de Fernando Rodríguez Álvarez (*Armando Capiró, Grande por siempre* Miami, 2014) y a la que considero sea la biografía definitiva

³⁸¹ Aquí creo conveniente apuntar, dado lo delicado de este asunto, que involucra a una figura de prestigio dentro de la Revolución Cubana, como es el caso del Dr. Fernández Mell, que debió obtenerse también su interpretación de hechos tan paradójicos y nunca suficientemente aclarados a la luz pública, en pro de alcanzar un equilibrio entre las dos versiones, y que no prevaleciera la de la parte más perjudicada. Lamentablemente, la enfermedad y posterior fallecimiento del antiguo dirigente, impidió que fuera entrevistado para el presente libro, por lo que ya nunca se sabrá su opinión sobre este penoso asunto.

de Capiró, surgida del empeño y la laboriosidad del Dr. William de Jongh Peri y su colaborador Heeney Figueroa.

Todos los que conocen al Dr. De Jongh, prestigioso neurocirujano con una brillante ejecutoria profesional, saben de su descomunal afición por la pelota y de su no menos gigantesca devoción por la música, por eso el presente volumen es mucho más que una biografía deportiva de Armando Capiró, narrada en la voz de su protagonista y de muchos otros, atletas o no, que lo conocieron o admiraron. Es, sobre todo, un caleidoscópico desplazamiento por la cultura universal de los años 60 y 70 del siglo XX, en particular aquella que bebe de la gran tradición del *rock and roll* anglosajón y que tiene entre sus más altos exponentes a los inmortales Beatles, Led Zeppelin, Bob Dylan, Simon and Garfunkel, Pink Floyd, Billy Joel y muchos otros. Ellos junto a Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Amaury Pérez y el Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC, guían con sus canciones la «banda sonora» de este texto nostálgico y conmovedor.

Asimismo, los principales hechos históricos de las décadas de 1960 a 1980 en Cuba, América Latina y el mundo, los acontecimientos más relevantes de la política, la economía, el cine, el teatro, la moda, el deporte, van componiendo una sinfonía que acompaña y pone en contexto el devenir vital de Capiró y sus múltiples hazañas deportivas. Este libro también es una suerte de semblanza colectiva de sus partidarios y *fans*, entre los que se hallaban una legión de adolescentes como De Jongh, y sus hermanos Jesús Suarez Valmaña y José Antonio González Barreiro, quienes en ese momento descubrían con entusiasmo los misterios del amor, el arte y el béisbol.

La prosa de este vademécum es profusa y repara en los más mínimos detalles, sin que por ello deje de ser amena en su narrativa y fluida en sus circunloquios, lo que hace de *Número 9... ¡Armando Capiró!: una historia de béisbol, cultura y sociedad*, a pesar de su notable extensión, producto de una minuciosa investigación en las más diversas fuentes documentales, audiovisuales y orales. Y también es menester decir que la erudición de este texto va acompañada de un tono de calidez conversacional, a ratos intimista, que nos permite ser cómplices y sentirnos cercanos a su biografiado; y que lo aleja de cualquier pedantería libresca u ofuscamiento letrado.

En las páginas que William de Jongh ha dedicado a enaltecer al Elegante del Diamante, como lo bautizó Bobby Salamanca, Armando Capiró Laferté encuentra su biografía de hombre humilde, caballeroso y decente, que sufrió

con estoicismo iniquidades sin cuento. Aunque suprimido por un tiempo de la cartografía de la pelota cubana, ese ocultamiento no pudo contra el fulgor que su leyenda había significado para millones de personas, que lo admiraron y festejaron como a un príncipe. Es una esas criaturas amadas por los dioses, en cuyo destino está desaparecer joven, para renacer luego de sus cenizas en la memoria de su pueblo.

Base Ball Profesional
1952 - CAMPEONATO - 1953



“El paso del elefante es lento
pero aplastante”

Cienfuegos

HECHO EN CUBA - H A B A N A

Cortesía de Crusellas y Cia. S. A.

Memorias de Elefantes

Para Ángel Orestes Fernández, Áñez

Postal de la memoria del beisbol cubano, alegórica al club de pelota profesional de la ciudad de Cienfuegos a inicios de los años 50. Colección del autor.



El libro titulado *Los Elefantes Verdes: el club de béisbol de Cienfuegos (1926-1961)*, de la autora Darilys Idalmis Reyes Sánchez, tiene su génesis en la tesis presentada en opción al grado de Máster en Estudios Históricos y Antropología Sociocultural Cubana. Fue defendida con éxito en la Universidad de Cienfuegos en 2016.

Su texto se inscribe dentro de la todavía incipiente apertura de los estudios culturales sobre el deporte en el ámbito académico insular. Otra joven periodista, Daily Sánchez Lemus, defendió en 2015 su investigación sobre el beisbol amateur cubano anterior a 1959, en la Maestría de Historia de la Universidad de La Habana. No deja de ser esperanzador que sean mujeres jóvenes y cultas, tradicionalmente alejadas del deporte según los estereotipos machistas, las que hayan optado por este camino.

En el caso que nos ocupa, la Lic. Darilys Reyes ha hecho coincidir su pasión por el beisbol y su trabajo como redactora de la página deportiva del periódico *5 de Septiembre*, con el afán ilustrado de indagar en las identidades y el

imaginario cultural de su ciudad. Su pesquisa se ocupa del club de pelota Los Elefantes de Cienfuegos, uno de los cuatro que integraron la última etapa del torneo profesional cubano en los años 1940 y 1950. Fue un conjunto exitoso desde el punto de vista competitivo, e hizo justicia a su lema: «El paso del elefante es lento, pero aplastante».

Desde su debut como Osos de Cienfuegos, algo que el estudio reveló creo por primera vez, en la temporada de 1926-1927, hasta su desaparición en 1961, ganaron cinco torneos, incluido el último profesional de Cuba en la temporada 1960-1961 y dos series del Caribe, en 1956 y 1960. Entre las luminarias que pasaron por los Paquidermos, en sus diferentes épocas, se cuentan varios de los más grandes peloteros cubanos de todos los tiempos, como Martín Dihigo, Alejandro Crespo, Luis Tiant, Rafael Noble, Adrián Zabala, Napoleón Reyes, Claro Duany, Silvio García, Ultus Álvarez, Camilo Pascual y Pedro Ramos.

Sin embargo, la novedad e importancia de este libro no radica en la descripción detallada de los avatares deportivos del club, sino en desentrañar cómo este equipo de beisbol fue un elemento importante en la identidad cienfueguera de la segunda mitad del siglo XX. Para ello, la autora ha desplegado una revisión exhaustiva de la prensa periódica local, donde se ventilaron no pocas polémicas y sucesos relacionados con los sentidos de pertenencia de este club. Ella ha logrado reconstruir la intrahistoria del conjunto, así como el origen de su simbología y sus atributos identitarios.

Su labor en este sentido ha sido seria y profesional, con autonomía reflexiva y capacidad de resolver con destreza los diferentes problemas que se planteó en su pesquisa. La revisión bibliográfica resultó amplia y actualizada, también la faena con las fuentes documentales y orales a su alcance también le aportó información muy valiosa a su empeño investigativo. Un considerable anexo de imágenes y fotografías enriquece y complementa el resultado obtenido.

Entre sus logros de mayor relieve, subrayo el análisis detallado del entramado empresarial que rodeó a este equipo y, en particular, al papel jugado por Florentino Pardo Galí y Fernando Rodríguez Galí, primos que compartieron la propiedad del conjunto por casi veinte años. No deja de ser significativo, como la autora señala en varias ocasiones, que a pesar de estar la franquicia en la capital y jugar allí, el club pertenecía a dos cienfuegueros —era el único que representaba a una población no habanera en el torneo invernal cubano— y sus más fieles seguidores estaban en la Perla del Sur,

donde cada campeonato ganado era motivo de grandes fiestas y celebraciones. Un intento de Santa Clara, capital provincial, de llevar la novena a sus predios provocó una enérgica protesta de la ciudad portuaria.

Estamos en presencia de un texto que rescata un fragmento decisivo de la identidad cienfueguera del siglo XX, tan importante como pueden ser los casos de Benny Moré o la Orquesta Aragón para la música, por demás ligados ambos al ámbito del beisbol. Las entrevistas realizadas por Darilys a los contemporáneos y jugadores que aún viven, como es notable en el caso de Andrés Mesa y José Zayas, nos muestran cómo la memoria individual y colectiva conserva todavía el recuerdo de aquellos momentos de esplendor de la franquicia cienfueguera. Fue tan grande su arraigo en la conciencia popular, que El Loquito de Nuez para simbolizar los hechos del alzamiento del 5 de septiembre de 1957 y burlar la censura solo tuvo que, en una caricatura memorable por su poder de síntesis, suprimir la bandera del Club Cienfuegos de entre los cuatro equipos profesionales.

Un elemento no despreciable, que reafirma la importancia de trabajos como este, es que el actual equipo de Cienfuegos es el único que ha logrado reconciliarse con su antecesor profesional. Además, le ha dado continuidad en la Serie Nacional cubana adoptando el sobrenombre de Elefantes.

Los cubanos necesitamos recuperar esa historia preterida y muchas veces olvidada de nuestra pelota profesional, no solamente porque forma parte de los procesos de construcción de las identidades locales, regionales y de la nación, sino sobre todas las cosas porque nos pertenece. Inclusive, está entroncada con la cultura popular, con los recuerdos íntimos de las familias que todavía conservan fotografías, uniformes y gallardetes, y con la memoria de no pocas personas que reconocen, en ese retazo del pasado, un motivo de orgullo y felicidad compartida.

**DESDE EL CÉSPED
DE MI PROPIO ESTADIO**



ISMAEL SENÉ

El estadio maravilloso de Ismael Sené

Para Michel Contreras

Del libro de Ismael Sené, con obra de cubierta por Reynerio Tamayo, puede decirse que es «un excepcional ramillete de recuerdos, anécdotas y evocaciones», ya sea sobre las Grandes Ligas o sucesos ocurridos en la Isla.



«Llamadme Ismael...». Así comienza una de las novelas más extraordinarias jamás escritas: *Moby Dick*, de Herman Melville. Es una historia implacable de sucesos en el mar, cargada de un profundo simbolismo, donde se nos ofrece una inquietante alegoría de la eterna lucha entre el bien y el mal.

El autor del libro que tengo el honor de presentar también se llama Ismael, y ha tenido, a la altura de sus ochenta años, una vida intensa y también pletórica de aventuras, entre las cuales una de las más emocionantes se inició cuando su padre lo llevó por primera vez a presenciar un juego de pelota. Desde entonces —y al igual que el coronel Aureliano Buendía «habría de recordar siempre aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo...»—, la pelota ha sido parte inseparable de la existencia de Ismael Sené, reglano de pura cepa, hombre bueno y decente, que nos regala en estas

páginas, como en un teatro de sueños, toda la magia que puede contener ese hecho cultural que llamamos beisbol.

No deja de asombrarme el hecho de que, habiendo vivido largas temporadas lejos de su patria en naciones donde no existe ninguna tradición beisbolera, Sené haya logrado mantener viva dentro de su corazón la llama inextinguible de la pelota. Admirador en su juventud de las novenas de Regla en la Liga Nacional Amateur y de Almendares y los Cuban Sugar Kings, en la liga invernal cubana, después de 1961, con el fin de la pelota profesional, trasladó sus afectos al nuevo equipo de Industriales, al que ha mantenido su fidelidad durante casi sesenta años. Asimismo, siguió desde niño los avatares de la pelota de Grandes Ligas en los Estados Unidos, hasta el día de hoy y, como podrán advertir los lectores, Sené es uno de los más acuciosos conocedores en nuestro país de los secretos y del profuso anecdótico de aquel beisbol.

Entre las muchas cosas maravillosas que nos depara este texto están los recuerdos más puros de la niñez, y el instinto de rechazar la injusticia, como se advierte en el episodio sobre el árbitro mendaz Lorenzo Martínez, y en el aprendizaje sorpresivo del significado de la palabra «linchamiento» en un terreno de pelota. Asimismo, no podía faltar el homenaje a su pueblo natal, simbolizado en los hermanos Suárez, o en esa hermosa anécdota del día que los reglanos escurrieron el terreno después de un aguacero para que su equipo pudiera seguir jugando. Igual de emotiva resulta la narración del entrañable momento de la inauguración del Gran Stadium del Cerro, con la picaresca criolla que termina esta anécdota.

Del mismo modo, Sené introduce temas que resultan una verdadera novedad, como el paso del lanzador mulato Tomás de la Cruz por los Rojos de Cincinnati en 1944, tres años antes de que Jackie Robinson rompiera la barrera racista en la Gran Carpa. O el hecho, verdaderamente singular, de que el célebre trompetista Félix Chapotín le dedicara un solo de trompeta, con las características singulares de cada jugador, a los integrantes del equipo de los *Sugar Kings*.

Sobre el juego de Grandes Ligas hay en este libro un excepcional ramillete de recuerdos, anécdotas y evocaciones, muchas de ellas con una lección de ética por parte de los jugadores, como en el caso del incomparable Ted Williams; chispeantes y simpáticas como las que protagoniza el inefable Yogi Berra o con un corolario trágico, como en el caso del licencioso Mickey Mantle. Por cierto, hay un texto verdaderamente divertido, digno de una escena de Chaplin o de un *sketch* de Abbot y Costello, que refiere una extraña y rocam-

bolesca jugada en un partido de la Liga Nacional en 1908, entre los Cachorros de Chicago y los Gigantes de Nueva York.

Sené, que es un hombre de vasta erudición, se detiene también en otros pormenores que atañen al imaginario cultural del deporte en la sociedad estadounidense, y nos explica los orígenes de la famosa canción *Llévame a la pelota*, considerado como el himno «no oficial» del béisbol. Su visita al templo de los inmortales en Cooperstown, que refiere con particular emoción en las páginas finales, contribuye a dar fe de los lazos tan íntimos que unen a la pelota cubana con la de los Estados Unidos.

Hay otro tipo de textos que clasifican entre lo más sabroso del choteo criollo, género en el cual Ismael hace gala de una comicidad fina y alegre. Dígase el caso del jugador enano que ganó la base por bolas por su tamaño, el jardinero que cogió la pelota y se olvidó de los corredores en base, el muchacho corto de vista que confundió la bola con una paloma, las cuevas de cangrejos en el estadio Galbán Lobo o la hilarante narración de su propia experiencia como jugador de béisbol en su juventud, contada con una rara mezcla de nostalgia y donaire. Aquí aprovecho para destacar otra de las virtudes del libro, y es la galanura de la prosa y el estilo sobrio, sin afectación, resulta ser una narración atrayente y cautivadora, y que como sucede en *Las mil y una noches*, no procuramos que concluya para escuchar (en este caso leer) el próximo relato.

Quiero terminar esta introducción, que no pretende en modo alguno reseñar todos los capítulos, con el emocionado homenaje que le tributa Ismael Sené al manager más ganador de los años 60, Ramón Carneado.

Como parte de este acto de admiración y respeto, esclarece el origen del equipo que aquel dirigió, los amados y temidos Industriales. En un sorprendente paralelismo con Carneado, Sené es un hombre pundonoroso y elegante en el trato, una criatura que prodiga su sabiduría y su amistad a todos los que hemos tenido la fortuna de conocerlo. Es también un ser humano que ha sabido sobreponerse con gallardía a las adversidades que el destino le deparó en su vejez. Pero al igual que su tocayo de la novela *Moby Dick*, ha escrito este libro para echar afuera toda la pasión y la melancolía que siente por este deporte al que tanto amamos los cubanos, por el que tanto sufrimos y sin cuyo trascendental aporte a la identidad nacional no seríamos lo que hoy somos.



HALL DE LA FAMA DEL BASE BALL PROFESIONAL DE CUBA
RELACION DE LOS PLAYERS QUE HAN SIDO SELECCIONADOS COMO
INMORTALES DEL BASE BALL
Y QUE HAN MERECIDO ESTE JUSTO RECONOCIMIENTO POR
SU DESTACADA LABOR MANTENIENDO UN
IMPERECEDERO RECUERDO DE LO QUE FUERON EN ESTE
DEPORTE.

ESTA RELACION COMPRENDE DESDE EL AÑO 1878 A LA FECHA.

LUIS BUSTAMANTE
JOSE MENDEZ
ANTONIO MARIA GARCIA
GERVASIO GONZALEZ
ARMANDO MARSANS
VALENTIN GONZALEZ
RAFAEL ALMEIDA
CRISTOBAL TORRIENTE
ADOLFO LUJAN
CARLOS ROYER
ALFREDO ARCAÑO
REGINO GARCIA
JOSE MUÑOZ
EMILIO SAPOURIN
AGUSTIN MOLINA
ALFREDO CABRERA
HELIODORO HIDALGO
JULIAN CASTILLO
LUIS PADRON
CARLOS MACIA
ALEJANDRO OMS
ROMAN CALZADILLA
J.M.PASTORIZA
CARLOS MORAN
BERNARDO BARO
VALENTIN DREKE
WENCESLAO CALVEZ
ROGELIO VALDES
FRANCISCO POTO
RICARDO CABALEIRO

ARTURO VALDES
JUAN ANTIGA
ANTONIO MESA
TOMAS ROMANACH
JACINTO CALVO
RAFAEL HERNANDEZ
NEMESIO GUILLO
EDUARDO MACHADO
JULIO LOPEZ
PELAYO CHACON
GONZALO SANCHEZ
MANUEL VILLA
RICARDO MARTINEZ
EUGENIO JIMENEZ
EUSTAQUIO GUTIERREZ
MANUEL CUETO
RAFAEL FIGAROLA
JOSE M. TEUMA
ALFREDO ARANCO
MARTIN DIHIGO
JOSE RODRIGUEZ
BIENVENIDO JIMENEZ
CARLOS ZALDO
JUAN VIOLA
MOISES QUINTERO
PABLO RONQUILLO
EMILIO PALMERO
BALDOMERO ACOSTA

MIGUEL A. GONZALEZ
EMILIO PALOMINO
ISIDRO FABRE
ADOLFO LUQUE
JOSE ACOSTA
LAZARO SALAZAR
RAMON BRAGAÑA
ARMANDO CABAÑAS
OSCAR RODRIGUEZ
TOMAS DE LA CRUZ

Epílogo

LOS PELOTEROS MAMBISES Y LOS INMORTALES DEL BEISBOL SE ABRAZAN DE NUEVO EN LA CATEDRAL DE LA PELOTA CUBANA

Vieja tarja del Salón de la Fama del Beisbol Cubano, Estadio Latinoamericano, La Habana. Fue restaurada por la Oficina del Historiador de la Ciudad (OHC) y colocada a la vista pública en diciembre de 2020.



Los días finales del mes de diciembre revisten un gran simbolismo en la historia del juego de pelota en Cuba. Como es conocido, el 27 de diciembre de 1874 se celebró en los terrenos del Palmar de Junco, en la ciudad de Matanzas, un desafío entre un equipo local y el Club Habana, fundado este último en 1868. Tales fechas, aparentemente fortuitas, no pueden dejar indiferente a un historiador, dada la coincidencia de la creación del Habana en el mismo año del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en Demajagua y la celebración de aquel desafío exactamente diez meses después de la caída en combate, el 27 de febrero de 1874 en San Lorenzo, del Hombre del Diez de Octubre.

Como he escrito en otra parte: «Mientras la mitad oriental de la Isla libraba combates épicos por la libertad

y la emancipación de los esclavos, en el oeste una joven generación de peloteros preparaba, en el ámbito espiritual, una conmoción cultural sin precedentes». Todo ello debemos verlo como el inicio de un profundo vínculo entre beisbol y nación en nuestro país, proceso en el que se constituyó una comunidad imaginada de afectos, pasiones y sentidos de pertenencia que llega hasta nuestros días.

Sobre el citado juego entre Habana y Matanzas, impropriamente considerado por algunos como el «primer juego oficial», poco es lo que puedo agregar a lo ya expresado en otras ocasiones: fue un partido concertado entre dos equipos sin mayor trascendencia desde el punto de vista organizativo, totalmente desbalanceado (marcador de 51 a 9, a favor del Club Habana), con un árbitro displicente, el terreno en malas condiciones, el *pitcher* de Matanzas que no sabía hacer los lanzamientos de la manera reglamentaria, una afición entusiasta que resistió con lealtad las casi seis horas que duró el juego, una crónica atractiva y una primitiva hoja de anotaciones que nos permite conocer la actuación individual de cada jugador por el número de carreras que produjo. Un dato de interés estadístico revela que la batería del Habana conectó cuatro jonrones, tres a cargo del receptor Esteban Bellán y uno a la cuenta del *pitcher* Ricardo Mora. Son estos los primeros cuadrangulares conocidos en la historia de nuestra pelota. El singular partido fue suspendido por oscuridad en el séptimo inning, poniendo fin al infortunio de los matanceros, cuando el reloj marcaba las 5 y 35 minutos de la tarde.

Su posteridad la debe sobre todo al carácter de juego paradigmático, en un momento inicial en la historia del deporte, como lo demuestra la referencia en el periódico *El Sport* muchos años más tarde, en 1887, donde se le describe como ejemplo de «cuando el *base ball* estaba aún en su infancia entre nosotros», llamando la atención a los lectores «del número de carreras que se hacía entonces y, sobre todo, en la manera de llevar el *score*».

Otra razón por la cual este desafío es muy conocido se debe a su inclusión en la primera historia del beisbol cubano, publicada en 1889 por el joven pelotero Wenceslao Gálvez y Delmonte, quien nunca menciona que tuviera carácter «oficial»: lo considera «el primer desafío de pelota celebrado en el “Palmar de Junco” en Matanzas entre el club del nombre de aquella ciudad y el Habana» y apunta que lo incluyó dentro de su libro «como documento histórico y curioso».

En realidad, el primer partido oficial del beisbol cubano sería celebrado cuatro años más tarde, el 29 de diciembre de 1878 —pocos meses después

de finalizada la Guerra de los Diez Años— en un ambiente marcado por la nueva legislación metropolitana que promulgó una Ley de Reuniones y Asociaciones: en virtud de lo cual surgió un poderoso entramado civil de asociaciones de todo tipo, sin desestimar a los novedosos clubes para jugar beisbol. Estos conjuntos construyeron sus propias plataformas identificativas, que incluían además de las prácticas atléticas, bailes, cenas y actividades sociales diversas. Los de mayor poder económico se unificaron en torno a la Liga General de Base Ball de la isla de Cuba.

Al primer Campeonato de la Liga General de Base Ball concurren tres equipos: Habana, Almendares y Matanzas. En el desafío inaugural del 29 de diciembre participaron los dos conjuntos principales de la capital: los rojos del Habana y los azules de Almendares. El juego, escenificado en los terrenos almendaristas de la «poética barriada de Tulipán», al decir de un cronista de la época, terminó con cerrada victoria para el Habana de 21 carreras a 20. Se iniciaba así no solo la historia del beisbol organizado en la Isla, sino también una exacerbada rivalidad entre rojos y azules que duraría hasta el fin de la pelota profesional en Cuba.

En el club escarlata militaban una cohorte de pioneros de la pelota cubana, varios de los cuales ya habían participado en el referido juego del 27 de diciembre de 1874 en el Palmar de Junco, entre ellos Ricardo Mora, Emilio Sabourín, Roberto Lawton, Beltrán Senaréns y el considerado por muchos como el más experimentado jugador criollo del siglo XIX, el receptor Esteban Bellán. Por los azules hicieron su debut los hermanos Carlos y Teodoro de Zaldo, los españoles Antonio Alzola y Leonardo Ovies, Fernando Zayas, Alejandro Reed, Eduardo Delgado, Alfredo Lacazette y Zacarías Barrios. Como dato curioso, los hermanos Guilló, quienes trajeron los primeros implementos de beisbol que se conocieron en Cuba, actuaron en ese desafío: Nemesio como jugador y Ernesto como anotador del partido, aunque este último también se desempeñaba como tesorero de la Liga.

He realizado este breve recuento, porque precisamente ese día 29 de diciembre fue seleccionado, en 1940, a iniciativa del periodista deportivo Hilarrio Fránquiz, para conmemorar el Día del Beisbol Cubano. Hecho del que se cumplen ahora ochenta años, y me pregunto si no es hora ya de rescatar esa fecha y otorgarle nuevamente el honroso simbolismo que ella representa.

A partir de ese propio año 1940, fue también el momento en que se realizaban las elecciones de los miembros de la Galería de la Fama de la pelota

insular, una novedosa entidad instaurada poco tiempo antes, por resolución de la Dirección General Nacional de Deportes, de fecha 26 de julio de 1939. Como su nombre lo indicaba, la Galería era una especie de templo laico, donde quedarían inmortalizados los peloteros de mayor relieve en el devenir del beisbol criollo. La fecha de inicio de la tarja coincide con la expresada al inicio de estas páginas: 1878, porque fue esa la génesis de una práctica organizada y sistemática del juego de pelota, que llega hasta el presente.

Mi lectura de estos hechos, los enmarca dentro del proceso de transformaciones en la sociedad cubana que siguió a la Revolución de los años 30, y donde, desde la abrogación de la Enmienda Platt hasta la Constitución de 1940, se rediseñó la arquitectura del estado republicano y se reacomodaron las relaciones con los Estados Unidos. Se produjo un cambio de los actores en el mundo de la política, incluida la presencia de influyentes sectores de izquierda y del trabajo organizado. Los discursos públicos eran proclives a lo que un importante historiador llamó la «nacionalización de la Nación». En mi sentir, el surgimiento de la Galería de la Fama forma parte también de esos discursos metafóricos que estimulaban el sentimiento patriótico y nacionalista. No resulta casual que, entre los primeros diez peloteros elegidos, estuvieran figuras de raza negra y muy humildes como José de la Caridad Méndez, Gervasio González y Cristóbal Torriente, al lado de los dos precursores que lograron incluirse dentro de equipos de Grandes Ligas: Rafael Almeida y Armando Marsans, acompañados por otros que representaban los orígenes de la pelota cubana en el siglo XIX.

Durante la primera mitad de la década de 1940, la Galería estuvo ubicada en el estadio Cerveza Tropical y se identificaba con una placa de bronce, donde aparecían los nombres de los peloteros seleccionados. Al pasar la sede principal del beisbol profesional de la pelota profesional al recién inaugurado Gran Estadio del Cerro, en 1946, el nombre de esta institución cambió a Hall de la Fama del Beisbol Profesional. La antigua tarja de bronce fue sustituida por una de mármol, empotrada sobre un obelisco, en la que aparecen estampados 68 nombres, desde 1939 en que se realizó la primera exaltación, hasta 1961, en que fueron inscritos los dos últimos miembros: el destacado exjugador y *manager* Oscar Rodríguez y el pelotero mestizo Tomás de la Cruz, quien debutó en Grandes Ligas en 1944. Debemos decir que la ceremonia de ingreso al Hall de la Fama, constituía un acontecimiento relevante para toda la familia del beisbol en la Isla, tenía gran cobertura de la prensa y la televisión, y era muy esperado el momento en que, cubierta la losa con

una bandera cubana, esta era retirada y se mostraban los nuevos integrantes del salón.

Después de 1961, y por motivos que podemos conjeturar, dado que aquel ritual formaba parte de las prácticas institucionalizadas de la abolida pelota profesional, se abandonó la costumbre de seguir enaltecendo la memoria de los mejores peloteros de la Isla. Sin embargo, puestos los acontecimientos en perspectiva histórica, un análisis ecuánime nos indica que quizás se pudo haber preservado la tradición del Salón de la Fama, adaptada a los nuevos tiempos de las Series Nacionales, y como testimonio de homenaje a todos los que, al concluir sus carreras, fueran merecedores por sus méritos deportivos de pertenecer a ese grupo de excelsos peloteros.

La propia tarja fue removida de su espacio original que, según consta en fuentes impresas y fotografías de la época, se encontraba situada frente a la puerta No. 2 de entrada al estadio, y estaba acompañada por otras placas hoy lamentablemente desaparecidas: la que consagraba los 40 años de vida en el beisbol de Adolfo Luque y Miguel Ángel González, las dedicadas al estelar lanzador Conrado Marrero, a Alfredo Suárez, delegado del Club Habana, al veterano cronista Víctor Muñoz y al popular árbitro José «Kiko» Magriñat, y otras que desconocemos su paradero. Lo cierto es que, luego de múltiples avatares y agravios, la losa del Salón de la Fama, con visibles muestras de deterioro, fue rescatada por el periodista Eddy Martín, hombre culto y de gran sensibilidad, y volvió a ser colocada en un lugar del estadio, aunque en los últimos años permanecía fuera de la vista del público.

Cuando decidimos su restauración, lo hicimos con el pensamiento de nuestro maestro Eusebio Leal, para quien todo monumento constituía una huella viva y un testimonio insoslayable de una época, y su pérdida significaba también el quebranto de la memoria histórica asociada a él. Esta inscripción simboliza un período de esplendor de la pelota cubana del siglo XX: los nombres que tiene esculpidos son parte inalienable de la saga de nuestro deporte y también de nuestra nacionalidad, a la cual el culto beisbolero está íntimamente asociado.

Se podrán señalar notables ausencias en este monumento, la más inexplicable de todas la de Esteban Bellán, quien como hemos visto fue el pelotero de mayor calidad en el siglo XIX cubano, y estuvo considerado un maestro del juego por sus contemporáneos; otro nombre que falta es el del pionero Ernesto Guilló, aunque también de manera incomprensible su hermano Nemesio tuvo que esperar hasta 1948 para ser exaltado, cuando en su condición de

padre del beisbol cubano debió ser el primero en el listado. Otros importantes beisbolistas del siglo XIX como Francisco Saavedra, Francisco Delabats, Beltrán Senaréns Ricardo Mora, Francisco Hernández, Miguel Prats y Enrique García, debieron ser también considerados por sus notables actuaciones ofensivas y como *pitchers*.

Pero los que están allí reunidos, desde José de la Caridad Méndez y Cristóbal Torriente, hasta Adolfo Luque y Lázaro Salazar, pasando por Rafael Almeida, Armando Marsans, Alejandro Oms, Miguel Ángel González y el más grande de todos, Martín Dihigo, son motivo de orgullo para los aficionados y el pueblo en general. Y en los casos de los peloteros que además fueron combatientes en la guerra de independencia, constituyen un timbre de gloria para el deporte y para la patria que ellos ayudaron a fundar.

Lo anterior me lleva a la segunda tarja que hoy hemos develado, la cual se encontraba en peor estado de conservación que la del Salón de la Fama, y que fue dispuesta por iniciativa del Dr. Benigno Souza, médico personal del generalísimo Máximo Gómez, e inaugurada el 24 de febrero de 1948. Asoman allí los nombres de 19 peloteros, entre ellos los heroicos coroneles mambises Carlos Maciá y Alfredo Arango; el valeroso capitán Ricardo Cabaleiro, caído en la campaña de Pinar del Río al lado de Antonio Maceo; el laborante Emilio Sabourín, patriarca del Club Habana, condenado a 20 años de presidio en Ceuta, donde compartía celda con Juan Gualberto Gómez y encontró la muerte; el brillante lanzador José Manuel Pastoriza, asesinado en Guanabacoa y acusado de distribuir en esa villa el periódico *Patria* y, además, el intrépido jugador y promotor Agustín «Tinti» Molina, quien fue correo de las emigraciones en el Norte hasta los campamentos mambises y protagonista de un juego en Cayo Hueso presenciado por José Martí.

Al igual que sucede con la placa del Salón de la Fama, no constan todos los que merecen estar entre aquellos que, como reza el texto, «cumplieron su deber patriótico marchando a la manigua libertadora durante la guerra de independencia». Expreso a la dirección del INDER mi deseo de reparar ese olvido, realizando un nuevo monumento donde aparezcan los nombres de Martín Marrero, Juan Antiga, Víctor Planas, Francisco Alday, Pedro Matos, Enrique y Nicanor Ovares, Nilo y Ubaldo Alomá Ciarlos, Ramón Randín, Alejo Casimajov, Juan José López del Campillo, Orfilio Esteban Lombard y Martín Gallart Odery: ellos además de notables deportistas fueron intachables patriotas. Les debemos también una tarja a las primeras mujeres que

jugaron beisbol en Cuba, invisibilizadas por una historia predominantemente masculina del juego desde la mítica precursora Elena E., en el siglo XIX, hasta Mirta Marrero, Brígida Beiro, Eulalia González, Migdalia Pérez, Isabel Álvarez, Luisa Gallegos, Gloria Ruiz y otras pioneras en el siglo XX.³⁸²

Hoy es un día en que nos sentimos dichosos por devolver al Estadio Latinoamericano, Catedral de la Pelota Cubana, un fragmento de su historia que nos pertenece de manera ineludible. A partir de ahora, los aficionados al beisbol, y especialmente los niños y jóvenes, podrán conocer mejor el devenir de nuestro deporte nacional. Estoy seguro que, al pasar delante de las lápidas de mármol, todo cubano inclinará su cabeza en señal de veneración ante los peloteros mambises. Y los neófitos preguntarán a sus mayores quiénes son esos nombres que aparecen allí, cincelados con letras doradas. Cuando ello ocurra, nuevamente serán recreadas las hazañas de Maciá, Sabourín, Caba-leiro, Arango, Méndez, Torriente, Sirique, Almeida, Marsans, Dihigo, Oms, el Pájaro Cabrera, Luque, Miguel Ángel, Bragaña, Salazar y muchos otros, que tanta gloria poseen en sus apellidos ilustres de cubanos: negros y blancos, pobres y humildes, espléndidos y dignos.

Esperamos haber contribuido con la restitución de estas tarjas, de manera modesta, a la declaratoria del beisbol como Patrimonio de la Nación Cubana, algo que seguramente nos llenará de sano orgullo y felicidad a todos.³⁸³ Para terminar, dedico mis palabras a dos criaturas que admiré y me honraron con su amistad: la joven periodista cienfueguera Darilys Reyes, talentosa y apasionada, que se nos fue de manera absurda cuando tenía tanto por hacer; y al inolvidable Ismael Sené, que consagró los últimos años de su existencia a divulgar y enaltecer el beisbol con su distintivo carisma y profunda cubanía.

28 de diciembre de 2020

³⁸² Las dos tarjas fueron colocadas en ceremonia solemne en el Estadio Latinoamericano, el 15 de marzo de 2021.

³⁸³ El beisbol fue declarado Patrimonio Cultural de la Nación en acto celebrado en el estadio Palmar de Junco de Matanzas, el 19 de octubre de 2021.

Índice

Agradecimientos / 11

Exordio / 13

Prólogo

Hablar de pelota / 17

Introducción

El beisbol en el alma de Cuba / 23

ENSAYOS

Veinticinco tesis sobre el beisbol cubano del siglo XIX / 35

Raza y beisbol en La Habana del siglo XIX / 41

El beisbol en la escena habanera del siglo XIX / 53

La prensa de *sport* / 67

Publicidad beisbolera en el siglo XIX / 79

La sonrisa de Carlos Maciá / 91

Los peloteros mambises / 103

Un álbum de beisbol en Matanzas / 119

Nación y beisbol en la revista *Carteles*: 1919 / 133

Los Leopardos Mágicos de Santa Clara / 157

VIÑETAS

- Cayo Hueso: beisbol y patria / **171**
Juan Cañizares: traductor de las reglas del beisbol / **177**
Regino Eladio Boti: cronista de beisbol en Guantánamo / **183**
Babe Ruth ponchado en Santiago de Cuba / **189**
Una fábula pelotera / **193**

HOMENAJES

- Cristóbal Torriente / **201**
El caballero Oms / **207**
El maestro inmortal / **213**
Don Antonio / **217**
Cheíto / **219**
Orestiada del jonronero / **225**

ARTE Y LITERATURA

- La corona beisbolera de Reynerio Tamayo / **231**
El primer abridor / **235**
El batazo sideral de Jorge R. Bermúdez / **239**
Kurosawa, las *geishas* y el beisbol / **245**
El escritor pelotero / **249**
Cuando el beisbol se parece a la vida / **255**

PRÓLOGOS

- Un huracán sobre el tabaco / **265**
Los amados de los dioses mueren jóvenes / **269**
Memorias de Elefantes / **277**
El estadio maravilloso de Ismael Sené / **281**

Epílogo

- Los peloteros mambises y los inmortales del beisbol se abrazan de nuevo en la Catedral de la Pelota Cubana / **285**



